Col. 522
Top. 201.551

# SUR

REVISTA SEMESTRAL

## PAGINAS DISPERSAS de VICTORIA OCAMPO

356
357

ENERO - DICIEMBRE 1985
BUENOS AIRES

# SUR

FUNDADA EN 1931
POR
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración
TUCUMAN 677 - PISO 3º "A"
1049 Capital Federal
Tel.: 392-1083

## Comité de Colaboración

Mildred Adams
Adolfo Bioy Casares
Alberto Luis Bixio
Jorge Luis Borges
Adolfo de Obieta
Alberto Girri
Silvina Ocampo
Soledad Ortega
Enrique Pezzoni
Ernesto Sábato

LA PUBLICACION DE ESTE NUMERO
HA SIDO POSIBLE MEDIANTE EL
APOYO OFRECIDO POR LA
FUNDACION ANTORCHAS

# SUR

356
357

ENERO - DICIEMBRE 1985
BUENOS AIRES

SUR

TECA NACIONAL
PRA
Proveedor Alberto Frigerio
Precio $12.000
Fecha 7 OCT 1998

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

H0008137

S1CJ.15.1.2 60

## PRESENTACION

*Grande y variada es la producción escrita de Victoria Ocampo, diseminada en las páginas acogedoras de* **Sur**, *desde 1931 hasta la víspera de su muerte, ilustra acerca de sus intereses intelectuales y, a poco que se la examine de cerca, revela matices ausentes de otras obras* —**Testimonios, Autobiografía, De Francesca a Beatrice, Lawrence el de Arabia, Virginia Woolf,** *etcétera*—. *No era fácil la tarea de articular de manera coherente esos materiales ajustándose por lo menos al criterio de afinidad, sin confundir límites aun en terreno tan plástico como la literatura que, en más de una ocasión, salta por encima de las barreras trazadas para separar géneros y especies.*

*En medio de la diversidad de temas y la libertad de enfoques, sorprende hallar ciertos motivos recurrentes: el ideal de una América indivisible —el sueño de Simón Bolívar—, aunque la realidad histórica obligase a reconocer la falta de madurez en el planteo y solución de los problemas políticos, causa de la demora en traducir en hechos el ideal irrenunciable.*

*Luego, ya en el áspero terreno de la acción, el estímulo prodigado a la creación personal en literatura con la intención de ofrecer una tribuna para los jóvenes argentinos enamorados de las letras y, a la vez, dar a conocer a escritores extranjeros. Ser americano sin desdeñar la apertura a otras culturas, sin temer que vientos diferentes arrasen las frágiles defensas de la pampa. Imponerse severa disciplina, aceptar la responsabilidad del trabajo intelectual y no abandonar nunca la exigencia de calidad. Poco importa que, al menos por algunas décadas, la labor y la lucha en el mundo de las letras*

*aconsejase una cultura de minorías destinada a abrirse paso en un medio no exento de vulgaridad. Victoria Ocampo tenía confianza en el valor del ejemplo.*

*No podía faltar el tema de las revistas literarias y, con él, las confesiones de la lucha, no siempre acompañada de éxito, y de posibles frustraciones, dado que se trabaja en un medio histórico agitado por intereses y pasiones. La defensa de la inteligencia, los derechos del hombre, las críticas a la condición proletaria de la mujer, las vicisitudes de las artes y las letras, y lo más íntimo y personal de testimonios, encuentros y cartas. No hay ocasión en que Victoria no muestre sus ideas, defienda sus creencias, aconseje atenerse a principios, exhiba al desnudo sus estados afectivos y su preocupación por la organización de la cultura en países que han conquistado su independencia política y carecen de un alma con perfiles bien definidos.*

La Redacción

**Los materiales que componen el volumen han sido reunidos por el profesor Carlos Adam; su ordenación por temas corresponde a la profesora Elsa Tabernig.**

# I

# *SUR* DESDE SUS PRIMEROS PASOS

## CARTA A WALDO FRANK

Una tarde, hacia octubre de 1929, caminábamos juntos por Palermo. Había en el aire pesadez de tormenta y el olor de las rosas y de la tierra era compacto como niebla; pero atravesábamos sin sentirla esa dulzura. Usted me reprochaba con violencia mi inactividad, y yo le reprochaba, no menos violentamente, que me supusiera usted apta para ciertas labores. Entonces, por primera vez, el nombre de esta revista —que no tenía nombre— fue pronunciado.

Existe la angustia de los que esperan, en plena actividad, que una tregua, que una forzada interrupción los lleve al reposo. Existe la angustia de los que, en plena inactividad, esperan que una tarea, que un deber les sea impuesto por las circunstancias. Tal vez había usted, generoso amigo, leído en mi semblante esta última angustia, tal vez decidió así ser la circunstancia.

Nunca se me hubiera ocurrido por sí sola la idea de fundar una revista. Y creo que sin esa constante insistencia suya, capaz de sacudir mis dudas, no habría siquiera consentido en reflexionar al respecto.

Bien sabe usted que no se trataba de falsa modestia. Se trataba simplemente de una disciplina adquirida a golpes de experiencia y que no me permite creerme en condiciones de llevar a cabo algo que no haya intentado nunca.

Usted me acusaba de ser tímida. Es cierto mi timidez llega hasta el sufrimiento. Pero es una timidez combatida que a veces lo echa a perder todo y que sin embargo no impide nada. Quiero decir que no consigue privarme de mis medios cuando se trata de hacer algo que creo poder realizar a mi manera.

Si me hubiera usted pedido una lectura de poemas en público; si me hubiera pedido que decorara interiores (lo que significa para mí limpiarlos de decorados) o que le escribiera lo que pienso de uno de sus libros, mi timidez no habría contado para nada. Pe-

ro quería usted verme al frente de una revista, lo que ya es harina de otro costal. Y esta vez la razón y la experiencia sostenían mi timidez.

Durante la última semana de su estadía en Buenos Aires, el tema de la revista volvió constantemente a nuestras conversaciones. Sus argumentos tenían el aspecto de una ofensiva, y los míos el de una de esas resistencias pasivas que acaban con la tenacidad inglesa en la India.

Llegó el día de su partida. Todavía no me había inclinado usted hacia ninguna decisión definitiva. Pero me había llenado, en cambio, de inquietudes, de escrúpulos, de proyectos. Esto era el alba de su triunfo.

Le prometí ir a continuar el debate en Nueva York.

Después de su partida, quedé en las condiciones de un enfermo cuyos síntomas son todavía vagos y a quien el médico abandona en el período preciso de la incubación.

La idea de la revista era para mí, al embarcarme hacia Europa, como esos dolores neurálgicos que no se localizan y que uno siente a veces en la espalda, a veces en el codo o en los dedos!

Las gentes —siempre más enteradas que nosotros de los accidentes de nuestra vida— me interrogaban: "¿De modo que va a fundar una revista?" Y yo los miraba azorada como si hubieran entrado en mi cuarto sin llamar a la puerta. Me chocaba el comentario en alta voz de algo que tenía, para mí, el color y la forma del secreto.

Ya en París, vi que el proyecto de revista me había precedido. Advertí el fantástico y absurdo aspecto que adquirió al pasar por las ajenas ese propósito inarticulado por mi boca. Entonces comprendí que tan grosera caricatura no cedería ante mis explicaciones o rectificaciones, sino ante la revista misma.

Digo caricatura grosera al recordar que se me preguntó, con la mayor seriedad del mundo, si mi revista se proponía volverle la espalda a Europa. Sencillamente porque declaré que su fin principal consistiría en estudiar los problemas que nos conciernen, de un modo vital, a los americanos.

¡Volver la espalda a Europa! ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?

Claro está que nos vemos irremisiblemente obligados, en el sentido físico como en el intelectual, a dar la espalda a alguna cosa si queremos volver la cara hacia otra. Pero eso no implica forzosamente que nos demos vuelta en sentido figurado.

Cuando me acuesto para dormir me acuesto boca abajo y vuelvo la espalda al cielo. Cuando sólo descanso me extiendo de espaldas y las vuelvo a la tierra. Dios sabe, sin embargo, hasta qué punto adoro su cielo y su tierra.

Afortunadamente olvidé, riéndome con algunos amigos, el disgusto provocado por esas falsas interpretaciones. Me acuerdo de ciertas comidas, en París. Ramón pronunciaba discursos disparatados acerca de las dificultades que acechan al desgraciado director de una revista como la que yo me proponía hacer. ¿Cómo imponer, efectivamente, armonía entre gentes que se detestan? Y en eso están todas las repúblicas americanas, que se quieren como perro y gato.

Drieu decía: "Frank y Victoria son capaces de pasar a través de todo eso sin inmutarse: son dos inocentes".

*Honni soit qui mal y pense.*

Drieu quería decir que somos americanos, Waldo, y que en nosotros la inocencia es todavía auténtica. Que puede, por consiguiente, hacer milagros.

Yo pensaba que si América es joven, el mundo no lo es y que nuestro continente se parece a esos niños cuya infancia se marchita de vivir siempre entre adultos. América no cree ya en los cuentos de hadas, pero lleva en sí la eterna necesidad que los hizo nacer. Como necesita creer en ellos acabará por inventarlos de nuevo. Y ése será su milagro.

Quise regresar a Buenos Aires Vía all América. ¿Se acuerda de mi llegada a Nueva York? ¿Se acuerda de su decepción al constatar que ante los rascacielos y los jazz parecía yo olvidada de la revista?

Una noche que comíamos en un *Child's* me dio usted un sermón. Su largo discurso terminaba así: "Pero si la revista le interesa tan superficialmente que cualquier cosa la distrae de ella, abandone su proyecto".

Usted vio que los ojos se me llenaron de lágrimas (lágrimas que cayeron en las alverjas de mi plato.) Yo estaba fastidiada y conmo-

vida a la vez. Fastidiada por mi propio enternecimiento y conmovida por su amistosa rudeza.

Tenía usted razón. Es decir, habría tenido razón si los resultados hubieran sido los que lógicamente tenía el derecho de prever.

Esa misma noche, sin embargo, una vez disipado su resentimiento, me confesó usted que comprendía perfectamente mi avidez de Nueva York y el olvido del resto. ¡Quién mejor que usted para comprenderlo!

Al embarcarme en Brooklyn estábamos los dos seguros de que la revista se haría.

Usted, Waldo, me ha impuesto esa tarea. Finalmente vencida, la he aceptado de usted como un don precioso. He creído poderla aceptar debido a los amigos que están en mi torno y en quienes tengo confianza. Gracias a su ayuda todo se hace posible.

Esta revista no será mi revista sino porque es la revista de ellos y la revista de usted. Ella será el lugar constante de nuestro encuentro.

No sé, a la hora en que escribo, si conoce ya su nombre. Fue escogido por teléfono, a través del Océano. Por lo visto todo el Atlántico se necesitaba para este bautismo...

Teníamos varios nombres en la cabeza, pero no lográbamos ponernos de acuerdo.

Entonces llamé por teléfono a Ortega, en España. Esas gentes tienen costumbre de bautizarnos... Así, Ortega no vaciló y, entre los nombres enumerados, sintió enseguida una preferencia: *SUR* me gritaba desde Madrid.

Volví con ese nombre de mi pesca telefónica y lo clavamos con una flecha en la tapa de la revista.

Ahora la revista está en prensa.

¿Qué será SUR?

¿Recuerda usted su carta a Copeau y Gallimard que sirve de prefacio a Nuestra América? Comienza así:

"Este libro es vuestro en un sentido exacto. Os diré porqué. Vinisteis a América y nos hicimos amigos. Estabais llenos de la voluntad de comprender y me requeristeis con preguntas acerca de mi país. Yo estaba lleno del deseo de compartirlo con vosotros. De un modo extraño estaba enamorado de él. Y os digo que es-

taba enamorado de un modo extraño porque las cualidades que yo amo en América estaban ocultas. Todo lo que ella grita al exterior, con voz estridente, son cosas que detesto. América no era un sabroso fruto maduro para ser ofrecido al paladar de mis amigos. América era un oculto tesoro"...

No tengo que cambiar en eso una sola palabra. Eso es lo que quisiera decirle; eso y lo que sigue:

"América era un oculto tesoro y para conquistarlo teníamos que derribar muchas jactancias, atravesar los pantanos de muchas mentiras, destruir muchos mitos, muchas simplezas, de modo que no tardé en descubrir que vosotros y yo explorábamos juntos. Nuestras conversaciones se ensanchaban y se profundizaban. Nuestras palabras no eran la mera lectura en voz alta de páginas escritas. Eran un viaje de descubrimiento. Vosotros que veníais de Francia y yo, americano, descubríamos juntos América".

Waldo, en un sentido exacto, esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y me rodearán en lo venidero. De los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos. Las cualidades de su América, Waldo, son secretas como las cualidades de la mía. Lo que su América grita con voz estridente no es tal vez exactamente lo que grita la mía, pero nuestro odio va hacia ello por las mismas causas.

Su América y la mía —escribamos para simplificar "nuestra América" ya que el tesoro escondido que buscamos en ella es el mismo o equivalente—, nuestra América es un país por descubrir y nada nos incita más al descubrimiento, nada nos pone más seguramente en el rastro de nuestra verdad como la presencia, el interés y la curiosidad, las reacciones de nuestros amigos de Europa. Su carta a Copeau y Gallimard es, en ese sentido, el ejemplo más patente.

Ha querido usted explicar a sus amigos por qué es América un gigante inquieto pero todavía sin palabras, y ha escrito un libro.

SUR testimonia mi admiración por esa obra, mi absoluta adhesión a lo que la inspiró. Seguirá en cuanto a su orientación un camino paralelo.

Cada uno, según las fuerzas respectivas, nos pondremos a la búsqueda de América, de esa América del oculto tesoro.

"El hombre tiende a negar lo que no sabe afirmar", declara secamente un gran francés.

Lo que desde ya sabemos afirmar de América es que estamos enamorados extrañamente de ella. Y ese amor, como todo gran amor, es una prueba. Prueba que arroja sobre nuestras incapacidades e imperfecciones una luz resplandeciente y cruel.

Este amor se dirige a lo que está más allá de nosotros y parte de lo que está más allá de nosotros. Tener conciencia de ello, sufrir por ello es saludable.

Así está usted, así estamos nosotros enamorados de América.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, verano 1931, 1, p. 7-18).

## CARTA A WALDO FRANK

Le escribo frente a la misma ventana que en 1930, cuando, hacia esta fecha, preparábamos el primer número de *SUR*. Si levanto los ojos de la página veo el mismo tronco gris de eucalipto, el mismo río nuestro de cada día. La madreselva, no pudiendo ya trepar más arriba, cae en cascadas de los sauces en esos callejones húmedos del bajo que tan a menudo hemos recorrido conversando y que siguen teniendo el mismo olor a rosa, a limo y a hojas de hortensia. No puedo menos de complacerme en ello y de recordárselo a usted. Como verá, yo tampoco he cambiado: sigo prisionera de las cuatro estaciones. Prisionera también, como todos nosotros, de otras fatalidades, pero que no merecen tanta complacencia. El primer lugar, porque no siempre creo en la fatalidad, excepto en lo que atañe al orden de las estaciones o cosa parecida. La fatalidad es el carácter. Por eso ciertas catástrofes, o simplemente ciertas adversidades, se repiten a veces en la vida de un individuo a tal punto que parecería poder exclamar como Orestes:

**Oui, je te loue, ô ciel! de ta persévérance,**
**Appliqué sans relâche au soin de me punir,**
**Au comble des malheurs tu m'as fait parvenir.**

En estas fatalidades no sólo es el cielo el perseverante, también lo es la víctima y a menudo el cielo encuentra en ella un admirable colaborador.

Nunca he podido imaginarme que la suerte que corren las sociedades, las naciones, no estuviera sometida a las mismas leyes morales, al mismo karma que los de los individuos.

Por eso creo que ninguno de nosotros es del todo inocente de la crisis actual, de la que usted dice muy bien que no es más que un "síntoma de la dislocación de la humanidad en todos los te-

rrenos: político, económico, ético, psicológico y religioso; una dislocación que nos ha precipitado en un caos espiritual sin formas culturales que ocupen el lugar de las antiguas". No somos inocentes de esto, en la medida en que no somos inocentes de un porcentaje de fatalidad en nuestra propia vida. Lo que hoy se nos aparece con la evidencia del fruto en la rama, existía ya en forma latente hace diez años. Y si Europa dice hoy, como Orestes:

> Grâce au ciel mon malheur passe mon espérance...

no olvidemos que esa desdicha es también la nuestra y la del mundo entero, y que por lo tanto no somos ni más ni menos inocentes que el resto del mundo. Es tiempo de que nos hagamos un examen de conciencia.

"No man is an Iland, intire of it selfe; every man is a peece of the Continent... Any man's death diminishes me, because I am involved in Mankinde; and therefore never send to know for whom the bell tolls; It tolls for thee"[1].

Estas conmovedoras líneas de John Donne que sirven de epígrafe al último libro de Hemingway y de las cuales toma su nombre la novela, debieran estar presentes a todos los espíritus. Convendría repetirlas como una oración.

El aniversario de *SUR* tiene una importancia mundial y no local precisamente porque esas palabras de John Donne son verdaderas. Lo que un grupo de hombres ha tratado de hacer en la Argentina "por el amor y por la verdad" les concierne a ustedes, hombres de los Estados Unidos, y concierne a todos los hombres sin excepción; a todos los hombres para quienes "la lucha por el amor y por la verdad es la verdadera definición de la energía humana".

Cuando usted y yo hablamos de *SUR* por primera vez, cuando usted insistió en la necesidad de crear esta revista, lo que nos inquietaba no era sólo el problema de la Argentina y de Estados Unidos: era el problema de un continente entero cuya unión deseábamos. Esta unión existía para nosotros a través de lo que de hecho, y obedeciendo a una ley espiritual, está siempre ligado: una élite

1 - "No hay hombre que sea una isla, completa por sí misma; todo hombre es un pedazo del continente... La muerte de cualquier hombre me disminuye *a mí*, porque yo estoy implicado en la humanidad; y por eso, nunca mandes preguntar por quién dobla la campana; dobla por tí".

de escritores. Aristocracia cuyos miembros tienen siempre estrecho parentesco, como en otro tiempo las familias reinantes.

Drieu la Rochelle (¿dónde estará ahora, física e intelectualmente?) decía en el primer número de nuestra revista, dirigiéndose a los jóvenes argentinos: "Mi vida tiene necesidad de la vuestra. La vuestra, necesidad de la mía. Estamos en el mismo planeta estrecho. ¿Estrecho o vasto? Estrecho y vasto alternativamente. Esta cuestión de la estrechez o de la vastedad del planeta es importante; supone la cuestión de las patrias. Si el planeta es vasto, existen todavía patrias; si es estrecho, no quedan ya. Si el planeta es a la vez estrecho y vasto, todavía puede haber en él patrias, más vastas que las de ayer, patrias continentales. *SUR*, ¿has querido colocarte bajo el signo de una patria agrandada? Yo creo que es lo menos que se puede hacer".

Nosotros lo creíamos entonces. Lo creemos siempre. Decíamos, usted y yo: Nuestra América. Y eso significaba, entre nosotros: el Continente. Las primeras páginas del primer número de *SUR* lo atestiguan; le fueron dedicadas a usted, porque si *SUR* nació fue gracias a su insistencia y a su estímulo. Gracias a usted aquellos que por su adhesión hicieron posible su vida se agruparon bajo este signo. Sin usted y sin Mallea, *SUR* no hubiera existido. También él creía en la necesidad de esta revista. No había publicado más que los *Cuentos para una inglesa desesperada.* Eran cuentos que él se contaba a sí mismo, porque el desesperado era él. Así se está siempre cuando se es joven y se tiene algo que decir que no se haya dicho todavía. Y Mallea, muy joven, estaba ya obsesionado por la Argentina invisible y la Argentina visible. Creía que *SUR* estaba llamada a apresurar el advenimiento de la primera y el derrumbe de la segunda. Trabajó en la revista en la forma en que deseaba esos dos acontecimientos: con pasión y desinterés.

Los amigos de *SUR*, que son los amigos de usted y los míos, nos han sido fieles. Gracias a esta fidelidad hemos podido atravesar tantos años —y no todos han sido fáciles— sin descorazonarnos demasiado en el camino y detenernos definitivamente.

En cuanto a mí, como directora, tengo bien poco de que jactarme. Le había prometido a usted hacer una revista: setenta y cinco números de *SUR* y diez años de discusiones en torno a ellos prueban que he sabido al menos cumplir mi palabra. Si vale la pena recordarlo, es sólo porque en nuestra época no está de moda tener fe en las promesas y preocuparse de cumplirlas.

Este respeto de la palabra dada proviene sin duda de que creo, como usted, que "la verdad y el amor no son meros apéndices y accidentes de la existencia del hombre", que son su vida misma. Y que en la medida en que lo olvidamos dentro de nuestras humildes existencias, somos culpables de lo que se nos aparece luego como el cúmulo de monstruosas desgracias sin explicación que las sociedades y las naciones padecen.

Si *SUR* pudiera tan sólo convencer de esto a algunos de sus lectores; si todas sus etapas, como su principio, fuesen testimonio de ese estado de espíritu en un grupo de escritores, el esfuerzo de diez años estaría sobradamente justificado y recompensado.

San Isidro, diciembre de 1940

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, dic. 1940, 75, p. 11-15).

## SUR

## VERANO 1930 - 1931
## VERANO 1950 - 1951

El primer número de SUR apareció en el verano de 1930-1931. Era entonces (como hoy) una revista de 19 centímetros por 24, de tapa blanca sobre la cual Eduardo Bullrich había dibujado una flecha de 12 centímetros y medio (recuerdo que todas estas medidas se discutieron). Esa flecha clavaba con su punta verde tres letras negras. SUR era trimestral, con ilustraciones, un poco más de doscientas páginas, y costaba 2 pesos (de la antigua moneda, desde luego). Colombo la imprimía.

Se había hablado de la fundación de la revista en octubre de 1929. Como lo dije en el primer número, y lo repetí al cumplir SUR diez años, Waldo Frank, de paso en Buenos Aires, me instó a que emprendiera esta aventura, a que me lanzara en esta empresa pura y exclusivamente cultural. Eduardo Mallea, desasosegado por todo cuanto no había tenido tiempo de escribir hasta esa fecha (era muy joven y sólo había publicado sus *Cuentos para una inglesa desesperada*), opinaba que la idea era excelente y que era urgente ponerla en práctica.

Así se hizo, con su ayuda, que fue muy grande, generosa y eficaz, durante los primeros años de vida de SUR.

"Se necesita una revista para los jóvenes escritores argentinos; se necesita una revista para hacer conocer a los escritores extranjeros; se necesita una revista que se preocupe ante todo y sobre todo de calidad." En concreto, esto era lo que repetían a mi alrededor, y yo estaba conforme con el programa. Tratamos de cumplirlo dentro de lo posible.

En aquel primer número, Drieu la Rochelle nos escribía: "No digáis demasiado pronto: esto es argentino, esto viene de nuestro

sur. Dejad que todos los vientos del mundo atraviesen vuestra pampa; los granos que en ella caigan darán plantas argentinas, pero no les pongáis etiquetas. Somos los extranjeros los que diremos: esto es argentino, esto viene de ese sur... Hoy, un hombre tiene dos patrias: la suya, aquella en que nació, aquella que tiene la medida de sus pasos de niño y de anciano; después su continente, después el planeta". Sobraban las recomendaciones. Nosotros, los de *SUR*, repetíamos las palabras que Claudel pone en boca de Dante *(Ode jubilaire)*:

> Mon exil ne cessera pas tant que je suis privé de toute la terre!
> Ah, ce n'est plus Florence dont je suis altéré, ce qui m'a mis en
> marche dès l'enfance, ce qui me dresse
> maintenant et qui me rassemble,
> c'est la passion de l'Univers.

Entre el número 9 y el 10, es decir entre julio de 1934 y julio de 1935, *SUR* dejó de publicarse un año. Salió de nuevo en forma mensual con tapas en color y flecha blanca. Son las características que conserva aún y que variarán probablemente a partir de enero 1951, por razones económicas. El papel y la mano de obra han aumentado en un cincuenta por ciento. Los gastos que tiene que afrontar una revista como *SUR* son prohibitivos. Sólo un gran amor a la obra nos impide darla por terminada.

Por otro lado, lo que importa en una revista no es su formato sino su contenido. Lo que queremos salvar es el contenido. El formato de *SUR* era un formato de lujo como el de ciertas revistas europeas (desaparecidas hoy), tales como "Commerce", "Bifur", etc., con papel desperdiciado.

Las revistas literarias de tirada reducida y que no pueden (ni se dignan) aspirar al destino triunfalmente sórdido (desde el punto de vista literario) de un "Reader's Digest", tienen muchas dificultades en esta época (salvo en Francia, quizá). Gentes como el inglés Cyril Connolly y el norteamericano James Laughlin pueden dar fe de ello.

Otro tanto acontece, aunque en escala menor (mucho menor), con los libros nuevos que lanzan a un autor nuevo y de calidad. Un buen libro de un autor desconocido se convierte rara vez, de golpe, en "best-seller". Generalmente, el "best-seller", si lo es de sopetón, no lo es por su calidad literaria.

*SUR* (revista y editorial) se ha dedicado, desde su fundación,

a lanzar autores extranjeros y nacionales que pasaron luego a la categoría de "best-sellers", o casi, en manos de editoriales comercialmente poderosas y que entienden de negocios. *SUR* no fue nunca una empresa comercial sino cultural.

Autores extranjeros como Aldous Huxley, Jung, D. H. Lawrence, Camus, Sartre, Graham Greene, Orwell (no cito más que a los que se han convertido en "best-sellers"), fueron descubiertos al público hispanoamericano por *SUR*.

También ha difundido la obra de Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanuza, Carlos Alberto Erro, Silvina Ocampo y muchos otros. Pero le bastará al lector echar una mirada a la lista de obras y autores publicados en *SUR* para comprobarlo. No perdamos tiempo (y papel) en tales disquisiciones.

En cuanto a la suerte que corren las revistas del tipo de *SUR*, en el mundo entero, veamos un poco lo que opina James Laughlin[1]: "A través de mi experiencia con los libros de "New Directions", y de mis conversaciones con los directores de pequeñas revistas (literarias, se entiende), he llegado a la conclusión de que hay, en los Estados Unidos, unos 25.000 lectores que *de vez en cuando*[2] compran o leen un libro o una revista "highbrow". Por "highbrow" entiendo libros que estén al nivel literario, digamos, de Marianne Moore, Carson McCullers, Tennessee Williams... Veinticinco mil en una población de ciento cincuenta millones". La cifra es realmente lastimosa. James Laughlin (que se refiere siempre a su país con la encomiable franqueza que todos deberíamos practicar, pues las mentiras resultan siempre dañinas) hace notar que en la minúscula Suiza de habla francesa, con sus cuatro millones de habitantes, 80.000 miembros del *Guilde du livre* leen al nivel de Kafka, Baudelaire, Ramuz y hasta de Jarry. El standard europeo es patentemente mucho más alto que el americano.

Nuestro colega del norte cree que la traducción de buenos libros europeos puede ayudarnos y enseñarnos mucho. No todo, claro está. Así habíamos pensado nosotros. Concluye diciendo: "Considero que podremos alcanzar, dentro de tres generaciones, al

1 - James Laughlin, norteamericano, de 32 años, director de "New Directions", escritor y gran esquiador.

2 - El subrayado es mío.

uno por ciento de lectores al nivel de Henry James. Pero esto no se va a producir por obra y gracia del espíritu santo. Requerirá de todos nosotros, los que deseamos el advenimiento de tan modesto milenio, una acción continua y militante."

¿Cómo preparar el advenimiento? Oigamos de nuevo a Laughlin: "Por todos los medios, ayudemos a sostener a las pequeñas revistas [literarias]. ¿A cuántas está usted abonado? Ayudando a las pequeñas revistas le ofrece usted al escritor serio un medio de publicar libremente, sin la censura y las convenciones impuestas por las revistas comerciales".

*SUR* ha trabajado, durante veinte años, en crear la élite futura a que alude Laughlin. No ha tenido otro propósito que el de ofrecer al lector argentino cierta calidad de materia literaria, de acercarlo lo más posible al "nivel de Henry James" que alcanzarán, quizá, de aquí a tres generaciones el uno por ciento de los lectores de los Estados Unidos, según Laughlin.

¿Hemos o no "mérité de la patrie"? El tiempo lo dirá. Es bastante probable que desaparezcamos sin haberlo averiguado. Estos procesos son largos. Pero nosotros somos pacientes... o hemos aprendido a serlo.

Lo principal queda dicho. Sólo quiero ahora agradecer su trabajo o su adhesión a los amigos de la revista. A José Bianco, en primer término, que ha cargado, durante los últimos doce años, con todo el peso de la redacción de *SUR*. No se me escapa lo ingrata que suele ser esa tarea, pues comparto sus sinsabores. Sin las personas que desde el comienzo de la revista se han preocupado de su suerte y le han prestado ayuda, sin las nuevas simpatías que ha provocado en nuevos seres no habríamos llegado, por cierto, a cumplir veinte años, suma de años considerable para una revista. Suma de años que representa otra suma de labor y luchas.

Esa labor, esas luchas ¿habrán sido útiles? El tiempo lo dirá, repito. Para nosotros tenían un sentido, y es lo más que se le puede pedir al trabajo.

San Isidro, 1º de noviembre de 1950.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, oct.-nov.-dic. 1950, 192-194, p. 5-8).

## A LOS LECTORES DE "SUR"

En enero de 1931 aparecía el primer número de una revista literaria. Tenía 199 páginas. Estaba impresa en buen papel fabricado especialmente. Se imprimió en los talleres de F.A. Colombo (Buenos Aires y San Antonio de Areco). Se enorgullecía de no llevar más que tres erratas y veinte ilustraciones. Las ilustraciones eran: un retrato pintoresco del general Santa Coloma con chiripá y galera, montado en un brioso corcel (los generales no montan sino en corceles); dibujos infantiles; un grabado de William Holland *(Mujeres de Buenos Aires);* paisajes de la Pampa, el Tupungato, el Iguazú, Tierra del Fuego; dos dibujos de Picasso; la fotografía de un palo borracho visto bajo dos ángulos; dos paisajes del Brasil; dos fotografías de Víctor Delhez (inscripciones de carros); óleos de Spilimbergo, Basaldúa, Pettoruti; un dibujo de Norah Borges *(Buenos Aires);* un retrato de Ricardo Güiraldes; fotografías del Teatro Total de Walter Gropius. En el número figuraban colaboraciones de Waldo Frank, Alfonso Reyes, Jules Supervielle, Drieu la Rochelle, Eugenio d'Ors, Ricardo Güiraldes, Ernest Ansermet, Jorge Luis Borges, Walter Gropius, Benjamin Fondane, Francisco Romero, Guillermo de Torre, Alberto Prebisch, Enrique Bullrich y yo. Eduardo Mallea (que sólo había publicado en aquellos años sus *Cuentos para una inglesa desesperada*) trabajó como nadie en ese número. Juntos íbamos a la imprenta de Colombo a contemplar el nacimiento de la revista. Discutíamos (¿quién no discute en este país?) Nos hacíamos muchas ilusiones sobre el porvenir de aquella publicación y nos parecía (como les parece a los padres de una criatura) que tendría cualidades desacostumbradas.

La revista costaba dos pesos y el color de la primera flecha de esperanza.

En 1951, festejamos los veinte años de *SUR* —así se le lla-

mó— con un número voluminoso (especial) y muchas fotografías de colaboradores. Este año, para festejar sus treinta años, seremos más modestos, en cuanto a la cantidad, y suprimiremos la iconografía. Tres flechas en la tapa, único lujo que nos permitiremos, señalan cada una diez años de labor.

Dije que en el primer número sólo se encontraron tres erratas. Una de ellas era la siguiente, en la Carta de Drieu la Rochelle: "Hoy un hombre tiene dos patrias" en vez de "Hoy un hombre tiene tres patrias". Las tres patrias eran la suya, aquella en que se nace; su continente; el planeta.

Esto es más cierto en 1961 que en 1931. Y sin embargo... ¡qué recrudecimiento de discordia mundial!

En 1931 observaba ya Drieu: "Un inmenso trabajo de traducción, que apenas se inicia, muele todos los idiomas unos con otros. Un idioma planetario se forma, joven, inhábil y feo. Adiós a los bellos idiomas viejos, de fuertes raíces locales. Siento deseos de inglés, de alemán, de ruso, de español".

El inmenso trabajo de traducción ha crecido fabulosamente en todas partes, y la UNESCO a través de su colección de obras representativas, en su "Conocimiento del Oriente" (con sus series china, india, japonesa) está enriqueciendo al lector occidental en forma que nunca se conoció antes en la historia de las letras. Al lado de este enriquecimiento está, cómo no verlo, el empobrecimiento que acarrean los odios sabiamente cultivados con nuevos instrumentos de propaganda.

Al releer la Carta de Drieu (he releído el número del verano de 1931, íntegro, con "un certain sourire" algo melancólico) encuentro esta definición: "Una revista es un grupo de hombres que se juntan en su juventud y que dicen juntos lo que piensan juntos". Así éramos.

"Una vez que han dicho lo que tenían en común deben separarse. Sin lo cual el grupo humano se transforma en una revista en el sentido literario de la palabra... donde la gente no se vuelve a encontrar por amarse y amar juntos alguna cosa, sino simplemente para escribir, único parecido superficial que entre ellos persiste".

No sé hasta qué punto tiene razón Drieu. Sólo en parte, creo. La etapa de una revista en que se juntan seres jóvenes para decir juntos lo que piensan juntos pasa fatalmente, al cabo de algunos

años. Pero, como en los matrimonios, o en los grandes amores, en las revistas que por un motivo u otro perduran, se crean lazos de una índole nueva, que ya no dependen del ser jóvenes (con todo lo que trae aparejada la juventud) o del estar completamente de acuerdo en los gustos o las ideas. Eso de "escribir" es algo de por sí tan importante, en quienes viven en el mundo mágico de lo escrito, que bastaría, o debería bastar, para unir a los que han "agree to differ" en otros terrenos.

"Al cabo de diez años —nos aconsejaba Drieu—, romped vuestras máquinas, quemad vuestros archivos, y cumplid cada uno por su lado el trabajo empezado en común."

A nosotros no nos han dado tiempo para romper nuestras máquinas. Nos las han robado hace tres meses. No sé si este robo ha de tomarse como una advertencia del destino. El hecho es que hasta la fecha no hemos tomado ninguna medida al respecto (ni la policía tampoco). Seguimos... aunque con menos máquinas.

En este año 1960, en que les estoy escribiendo a los lectores de *SUR* en una máquina que felizmente no llevé a la oficina, hemos tenido la buena fortuna de recibir una noticia que nos llena de alegría: el premio Nobel acordado a un poeta, poeta que lo es por esencia. Ese poeta estuvo en la Argentina este otoño, y se interesó por nuestra tierra y las cosas de nuestra tierra como contados extranjeros suelen interesarse. Su sueño de infancia era conocer nuestra Patagonia, nuestra Tierra del Fuego. Y allí fue. Allí fue y sobrevoló nuestro Mar, "la Mar en nosotros tejida hasta sus zarzales de abismo, la Mar en nosotros tejiendo sus grandes horas de luz y sus grandes pistas de tinieblas".

Sobrevoló el Mar "más alto que nuestro rostro, a la altura de nuestra alma".

A este poeta de minorías, por su saber enciclopédico y su vocabulario que requiere paciencia en el lector (éste, en general, parece reservarla para los criptogramas), sólo le interesa lo humano y nunca vi persona menos amiga de lo abstracto.

Bien está que el premio Nobel haya recaído, hoy, sobre un autor que es pura calidad, sin concesiones de ninguna especie a todo lo ajeno a la poesía.

De otro poeta, muy distinto, tanto por su origen como por su forma de expresión, se festejará en 1961 el centenario. Nacido y muerto en Calcuta, se enamoró también de algo nuestro: el Río de la Plata. En San Isidro escribió un libro de poemas que no ha

sido aún traducido. Cuando vino a la Argentina y fue mi huésped, *SUR* no existía.

En estos dos hombres tan distintos pienso en este final de un año, comienzo de otro: en tantas bocas estarán sus nombres. En tantos diarios y revistas. Eso no fueron para nosotros. Fueron como el árbol, el mar, el cielo que nos acompañan. Eran nuestro paisaje.

Si *SUR* ha nacido y perdurado, es porque cosas como éstas eran el centro de mi vida.

Esta ha sido la razón por la cual *SUR* ha vivido y sobrevivido, no cabe duda. Pero no está de más aclarar que *SUR* ha representado mis manías literarias, mis gustos o disgustos, mis preferencias, mis repugnancias, mis limitaciones, mis entusiasmos sólo en ciertas épocas, en ciertos números. He dado cabida, y muchísima, a manías, gustos, disgustos, preferencias, repugnancias, limitaciones y entusiasmos que no eran los míos. A menudo *SUR* ha seguido un curso que no era precisamente el mío mientras yo estaba pensando en otra cosa y ocupándome de otras cosas. Esto no ocurría al comienzo. Recuerdo aquel primer número en que traté de reunir todo lo que juzgaba digno de interés, y mi pesar de que no apareciera nada de Ortega. Ortega que siempre estaba —me lo escribía— preparando un artículo para *SUR*, porque consideraba que no debía mandar a *SUR* sino algo adecuado. Esta "cautela" tuvo por resultado que Ortega sólo publicara en la revista un artículo sobre el escándalo de las ediciones clandestinas, que nos valió, a él y a mí, los insultos de Pablo Neruda.

En los comienzos de *SUR*, recuerdo mi fastidio cuando Alfred Métraux me dijo, un día, en mi casa de Rufino de Elizalde, tan criticada por su aparente modernidad que hasta quisieron prohibir su edificación: iba a estropear la belleza (?) del barrio (casa que gustaba a Le Corbusier): "Sur es planta de invernáculo. No podrá vivir sin la temperatura en que ustedes la hacen vivir. Esa no es la temperatura del país. *SUR* no refleja sino a una minoría culta. Una minoría de minorías". Métraux no tenía gran aprecio por la "cultura" del país, ni por eso que con frecuencia se suele llamar, y que él repetía agregándole unas comillas mayúsculas, "inquietudes". Hasta que él me lo hizo notar, yo no había observado esa característica argentina: hablar de "inquietudes", significando con la palabra cierto tipo de curiosidades intelectuales, de deseos de entrar en el mundo de las letras o de las artes. Con

un tonito burlón, Métraux comentaba esto de las "inquietudes". Y confieso que no dejaba de irritarme, como si oyese a alguien de mi familia (y yo lo consideraba a Métraux como de nuestra familia espiritual, la única que cuenta de veras, al fin y al cabo) criticar a un pariente pobre. También me irritaba lo del invernáculo. No creía que *SUR* fuera planta que necesitara un clima artificial para florecer.

Hoy día creo que Métraux tenía buena parte de razón. Buena parte, aunque no toda.

Una revista literaria argentina no puede vivir a la altura de una revista literaria europea, de primera calidad, desde luego. Y cuando vive a esa altura es porque está sirviendo de puente entre dos, tres, cuatro o cinco literaturas. Por transfusiones. Esta no es una operación con riesgo de muerte, ni una misión que traicione los intereses de la cultura argentina. Me iré al otro mundo (donde espero verme libre, por lo menos, de estas discusiones zafias e interpretaciones aviesas de un nacionalismo mal entendido y peor practicado) repitiéndolo. Y me iré harta de tener que repetirlo.

Métraux tenía buena parte de razón. Pero no toda.

Si la hubiese tenido, *SUR* no hubiera llegado a los treinta años. No se puede vivir treinta años en un pulmotor.

Para medir los alcances de una revista como *SUR*, conviene siempre tener un punto de comparación. Y ya en el número especial publicado en 1951 recurrí a *Partisan Review*. Hoy vuelvo a hacerlo.

En sus veinte años de existencia, escribía Leslie A. Fielder hace cuatro años, *Partisan Review* no ha podido pasar de los diez mil suscriptores. Probablemente, agrega, el número es considerablemente inferior, hoy día. En realidad, unos cinco mil. Esto con una población de 182.000.000.

Nosotros somos 20.000.000 de argentinos y *SUR* tira cinco mil ejemplares. Hombre, no está tan mal.

La fama de *SUR* en nuestro país y en Sudamérica es bastante parecida a la de *Partisan Review* en EE.UU. Se le reprochan cosas semejantes. Goza de las mismas enemistades aunque no de la misma ayuda monetaria. Recibe los mismos insultos. Por lo pronto, pese a que sus colaboraciones no siempre merezcan esta descalificación (y nos lamentamos de que así sea), *SUR* es una revista "high-brow", francamente "high-brow". Como *Partisan*, sufre las consecuencias que acarrea este tipo de aristocracia en un mundo

devoto de la vulgaridad. Cito a Fielder hablando de *Partisan:* "Ha llegado a ser despreciada sin ser entendida, y a ser aceptada por razones *culturally fashionable* con una ignorancia paralela".

A *SUR* se le acusa de estar a la izquierda; se le acusa de estar a la derecha. Ha deseado independizarse de la política, no por temor de "comprometerse" sino por tristeza de no poder hacerlo a fondo con ningún partido.

Un hijo de Alvarez del Vayo repetía cuando era niño (cosa que nos hacía reír): "Con la política no se juega." ¡Pobrecito! Suponemos que habrá cambiado de parecer.

Con el arte sí que no se juega, aunque se le considere como un juego del hombre: es bueno o malo. *Es o no es.* Esto se sabe en *SUR.*

Se sabe que Pablo Neruda, cuando no se dedica a la propaganda comunista, es un gran poeta. Se sabe que St. John Perse, en otra extremidad del campo de las letras, lo es (se sabía ya cuando casi nadie leía sus poemas). Se supo que Camus era *Camus*, apenas publicado *Calígula*, etc., etc...

Se sabe que el escritor no escribe para el proletariado, ni para la oligarquía, ni para la burguesía. Si el proletariado, la oligarquía y la burguesía lo leen, o se esfuerzan por leerlo, tanto mejor. El escritor escribe. El pintor pinta. Y todo depende de que lo haga bien o mal. Una aristocracia (no la de la sangre o del dinero) lo comprenderá. Estas verdades de Perogrullo puede que no haga falta decirlas en *Partisan Review.* En *SUR*, sí.

Resulta gracioso encontrar en el artículo de Fiedler sobre *Partisan* estas observaciones: "El lector de *P.R. (Partisan Review)* ...siempre se sintió mucho más cerca de París que de —pongamos— Missoula o Montana; y a pesar de que hay un absurdo en ello, también hay algo valioso."

Esta parece ser la suerte común de las revistas americanas (norte o sur).

La situación desventajosa en que se encuentra el artista a medida que avanza la cultura, aún inculta, de las masas es pública y notoria. Tanto en la Unión Soviética como en los EE.UU. —pongo adrede como ejemplos dos grandes países que guerrean— hay que satisfacer a esa masa. Y ya sabemos que las masas se resisten a todo lo nuevo (Bizet, Wagner en su día).

O el escritor escribe en EE.UU. para las masas o no se gana el

sustento (salvo raras excepciones). En U.R.S.S. o está de acuerdo con el *mot d'ordre* o no se publica.

En otros detalles, *Partisan* ha corrido la misma suerte que *SUR*. Leemos: "Un estudio detallado de los altos y bajos económicos de *Partisan Review* podría constituir todo un artículo. Sus cambios de trimestral a mensual o a bimensual, y su vuelta a trimestral; las fuentes y monto de sus avisos; el aumento inexorable de su precio, etcétera, son símbolos de su agitada carrera, así como la necesidad de sus *chief editors* de encontrar un trabajo extra que compense [la modestia de los sueldos]." Esto en la América del dólar.

Otro párrafo que satisfacerá a más de un sureño descontento es el siguiente: "Me ha espantado su genuflexión ante grandes nombres, y divertido la ocasional —y compensatoria— indulgencia con tal y cual; me ha exasperado su adulación a Silone; y alguna vez me he sorprendido jurando entre dientes que si volvía a encontrarme con los nombres de Kafka o Jean-Paul Sartre en la revista quemaría todos los malditos ejemplares que se apilaban."

Silone, Kafka y Sartre llevan en *SUR* otros nombres. Creo que eso es todo.

Dice también Fiedler que cuando los de *Partisan Review* no tienen con quien tomárselas, se pelean los unos con los otros. "They kick each other". También eso conocemos. Los *high-brow* del norte se parecen tanto a los *high-brow* del sur como según el señor Larocque Tinker se parecen los gauchos a los *cow-boys*.

Tanto en *Partisan* como en *SUR* "el choque entre *high-brow* y *low-brow*" ha tomado el lugar y la virulencia del choque de clases.

José Bianco en la revista, H. A. Murena en la editorial están, hoy, desempeñando un papel importante. Son personalidades muy distintas y muy acentuadas. No siempre estoy de acuerdo con ellos, ni ellos conmigo, pero creo que hemos llegado a respetar mutuamente nuestras diferencias.

No sólo de *parecidos* viven los acuerdos y las alianzas.

Y, como dice Fiedler de *Partisan*, reducida a cenizas por sus enemigos, llorada prematuramente por sus amigos, contribuyendo al estado de desesperación de su directora y sus dos colaboradores principales, *SUR*, como *Partisan*, sobrevive.

Sobrevivimos a la manera americana, que no es la europea. Y no nos avergonzamos de esa manera, que incluye el servir de puen-

te entre continentes. La apertura del argentino a la cultura europea (su legítima herencia) ha sido una de sus más preciosas y singulares cualidades. Quieran los dioses que no se la aniquilen.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-feb. 1961, 268, p. 1-7).

# VIDA DE LA REVISTA SUR

## 35 AÑOS DE UNA LABOR

*"El esfuerzo es penoso, pero también tiene valor, más valor aún que la obra en que desemboca, porque, gracias a él, hemos obtenido de nosotros mismos más de lo que teníamos..."*
Bergson: *La energía espiritual.*

El amigo Alberto Salas me ha creado un nuevo caso de conciencia. Acaso no sepa que, sin proporcionármelos él, se me presentan a cada rato. Me ha pedido que escriba la historia de *SUR* para este *Indice* que, gracias a su iniciativa y a la Fundación Franklin, se publica ahora.

Dicen por ahí que las mujeres felices (¿o será las honestas?) no tienen historia. De ser verdad esta mentira, y de poderse aplicar este dicho a las revistas, *SUR* lo contradice no sólo por tener historia (e historias), sino por no haber sido feliz a pesar de haber tratado de ser honesta. Entiendo por honestidad, en este caso, cierta preocupación por lo justo, dentro de las inevitables fallas humanas que se extienden también a las actividades revisteriles.

Lo malo de contar la historia de una revista de 35 años (ya son 36) es que uno olvida muchos detalles. Y sin detalles todo pierde sabor y hasta sentido.

Como ya he repetido hasta el cansancio, pesó más que todo en la balanza un acontecimiento fortuito: la llegada del norteamericano Waldo Frank (el autor de *España Virgen*) a Buenos Aires, en gira de conferencias, y mi encuentro con él y con quien traducía las conferencias del nuevo amigo. El traductor, argentino de 25 años, era autor de un libro de cuentos y redactor de *La Nación:* Eduardo Mallea. Tanto Frank como su traductor decretaron que una revista tenía que nacer de nuestro encuentro. Se necesitaba.

Creían —no me explicaba yo bien la razón de tal creencia— que yo estaba destinada a emprender la tarea. Ya sabemos que a la madre, en todo nacimiento, le toca la parte menos placentera.

Agregaré (aunque Ortega aconsejaba que nunca se subrayara lo obvio) que yo era una autodidacta. La educación que se les daba a las mujeres en mi juventud (reinaban en la Argentina los prejuicios victorianos, más los españoles) era sumamente pobre. En las clases altas, eso sí, las chicas aprendían idiomas con sus institutrices. Menos mal. Cuando empezó la aventura de *SUR* yo ya había publicado, tímidamente, en *La Nación*, algunos artículos. Pero estos "ensayos" en nada justificaban que tomara las riendas de una revista. Fue un caso típico de "por falta de hombres buenos a mi padre lo hicieron alcalde". La improvisación sudamericana en todo su esplendor. Sin embargo, hombres buenos (adecuados a semejante empresa) los había. Pero tal vez se necesitaba alguna otra condición de que los hombres buenos disponibles carecían, sin dejar de ser buenos.

Hojeando un día el Diccionario de la Academia (lectura que tanto me recomendaba Ricardo Baeza, pues soñaba con que yo adquiriera un vocabulario decente y escribiera "judía" en vez de "chaucha", "americana" en vez de "saco", "puertecita" en vez de "puertita", "melocotón" en vez de "durazno", "albaricoque" en vez de "damasco", "bolso" en vez de "cartera"... etc.) di por casualidad con el vocablo "mula" y la definición siguiente: "Cuadrúpedo de unos 12 decímetros de altura, hija del asno y de la yegua, o de caballo y asna. Es menos ágil que el caballo y más que el asno, y excede a entrambos en fuerza y sufrimiento". Esta definición me aclaró providencialmente el panorama. No fue preciso que continuara indagando. Doy por sentado que Waldo Frank y Eduardo Mallea, sin comunicármelo, sospecharon que yo pertenecía a esta raza subalterna de cuadrúpedos. Por ser bastardos no dejan de ser resistentes y de rendir servicios al hombre. Ciertos generales soñaron, incluso, con tenerlos a su disposición para cruzar abruptas montañas inexploradas y adornadas de precipicios (aunque se representa siempre a los generales montados en briosos corceles).

Esa es, por lo menos, mi interpretación del nacimiento de *SUR* y de mi participación en él. No puede haber una más certera por aquello de que "de hombre es errar, de bestia perseverar en el error". Si Waldo Frank y Mallea cometieron un error al elegirme,

yo lo agravé perseverando. Alguna vislumbre de mi calidad de mula tuvo también el Conde de Keyserling, puesto que en una carta del 25 de febrero de 1939 me escribía desde su Darmstadt: "Sí. Lo recuerdo ahora. Creo que usted nació de tarde. Un siete de abril. Por mis cálculos es usted Aries y Capricornio. Un tesón de primera".

Esta, por consiguiente, es la historia verídica aunque abreviada de una revista y de una editorial, contada por una mula solitaria. El decir solitaria no implica negación o desconocimiento de la gran ayuda recibida. Y si no temiera ser mal interpretada, afirmaría que mucho les debo a algunos caballos.

En 1930 fui a Nueva York a conversar y planear la futura revista panamericana con Frank. Era la primera vez que pisaba la tierra de los norteamericanos. Y en junio de ese mismo año, desde el Mar Caribe, escribía a unas amigas que habían de remitirle la carta a Ortega, a quien también la dirigía: "He pasado quince días en Manhattan. He visto Broadway y Harlem... El East River y Wall Street... Brooklyn y los rascacielos y Greenwich Village y el Hudson. He andado en subterráneo y en avión... He visitado Bryn Mawr College. He estado en la Universidad de Columbia y en dos grandes editoriales. En restaurantes lujosos y pobres. En museos. En iglesias de blancos y de negros. En teatros.

"No puedo ponderar bastante a los norteamericanos como individuos: son abiertos, hospitalarios, fraternizan con uno. Individualmente me gustan. Me gusta su sencillez, su ingenuidad... En ninguna parte me han hablado de Argentina con tanta curiosidad y tan fraternalmente.

"Pero a pesar de eso, ahora que he visto lo que he visto, pienso que Sudamérica no les debe ceder ni una pulgada...

"Si mi revista se hace, será dirigida y creada para y por América Latina. Waldo Frank pertenece tanto a América Latina como a su América, espiritualmente. Por eso él y sus semejantes *están* con nosotros. Pero hay algo en el norteamericano corriente, un espíritu de *American Citizens first* que conviene combatir. ¡Me gustan tantas cosas en ese país! Y me disgustan otras.

"Admiro a Stieglitz. Ha hecho para Norteamérica más que Ford, Morgan y Rockefeller... Los primeros Picasso, Cézanne, Matisse, etc., los trajo él y los expuso en su modesto departamento. Quiere a su país amargamente. ¿Dónde —decía Waldo Frank—

hubiera podido recibir un tal caudal de incomprensión? [Es el destino de los Stieglitz argentinos, igualmente].

"Cuando ustedes vean fotos de este gran fotógrafo, Stieglitz, comprenderán lo que quiero decir en cuanto a su significado.

"Sobre la puerta de su departamento (una puerta cualquiera) se leen estas palabras: *An American Place.* Y cuando se entra allí, se siente que ese lugar americano (expresión de un hombre, de su calidad, de su humanidad) es una admirable fase de Norteamérica aún desconocida en el mundo...

"Tengo gran curiosidad por Lima (del Cuzco vino mi gente en el siglo XVIII), ciudad fundada [agregaba para embromar a Ortega] por esa magnífica bestia que debió ser Pizarro. Pizarro con sus 180 españoles, frente a un imperio desconocido de un millón de indios. Pizarro asesino de los incas"*.

Y desde Lima, el 16 de junio le escribo a Ortega directamente: "No puedo explicarte hasta qué punto me ahogan sentimientos contradictorios. Me parece que voy a estallar. Por un lado, los yankis terriblemente eficaces, y a veces limitados (en ciertos aspectos), pero capaces de transformar lugares inhóspitos y hacer que se pueda vivir en los sitios más dejados de la mano de Dios; por otro lado, los panameños, los peruanos [y allí más lejos, al Sur, nosotros] miserables e incapaces en comparación..."

Y el 19 de julio, ya desde Buenos Aires: "Aquí me tienes, querido Meditador, instalada de nuevo en La Gran Aldea... No es precisamente que esté instalada aquí o en parte alguna. Y tampoco se trata de que, como los santos, esté ya instalada en el más allá. No. Claudel le hace decir a Cristóbal Colón: "Je n'ai d'autre pays que la terre de Dieu". Eso digo yo. Ahora es menos cansador que en la época de Isabel la Católica, pero tampoco es un programa que promete sosiego el ser ciudadano de toda la Tierra.

"Estos quince días pasados en Nueva York y este *descendimiento* a lo largo de las costas del Pacífico me han instruido singularmente. Me ha instruido el espectáculo de paisajes lunares como los de Talara, Antofagasta, Chañaral, Mollendo... Permíteme un paréntesis:

* Todos los párrafos de las cartas que cito, escritas en francés a Ortega —menos ésta que, sin embargo, debía serle remitida— los he traducido. Las cartas pertenecen hoy al archivo de la familia Ortega. De todas ellas me mandaron copia. Lo que va entre corchetes son agregados actuales.

"Al cabo de una hora de paseo por las calles de Antofagasta, volví al Santa Clara y me encerré en el camarote. Puse un disco de Debussy y metí la cabeza en el fonógrafo. Durante una hora escuché. No he sentido síntomas de puna al atravesar la Cordillera. Pero sentí los efectos de este mal en Antofagasta y en los puertos que dan al Pacífico. Debussy = Oxígeno = Europa.

"Sigue ahora el paréntesis con otra historia. Waldo Frank me contó que un francés, el marqués de no sé cuántos, lo invitó un día, junto con Chaplin, para mostrarles fotos de hombres sometidos a la tortura, en China. Las había traído de un viaje a Oriente. El francés miraba las fotos con frialdad de esteta y hacía notar detalles: "¿Han observado ustedes el pliegue de los párpados?, etc.". Waldo Frank se apiadaba del género humano. Pero Chaplin, después de contemplar esos cuerpos y esas caras devastados, con una especie de estremecimiento y espanto, se puso de pie y empezó a caminar por la sala de arriba a abajo mascullando: "Así es la humanidad. Y si es así, que reviente. Que reviente, que reviente. No merece otra cosa. Que la torturen, que la desgarren". Toda su piedad, su horror se volvían cólera, rebelión y crueldad. Yo lo comprendo. En Panamá, cuando veía de un lado el milagro del Canal, la limpieza florida de los barrios yanquis con su césped regado y las heladeras blancas (símbolo de la civilización norteamericana) que se entreveían por las ventanas; y del otro los malos olores, las vestimentas de la gente, sus casas, la soñolencia, la inercia, el desaseo que por puertas o balcones parecían volcarse en la calle... recordaba la reacción de Chaplin: "Si no valemos más que para esto, peor para nosotros. Reventemos", pensaba.

"...El paisaje desértico de nuestra América del Sur, el de Talara, Mollendo, etc., se parece bastante a su paisaje literario... Exagero para que me entiendas. Por eso siempre tendré aquella necesidad de meter la cabeza dentro de Debussy que me asaltó en Antofagasta. Higiene respiratoria.

"Desde luego, no han de confundirse el Viejo y el Nuevo Continente. Las cosas no pueden pasar allí y aquí del mismo modo.

"Cuando nombraron a Bolívar teniente-coronel de las milicias, en 1810, nadie en Europa hubiera aceptado semejante teniente-coronel. La prueba es que al verlo ostentando ese grado, ganas le dan de reírse a Miranda y de exclamar: "¡Teniente-coronel! ¡Miren ustedes qué caradura!" o algo por el estilo. Miranda soñaba con ir a la guerra al mando de regimientos bien disciplinados y de

tener una guardia como la de Federico el Grande. Bolívar era jefe de *banda*, tomaba sus hombres donde podía y sólo buscaba la exaltación y el coraje. Bolívar estaba en lo cierto. En aquella época no se podía pretender otra cosa en América y para América.

"¿No lo crees? Por otro lado la historia ha dado una contestación categórica.

"Cuando hablo de hacer una revista (se terminó el paréntesis), comprendo que te sientas mucho más asqueado que Miranda ante el ejército desharrapado que se le presentó en Caracas. Pienso como tú que ese ejército que ni sabía marcar el paso necesitaba oficiales instructores. Siento más que tú hasta qué grado es imposible improvisar una cultura. Etc., etc. En una palabra, padezco a América por una buena razón: soy americana.

"He aquí mi proyecto: publicar una revista que se ocupe principalmente de problemas americanos, bajo varios aspectos, y donde colaboren los americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen en América. El *leitmotiv* de la revista será ése pero, naturalmente, tratará también otros temas.

"Espero que en el primer número se publique tu meditación sobre los *Guarangos*. Es lo que más deseo...

"Pero necesito [además] tu ayuda, tus consejos... No me digas que no...

"Después de un año, veremos qué resulta. ¿Qué opinas, Miranda? No. No me creo un Bolívar, pierde cuidado.

"En primer lugar, te diré que tienes un deber moral hacia nosotros, en tu calidad de español. Muy bien estaba [le embromaba yo a Ortega] eso de enviarnos Pizarros y Corteses que se entretenían matando indios de la noche a la mañana, interrumpiéndose sólo para hacer la señal de la cruz. Muy bien eso de que hayan mandado aquí cuanto bandido y aventurero les molestaba en España. Pero ha llegado la hora del karma. En parte son responsables ustedes de lo que por aquí ocurre. No son inocentes. Y por eso somos, con ustedes, susceptibles y rezongones".

Y el 23 de julio le escribía, siempre a Ortega: "Así como Juana *oía* voces, yo *veo* cada vez más claro lo que será o *podría* ser la revista. Norteamérica no intervendrá para nada, estáte tranquilo. Quiero decir, no de manera absurda, como pensabas. Tendremos allí colaboradores como en Europa, nada más".

Estas explicaciones eran sin duda contestación a una carta de Ortega del mismo año en que decía: "Creí que tu viaje a Nortea-

mérica y ese proyecto de revista panamericana eran cosas fulminantes. Por muchas razones me parecía grave esa resolución. Espero que me abras un crédito para juzgar por anticipado esas razones tal vez erróneas pero de algún peso y complejidad. Se trata de ver un poco claro en la situación de Europa y América que, a mi juicio, se interpreta radicalmente al revés de lo que fuera acertado. Todo el mundo parte, como de dos supuestos indiscutibles, de estas dos proposiciones: Europa está en decadencia — América está en auge. Como a mi juicio ambas son no sólo dos radicales errores sino dos errores ingenuos, claro es que me parece deplorable equivocación cuanto se derive de ellos como de dos axiomas."

Sospeché que las líneas finales podían ser una manera elegante de advertirme lo que pedestremente traducía yo por: "¡Ojo! Vas a meter la pata". Desde luego, esta velada amonestación se me clavó y ni con pinzas me sacaba la espina.

"El suponer que pensabas atrocidades de la revista me desvelaba", le escribí.

"Aquí, *SUR* ha sido acogida como si todas las semanas salieran revistas semejantes. Han dicho que 'bien podía pagarme ese lujo'...

"Cada uno ha contribuido a dar esta impresión, con su palabrita venenosa. Pero me importa un comino. No... la verdad es que me importa, *¡hélas!* Sé que no tengo que contar con la adhesión de la gente, puesto que me he propuesto *gustarme:* eso significa no gustarles a ellos. Sin embargo la hostilidad prevista me sorprende y me hiere, me irrita y me deprime".

*SUR* empezó su vida en un modestísimo cuartito de mi casa que servía de Redacción y Administración. Ahí nos juntábamos con Eduardo Mallea y nuestro excelente y activo secretario Guillermo de Torre. La empresa no contaba con otro personal. Era un *SUR* hogareño. Cuando me mudé por un año a la Avda. Quintana, *SUR* me siguió allí.

Un día se me ocurrió pedirle a mi madre que me dejara ocupar un local que servía de depósito de muebles viejos y cachivaches, en la calle Viamonte. Me lo prestó. Ese fue el tercer domicilio de *SUR*, no muy brillante. El cuarto domicilio, más ambicioso, fue el primer piso de la esquina de Viamonte y San Martín, casa vieja que unos inquilinos irlandeses dejaron llena de vigorosas pulgas. Previa desinfección y refacciones indispensables nos instalamos allí. Allí vivieron (pues sobraban dos cuartos), en distintas épocas,

Roger Caillois, Martínez Estrada, Baeza, William Walton (el músico inglés) y varios estudiantes ingleses que llegaban bajo el ala protectora de Sir Eugen Millington Drake. Allí velamos a Fani (de quien he hablado ya en *Testimonios*), Estefanía Alvarez, una criada asturiana que pasó cincuenta años con nosotros y que queríamos como a un miembro de la familia. No sabía leer y era hija de un minero de Trubia. Allí nos hicimos mala sangre de lunes a viernes, en todas las estaciones. Allí nos correspondió el honor de tener un agente de policía en la puerta, o vigilando la entrada. Nada había que vigilar y perdía el tiempo este guardián de la seguridad pública. Esto ocurría, naturalmente, durante la segunda tiranía. Allí se presentó la policía con orden de allanamiento y registró cajones y papeluchos de una lamentable inocencia. Allí (como si no existiera para eso la policía) me robaron máquinas de escribir, libros con y sin dedicatoria, medallas de bronce y hasta la perilla del mismo metal que adornaba la escalera. También una colección (que lloro) de fotos de todos los escritores famosos de la época, incluso los argentinos, fotografiados por Gisèle Freund. La verdad es que la gente entraba y salía de aquellas oficinas como Pedro por su casa. Todos estos percances ayudaron a que me encariñara con aquella casa llena de goteras y chiflones. Me costó dejarla para que la echaran abajo y construyeran la que hoy ocupa su lugar y a la que ha regresado *SUR* después de pasar varios años en Tucumán 685, a dos cuadras.

Esto en cuanto a los domicilios. Pasemos a otro capítulo.

El Consejo Extranjero de *SUR* estaba compuesto por el dominicano Henríquez Ureña, el mexicano Alfonso Reyes, el italiano Leo Ferrero, el francés Drieu la Rochelle, el español Ortega y Gasset, el uruguayo-francés Jules Supervielle, el norteamericano Waldo Frank, el suizo Ernest Ansermet. Todos amigos personales míos. En el Consejo de Redacción estaban Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre. Pero Mallea, iniciador de *SUR* y de Torre, secretario, ocupaban un lugar mucho más importante que el de simples consejeros: juntos hacíamos la revista.

En su *Carta a unos desconocidos* nos recomendaba Drieu la Rochelle en el primer número: "No es necesario decir: cantaré el amor argentino. Es necesario decir: cantaré el amor. Sólo más

tarde se advertirá que vuestro canto de amor sonaba de una manera que no se oye más que en Argentina..."

Y Ricardo Güiraldes, en una carta a Valéry Larbaud se lamentaba: "Los horizontes que se me abren a cada paso harán que siempre esté como un pobre empampado, buscando el rumbo con la ilusión de verlo en todas direcciones..."

La carta era de 1921. Cuando apareció *SUR*, Güiraldes había muerto hacía poco, pero después de sentir que encontró su rumbo.

Borges ya estaba como enamorado de las esquinas rosadas, de los patios, y curioso de la felicidad de

> "...el hombre ganoso
> de divertirse a balazos",

de que habla Ascasubi. En aquel primer número le dedicó unas páginas al Béranger del Río de la Plata (así llamó a Ascasubi). Le pedí, además, una nota sobre las inscripciones de los carritos repartidores de pan o leche. Borges ya tenía la maestría y la gracia habituales que tanto tiempo pusieron los extranjeros y sus compatriotas en reconocerle.

Waldo Frank eligió como tema el Brasil. "Del Brasil —decía— deberá surgir, si es que esto ha de suceder en alguna parte, la cultura tropical del Nuevo Mundo." Supervielle nos contaba con entusiasmo su viaje a Ouro Preto. Ansermet abordaba el problema del compositor americano. Gropius nos daba un *aperçu* de lo que para él era un teatro moderno. Eugenio d'Ors estudiaba a Picasso y entre las reproducciones de ese pintor que ilustraban su artículo iban unas fotos de ese árbol nuestro, torcido, barrigón y espinoso, de preciosa flor rosada, llamado palo borracho. Alfonso Reyes, en una nota de una perspicacia nunca bien ponderada, *Un paso de América*, enumeraba las "fatalidades concéntricas" de nuestra parte del Nuevo Continente. Ya que se era americano —decía— otro *handicap* en la carrera de la vida era ser latino... Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El pobre león hacía tiempo que andaba con el rabo entre las piernas... Dentro del mundo hispánico —proseguía— todavía veníamos a ser dialecto, derivación, sucursal otra vez... De todas estas calamidades íbamos emergiendo lentamente —creía Reyes—. Y yo aplicaba a nuestra América del Sur lo que me dijo

Stieglitz, mirando desde una ventana de su casa los rascacielos de Manhattan: "Is that beauty? I don't know. I don't care. I don't use the word beauty. *It is life.*"

También era "vida", aunque nadie lo tomara en serio, este primer número de *SUR*.

El joven Eduardo Mallea no apareció en este número inicial. No recuerdo los motivos, pero supongo que se lo habría pasado cavilando sobre si estaba o no definitivamente *a punto* su cuento. Era ya un escritor de trato difícil para un director de revista o un editor.

> **Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage,**
> **Polissez-le sans cesse et le repolissez...**

era poco para él. Resultaba más papista que el Papa Boileau.

El cuento que apareció en el segundo número se titulaba *Sumersión*. En este título estaba en germen el tema de la América invisible, y era una definición, casi una confesión. Nuestra capital aparecía como uno de los principales protagonistas del cuento: "Un enorme silencio humano gravitaba sobre la ciudad". Este enorme silencio humano (pese a la abundancia de la obra posterior de Mallea y a los distintos aspectos de la pasión argentina por él expresados) parece manar siempre de este hombre, como la sangre de una herida.

Después de un año de existir *SUR*, encuentro este comentario en una carta que le escribo a María de Maeztu: "Imposible ir a Biarritz, aunque necesitaría hablar con usted. Tengo la impresión dolorosa de haber pasado un año trabajando en el desierto, para el desierto. No sé lo que les parece la revista a las gentes de quienes más me importa... Estoy deprimida. Y no se imagina usted lo mucho que he trabajado contra viento y marea".

Como *SUR* daba un serio déficit, Ortega me aconsejó que *publicara libros para amenguarlo*. Su experiencia de la *Revista de Occidente* le había demostrado que los libros podían equilibrar las finanzas de una revista. La idea me pareció brillante y la puse inmediatamente en práctica. Pero, desde el saque, elegí (porque me gustaban) obras que otras editoriales no se atrevían a publicar por lo voluminosas y el riesgo de perder dinero que implica-

ban. Por ejemplo, *Point Counter Point* de Huxley, *Tipos Psicológicos* de Jung y *Kangaroo* de D. H. Lawrence.

Otra carta a María de Maeztu se refiere a esta primera etapa de la Editorial (Espasa-Calpe servía de intermediario). Está fechada el 16 de diciembre de 1931: "¿Puedes hacerme el favor de decirles en Calpe que no dejen de escribir inmediatamente a los editores de D. H. Lawrence, Virginia Woolf y Katherine Mansfield para pedir los derechos de sus obras? De D. H. Lawrence quiero traducir *The man who died* y *Kangaroo*. Aldous Huxley escribirá tal vez un prefacio para *The man who died*... Mallea y yo pensamos hacer la traducción de la obra. El editor de D. H. Lawrence es Curtis Brown. Yo lo fui a ver con Aldous, y le avisé que Calpe le escribiría para arreglar los términos del contrato. En cuanto a Katherine Mansfield, me gustaría que le pidieran a Middleton Murry (pueden escribirle a la revista *Adelphi*) una selección de sus mejores cuentos. Yo ya le he hecho hablar del asunto por Mr. Rees. Así que pueden decirle que V. O. ha conversado *à ce sujet* con su amigo Rees. Sé que John Pinker (editor a quien compré y pagué ya los derechos de *Point Counter Point*) tiene también dos libros de Mansfield. Pero yo prefiero que Middleton Murry elija los cuentos. También se le podría pedir un prefacio.

"Para el asunto de Virginia Woolf hay que invocar el nombre de T. S. Eliot con quien me vi en Londres. Yo no sé qué sería mejor traducir de Virginia Woolf. *Mrs. Dalloway* ha sido traducida al francés y creo que *Orlando* también. Huxley me recomienda su último libro y Sylvia Beach *A room of one's own*. ¿Por qué no le preguntas a Marichala qué opina?"

"En todo caso Calpe debe escribir *enseguida* estas cartas. Y también a Sylvia Beach, para los derechos de *Exiles* de Joyce. Valéry me propuso traducir *Regard jeté sur l'Europe*. Calpe puede dirigirse a Stock [Delamain et Bouteleau]. Pregúntale a Ortega si no le parecería mejor hacer una selección de Valéry."

También encontré una carta de Espasa-Calpe sobre el mismo asunto fechada el 22 de diciembre de 1931. María se había dado prisa*.

* (Carta de Espasa-Calpe a María de Maeztu)
Madrid, 22 de diciembre de 1931
Señorita María de Maeztu
Miguel Angel 8
Madrid

Distinguida señorita:

Obra en nuestro poder la carta de Doña Victoria Ocampo que recibimos por mediación de Ud. y de cuyo contenido quedamos impuestos.

Coincidiendo con el citado escrito hemos recibido, procedente de Londres, carta de James B. Pinker & Son y otra de Curtis Brown.

Por la primera se nos comunica que Doña Victoria Ocampo ha adquirido los derechos de traducción de la obra *Point Counter Point*, de Huxley, habiendo satisfecho la cantidad de libras 15 por dicha adquisición. En unión de dicha carta se nos ha enviado el correspondiente contrato editorial por duplicado, firmado por el autor de la obra. Tenemos pues a la disposición de la interesada dicho contrato.

Con la segunda carta se nos avisa que Doña Victoria Ocampo se halla también interesada en los derechos de traducción de las obras *Kangaroo* y *The man who died*, precisamente los 2 libros que cita la interesada en su carta que nos ha mandado Ud. y así es que ya podemos indicar los derechos en cuestión que son como sigue: para *Kangaroo* un anticipo de libras 25, a cuenta de un dividendo de 10 por ciento, y para *The man who died*, libras 20, a cuenta de 10 por ciento de dividendo.

Hemos escrito a las 2 direcciones de Londres que facilita la señora para pedir los derechos de traducción de las obras en cuestión y tan pronto como hayamos tenido contestación volveremos sobre ese particular.

Como quiera que todas estas obras son para la editorial que tenemos entendido proyecta hacer Doña Victoria Ocampo, hemos enviado copia de la presente carta a nuestra Delegación de Buenos Aires con la indicación de dar a conocer su contenido a la interesada para poder resolver sobre los diferentes puntos que se tratan en la misma.

ESPASA CALPE S.A.

Estos fueron los primeros pasos que di en materia de publicación de libros. Había estado en Londres para hablar con los interesados. Sylvia Beach (la norteamericana que tanto se desveló por Joyce y que tenía una librería, "Shakespeare & Company", en la rue de l'Odéon, París, junto a la de su amiga Adrienne Monnier) me dio mucho ánimo y Adrienne también. Estas dos admirables mujeres; monjas de las Letras, se consagraron a la causa de la bue-

na literatura y han sido un ejemplo de intuitiva inteligencia y generosidad.

Virginia Woolf —cuando la conocí personalmente en 1934— me infundió fe en lo que yo podía hacer, igualmente.

Por una carta del 11 de abril de 1934 a María de Maeztu, veo que aquello de editar libros no era remedio eficaz para nuestras finanzas: "Ortega se burlaba un poco de la cantidad de dinero que se tragaba *SUR*. Pero te advierto que las ediciones de Espasa-Calpe me cuestan mucho más... Ahora estoy segura de que es un negocio ruinoso y de que no se puede imprimir en Madrid y vender en Buenos Aires... El libro de Federico García Lorca que hemos hecho imprimir en Buenos Aires, *Romancero Gitano*, nos ha dado un margen de ganancia suficiente para pagar los gastos de imprenta. No pedimos más."

Debo señalar que, además de las preocupaciones de diversa índole, hubo en *SUR* entremeses cómicos para matizar. No todo era drama. Nos reíamos en grande. Un empleado de *SUR*, buena persona, aunque admirador del nacional-socialismo, dejándose llevar por un arranque de entusiasmo escribió a no sé quién en la Embajada Alemana pidiendo un retrato autografiado de Hitler. Este hombre cumplía sin pena ni gloria con trabajos subalternos que no exigían el menor desgaste de materia gris. Pero la propaganda nazi estaba tan bien organizada que ni siquiera perdía la ocasión de contentar a cualquier *hincha* del régimen, por insignificante que fuera. La prueba es que un buen día nuestro empleado recibió, según parece, la visita de un secretario de la Embajada que le llevaba la fotografía pedida. El obsequiado, enloquecido de júbilo al verse distinguido de tan notoria manera, se cuadró y juntó los talones con un golpe seco y tan violento que se rompió militarmente un tobillo. Tuvo que quedarse un tiempo en su casa, hasta que se compuso el desperfecto causado por un exceso de *Hitler über alles*. No nos dio demasiada lástima.

Otra persona que trabajó en el mismo tipo de tareas, viendo lo mal que nos defendíamos económicamente, nos propuso, por carta y en serio, un plan de "recuperación" que consistía en rifar, dos veces por año, un traje de gran casa parisiense, un perro de *pedigree* y una billetera con dinero adentro. De puro idiotas nos

reímos toda una semana; la idea no era tan descabellada. Las gentes prefieren a menudo un número de rifa a un buen libro que nada promete, fuera de su lectura.

Nuestro presupuesto para la propaganda era nulo. Y nadie se hubiera roto, no digo un hueso, una uña al recibir gratis un ejemplar de *SUR* autografiado por el Comité de Redacción y los más ilustres colaboradores de la casa.

En la época en que nos mudamos a Viamonte 548, Carlos Reyles (hijo) se encargaba de la administración y de las *public relations*. Para lo segundo no tenía la paciencia ni la sonrisa estereotipada necesarias. Su genio efervescente, el no aguantar pulgas, se avenía mal con esta clase de funciones.

A las revistas suelen presentarse excéntricos, o tipos prepotentes. Por lo menos esto ocurría en *SUR*, y ocasionaba incidentes de mayor o menor gravedad. La oficina de Viamonte 548 era un cuarto más largo que ancho. Lo hice dividir por un tabique de madera endeble (lo más barato que encontré). En el primer cuarto (con puerta al segundo) estaba Reyles, en el segundo yo. La administración actuaba así como filtro. Una tarde entró un señor de nombre y nacionalidad inciertos, tirando a alemán. Quería verme a todo trance sin explicar el motivo de su visita. Después de repetirle Reyles varias veces que ese día no podía yo atenderlo y que dejara escritas unas líneas que me entregaría, el diálogo subió de tono y terminó en un pugilato. Los dos pugilistas rodaron por el ring, entre papeles, libros y escritorios, hasta las cuerdas. Casi echaron abajo el tabique endeble. Yo me refugié en el cuarto vecino donde estaba —en esa época— la oficina de la Administración Ocampo. El administrador, que en paz descanse, era ya muy viejo, y tenía un *hobby:* la versificación. Pasada la hora de su trabajo solía quedarse solo en la pieza, recitando en alta voz sus composiciones. Era de origen francés y muy antinazi. Su poema favorito empezaba así:

**Allons messieurs les allemands,**
**Remplissez vos engagements,**
**Vous avez déclaré la guerre**

**D'une façon fort téméraire...**
**Et voulu détruire la France**
**Y mettant toute votre science.**

Como el horario de nuestra oficina se prolongaba más que el de la suya, siempre oíamos estas letanías que pasaban a través de la puerta. Los no iniciados en el misterio preguntaban: "¿Hay gente al lado?". La tarde del pugilato estaba recitando sus versos sin inmutarse por el barullo.

Tuvo siempre la discreción de no pedirme que publicara sus poemas y los publicó pagándose la edición. Conste que no "versificaba" por contagio. En épocas muy anteriores a *SUR* ya había adquirido esa mala costumbre.

Hasta el Paraíso es jerárquico, según Dante. Y esto que proclama *La Divina Comedia* es simbólico. Ya sabemos que podemos errar en nuestras apreciaciones. Proust fue rechazado, al comienzo de su carrera, por la *N. R. F.* Esto no le impidió salir a flote, como no podía dejar de suceder. Lo que nunca sucede es que un escritor mediocre se transforme en un gran escritor por el hecho de haber sido acogida su obra en una editorial de fama.

En el dominio político, *SUR* tuvo siempre la misma línea liberal. Siempre estuvo contra las dictaduras y los totalitarismos de cualquier índole. Fue decididamente antitotalitaria, sin por eso olvidar un instante los valores eternos de las admirables naciones que tuvieron que padecer semejante enfermedad. En el dominio literario *SUR* puso, por encima de todo, la calidad del escritor, cualesquiera fuesen sus tendencias. Las Letras no tienen nada que ver con el sufragio universal, ni con la democracia, ni con la caridad cristiana: o se vale o no se vale. Es una ley muy dura. Inconmovible. Se aplica a todas las artes. Muchos no quieren hoy admitirlo. Por eso es tan poco grato llevar encima la responsabilidad de una revista; revista que no se pretende infalible, pero que obedece a su ley.

El publicar en Argentina libros de calidad tampoco nos salvó de las angustias económicas. Al no comportarnos como una empresa comercial sino cultural, estábamos de antemano condenados a ello.

Evidentemente, *SUR* no había nacido bajo el signo de los negocios suculentos. Viendo esto, María de Maeztu, diez años después de nacer mi editorial, se alarmó y creyendo arreglar las cosas me puso en contacto con un financista catalán interesado en organizar una editorial. Era la época de la guerra civil española. De inmediato —debido al antitotalitarismo franquista de *SUR*—

BIBLIOTECA NACIONAL

surgieron dificultades políticas. *SUR* tenía fama de comunistoide entre los conservadores (entre la oligarquía) y de fascista entre las izquierdas. Tratamos de llegar a una convivencia pacífica con el financista catalán. Dijimos: "Let's agree to differ". Nos empeñamos en establecer una línea de demarcación. Hasta allí podríamos llegar nosotros, hasta otro allí los nuevos socios. Con este espíritu se fundó la Editorial Sudamericana (a la que pasó el fondo editorial de *SUR*). Pero a poco andar las incompatibilidades surgieron, violentas. Me separé de la Sudamericana que quedó fundada y siguió prosperando, sobre todo cuando llegó Antonio López Llausás. Entre tanto, las cuestiones políticas (en lo que se refiere a España) fueron apaciguándose *en cierta medida.* Pero ya era tarde para impedir nuestro divorcio. Y tendrían que pasar muchos años antes de volver yo a esa gran Editorial de cuya fundación fui, por lo menos, el principal pretexto. El nombre de Sudamericana nació de la imposibilidad de seguir llamándole *SUR* a la Editorial porque esta palabra tenía un dejo revolucionario e iconoclasta... Los libros de Mounier y Maritain publicados por *SUR* no recibieron el *imprimatur* de la nueva Editorial.

Esta fue una de las tantas vicisitudes por las que atravesó *SUR.* Desde luego hubiera podido pactar, pero no cabía dentro del espíritu de *SUR* hacerlo. Si seguimos existiendo como revista y editorial es quizá porque las lecciones recibidas y nuestros esfuerzos no han sido vanos. Ahora sí que subrayo lo obvio: un plural. Al hablar de esfuerzo me refiero al de todas las personas que sucesivamente o simultáneamente han trabajado y colaborado en *SUR.*

En primer orden Eduardo Mallea, sin cuya insistencia no hubiera aparecido la revista. Su dedicación a la tarea de poner en marcha y mantener en marcha esta empresa cultural fue completa y totalmente desinteresada. *SUR* le debe tanto a su ayuda, durante los primeros años (los más difíciles y brillantes), que sólo es justo afirmar que sin ella no hubiera subsistido.

Guillermo de Torre fue el primer e inmejorable secretario nuestro. *SUR* lo recordará siempre con la gratitud que merece.

A partir de 1938 hasta 1961, José Bianco como Secretario de Redacción prestó servicios que siempre valoraremos grandemente. Su buen gusto, su *flaire* literario son poco corrientes e inapreciables en una revista de la índole de la nuestra.

Durante un largo viaje de Bianco a Europa lo reemplazaron sucesivamente Borges, Lida, Pezzoni, Sábato. En 1951, un nuevo socio, Juan Goyanarte, se ocupó de la Editorial. Por motivos relacionados con un distinto criterio en algunos asuntos, salió de

*SUR* (Editorial) y fundó su revista. Alberto Bixio tomó entonces la gerencia y después de su retiro (se fue a radicar a Córdoba) H.A. Murena lo reemplazó y se quedó en el cargo desde 1957 hasta 1966. Por su iniciativa se publicaron en *SUR* la Colección de Clásicos Argentinos, la titulada "Tercer Mundo" (cuyo título abandonaremos, porque olvidaron registrarlo y otra persona lo tiene) y la de Estudios Alemanes.

Cuando José Bianco salió de *SUR* (1961) entró en la revista, como Secretaria de Redacción, María Luisa Bastos, cuya eficaz colaboración es digna del más sincero elogio.

El nuevo convenio que hemos hecho con la Editorial Sudamericana para la distribución de nuestros libros, obedece a las ventajas que ofrece el trabajar en estrecha colaboración con una empresa cuya maquinaria administrativa está montada en gran escala. La medida fue tomada por esa razón.

La revista seguirá apareciendo, fuera de un convenio que sólo rige para la Editorial.

Me parece necesario señalar el reciente ingreso de un nuevo miembro al Comité de Colaboración de la Revista, por lo que significa: Mildred Adams, escritora norteamericana familiarizada con nuestro idioma, nuestra literatura y nuestros países, por los que demuestra una comprensión y una curiosidad poco comunes. Ha seguido con fiel interés nuestra aventura editorial.

Si entramos en el capítulo de la fidelidad, es preciso que deje aquí inscripto el nombre de María Rosa Oliver. Hemos navegado en aguas borrascosas sin que por eso se haya empañado un límpido afecto fraternal. Data de la fundación de *SUR*. Tal vez de bastante antes. Con María Rosa (y ella lo señala en sus *Recuerdos*) hemos hablado horas de *SUR* antes de que existiera. Y hasta hemos elegido los colores de esa flecha cuya punta hemos tenido buen cuidado de no clavarnos mutuamente. ¡Ay! no siempre nos hemos librado de otros arqueros. Y a menudo he sido el San Sebastián de mi flecha.

¿Qué más puedo contar de *SUR* que no se desprenda de la lectura de este *Indice*? Nuestra revista y nuestra editorial han hecho conocer gran cantidad de escritores de todos los países en una época en que no era tan corriente como ahora hacerlo. A veces se ha

BIBLIOTECA NACIONAL

adelantado *SUR* a publicar europeos antes de que llegaran a la gran fama que luego alcanzaron en su propia patria. Tales fueron los casos de Caillois, Camus, Michaux, casi Malraux... En los dos primeros tercios (1931-1957) de la vida de *SUR*, han aparecido en sus páginas los nombres de los ensayistas, novelistas y poetas de mayor fama mundial*. Mi entusiasmo ha sido siempre tan vivo que he traducido yo misma a Camus, a T. E. Lawrence, a John Osborne, a Dylan Thomas, a Lanza del Vasto y a todo el teatro de Graham Greene.

Esto por una parte. Por otra, *SUR* ha tratado no sólo de introducir en América del Sur, durante 36 años, lo mejor de las letras mundiales. Ha intentado recorrer un camino inverso. Es decir, llevar lo nuestro al extranjero. Ha servido de puente entre Europa y nuestros escritores. Con perseverancia ha contribuido a hacer conocer lo que se destacaba en Argentina. Esto no sin muchas difi-

---

* En el número triple de *Sur* festejando sus veinte años (1950), escribe entre otras cosas, Guillermo de Torre en su "Evocación e inventario de *Sur*": "...prefiramos recordar algunas prioridades de *Sur* en el campo internacional. Aquí, a poco de publicarse en el original alemán, y aunque fuera tomándolo de una versión francesa, apareció la primera versión castellana de *¿Qué es metafísica?*, de Heidegger; aquí Benjamín Fondane, Gouiran, Ferrater Mora, Erro, Astrada, Fatone y otros comentaron, desde hace años, la filosofía existencial; aquí se glosó, madrugadoramente, por Charles Duff, a Joyce; Malraux anticipó su presentación de *El Amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence; lo mismo que años más tarde se vertería un texto importante de Sartre sobre su filosofía, otros de Mounier sobre el personalismo y un conjunto de colaboraciones superrealistas.

Pero estas anticipaciones de obras, figuras y tendencias son quizás aún más abundantes en los libros que desde 1933 comienza a publicar *Sur*, desdoblando así la acción de la revista. De esta suerte le correspondió dar el primer Aldous Huxley en castellano, que sigue siendo su obra maestra, *Contrapunto;* el primer D. H. Lawrence, *Canguro;* el primer Malraux, *La condición humana;* el primer Joyce, su drama *Exilados;* los primeros Virginia Woolf, *Un cuarto propio, Orlando* y *Al faro;* el primer Chestov, *Las revelaciones de la muerte;* el primer Michaux, *Un bárbaro en Asia;* los libros de T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría* y las *Cartas; Tipos psicológicos*, de Jung: *Luz de Agosto*, de Faulkner, etc. En cuanto a los autores de nuestro idioma, las ediciones de *Sur* dieron tres de los libros iniciales y más significativos de Mallea, *La ciudad junto al río inmóvil, Nocturno europeo* e *Historia de una pasión argentina; Tala*, de Gabriela Mistral; *Las vísperas de España*, de Alfonso Reyes; *Testimonios*, de Victoria Ocampo; *El cólera azul*, de Ramón Gómez de la Serna; *Tiempo lacerado* y *Diálogo existencial*, de Erro; *El jardín de senderos que se bifurcan* y *Ficciones*, de Borges; una reedición del *Romancero gitano*,

cultades. Recuerdo la indiferencia con que me escucharon los directores de las mejores revistas literarias norteamericanas cuando les recomendé a Borges y les aconsejé que lo tradujeran. De esto hace la friolera de treinta y pico de años. Y el Borges de entonces valía tanto como el de hoy.

La larga estada de Roger Caillois en *SUR* (4 años)* como huésped de la revista hizo no poco para que nuestros mejores autores salieran de un injusto anonimato. Caillois, hoy director de la revista *Diógenes*, dirige también en Gallimard una colección llamada "Croix du Sud" y sigue revelando en ella al lector francés los escritores de toda América Latina. Pero no sólo Caillois y Francia acusan un cambio en ese sentido. Empieza a despertarse en las regiones del mundo más lejanas un interés por nuestras Letras. Vemos traducciones al alemán, japonés, inglés, italiano, dinamarqués, etc., de aquellos soldados desconocidos que combatían desde *SUR*. No pretendo, ni mucho menos, que este cambio se deba exclusivamente a *SUR*. Digo que *algo* ha hecho *SUR* para obtenerlo y estimularlo.

En esto he sido más afortunada que Manuel Aguirre, mi bisabuelo. El reconocimiento de nuestra Independencia que a él no le concedió Monroe en 1817, cuando llegó a Washington en misión confidencial (enviado por San Martín, Pueyrredón y O'Higgins) no me lo han negado, finalmente, los Monroes de las Letras. Don Manuel abrió el camino para otros. Creo que *SUR* no ha preparado únicamente el camino. Ha logrado, hasta cierto punto, un *reconocimiento:* un acto de justicia literaria. Mis barcos y mis armas han resultado tan eficaces en su dominio como los que compró a los estadounidenses mi bisabuelo.

Lograr un reconocimiento ha sido y es uno de los propósitos

de García Lorca, sin olvidar novelas de José Bianco *(Las ratas)*. Ernesto Sábato *(El túnel)*, otras de Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, libros de ensayos de Julio Irazusta, Luis Emilio Soto, y poesías de Villaurrutia, Bernárdez, Barbieri, Marechal, Nalé Roxlo, etc. Más recientemente ha seguido incorporando algunas obras importantes como *La tumba sin sosiego*, de Connoly; *La Peste*, de Camus; *El revés de la trama*, de Graham Greene, etc. Y en la colección de la revista quedan libros no pasados al volumen, como *El cuarto vacío*, de Morgan; *Perséfona* y *Teseo*, de Gide; el *Proust*, de Dandieu; *Diario de guerra*, de Malaquais; la *Carta sobre la bomba atómica*, de Rougemont; la *Enciclopedia del pacifismo*, de Huxley; *Fascismo y sovietismo*, de Bernard

de *SUR*. Reconocimiento en otra esfera. Esa fue una de las misiones que trató de cumplir *SUR*.

Reitero, hoy, mi agradecimiento no sólo a los que han permitido que *SUR* exista y siga existiendo, sino a Alberto Salas y a la Fundación Franklin, a quienes les debemos la feliz y generosa idea de publicar este *Indice*, valioso testimonio que sin su intervención no hubiéramos llegado a dar, librados a nuestros medios precarios.

Desde una tarde en que mandé hacer unos sobres rosados para la revista, porque el color me gustaba, han pasado cosas que ni calificar se pueden y no todas color de rosa: las dictaduras, la matanza de judíos en masa, Hiroshima, el viaje de los astronautas y sus caminatas por el espacio, el descenso de una máquina en la Luna (pronto irá con un hombre)... Todo esto, de cierta manera, parece haber repercutido en las artes, atomizándolas. No sé hasta qué punto *SUR* ha reflejado las transformaciones de distintos órdenes que hemos padecido o presenciado (aunque no digerido aún).

Una casualidad quiso que hablara yo en Madrid el 13 de octubre pasado, fecha de seguro memorable para Colón, aunque no se festeje... pues amaneció ese día con la certidumbre de haber tocado tierra la víspera. Desde luego, ignoraba que esa tierra éramos o íbamos a ser nosotros: el Nuevo Continente.

Creo que en muchas vidas modestas y en muchos acontecimientos sin la gravitación del 12 de octubre se suele repetir el fenómeno: no sabemos a ciencia cierta qué será lo que nuestro navegar descubra, si es que algo descubre. Ni para qué servirá. Eso lo fija el tiempo, a menudo lento en sus veredictos. Pero sí estamos seguros, hoy, de que la aparición del *Indice* completo de la revista y la editorial es un trece de octubre para los de *SUR*. Este es el día "siguiente", el del amanecer después de haber tocado tierra la víspera, sea cual fuere la isla abordada por nuestra nave.

Para terminar, quiero dejar bien en claro mi pensamiento res-

Shaw; *La Gaceta* Negra, de Piovene; *El Pastor Hall*, de Toller; los *Recuerdos de Joyce*, por Gillet y un extraordinario conjunto de cartas de Unamuno."

* Durante este período se publicó —bajo su dirección— la revista trimestral *Lettres Françaises* (20 números), editada bajo los auspicios de *Sur* con la colaboración de escritores franceses residentes en Francia y en el extranjero. Además, una colección de diez libros que se vendían a beneficio de las obras del Comité Français de Secours aux Victimes de la Guerre.

pecto de *SUR*. Toda revista y toda editorial es trabajo de equipo. No puede ser obra de una persona (o lo es rara vez). Que mi última palabra sea de reiterado agradecimiento a los que han colaborado de diversas maneras, todas necesarias, en una obra común, donde mi papel ha sido el de aportar algo proveniente de la casualidad: ese tesón que debo a los signos de Aries y Capricornio.

San Isidro, Diciembre de 1966

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, nov. 1966 - abr. 1967, 303-305, p. 1-22).

# II

# INTRODUCCIONES A NÚMEROS ESPECIALES DE *SUR*

# II

# INTRODUCCIONES A NÚMEROS ESPECIALES DE SUR

# PANORAMA DE LA LITERATURA FRANCESA CONTEMPORANEA

Grandes nombres como los de Valéry, Claudel, Saint Exupéry, Supervielle están ausentes de este número de *SUR* dedicado a Francia. Es porque deliberadamente hemos elegido escritores todavía poco conocidos entre nosotros o no traducidos aún. Desde luego no es el caso de un Gide[1] o de un Malraux[2]. No es enteramente el de Benda[3], Aragon o Caillois. Pero es, sin duda, el de todos los otros.

Lamentamos no dar nada de St. John Perse. Una doble dificultad —falta de tiempo y de espacio— nos lo ha impedido. La traducción de cualquiera de sus largos poemas excluye la prisa y no podría ocurrírsenos hacer ningún corte.

No hemos, pues, tenido el propósito de ofrecer en este número un panorama completo de la literatura francesa contemporánea. Esta literatura es tan abundante que la empresa hubiera resultado demasiado vasta. Además de los nombres mencionados, faltan otros en este sumario cuya omisión sería incomprensible e imperdonable sin las razones que han guiado nuestra selección y sin los límites que nos hemos impuesto, bien a pesar nuestro.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-mar. 1947, 147-149, p. 7-8).

1 - Siendo Gide el decano de los grandes escritores franceses de esta época, nos ha parecido conveniente traducir su *Teseo*. Hace más de un año publicamos el *Fausto* de Valéry, su última obra.

2 - El capítulo del libro de Malraux sobre T. E. Lawrence, *Le Démon de l'Absolu* (que aparecerá simultáneamente en "Gallimard" y en *Sur* dentro de unos meses) nos ha parecido una importante primicia.

3 - Los ensayos de Benda han sido elegidos por considerar que planteaban problemas de apasionante actualidad.

## LITERATURA INGLESA CONTEMPORANEA

Me parece prudente advertir al lector que el verdadero título de este número especial (número de logro particularmente difícil) debería ser: *algunas muestras de la literatura inglesa contemporánea.* Todo número especial y casi todas las antologías se reducen, fatalmente, a eso, con más o menos acierto. No pretendemos ser la excepción que confirma la regla.

Si hubiéramos cedido a la tentación de incluir en este número —ya triple— todo lo que habríamos deseado, un año entero de *SUR* hubiera sido insuficiente. Nos hemos visto obligados no sólo a no ceder a la tentación, sino a entregarnos a esas angustiosas operaciones que tan bien conocen los viajeros aéreos cuando preparan su equipaje: quitar esto para poner un poco de aquello; quitar aquello para poner un poco de esto. Recurrir incluso a un pesacartas para verificar el peso de una esponja o de un cepillo de dientes (pues esta tarea fácilmente se convierte en manía). Una vez cerradas las valijas, se tiene la impresión de haber sacado de ellas prendas indispensables y las sopesamos consternados.

Hacía tiempo que proyectábamos en *SUR* esta aventura del número inglés. Pero tal proyecto sólo ha podido realizarse gracias a una generosa invitación del *British Council* que me permitió pasar dos meses en Inglaterra y ponerme en contacto con los escritores contemporáneos. Ellos fueron quienes me aconsejaron. A ellos, por haber seguido sus consejos, deberé el éxito de la empresa. Y si se comete algún *blunder* quizá sea por no haberlos seguido al pie de la letra.

Debo añadir en mi descargo que estos consejos eran a veces ligeramente contradictorios. Lo bastante para llenarme de perplejidad. Yo quería saber lo que los ingleses pensaban de su propia literatura contemporánea y no cesaba de interrogarlos. Había resuelto fiarme más de su juicio que de mis preferencias o aversiones.

Así fue el propio T.S. Eliot quien eligió entre sus obras *¿Qué es un clásico?* para este número de *SUR*. El fue quien me aconsejó pedir a John Hayward un panorama de la literatura inglesa contemporánea.

Cyril Connolly, Kathleen Raine, Stephen Spender, John Lehmann, Peter Watson conversaron conmigo sobre este número y *sus hints* me han sido preciosos. Se los agradezco. Tuvo la suerte de ver o de rever a gran parte de la *élite* de las letras inglesas: Graham Greene, E. M. Forster, T. S. Eliot, Vita Sackville-West, MacNeice, George Orwell, Rex Warner, Raymond Mortimer, Peter Quenuel, David Gascoyne, John Hayward, Edith y Osbert Sitwell, David Garmett.

Para alguien que ha transferido a los grandes escritores su parte de credulidad, esto era una inesperada satisfacción. He recogido datos utilísimos y he aprendido mucho en estas conversaciones, además del placer que me procuraban. Confío que habrán sido de provecho para este número de *SUR*.

Pasé mi última tarde, gracias a Lady Astor, en casa de G. B. Shaw. Pero debo decir que ese día me limité prudentemente a escuchar lo que decían estos dos brillantes conversadores, sin atreverme a participarles mis proyectos, mis buscas, mis dificultades y mis incertidumbres. Quizá fue un error; pues si le hubiese preguntado algo a Shaw respecto al número inglés, él me hubiera tal vez contestado con una de esas salidas tan suyas que se recuerdan y se repiten.

Quiero agradecer muy especialmente a A. W. Lawrence el permiso de fotografiar, para reproducirlo en *SUR*, un poema inédito de su hermano T. E. (que encontré en la última página del manuscrito de *Los Siete Pilares*, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford).

La lista de agradecimientos, en lo que respecta a mis relaciones personales con Inglaterra, sería tan larga que no intentaré agotarla en este prólogo.

Antes de terminarlo, me parece oportuno citar un pasaje de una notable carta de Osbert Sitwell a su hijo, publicada en *Horizon:*

"En lo que se refiere al político su hora ha llegado. Tan importante como el *clown* en la pista, se pavonea como si hubiera resuelto magistralmente la situación, cuando en realidad no ha logrado sino precipitarla, y en su locura nos ha hecho, junto con él, sus víctimas. Ninguna palabra es bastante fuerte para su ambición.

Como el *clown* metido en una chaqueta y un pantalón que le quedan grandes se pavonea por la escena con palabras y sentimientos desmesurados que le caen sobre los pies y traban sus movimientos. Sin embargo, a pesar de sus repetidas y desastrosas vueltas de carnero en las que arrastra consigo a partidarios y adversarios, es imposible no apiadarse de él cuando se compara su suerte con la del artista. Cada minuto del día revienta y se aplasta en un quejido un globo inflado por él, en tanto que el lenguaje del artista sobrevive en letras de fuego. Las palabras del político sólo sobreviven en la medida en que recuerdan la retórica del poeta; una o dos palabras de Blake en el curso de un diagnóstico fortuito de los males políticos valen todo Burke...

"Por una observación de Swift daríamos todo Bolingbroke; el fragmento de un poema de un gran maestro contrapesa el más conmovedor discurso patriótico. Un país vive o muere por las flores que produce su suelo.

"Shakespeare sobrepasa Waterloo como victoria inglesa... aunque pueda haber un nexo entre los dos: si siempre hubiéramos sido una nación que prefiere las palabras cruzadas a la poesía y el culto del cuerpo al del espíritu, tal vez no hubiéramos jamás logrado ninguno de esos triunfos. Así, por su riqueza, los escritores y los pintores de la Francia republicana, y no sus generales y hombres de Estado, hicieron, después de 1870, de una nación que pasaba por una potencia de segundo orden la primera de Europa."

Coloco estas páginas al comienzo de este número porque honran al inglés que las escribió, así como serán saludables para el latinoamericano que las medite.

En el mundo de las letras, a ninguna persona sensata se le ocurriría declarar su independencia literaria; nos encontramos felizmente en un plano distinto. Nos sentimos ligados unos a otros por indisolubles lazos espirituales. Declararnos vasallos de Shakespeare o de Dante, de Cervantes o de Racine no nos humilla, nos agranda. El vasallo está ligado a su señor por una obligación de fe y homenaje. Tenemos fe en el genio de Shakespeare y acercarnos a él es sentir la necesidad de rendirle homenaje. No discutimos su soberanía. Afortunadamente, en el mundo de las letras y de las artes la razón del mejor acaba siempre por ser la mejor y poco importan las patrias.

En este siglo la Propaganda devora al hombre como un nuevo dios que ni siquiera trata de disimular que es un monstruo. ¿Cómo

BIBLIOTECA NACIONAL

podrán hacerse escuchar el poeta y el artista que se niegan a rendirle tributo? ¿Quién oirá al poeta, al artista que no consiente en deformar su voz con altavoces de diversas índoles? Vivimos, dice C. Day Lewis, en un "pandemonio de slogans, de himnos nacionales, de titulares, de altoparlantes, de manifiestos, de coimas[1], de chismes desatinados e ideales altamente explosivos". Esto lo declara un escritor que ejerce su profesión en el país del *understatement* por excelencia. ¿Qué diríamos nosotros?

En atmósferas de pandemonio ni poetas, ni artistas verdaderos pueden respirar. No ha sido, ni será la atmósfera de nuestra revista. Y por eso este número especial de *SUR* no es un número de propaganda. ¡Dios nos guarde! Sólo se propone dar a conocer algunos nuevos valores[2]. Y es un libre testimonio de amor espiritual por Inglaterra; por la Inglaterra que, a través de ciertos hombres, de ciertas obras, de su inmensa riqueza literaria, se ha hecho nuestra y nos ha hecho suyos sin proponérselo.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.- 1947, 153-156, p. 7-11).

1 - La palabra usada por Day Lewis, es "*monkey business*". Pensamos que *coima* es lo que mejor la traduce al argentino.

2 - En 1933, antes de la fiebre editorial argentina, *Sur* publicó las primeras traducciones de Aldous Huxley *(Contrapunto)*, D. H. Lawrence *(Canguro)*, Virginia Woolf *(Un Cuarto Propio* y *Orlando)* y James Joyce *(Desterrados)*.

## CARTAS DE T. E. LAWRENCE
## A LIONEL CURTIS

Bajo el nombre de Ross, T. E. Lawrence entró en la Royal Air Forces y permaneció allí varios meses (1922-1923). Descubierta su identidad, se le despidió. Pronto encontró manera de introducirse, bajo el nombre de Shaw, en el Royal Tank Corps (marzo de 1923 - agosto de 1925). De esa época son las cartas que publicamos. Están dirigidas a Lionel Curtis[1] que se encontró con Lawrence por primera vez después del armisticio en el Carlton Hotel de Londres, y luego en París, 1919, en el Majestic. Cuenta Curtis que cuando Feisal vino a París para discutir con los aliados la suerte de sus compatriotas, dijo a Lawrence: "Yo recitaré un capítulo del Corán, verso por verso, y usted pronunciará el discurso que considere necesario". Tal era la fe que tenían en él los jefes árabes. Según Curtis, el ascetismo de Lawrence era, más que nada, el deseo de dar a su espíritu un dominio absoluto del cuerpo. Nunca encontré —dice Curtis— a nadie tan desprovisto de vicios; nunca conocí a ninguno que se le pareciera, y no hallo en la historia a nadie con quien se le pueda comparar. En los mismos términos se expresa Churchill.

David Garnett ha elegido, ordenado y reunido las cartas del Coronel Lawrence, cuya traducción se publicará próximamente en las ediciones de *SUR*. Estas cartas son el complemento indispensable de *Los siete pilares de la sabiduría*. En su género son tan ex-

1 - Del "All Souls College", Oxford. Secretario Municipal de Johannesburg; miembro del Concejo Legislativo de Transvaal; profesor de historia colonial, Oxford; Secretario de la Conferencia Irlandesa (de Paz), 1921; Consejero sobre asuntos de Irlanda, Ministerio de Colonias, 1921-1924; Miembro del Instituto de Asuntos Internacionales. Autor de *The problem of the Commonwealth; The Commonwealth of Nations; Dyarchy; The prevention of war; The capital question of China; Civitas Dei.*

BIBLIOTECA NACIONAL

traordinarias como ese libro único y nos permiten ver a Lawrence más de cerca y bajo aspectos más variados, desde la adolescencia hasta el día de su muerte. Su desarrollo intelectual, las reacciones de su sensibilidad, su carrera, sus amistades, los libros y la música que prefería, sus opiniones sobre el ejército, la guerra, la arquitectura, la vida sexual, las razas: esto es lo que su correspondencia nos revela.

De entre todas las cartas de Lawrence, he elegido las que escribió a Curtis en 1923, porque me parecen particularmente características. Una nota de Garnett, en el texto, subraya la importancia de esas páginas.

El número 100 de *SUR* ofrece a sus lectores estas cartas porque son en verdad excepcionales.

*V.O.*

(En: *Sur*, en.- 1943, 100 p. 7-8).

## DEFENSA DE LA INTELIGENCIA

Hace algunos meses, Mallea y Erro tuvieron la idea de hacer en *SUR* una especie de encuesta sobre "*La defensa de la inteligencia*". El hecho mismo de que pueda plantearse la cuestión me parece muy significativo en cuanto a la época en que nos toca vivir.

Publicamos en este número algunas contestaciones a esa encuesta.

Hacia 1844 escribía Sarmiento: "*Si algún resultado positivo han dejado las terribles revoluciones que han agitado la Europa, es sin duda el de poder emitir los hombres sus ideas sin rodeos ni amaños, cualquiera que sea la materia de que se trate. Este es el único bien que ha logrado conquistar la Europa libre. Ese derecho está consignado en nuestra Constitución también...*" Agrega, en otro sitio, que los escritores "*no temen a nadie en la tierra; porque están apagadas ya las hogueras destinadas en épocas tenebrosas a castigar los errores de la razón...*"

He aquí cosas que Sarmiento no podría escribir hoy día. Las hogueras han vuelto a encenderse.

Por lo contrario, en cuantos países podría él comenzar de nuevo un artículo como el siguiente, fechado en diciembre de 1842 y del que transcribo las primeras líneas: "*A fuerza de comunicados nos han de enseñar a escribir con tal arte, con maña tal, y tantos miramientos y precauciones, que al fin no hemos de disgustar ni agradar a nadie, y nuestros pobres escritos se han de volver ni sal ni agua, hasta que llegue a realizarse lo que Beaumarchais decía de la libertad que se gozaba en España en su tiempo, que con tal de que no se hablase de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones que gozaban de crédito, ni de la ópera, ni de los teatros, ni de nadie ni de nada que tuviese relación con cosa alguna, se podía imprimir li-*

*bremente lo que se quisiese, previa la censura de dos o tres censores*".

Que existan actualmente en el mundo países (y no de los menos importantes, ni de los menos ricos en lo que a cultura y tradición de cultura se refiere) en que el escritor, el artista, el pensador (y el hombre cualquiera, pero éste es el que menos sufre de ello, claro está) se vean sometidos a esta disciplina es como para hacernos meditar sobre el asunto, es como para hacernos temblar.

Uno de los artículos de Sarmiento en "*El Mercurio*" (junio 1842) lleva el siguiente epígrafe: "*El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia*".

Quizá sea ésta la razón por la cual el escritor, el artista, el pensador atraviesa hoy, en forma más aguda que el resto de la humanidad una crisis de angustia y desesperación. La patria, para él, está en peligro. Pues la patria de un escritor, de un artista, de un pensador no se limita al pedazo de tierra —por querido que sea— en que nació. Se extiende a todos los lugares de la tierra en que otros escritores, otros artistas, otros pensadores nacieron. Por ese hecho esas tierras son también patrimonio suyo. Shakespeare es nuestra patria. Y Bach, y el Greco, y Dante, y Pascal, y Dostoievsky, y Cervantes, y Poe, y Debussy, y Nietzsche. Inglaterra, Alemania, España, Italia, Francia, Rusia, Estados Unidos, todos los países del mundo que nos han dado hombres como los que acabo de nombrar nos conciernen, nos interesan directamente, vitalmente. Y lo que los amenaza nos amenaza. Lo que amenaza al libre desarrollo, lo que amenaza la obra creadora de hombres de esta categoría nos alcanza directa y vitalmente. Y a través de esta amenaza sabemos, sentimos que la patria está en peligro, porque esos hombres son nuestra patria.

Que actualmente pueda hablarse de la "*Defensa de la inteligencia*" sin que a nadie le llame la atención lo absurdo, lo extemporáneo, lo anacrónico del tema prueba hasta qué punto estamos familiarizados con la situación.

Reflexionando sobre todo esto he abierto, días pasados, un viejo volumen de las Obras completas de Sarmiento que lleva mi nombre escrito de su puño y letra en la dedicatoria. La dedicatoria no me está dirigida, como es de imaginar, pero sí a una tía abuela mía de quien heredé el nombre y el libro.

Por primera vez en mi vida, no sé bien por qué conjunto de circunstancias, coincidencias y afinidades, me ha parecido que Sarmiento me dedicaba realmente ese volumen y que al legármelo me habían legado también su amistad y que no me sería posible encontrar, en esta tierra mía, apoyo más firme, presencia más cálida y reconfortante que la de este gran ausente.

Y es por esta razón que para comenzar este número de *SUR* no encuentro palabras que se ajusten mejor a lo que quiero decir que esta declaración suya: "*Libertad en la literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época. He aquí la nuestra*".

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, ag. 1938, 46, p. 7-9).

## LOS DERECHOS DEL HOMBRE

¿Cómo festejar el centenario de San Martín (el que nuestros ojos de niños veían a caballo sobre las tapas de un cuaderno rosado)? Hubiera sido difícil agregar algo a la serie de ensayos, artículos y declaraciones que su aniversario ha provocado. Hemos pensado que de igual manera podíamos rendir homenaje a su verdadero espíritu dedicándole un número doble inspirado por la Exposición de la Unesco en el museo Galliera (octubre de 1949) sobre *Los derechos del hombre*[1]; esos derechos que por cierto no han sido, a lo largo de la historia, los derechos de la mujer. En efecto, la emancipación de la mujer ha llegado muy lentamente después de la abolición de la esclavitud.

En las tumbas suntuosas en que duermen los reyes de Egipto, se ha encontrado el primer texto, quizás, en que aparezca la idea de una perfección moral, la aspiración a una perfección moral. Al comparecer ante Osiris el alma debía decir entre otras cosas:

**No he ofendido a nadie.**
**No he traicionado a nadie.**
**No he falsificado las balanzas.**

En lo que atañe a su compañera, el hombre ha ofendido, traicionado y falsificado las balanzas con un admirable encarnizamiento. Y cuando se le ocurrió colocar a la mujer en un altar, para glorificarla *a su manera*, ofendió, traicionó y falsificó las balanzas; y de manera mucho más sutil que cuando en las sociedades primitivas asignó a la mujer el papel de bestia de carga.

La mujer ha reivindicado la igualdad de derechos durante más de un siglo. Hoy está a punto de obtener en el mundo entero su emancipación. Hay quien pretende que en ciertos países no está "preparada" para el acontecimiento. No se equivocan del todo. Pe-

ro ¿de quién es la culpa? ¿Quién ha descuidado voluntariamente la educación de las mujeres?

Por otra parte ¿adónde nos llevan los hombres, "preparados" desde hace siglos? Si nos guiamos por el espectáculo que ofrece el mundo actual, no dan muestras de salir del atolladero de manera muy brillante. Hasta sería difícil meterse en más enredos.

La mujer ha constituido siempre el grande y el trágico proletariado del mundo (a veces sin tener conciencia de ello). No sería sorprendente que al entrar en posesión de la legítima herencia, de que fue burlada durante tanto tiempo, cometiera torpezas y excesos. No creo que esos errores de juicio o de pasión puedan ser más peligrosos que aquellos a que nos han acostumbrado los hombres.

Desde que las primeras huellas de pasos humanos (que datan de 20.000 años atrás) quedaron fijadas en la arcilla de la gruta de Aldène; desde que un pueblo establecido en la costa fenicia inventó el alfabeto; desde que un rey de Babilonia proclamó el primer código (que reposaba sobre la ley del Talión); desde que floreció el budismo y enseñó el repudio de la violencia; desde que Grecia practicó el arte de la reflexión desinteresada (la filosofía) y Sócrates dijo a los jueces que lo condenaron a muerte: "Consideré que mi deber era desafiar el peligro con la ley y la justicia, en vez de asociarme a vosotros en vuestra voluntad de injusticia por temor a la prisión y a la muerte"; desde que los juristas romanos encontraron los principios de un derecho universal y demarcaron sus diferentes dominios; desde que el Cristianismo enseñó el amor al prójimo y el perdón de las ofensas; desde que la Carta Magna y el Hábeas Corpus protegieron la libertad individual contra la arbitrariedad de los soberanos o de los gobiernos en Inglaterra; desde que Francia proclamó que todos los hombres nacen y permanecen iguales ante la Ley; desde que Lincoln, campeón de la libertad de los esclavos, pagó con su vida esa victoria; desde que el primero de mayo simboliza la fiesta de los trabajadores, el hombre no se ha contentado con avanzar a grandes trancos: ha volado. Su lentitud para conceder a la mujer, por motivos desinteresados (léase justos), el lugar que le corresponde es tanto más sorprendente. Pero tal lentitud sorprende mucho menos cuando comprobamos que los mismos Derechos del Hombre (con mayúsculas), tan admirablemente formulados sobre el papel, han sido y son abundantemente

violados en la práctica y que nuestro mundo "civilizado" le sigue dando la razón al más fuerte. Un solo ejemplo, en este siglo, nos impide desesperar de nosotros mismos, de la Humanidad (esta humanidad empenachada de su bomba atómica): el de Gandhi.

En el aniversario del gran hombre valiente y desprendido que fue nuestro Libertador, no encuentro mejor homenaje a su memoria que invitar a los lectores de *SUR* a meditar en los temas eternos sobre los cuales también él debió meditar. Para los héroes de su temple esos temas son fuentes de energías y pasan siempre de lo abstracto a lo concreto.

En cuanto a las lectoras...

Los Derechos del Hombre suelen a menudo no ser más que palabras inmóviles, dormidas en las hojas de los Códigos. Quizás el papel que nos corresponde a nosotras, las mujeres, sea el de obligar a que ese verbo se haga carne. Quizá nuestro papel sea el de dar vida a esos signos que como el hombre mismo no pueden encarnarse sin nosotras. Una mitad de la humanidad no basta para salvar a la humanidad entera. La unión de todas las fuerzas es imprescindible y en todas partes el hombre comienza hoy a advertirlo. Pero hace más de un siglo que algunas mujeres, valientes y vilipendiadas, lo habían advertido. A esas mujeres y a todas las que pensando como ellas, y siguiendo su rastro, se han preocupado y luchado por la emancipación de sus hermanas y de ellas mismas, va nuestro fraternal y conmovido saludo.

Este número dedicado a los Derechos del Hombre tenía que llevar, en su primera página, una breve alusión a los Derechos de la Mujer (que también han de escribirse con mayúsculas). Y queremos que estas palabras sean de agradecimiento al ejército anónimo y desarmado de que tan cruelmente se mofaron, en épocas nada remotas, los dueños y señores del mundo (y más de una señora, ¡ay!); de agradecimiento a todas las mujeres, célebres o desconocidas, que en cualquier esfera, en la más humilde como en la más encumbrada, con los medios más modestos o los plenos poderes más eficaces, han contribuido, cada una a su manera, a un mismo fin: la emancipación de una mitad entera del género humano. Por sombrío que esté el horizonte, no creo que el mundo pueda ya echarse atrás en lo que atañe a esta conquista nuestra.

El año del Libertador nos parece el más adecuado para tocar estos temas. Y así lo hacemos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, ag.-sept. 1950, 190-191, p. 5-7).

# LA INDIA

Hace tiempo que preparamos este número de *SUR* dedicado a la India. Ante todo, tenemos que agradecer la ayuda de muchas personas que en una u otra forma nos han prestado su generosa colaboración. Se la tenemos que agradecer al Primer Ministro de la India, Jawaharlal Nerhu, y al secretario de la *Sahitya Akademi* de Nueva Delhi, K. R. Kripalani. Y también a nuestro embajador Vicente Fatone, que ha servido de agente de enlace de la manera más activa y eficaz.

Hubiéramos deseado dar un número especial más completo. Por desgracia, la publicación de este conjunto de escritos ha coincidido con la crisis económica del país. Repercute en las revistas y se traduce en limitación de páginas. No hemos podido, muy a pesar nuestro, utilizar todo el material que ha sido puesto a nuestra disposición. Hemos tenido que eliminar todo complemento de orden fotográfico por las mismas razones de forzada austeridad.

Además de este agradecimiento que sentimos los que trabajamos en *SUR*, quiero agregar el mío particular, que es de un orden muy especial, pues nunca repetiré bastante cuánto le debo a la India. Espiritualmente, le debo más que a cualquier otro país. Me refiero a la India representada en mi vida por dos hombres: Tagore y Gandhi. Por este rodeo he redescubierto algunas verdades del Evangelio: las he visto encarnadas.

Con esto no me retracto de lo que siempre he dicho que significaban Francia e Inglaterra para mí. No imagino crecimiento intelectual y artístico sin ellas. No imagino mi propia vida sin ellas. Pero tampoco la imagino sin la Rusia de los grandes novelistas y de los grandes músicos, sin la Italia de Dante y de Piero de la Francesca, sin la España del Quijote y de San Juan de la Cruz, sin la Alemania de Bach y de Nietzsche, sin Holanda, sin Bélgica, sin China, sin Japón, sin los Estados Unidos, sin México, sin Perú, sin

las palmeras de Río, sin los *flamboyants* de Dakar, qué sé yo... sin la tierra entera. Mi apetito es de ese tamaño... y aún más. No imagino mi propia vida sin el sol, la luna y las estrellas.

Mi deuda con la India no aminora mi deuda con otros países, ni disminuye mi amor por ellos. Ha hecho que este amor sea más clarividente, y me ha enseñado que tenía razón en no querer renunciar a una sola parcela de la tierra, y que tenía razón de sentir como propio lo que expresó Claudel en un poema duradero:

"Mi destierro no cesará mientras esté privado de la tierra entera."

Y que tenía razón de repetir con él:

"Ya estoy harto de esas Repúblicas de un día, y de todos esos tiranos unos tras otro en risible procesión.
"No hay otra paz para el hombre que un contrato con todos los hombres."

Esto lo pensaban Tagore y Gandhi, aunque lo manifestaran de distinta manera.

Tres estaciones marcan, con distinto acento y una misma dirección del alma, mi encuentro personal con los más personales representantes de la India.

En la primavera de 1924 desembarcó Rabindranath Tagore en Buenos Aires, enfermo. Tuve la suerte inaudita de poder ofrecer a su convalecencia una casa y un jardín en las barrancas de San Isidro. Pasó cerca de dos meses allí.

En noviembre de 1931 oí hablar a Gandhiji de la no-violencia, en París. Conocía al Mahatma a través de Romain Rolland y de Tagore. Nada de lo leído o escuchado, sin embargo, se asemejaba a la impresión que causaban su presencia real y su palabra (sin rastro de elocuencia). Ya lo he dicho varias veces. Nunca he conocido un momento de felicidad comparable.

En agosto de 1956, también en París, estreché la mano de Jawaharlal Nerhu (la mano que había firmado una carta inesperada que recibí con emoción poco después de salir de una esperada cárcel). También lo conocía por sus escritos y su conducta como hombre de Estado. Poco después oí a Nerhu hablando en público, en las Naciones Unidas (Nueva York). Al escucharlo pensé: rara vez se oye hablar a un político en esa tesitura. Desde luego,

ese político quería y respetaba a Gandhiji como al padre de su Patria.

Lo que tienen de muy admirable estos hombres —entre otras cosas— es que no estando siempre de acuerdo cien por ciento en tal o cual cosa, los unos y los otros, conservan, los unos por los otros, la misma estima y respeto. La misma admiración.

Krishna Kripalani (casado con una nieta de Tagore), en un ensayo publicado en *Gandhi Memorial Peace Number*, hace notar que los fervientes de Gurudev (Tagore) tenían sus reservas frente a Gandhiji, y viceversa. Pero, le replicaría yo, ha ocurrido también que los fervientes de Gandhiji eran también los de Gurudev. Y se presentaba entonces otro problema más complejo, pues sufrían de alejarse del uno para acercarse al otro, y oscilaban como péndulos entre el Mundo del Poeta y el Mundo del apóstol máximo de la no-violencia.

Escribe Kripalani, refiriéndose a estos dos hombres: "Sus nombres evocan dos mundos distintos uno de otro como el valle de Kashmir de las planicies de Sind, distintos como suelo, clima y frutos de su genio. Pensaban, sentían y vivían en formas que parecían desafiarse una a otra. Hasta en su aspecto físico parecían pertenecer a dos razas diferentes."

En efecto: Tagore, a los 64 años, cuando lo conocí, conservaba una belleza física muy impresionante. Desde luego, la belleza a esa edad no es la de los veinte, ni la de los cuarenta. Pero en este caso, como en el de Virginia Woolf, me pregunto si la juventud podía agregar algo. Tal vez sí. Tal vez mi duda sea una manera de consolarme de no haberlos conocido en el momento de su esplendor físico. Pero no lo creo.

En cuanto a Gandhi, nunca, al ver sus fotografías, pude imaginar que su aparente insignificancia, su fealdad aparente, podían desaparecer como por arte de magia (y así desaparecían) en el instante en que tomaba la palabra, en el instante en que empezaba la "transmisión".

En cuanto a lo moral y espiritual, ambos buscaban a Dios, pero no en los templos. Ambos buscaban una misma verdad, pero por distintas vías.

***Deliverance is not for me in renunciation,***
***I feel the embrace of freedom in a thousand bonds of delight...***

escribe el Poeta en el librito que le valió el premio Nobel.

Pero el apóstol de la no-violencia tenía que someterse a otra disciplina para ser fiel a su Dharma. Y en esa disciplina, que era la del renunciamiento, encontraba una felicidad absoluta.

La controversia que hubo, durante un tiempo, entre Gandhiji y Gurudev era la de dos temperamentos, o dos tendencias; una buscaba su realización en el arte, la otra en la santidad. Ya sé que Gandhiji no permitía que vincularan la palabra santidad con su nombre. En cuanto a Tagore, vivió desgarrado entre dos mundos que lo atraían alternativamente: el del arte y ese otro, en que se movía Gandhi. Gandhi no era artista, para él no hubo nunca problema en ese sentido. Para Tagore sí lo hubo. Estos diferentes estados de ánimo, estas intermitencias del alma se ven en dos párrafos de dos cartas que me escribió, la primera a bordo del "Giulio Cesare", el 13 de enero de 1925; la segunda en Santiniketan (India), el 2 de agosto del mismo año. Refiriéndose a nuestras conversaciones y a nuestra amistad, me dice en la primera: "A menudo me ha encontrado usted *home-sick*... no era tanto por la India, era por esa realidad que mora en mí y en la que encuentro mi libertad interior. Se obscurece totalmente cuando por alguna razón mi atención se dirige demasiado hacia mi propia persona. Mi verdadero *home* está allí donde de lo que me rodea parte un llamado para exigir de mí mismo lo mejor que puedo dar; pues esto, en alguna forma, me ayuda a realizarme... Los que tienen que cumplir con un mandato especial de Dios... no pueden guardar para sí el amor que inspiran, ni los servicios que reciben. Todo eso ha de ir a un fin más alto que su propio placer. La amistad de usted me ha llegado inesperadamente. Crecerá hasta el pleno desarrollo... cuando usted conozca y acepte mi ser real y vea con claridad el sentido profundo de mi vida. He perdido la mayoría de mis amigos porque me querían para ellos mismos y cuando yo les decía que no tenía licencia para ofrecerme a mí mismo, pensaban que era orgulloso. He sufrido profundamente de esto, en repetidas ocasiones, y por eso me siento siempre nervioso cuando alguien me ofrece el don de su amistad. Pero acepto mi destino y si usted tiene suficiente valor para aceptarlo enteramente, siempre seremos amigos."

Cuando Tagore estuvo en San Isidro, salía lentamente de una grippe y necesitaba cuidados. Nuestra atención, como la suya, estaba forzosamente dirigida hacia su persona. El se sentía como

culpable de pasar semanas y semanas inactivo, asomado a un jardín, dejándose cuidar. Arduas tareas lo reclamaban en su Santiniketan. Pero pocos meses después, entregado a esos trabajos, siente contradictoriamente una nostalgia a la inversa. Me escribe recordando con melancolía el verano de San Isidro. Todo lo tiene presente, hasta el color de las flores y el ademán de las ramas. "En su carta dice usted que siente que yo no haya podido quedarme más tiempo en ese precioso jardín, cerca del río. No sabe usted cuán a menudo lo he deseado yo mismo. Un espejismo del deber me arrancó de aquel rincón tan apacible lleno de sugestiones para mi aparentemente fútil holgazanería. Pero hoy descubro que mi canasta se llenaba diariamente de poemas que crecían a la sombra de aquellas horas perezosas. Le puedo asegurar que la mayoría de ellos conservarán su frescura mucho después de que se hallan derrumbado en el olvido las torres laboriosamente edificadas de mis obras benéficas."

Aquí habla el artista, el poeta que cree más en su poesía que en su obra de educador, de filósofo, de moralista. Esto no le podía ocurrir a Gandhi. Pero por encima de esas diferencias, que parecían a veces infranqueables, algo unía profundamente a estos dos hombres. Entre Santiniketan y Wardha, nunca hubo un abismo. Estos dos indios, el de Bengala y el de Kathiawar, amaban a su país y al mundo entero con parejo ímpetu sagrado. "Estoy casado con la India porque creo absolutamente que tiene una misión mundial que cumplir... Mi religión no tiene fronteras geográficas", dice uno. "Mi plegaria es para que la India pueda representar la cooperación de todos los pueblos de la tierra. Para la India, la unidad es la verdad, la separación el mal", dice el otro. Es difícil adivinar quién dice lo primero y quién lo segundo.

Todo esto lo subraya Kripalani en su tan exacta valoración de los dos hombres que han creado la India del siglo XX. Cita también unas palabras de Gandhi cuando descubre con júbilo que no había real conflicto entre Tagore y él. Este descubrimiento lo hacía, simultáneamente, Tagore. Considero importante citar, por lo reveladora, la carta que le escribe Gandhi a Tagore, el 9 de septiembre de 1932, desde la prisión de Yeravda donde está ayunando o se prepara al ayuno, como señal de protesta: "Querido Gurudev: es temprano, las tres del martes. Pasaré por la puerta de fuego a las doce. Si usted puede bendecir mi esfuerzo, se lo pido. Usted ha sido para mí un verdadero amigo porque ha sido un

amigo sincero que nunca ha callado su pensamiento... Si su corazón aprueba mi acto, necesito su bendición. Me sostendrá. Espero que me habrá entendido. Mi cariño."

Antes de que saliera esa carta le entregaban un telegrama del poeta: "...Nuestro corazón angustiado lo acompañará con reverencia y amor en su sacrificio sublime."

Tagore partió para Poona. Quería ver inmediatamente a Gandhi. A poco de entrar en la prisión, los dos amigos reunidos y profundamente emocionados (no hace falta decirlo) reciben la noticia de que el Gobierno Británico ha cedido. La no-violencia ha ganado otra batalla en aquella larga y noble lucha.

Quisiera el Dios de los hombres de buena voluntad que no subsistiera otra forma de lucha en el mundo, y que se ganaran las causas renunciando a los propios bienes, exponiendo la propia vida, y no apoderándose de los bienes y de las vidas ajenas... Esto es, para la mayoría de los hombres, para la mayoría de todos nosotros (no me excluyo), más arduo que aceptar las guerras. Pero tal vez, con mucha paciencia, los hombres de buena voluntad aprendan la gran lección de un Gandhi. Esa lección que nada nuevo debería revelar a un cristiano.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.-ag. 1959, 259, p. 1-5).

## PALABRAS PRELIMINARES

Parecerá extraño que encabecemos este número antológico de ensayos con una carta de Pierre Drieu la Rochelle (1930). Desconcertante, tal vez, ya que estuvimos, la revista, él y yo en campos totalmente opuestos desde el punto de vista ideológico, a partir de la última guerra mundial. Tampoco estaba muy de acuerdo con él en otros terrenos, hasta el final de su vida, en que tomó un viraje inesperado. Me consta, porque me lo escribió el día de su suicidio, y no era momento de jugar con las palabras.

La particularidad de Drieu fue que supo conservar la amistad de sus más irreductibles adversarios en materia de política: un Malraux, un Paulhan, un Jouvet con quienes hemos hablado largamente del *caso Drieu* como de algo penoso e incomprensible para quienes lo conocíamos y estimábamos. Por mi parte, nunca rompí relaciones con él, aunque esas relaciones sufrieron intermitencias y que en 1939 salí de París sin despedirme de él, tal era nuestra discordia.

Drieu reemplazó a Jean Paulhan como director de *La Nouvelle Revue Française*, durante la ocupación nazi. La *Nouvelle Revue Française* fue fundada en 1905. Traigo esto a colación por lo que escribía Drieu en su Carta a *SUR*, 10 años antes: "Una revista es un grupo de hombres que se juntan en su juventud y que dicen juntos lo que piensan juntos". Esto es una verdad a medias. Existen revistas como las que toma como ejemplos. Pero también existen de otra clase, como la mismísima *Nouvelle Revue Française* que pasó, en varias épocas, a varias manos; o como *La Revista de Occidente*, o como *The Criterion* y varias otras, que cumplen con una necesidad de los lectores. Prosigue Drieu: "No es bueno que se reúnan demasiado pronto; si son demasiado jóvenes no tienen todavía nada que decir. Tampoco es bueno que se reúnan demasiado tarde. Una vez que han dicho lo que tenían en común

deben separarse. Sin lo cual el grupo humano se transforma en una 'revista' en el sentido literario de la palabra*, donde no se hace más que repetir lo que ya se dijo otras veces, donde la gente no se vuelve a encontrar para amarse y amar juntos alguna cosa, sino simplemente para escribir, único parecido superficial que entre ellos persiste".

Yo no pienso así. En una revista que no es únicamente de jóvenes (es decir de un grupo que pronto se dispersa, porque el primer hervor de la juventud pasa) los colaboradores varían, se escalonan con las épocas, se crean vínculos entre ellos (o desacuerdos), conviven o se separan (pero no por miedo a repetirse: todos los autores, quien más quien menos, están condenados a cierto tipo de repetición, que es su forma de talento y su carácter). En todo caso, lo que ha ocurrido con *La Nouvelle Revue Française*, dirigida por el mismo Drieu en ciertos momentos dramáticos para Francia (y cuando distaba mucho de ser la revista de un grupo de jóvenes) prueba que su director interino no siguió para nada los consejos que nos daba en 1930.

Nos parece oportuno alternar antologías de ensayos, cuentos y poesía, publicados a lo largo de 40 años de existencia, y que conservan su valor y su actualidad, con números dedicados a un tema especial (como éste de la mujer que acaba de aparecer, tardío pero seguro).

*SUR* ha dado a sus lectores muchas primicias y ha presentado y comentado a personalidades pertenecientes a distintos sectores del mundo de las artes. Estos talentos llegaron a la fama mundial años después. Sin ir más lejos, en estos días se estrena aquí *Octubre* de Eisenstein, 44 años después de su filmación, y 40 después de la publicación en mi revista de fotos de ese cineasta sin par. Cuando lo conocí en Nueva York, donde estaba de paso para Hollywood (iba a filmar *An American Tragedy)*, lo quise traer a Buenos Aires y él estaba dispuesto a emprender el viaje, con su camera-man. Yo pensaba en proponerle un gran documental-poema de la tierra argentina en su inmensa variedad. Fracasó mi proyecto por no encontrar ayuda financiera ni persona que se interesara en él. México se llevó, entonces, a ese Nureiev del cine. Yo no compartía su ideología por ser totalitaria, como no compartí más tarde de la Drieu, colocado en un campo opuesto, e igualmente

* Supongo que habrá querido decir *en el mal sentido de la palabra.*

totalitario. Pero en la izquierda había un elemento con el que personalmente simpatizaba plenamente: eran feministas, mientras que los de la derecha eran francamente antifeministas y glorificaban a la mujer únicamente por sus funciones de reproductora de hombres. Punto de vista intolerable. Por el contrario, el mismo Mao Tse-tung (tan de moda...) ha dicho: "Es una actitud medieval atribuir importancia al hombre y menospreciar a la mujer". El proletariado de la mujer, que se extiende a todas las clases, es el que me interesa. Los hombres no son mancos para apoderarse de lo que codician. Que se las arreglen.

Terminada esta digresión (que para mí siempre viene al caso, porque urge remachar el clavo) diré que tenemos en vista temas que serán muy atractivos para el lector argentino. Pondremos, como siempre, a su alcance lo que sobre esos temas se ha escrito en varias épocas y en varios países. Seguiremos fieles a nuestra obra: construir puentes entre ésta y otras tierras.

San Isidro, Octubre de 1971

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.-dic. 1971, 329, p. 1-3).

## AL LECTOR

Después de publicadas tres Antologías (Ensayos, Cuentos, Poesía), selección de algunas de las mejores páginas de *SUR* (no todas, desde luego), dadas a lo largo de más de cuarenta años de vida, creemos oportuno, por la importancia que ha alcanzado y ya tenía en 1931, añadir otra selección de artículos y notas sobre Cinematógrafo. Esta retrospectiva es de interés por el material que ofrece y por los autores que se ocuparon de este tema.

A pesar de haber traducido bastantes obras de teatro (que me gustaban y me gustan) terminó por atraerme más la pantalla que las tablas. En 1930, por iniciativa mía, llegaron a Buenos Aires los primeros films de Buñuel, René Clair, Man Ray. En 1929, traté de traer a Eisenstein, dispuesto a venir después de abandonar un frustrado film en Hollywood; pero no conseguí el poco dinero indispensable para llevar a cabo tan importante proyecto. Años después, hice otra tentativa semejante con De Sica. No logré mi propósito, creo que por el mismo motivo.

Quiero dejar aquí un testimonio de mi admiración por un film que pasó inadvertido en mi ciudad, *Le Feu Follet*, de Louis Malle (1963). Es la recreación angustiosamente perfecta de la novela del mismo nombre, de Pierre Drieu la Rochelle. Se trata de un suicidio. No creo que exista una traducción de una novela al lenguaje del cinematógrafo más genialmente captada. Hemos hablado con Malle de Lawrence de Arabia, el de la pantalla. Opinábamos lo mismo. El deseaba dar su versión de T. E. Lawrence y yo, después de conocerlo, lo deseaba también.

Quiero recordar igualmente al incomparable Luchino Visconti. Su último trabajo, *Ludwig*, lamentablemente cortado y exhibido muy poco tiempo en Buenos Aires (a Mar del Plata no llegó), hubiese merecido otra suerte por su belleza que "entrava per l'udire e per lo viso" (para citar a su compatriota Dante).

Nos ha parecido acertado confiar la dirección de este número especial a C. A. Burone, y le agradecemos su valiosa colaboración.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-dic. 1974, 334-335, p. 1-2).

BIBLIOTECA NACIONAL

# III

# LA PUBLICACIÓN DE REVISTAS Y SUS DIRECTORES

BIBLIOTECA NACIONAL

## T.S. ELIOT Y *THE CRITERION*

Casi junto con la noticia del premio Nobel, recibí una carta de T. S. Eliot de fecha 30 de agosto (el correo suele dejar que la correspondencia duerma en sus bolsas, así, el sueño de los justos). Le había pedido que me enviase, si era posible, el último número de *The Criterion*, pues la colección de esa revista que con tanto interés seguíamos y con tanto cariño yo conservaba (*The Criterion* fue la primera revista extranjera que publicó comentarios sobre *SUR*) se quemó, con la mitad de mi biblioteca, en un incendio. Eliot contestó: "I am sorry to have to tell you that the last number of *The Criterion* is exhausted. I wish that I had a spare copy I could send you but, alas, I have only one file of bound copies of the seventeen years".

Me interesaba particularmente releer, en ese último número, aquellas "Last Words", despedida del director a sus lectores. Recordaba lo muy melancólicas y exactas que sonaron a mis oídos. Recordaba, también, lo mucho que me desasosegaron, pues lo que podía aplicarse a una revista de minorías como *The Criterion*, publicada en un país de antiquísima tradición y cultura, no podía dejar de aplicarse (con mayor razón) a *SUR*. La situación de nuestra revista, publicada en un país de nivel cultural deficiente, con posibilidades literarias muy inferiores (amén de la inferioridad patente de su directora), tenía que ser trágica, ya que se proponía, como programa fundamental, no transigir en materia de calidad.

Felizmente, en el número de febrero de 1939 de *SUR* encuentro algunos párrafos de aquellas "Last Words". En vísperas de la guerra mundial, escribía Eliot:

"En este nada brillante futuro inmediato, y quizá durante mucho tiempo, la continuidad de la cultura habrá de ser mantenida por un pequeño número de personas —y no de las mejor provistas

de ventajas materiales. No serán los grandes órganos de opinión o los viejos periódicos, sino los pequeños y oscuros diarios y revistas (aquellos que son leídos casi exclusivamente por sus propios colaboradores) los que conserven vivo el pensamiento crítico y alienten a los autores con talento original. Desearía que una revista pudiese venderse a diferentes precios, como las entradas de teatro. Dado que el público de mayor sentido e inteligencia crítica se encuentra frecuentemente en los asientos más baratos, sospecho que el precio al cual necesitaba venderse *The Criterion* resultará prohibitivo a los lectores mejor calificados para apreciar lo que había en él de bueno, y censurar sus errores. El estado político del mundo actual ha producido en mi ánimo una depresión tan distinta de cualquier otra experiencia de estos últimos cincuenta años que ya no siento el entusiasmo necesario para dirigir, como debiera hacerlo, una revista literaria. No quiero sugerir con esto que la literatura, ahora o en cualquier época, me parezca indiferente. Por el contrario siento como absolutamente esencial que los autores a quienes concierne esa pequeña parte de la "literatura" realmente creadora —y pocas veces inmediatamente popular— deberán aplicarse con ahínco a escribir su obra, sin desalentarse o sacrificar su nivel artístico bajo ningún pretexto".

Eso pensaba Eliot (el americano que había hecho de Inglaterra su patria, por encontrarse, sin duda, más a tono con esa cultura milenaria). A esa conclusión había llegado después de dirigir durante diecisiete años una revista en la que colaboraban los poetas más tiernos y audaces, los ensayistas más agudos, los novelistas más geniales de Europa y América. Nueve años han pasado desde que el autor de *Four Quartets* declaró que ya no sentía entusiasmo suficiente para dirigir una revista. Que ya no tenía ánimo para una empresa tal. Creo que hoy podría volver a escribir lo que escribió entonces. Y hoy, como entonces, más que entonces, lo volvemos a citar con la ya certidumbre de que también doblan para nosotros *esas* campanas. Y a mucha honra.

Por eso sentimos una especial alegría y un gran consuelo al saber que quien ha recibido esta vez el premio Nobel es aquel poeta exigente consigo mismo y los demás (desde el punto de vista literario); aquel poeta que bajo ningún pretexto admite que se sacrifique o sea lo que fuere (persona o cosa) el nivel artístico de una obra; aquel poeta que sostiene que la cultura habrá de ser mantenida, en nuestra época, por un pequeño número de personas

—generalmente poco provistas de ventajas materiales— y por revistas y periódicos de escasísima difusión, casi exclusivamente leídos por sus propios colaboradores.

Hasta lo más hondo nos conmueve "what Eliot stands for". Mientras existan en el mundo poetas, pensadores, hombres de su linaje e instituciones capaces de reconocerles públicamente su valor, no hay por qué desalentarse y abandonar la lucha. La lucha, a veces tan dolorosa, para que no se malogre "esa pequeña parte de la *literatura* realmente creadora —*y pocas veces inmediatamente popular*"— de que habla Eliot. No olvidemos que por más adversas que parezcan las circunstancias

> "Time past and time future
> What might have been and what has been
> Point to one end, *which is always present...*"

Acordar el premio Nobel a Eliot es acordárselo a esa pequeña parte de la literatura realmente creadora —y pocas veces inmediatamente popular— por la que revistas como *SUR* viven... y mueren.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, nov., 1948, 169 p. 7-10).

BIBLIOTECA NACIONAL

## DISCURSO DE HOMENAJE A LA REVISTA *NOSOTROS* Y A GIUSTI

El 1º de agosto de 1907 apareció "Nosotros".

Si en 1931 era empresa atrevida fundar una revista ¿qué no sería veinticuatro años antes? Desde luego, no sólo fundarla; fundarla y mantenerla viva. En esta mesa, muchos son los que saben más cosas que yo. Pero algo sé, sin embargo, de lo que significa crear y conservar una revista literaria en nuestro medio, si la revista trata de tener cierto nivel y cierta calidad. Por ese motivo, la gran admiración y respeto que me inspiran hombres como Alfredo Bianchi —a quien nunca conocí— y Giusti, aquí presente, son profundamente auténticos.

Fácilmente imagino el entusiasmo y los desagrados que habrán sentido los dos jóvenes directores de "Nosotros" y la suma de perseverancia, amén de lo demás, a que se debió la prolongación de la revista.

Las revistas del tipo de "Nosotros" sólo pueden dar placeres espirituales, satisfacciones morales e intelectuales, rompederos de cabeza diarios, preocupaciones económicas angustiosas y una sustancial cosecha de agresiones virulentas o solapadas, de resentimientos manifiestos o latentes.

Sospecho que los directores de "Nosotros" habrán conocido ampliamente este género de malandanzas.

Reclamo el honor de haberlas compartido con ellos, aunque bajo otro título y en otros años (algunos de los cuales fueron muy duros de soportar para los que creemos en la libertad de pensamiento). Lo reclamo simplemente para tener el derecho de decirle a Giusti, *en connaissance de cause*, cuánto admiro y valoro su obra y la de su o sus compañeros.

En "Crítica" he leído que el amigo Giusti ha declarado que "Nosotros" no fue la clásica torre de marfil. Pero quiero recordar-

le que si no fue de marfil, torre fue. A lo menos en la medida en que es exacta la definición que da el Diccionario de la Real Academia de la palabra torre: "Edificio más alto que ancho que en las iglesias sirve para colocar las campanas, y en las casas para esparcimiento de la vista..."

Amigo Giusti, todas las grandes revistas tienen que ser torres, aunque no sean torres de marfil, por esto de las campanas y del esparcimiento de la vista. Y permítame asegurarle que la suya no dejó de serlo.

*VICTORIA OCAMPO*

(En *Sur*, sept.-oct. 1957, 248, p. 113-114).

## EL PREMIO MARIA MOORS CABOT

Hace 34 años, al tomar entre manos, con cierta emoción, el primer número de la recién nacida revista *SUR*, nunca imaginé que perduraría tanto tiempo, ni que atravesaría por épocas tan difíciles en nuestro país. Menos aún se me ocurrió que le correspondería el gran honor de recibir el premio María Moors Cabot en la misma ciudad que visité para preparar su nacimiento.

Cuando llegué a Nueva York por primera vez, en 1930, me llevaba el deseo de cambiar ideas con un escritor norteamericano; él me presentaría a otros norteamericanos. Conversaríamos sobre las posibilidades de crear una revista que mantuviera siempre contacto con los Estados Unidos, América Latina y Europa. Que hiciera conocer en Argentina lo mejor de la producción literaria de dos continentes y que hiciera conocer, en ellos, a nuestros escritores casi totalmente ignorados. El escritor norteamericano a que me refiero había visitado nuestra capital en 1929 y sus conferencias despertaron, entre un grupo de intelectuales destacados, una curiosidad y un interés nuevo por las Letras norteamericanas. El nos animó a planear la futura revista que los jóvenes escritores argentinos, y sobre todo Eduardo Mallea (que sólo había publicado, entonces, unos cuentos), me pedían con insistencia que fundara. Se llama Waldo Frank.

La vida de una revista puramente literaria, resuelta a conservar un alto nivel en materia de colaboraciones, y a no pactar en materia de calidad ni en otros aspectos, es una vida dura, generalmente sin halagos ni apoyos. Por lo menos en algunos países. Esto lo tuvimos que aprender muy pronto. Había que resignarse a una *struggle for life*. Lucha para sobrevivir económicamente; lucha para no admitir tentaciones de recursos que significaban una mayor difusión a precio de una comercialización; repudio de toda tutela indeseable, por más ventajas que ofreciera; lucha contra

la invasión de elementos políticos que en esta época intervienen en todo y premian la entrega de las conciencias así como castigan toda actitud independiente; lucha para subsistir en libertad y acoger a todo aquel que ofreciera un pensamiento valioso (incluso si difería del nuestro).

Si el premio María Moors Cabot es el reconocimiento, en el caso de *SUR*, de esta conducta, de este diario y obstinado sortear obstáculos en circunstancias adversas, la revista y todos los que han trabajado desinteresadamente por su desarrollo merecen esta particular, esta honrosa distinción. Con ellos la comparto y por este compartir es que no me ruborizo al aceptarla. Si la aceptara yo sola, sentiría muchos escrúpulos. Diré por qué.

Un argentino amigo a quien me quejaba yo, en 1930, de no tener títulos ni conocimientos suficientes para lanzarme a la fundación de una revista me dijo, tratando de tranquilizarme: "Déjate de tonterías. Cuando nombraron al señor X director de Correos y Telégrafos, me confesó que lo único que sabía hacer era pegar una estampilla en un sobre." Esto, en vez de reconfortarme, me puso la carne de gallina. Pensé que en nuestra América la improvisación es lo corriente y que a eso se debe tanta tarea hecha a medias, es decir mal.

Se comentaba, sonriendo, en cierta ocasión, aunque la circunstancia no era nada cómica sino trágica, que cierto gobierno totalitario, padecido por América Latina, hizo mal lo que de por sí estaba bien, y bien lo que de por sí estaba mal. Desde luego, la idea de fundar una revista estaba bien, cuando de eso hablamos en Buenos Aires, en París y en Nueva York con amigos. Pero yo temía hacer mal lo que estaba bien. El mundo de las Letras es infinitamente más exigente que el de la política y si uno hace mal lo que está bien, no le queda el recurso de hacer bien lo que está mal.

Con esto quiero explicar que mi saber, en materia de manufactura de revistas, cuando salió *SUR*, era un poco el del señor X en materia de dirección de Correos y Telégrafos. Sabía de este tipo de publicación lo que puede saber un lector asiduo. Nada más. Y eso fue lo que tuve que aprender con la práctica, como todo el resto. Soy una autodidacta.

Bajo el título poco alentador de *Will the Literary Magazine Survive?* ha publicado, hace poco, un artículo el *New York Times*. Según se desprende de esa lectura, el diagnóstico del Symposium

sobre ese tema, auspiciado por la *Library of Congress* y al que asistieron un centenar de directores de revistas y educadores, fue sombrío. Se trataba, naturalmente, de la suerte de revistas de reducida circulación, pero importantes en cuanto a calidad.

Estos comentarios inquietantes hechos en una poderosa nación de hazañas cosmonáuticas y moneda sana redoblaron mis zozobras caseras. Si es difícil mantener a flote una revista literaria de minorías entre los colosos del Norte —pensé— ¿qué puede esperarse que ocurra en países arrasados por la inflación y abundantes malandanzas? ¿En qué situación se encuentran los, a la vez, dueños y directores de revistas "literarias" entre comillas, de minorías, en nuestra parte del continente americano?

Hace 28 años, cuando T. S. Eliot resolvió cerrar *The Criterion*, desasosiegos proféticos lo asaltaban. Dedicó al poco placentero acontecimiento una despedida titulada *Last Words*. El propósito de Eliot, director de *The Criterion*, había, sido proporcionarle a Inglaterra un *local forum of international thought*. Este fue también el propósito de *SUR*, en otro continente. Con los años, con la pérdida creciente del poder adquisitivo de nuestra moneda, ha ido perdiendo nuestra revista la posibilidad de comprar o encargar colaboraciones al extranjero. Pues hasta para esa mercadería mal pagada que es, generalmente, la buena literatura, se necesitan fondos.

Hacia 1927, Eliot declara con orgullo que *The Criterion* fue la primera revista inglesa que hizo conocer a Proust, Valéry, Cocteau, Maritain, Maurras, Worringer, Max Scheler, Curtius, en las Islas Británicas.

Distancias guardadas en cuanto al director de *The Criterion* y al de *SUR*, ese mismo orgullo sentí, años después, al comprobar que mi revista y editorial habían hecho conocer en Hispanoamérica y hasta en España a Aldous Huxley, D. H. Lawrence, Jung, Virginia Woolf, Faulkner, Joyce, Malraux, Michaux, St. John Perse, Camus, T. E. Lawrence, Eliot, Dylan Thomas, Graham Greene, Quasimodo, Moravia, Marianne Moore, Lewis Mumford, Katherine Ann Porter, Mary McCarthy, Hart Crane y muchos otros escritores, gracias a números especiales de la revista, o publicación de sus obras.

No hablemos de los argentinos, de los que forman parte de nuestro Comité de Colaboración, algunos ya universalmente conocidos, como Borges, o de los que no están incluidos en él. Muchos

de ellos empezaron a escribir en *SUR*. No hablemos de celebridades mundiales como Gabriela Mistral, Alfonso Reyes y hoy Octavio Paz, considerados como compatriotas nuestros y estrechamente vinculados a *SUR*.

En su artículo de despedida, Eliot escribe, al terminar: "[...] the immediate future is not bright. For this immediate future, perhaps for a long time ahead, the continuity of culture may have to be maintained by a very small number of people indeed —and these not necessarily equipped with wordly advantages. It will not be the large organs of opinion [...] it must be the small and obscure papers and reviews, those which hardly are read by anyone but their own contributors, that will keep critical thought alive and encourage authors of original talent." Y agrega: "Y feel that it is the more essential that authors who are concerned with that small part of 'literature' which is really creative —and seldom immediately popular— should apply themselves sedulously to their work, without abatement or sacrifice of their artistic standards on any pretext whatsoever"*.

Al servicio de esta causa ha trabajado *SUR*. En el número aniversario de sus 20 años (1951) citaba yo unas declaraciones de James Laughlin que coinciden con lo que antecede. Laughlin consideraba que dentro de tres generaciones se podría alcanzar a tener el uno por ciento de lectores al nivel de Henry James en Estados Unidos. Pero, subraya, eso no se conseguirá por obra y gracia del espíritu santo sino por una acción continua y militante de los que desean ese advenimiento.

*SUR* ha trabajado para ayudar a los escritores de que habla Eliot, como para formar esa *élite* de lectores a que se refiere Laughlin. En las letras, como en todas las artes, no se puede pretender que la masa (para emplear el vocabulario de nuestro tiempo) esté en condiciones de comprender de buenas a primeras y de acoger

* (...) el futuro inmediato no es brillante. En este futuro, y quizá durante mucho tiempo, la continuidad de la cultura tendrá que ser mantenida por un número muy reducido de gente, que no gozará necesariamente de ventajas materiales. No serán los grandes órganos de opinión (...) sólo los diarios y revistas pequeños y oscuros, esos leídos únicamente por sus propios colaboradores, mantendrán vivo el pensamiento crítico y estimularán a los autores de talento original. Es absolutamente esencial que los autores relacionados con esa pequeña parte de la 'literatura' que es realmente creadora —y raras veces inmediatamente popular— se apliquen celosamente a su trabajo, sin rebajar ni sacrificar su nivel artístico bajo ningún pretexto."

con entusiasmo la obra de un creador que, forzosamente, desconcierta.

He asistido siendo muy joven al escándalo que provocó, en París, el estreno de *Le Sacre du Printemps*. Muchos años después, he asistido a la apoteosis de Stravinsky: una sala de pie, aplaudiendo durante minutos al maestro cuando apareció en el escenario. Esto es un ejemplo de lo que fatalmente ha pasado, pasa y pasará por los siglos de los siglos, a menos que todo cambie radicalmente en el hombre.

Lo haya cumplido parcialmente o sólo apenas, el propósito de *SUR* ha sido un continuo prestar ayuda a los autores *seldom immediately popular* por su misma excelencia, así como tratar de acercar al lector de lengua española a eso que llamaremos, en el idioma de Laughlin, el nivel de Henry James.

Mi emoción al recibir este premio codiciado que generosamente se nos otorga a *SUR* y a mí es tanto más honda cuanto que no lo soñaba. Llega a mis manos —imprevisto— en un momento en que me preguntaba, después de casi 35 años, si no iba a terminar con *SUR*, como Eliot con *The Criterion* y por razones muy semejantes. Circunstancias diversas parecían empujarme hacia esa solución, que es una disolución. Pero ustedes me han dado nuevas fuerzas y nuevos deseos de seguir luchando por una causa de la que nunca dudé: la de la buena literatura. Dudaba, sí, de la eficacia de nuestro esfuerzo, por vivir circunstancias descorazonadoras. Le debo pues al premio María Moors Cabot mucho más que el honor de recibirlo. Le debo un sentirme capaz de creer que no existe esfuerzo vano, aunque lo parezca, ni otra derrota que la que nos infligimos a nosotros mismos cuando permitimos que flaquee nuestra fe.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, nov.-dic. 1965, 297, p. 3-7).

BIBLIOTECA NACIONAL

# IV

# ALGUNOS TEMAS TRATADOS EN LA REVISTA *SUR*

a) Sobre la mujer; mujeres
b) Sobre la guerra, discusiones y plagas

BIBLIOTECA NACIONAL

## EL PROLETARIADO DE LA MUJER SEGUN MOUNIER Y SEGUN BERGAMIN

En mi carta a José Bergamín, publicada en el número 32 de *SUR*, decía yo entre otras cosas:

"Lucha usted hoy, en su España, por la masa de los hombres que sólo conocen miseria, servidumbre y opresión. Está usted contra la explotación del hombre por el hombre. Sé muy bien lo que un ideal de esa categoría significa en momentos como los presentes. Sé muy bien los sacrificios que implica. Pero, ¿se le ha ocurrido a usted jamás el pensar que ha existido y existe aún en el mundo otra explotación más odiosa que ésta: la de la mujer por el hombre? Me refiero a la posición de inferioridad absoluta en que se han visto obligadas a vivir, desde hace siglos las mujeres, y que comienza hoy a variar. Me refiero a las condiciones de *existencia no privilegiada* a las que el hombre las ha reducido por la fuerza en todas las clases sociales. Me refiero a la humillación de haber sido tratadas por las leyes de los hombres, durante siglos, como menores de edad, como incapaces, como insanas a quienes se les niega responsabilidad verdadera.

"Este problema, esta injusticia horrible han sido y son para mí realidades tremendas y candentes, como para usted las del proletariado. Las he sufrido en carne viva, como sufre usted la revolución española.

"¿Cree usted que yo pueda estar con los que quieren prolongar, sustentar, reafirmar tales injusticias?"

Contestando a esta carta recibí otra en la que se me decía: "Si ha habido *ofensa, agravio personal para Ud.*, le pido, con veracidad, sin gesto rendido, simple y llanamente, perdón". Y como este párrafo honra siempre a quien lo escribe mucho más que a quien se le dirige, me parece justo mencionarlo (la carta entera fue devuelta por mí a la A.I.A.P.E., institución a través de la cual me

había sido enviada, para que hicieran de ella el uso que juzgaran conveniente. Por lo visto, han preferido, esta vez, no darle publicidad ya que no ha aparecido en ningún diario).

Además del párrafo citado hay otro que me parece importante por muy distintas razones, y es el siguiente:

"La suya, su verdad, y su literatura son muy otra cosa. Literatura de verdad, cuando no verdad o mentira literaria. Demasiado literaria. Como la que la lleva a Ud., a esa desdichada comparación feminista entre sus delicados sufrimientos de mujer secreta (sin entre comillas) y los del proletariado trabajador. ¡Que Dios le perdone, Victoria Ocampo, esa... delicada coquetería!".

Dios ha de tener sin duda mucho que perdonarme, pero José Bergamín tiene tan mala puntería —cuando se trata de mí— que nunca da en el blanco y que siempre se aflige por pecados que no son los míos. Me llena de asombro el comprobar con cuánta seguridad evoluciona, sin rozarlos, entre los muchos de que me siento culpable y con qué precisión descubre —para echármelos en cara—, entre la multitud de los que he cometido, los pocos de que me he salvado. Para esto se necesita, claro está, una destreza especial.

Las cosas que Dios ha de perdonarme no tienen nada que ver con "delicadas coqueterías". Son quizá más graves, pero de otra índole, lo repito una vez más, y en cuanto a mi desdichada comparación feminista, acabo de encontrarla bajo la pluma de E. Mounier, director de la revista "Esprit"*, en unas páginas que aparecen en este mismo número. Bergamín no ha de tener, para desconfiar de este señor, las mismas razones que parece tener para desconfiar de mí. Transcribo en su honor este pasaje:

La mujer es también una persona (del ensayo "La vida privada", por E. Mounier). La deformación política que se ensaña en nuestra época no ha desvalorizado solamente los problemas de la vida privada: ha falseado toda su perspectiva. La opinión pública parece plantearse únicamente problemas de hombres, en que sólo los hombres tienen la palabra. Varios cientos de miles de obreros trastornan la historia en cada país porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro. Su situación moral no es sin embargo más envidiable, pese a apariencias más brillantes. La imposibilidad, para la persona, de nacer a su

(*) Revista en que colabora José Bergamín.

vida propia, —que a nuestro parecer define el proletariado todavía más esencialmente que la miseria material—, es el destino de casi todas las mujeres, ricas y pobres, burguesas, obreras y campesinas. Cuando niñas, les han poblado el mundo de misterios, de espantos, de tabúes especiales para ellas. Después, sobre ese angustioso universo que no las abandonará más, les han corrido de una vez por todas la cortina frágil, la prisión florida, pero hermética de la falsa feminidad. La mayor parte nunca encontrará escape. Desde ese momento viven con la imaginación no una vida de conquista, una vida abierta, como el muchacho, sino un destino de vencidas, destino cerrado, que ellas no pueden modificar. Se las instala en la sumisión: no la que puede coronar más allá de la persona el don que de sí mismo hace un ser libre, sino la que, por debajo de la persona, es renunciamiento anticipado a su vocación espiritual".

No se puede sospechar que Mounier hable aquí en nombre de sus "delicados sufrimientos de mujer secreta" (muy agradecida de merecer tan delicado homenaje: el de ver la palabra "pública" intencionalmente reemplazada, supongo, por la palabra "secreta"). Digo pues que a Mounier no se le puede acusar de lo que se me puede acusar a mí; sería curioso saber qué se le ocurriría a Bergamín si se tratara de contestarle a este señor. La idea que Bergamín parece tener de la mujer impide que éstas puedan entenderse con él y él con ellas. Empeñada siempre en buscarle una explicación decorosa a sus réplicas, esta es, por lo menos, la única que encuentro.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jun. 1937, 33 p. 103-105).

Reproducción prohibida

## EL LEON Y EL MOSQUITO

*"El león teme, con razón, al mosquito."*
Montherlant

Por poco que revolviese algunos cajones de mi escritorio, encontraría unas páginas de tono violento escritas cuando aparecieron *Les jeunes filles* de Montherlant. No recuerdo haber leído novela tan repelente. Y me repelía más su autor que los fantoches tontos, exasperantes o abyectos por él creados. El autor estaba allí, de cuerpo entero, entre cada línea de ese libro *voulu*.

El gran talento de Montherlant-escritor, puesto al servicio de una bajeza igualmente grande y mezclado con ella, posee todas las virtudes de la ipecacuana.

Ahora podré tirar alegremente al canasto aquellas notas que mi pereza dejó inconclusas e impresentables en letras de molde. Simone de Beauvoir, en un ensayo publicado en *Temps Modernes* (diciembre 1948 - enero 1949), "Le mythe de la femme et les écrivains", dice al ilustre autor de *Solstice de juin* todo lo que yo quería decirle. Y se lo dice mejor. Lo pone definitivamente en su lugar con implacable lógica. (Ese lugar no es, por cierto, el pomposo pedestal que Montherlant se adjudica). Examina con minucia feroz y justa todo cuanto ha escrito sobre nosotras (madres, hermanas, amantes) en su obra entera. Ningún matiz, ningún detalle se le escapa, y con esos matices, esos detalles, y con todo lo demás, fabrica una cachiporra (que maneja diestramente a la manera de un matamoscas) y aplasta literalmente, legalmente, legítimamente al león, al semidiós. ¡Valiente león y valiente semidiós!

Después de leer el ensayo de Simone de Beauvoir ¡cómo se comprende, si es que no se ha comprendido de antemano, por qué los héroes de Montherlant prefieren a las mujeres "admirablemen-

te tontas y siempre más codiciadas mientras más tontas"! Qué clara resulta esta confesión: "Tenía una expresión tan estúpida que me puse a desearla." Debe de ser tan cómodo y halagador sentir la indestructible superioridad del macho cuando se elije, adrede, una compañera "inútil para todo fuera del amor" (aquí amor significa cópula). Montherlant decreta que a la mujer le corresponde ser sólo carne. Una vez establecida esta premisa, nunca pierde la ocasión de analizar su repugnancia por esa carne femenina, por "ese cuerpo sin músculos, sin nervios". En suma, odia a las mujeres. Su manera de buscarle tres pies al gato, en cuanto se trata de ellas, lo revela. ¿Por qué no reconocerlo una vez por todas? ¿Por qué no dedicarse exclusivamente a la compañía de los semidioses de su especie?

"Para Montherlant —escribe Simone de Beauvoir— la mujer es mujer por falta de virilidad; ése es el destino que todo individuo hembra debe sobrellevar sin que le sea posible modificarlo. La que pretende eludirlo se sitúa en el peldaño más bajo de la escala humana, no consigue ser hombre y renuncia a ser mujer; es una caricatura irrisoria, una falsificación..."

Resulta casi demasiado fácil para cualquier mujer contestar a la estocada de Montherlant parodiando sus propios pensamientos: el hombre es hombre por falta de feminidad; ése es el destino que todo individuo macho debe sobrellevar sin que le sea posible modificarlo. El que pretende eludirlo se sitúa en el peldaño más bajo de la escala humana: no consigue ser mujer y renuncia a ser hombre; es una caricatura irrisoria, una falsificación. Costals (el héroe de *Les jeunes filles*) prefiere el olor del pelo de los muchachos al de las mujeres (!) y sueña con abrazos ("étreintes") entre *iguales* (las mujeres, según parece, deben eliminarse de esos juegos pues no se las puede tratar como a *iguales:* "Tomar sin dejarse tomar, única fórmula aceptable entre el hombre superior y la mujer"; "Ah, desear lo que se desdeña [la mujer], ¡qué tragedia!"). ¿En qué peldaño de la escala humana colocaría a Costals, siguiendo los preceptos del mismo Montherlant, un juez imparcial?

Lo absurdo de estas tontas, vanidosas y sublevantes declaraciones de Montherlant respecto a la mujer está probado por el hecho de que las mujeres podrían decir, *mutatis mutandi*, exactamente lo mismo de los hombres, si se les antojara. Le resultaría fácil a una mujer, a ciertas mujeres que han sido muy cortejadas y "codiciadas" (para usar el lenguaje de Montherlant), escribir un terrible-

mente cruel y cómico *Pitié pour les hommes.* En el libro se podrían describir y analizar personajes y situaciones mucho más grotescos que los que Montherlant se complace tanto en pintar. En ese terreno, el hombre está más expuesto al ridículo que la mujer y tiene posibilidades de ser infinitamente más risible, por poco que se le observe con mirada malévola.

Es de creer que las mujeres de talento tienen más delicadeza que sus contrincantes, leones o semidioses, pues no han aprovechado su pericia literaria para caricaturizarlos y envilecerlos con saña. Auscultando a Mary MacCarthy se encuentran síntomas de este mal. Pero sólo síntomas. Y sólo en Mary McCarthy.

Simone de Beauvoir, que no representa, ya lo sabemos, el ideal de Montherlant (la mujer perfectamente estúpida y perfectamente sometida), ha usado admirablemente en su ensayo la cachiporra-matamoscas por ella inventada. Sus movimientos son rápidos y seguros. Sus golpes también. No deja de subrayar, por si lo habíamos olvidado, que Montherlant admiraba (¿admira?) las ideologías totalitarias. Que les echaba incienso a los "hechiceros totalitarios". Todo se relaciona.

Ante la mujer, dice Montherlant, "sentimos lo que sentiríamos ante un caballo, ante un toro, a los que vamos a arrimarnos: la misma incertidumbre y el mismo apetito de medir nuestro poder".

Si Montherlant tiene realmente este apetito, creo que se dará por satisfecho. Ahorrándole trabajo, Simone de Beauvoir ha medido ese poder.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jun. 1949, 176, p. 85-87).

Biblioteca Nacional de Maestros

## CORRESPONDENCIA

## CARTA A ERNESTO SABATO

Estimado Sábato:

Como su ensayo "Sobre la metafísica del sexo" se ha publicado en *SUR*, creo que debo contradecir algunas afirmaciones que usted hace; tengo el derecho de pensar que son gratuitas. Y digo "derecho" porque no se trata simplemente de esos errores que uno cree siempre descubrir en los razonamientos de las personas que se colocan en un punto de vista diferente del nuestro. No. No es que esos errores me parezcan tales por causas más o menos subjetivas (también existen, no se lo oculto), sino lisa y llanamente por razones de una objetividad a toda prueba.

Pasemos por alto su declaración: "el acto propiamente sexual casi no tiene importancia para la mujer" (pág. 35). Habría mucho que decir sobre ello y de ningún modo abundando en su sentido. Pasemos por alto su creencia de que el egoísmo de la hormiga (rara vez, sin embargo, esas hormigas dicen, llegado el momento: "Vous chantiez? j'en suis fort aise. Eh bien, dansez maintenant!", como ustedes, las cigarras, lo tienen archimerecido), de que el *comadreo*, el *chismorreo* y los celos viscerales son características femeninas, en tanto que el hombre, noble bípedo, cuando se equivoca se equivoca al menos como el rey de la creación, de manera grandiosa, haciendo guerras mundiales (que arrasan con todo) o sistemas filosóficos (en los que frecuentemente se toma el rábano por las hojas). Desde luego, el hombre ha desempeñado siempre el papel lúcido, hasta cuando se equivoca. Adelante. Vayamos a las cosas concretas (lo traigo a mi terreno). Usted habla, me parece, un poco a la ligera (o con ese exceso de fantasía, de imaginación, que caracteriza a la raza de los nobles bípedos a que pertenece) del Coronel Lawrence (¿por qué llamarle coronel? Era éste el

menor de sus títulos) y de Malraux (fue también coronel o algo por el estilo).

Ante todo es bastante extraño tomar como ejemplo —en el sentido en que usted parece hacerlo— a un hombre (T. E.) que, según propia confesión, nunca ha tocado a una mujer, nunca ha querido conocer el acto "propiamente sexual". No estoy autorizada para citar en apoyo de lo que afirmo el capítulo de *El troquel* en que lo declara; espero que mi palabra baste. Por lo demás, el libro se publicará tarde o temprano. Primera objeción. Segunda: permítame asegurarle que ni T. E. Lawrence, ni André Malraux desprecian a las mujeres. T. E. no se acostaba con ellas, lo que es mucho más sorprendente, mucho más raro, pero sin relación (en lo que a él concierne) con el desprecio. No se trata de analizar aquí las razones de esa abstención, de esa castidad laica, en la que no entraba la preocupación del pecado (al menos conscientemente).

En una carta a Ernest Thurtle, T. E. escribe: "¿Las mujeres? Me gustan *algunas* mujeres [es él quien subraya]. No me gusta el monstruoso regimiento de los hombres. *Algunos hombres* [es él quien continúa subrayando]. No puedo sentir ninguna diferencia entre una mujer y un hombre. Parecen diferentes, desde luego, pero si usted trabaja con ellas no hay ninguna diferencia. No puedo comprender todas esas historias acerca del sexo. Es tan evidente como el pelo colorado: y tan poco fundamental".

Sin duda, exagera. Pero tales son sus opiniones y cito el pasaje únicamente para señalar su punto de vista. Para él no existen *las* mujeres como no existen *los* hombres. Existen algunas mujeres, algunos hombres. Lo comprendo perfectamente y estoy tentada de creer que esta actitud es más bien femenina. Y a mucha honra. Bien conocida es la amistad de Mrs. Shaw con T. E. Se asegura que sus más hermosas cartas (por el momento, depositadas en el Museo Británico) están dirigidas a ella. Y ese sentimiento sólo puede nacer y persistir en un hombre no sólo incapaz de despreciar a las mujeres, sino capaz de *apreciarlas*, de estimarlas en tanto que seres humanos, no en tanto que portadoras de óvulos, etc. Por lo demás, T. E. tuvo también gran amistad con lady Astor (le dirigió el último mensaje que escribió desde Clouds Hill, el 8 de mayo). Y tomó muy en cuenta a Gertrude Bell, su colega en arqueología. "Había nacido demasiado dotada", escribió. "Una persona admirable". Señalemos que dice "persona".

En lo que concierne a Malraux, sucede justamente que he teni-

do con él, hace pocos meses, una larga conversación sobre las relaciones entre los dos sexos (iba a decir los tres). Queríamos hacer una lista de los escritores que han tratado a la mujer como a un ser humano, de igual a igual. Decíamos: "Primeramente, Shakespeare. Y después... hmm... hmm..." Repetíamos "hmm" para ganar tiempo como los niños que han olvidado su lección. Yo decía: "En la actualidad, Malraux (no para halagarlo porque soy totalmente incapaz de ello, y en lo que concierne a ese capítulo no bromeo), Camus..."

No se equivoque usted. Si Malraux pinta a hombres (abundan) que todavía imaginan que la mujer es el solaz del guerrero o una manera menos peligrosa de entregarse a las delicias del combate singular y de saciar su sed de dominación, el autor de *La condición humana* no se identifica con ese género de trogloditas. Es incluso lo contrario de esos bípedos centrífugos (el adjetivo le pertenece a usted), virtuosos en el arte de escaparse por la tangente... aunque a menudo atribuyan a sus compañeras ese género de ejercicio. Para Malraux La otra cuenta. Pocas veces he encontrado a un hombre que tratara a la mujer o hablara de la mujer dando, como da él, la sensación que puede traducirse por "libertad, igualdad, fraternidad". Desde luego, la fraternidad no es siempre obligatoria. Pero el sentimiento que la reemplaza existe en Malraux bajo el signo de la igualdad. Pondría mi mano en el fuego. Sí, sí: es muy sorprendente, pero esos milagros ocurren.

Recordará usted la carta de Valérie a Ferral (su amante) en *La condición humana:* "Yo no soy una mujer a la *que se posee*, un cuerpo imbécil junto al cual usted encuentra su placer mintiéndole como a los niños o a los enfermos. Usted sabe muchas cosas, querido, pero quizá morirá sin haberse dado cuenta de que una mujer *es también un ser humano* [aquí soy yo quien subraya]. Siempre he frecuentado a hombres que me han encontrado encanto... pero que recurrían a sus amigos en cuanto se trataba de cosas verdaderamente humanas (salvo, desde luego, para ser consolados) ...Conozco bastante a los hombres para saber lo que debe pensarse de las aventuras: nada carece de importancia para un hombre cuando pone en ello su orgullo, y el placer le permite satisfacerlo más rápida y frecuentemente. Me niego a ser un cuerpo de igual modo que usted una libreta de cheques... Yo soy también ese cuerpo que usted quiere que sea solamente..."

Me complazco en transcribir esta carta. Quien la escribía sabía

de qué hablaba o había encontrado mujeres que se lo habían enseñado, en el caso hipotético de que alguna vez hubiera tenido necesidad de ello.

Recuerde usted a Kyo en el momento de su muerte. Piensa en May. Piensa en "la punzante fuga en *la ternura de los cuerpos*". Piensa que desde hace un año May lo había librado de toda soledad. Y para librarse de la soledad se necesita esa ternura que es el espíritu de la carne. Porque la carne es la soledad.

Créame: ni T. E. Lawrence, asceta sin fe, ni Malraux, para quien La otra existe, son lo que usted parece suponer. Para esos dos guerreros la mujer ha sido ante todo un ser humano.

Y para terminar, permítame señalarle una... ¿contradicción, diríamos? En la página 41 ("El dualismo trágico") usted declara que el hombre separa lo físico de lo espiritual y que puede entregarse al acto sexual puro sin contaminación de lo espiritual, dada su naturaleza esencialmente dualista, su capacidad de separar el mundo físico del mundo moral, etc. Bien. Pero en el mismo párrafo usted declara que el hombre busca a la madre, a la esposa, hasta cuando está con una prostituta. Helo pues aquí enredando las cosas, conduciéndose como una mujercita incapaz de esa "tremenda dicotomía". Y si usted[1] acostumbra a ver en una prostituta a la madre, a la esposa o a la hermana (las novelas rusas no se han privado de este recurso) en verdad le digo que el dualismo del hombre destiñe y que "su capacidad para escindir el mundo en lo material y lo espiritual" no valen un comino, a Dios gracias.

Todo esto para probarle que lo he seguido en su nuevo túnel "Sobre la metafísica del sexo" con atención. "Let's agree to differ..." si es que no lo convenzo.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, may.- jun. 1952, 211-212, p. 166-169).

1 El *usted* significa aquí "bípedo centrífugo" y no tiene nada de personal.

Estimado Sábato:

Tiene usted razón. Nosotras, las mujeres, solemos reaccionar como los negros, los judíos, las minorías oprimidas (a pesar de que somos una aplastante mayoría). Sobran motivos. He escrito hace tiempo que el verdadero proletariado del mundo era el de la mujer, sin distinción de clases. Recuerde usted la definición de la palabra proletario que da el *Petit Larousse Illustré* (mi única fuente de información, es usted lo bastante sagaz para advertirlo): "Hombre pobre, que sólo era considerado útil para engendrar hijos". Pero no volvamos sobre ello. Mis opiniones al respecto quedan registradas en el número 33 de *SUR* (que no es de ayer).

Esta vez, sin embargo, se equivoca. No hubo ni hay tal reacción. No ha logrado usted sacarme de quicio. Ni furiosa ni bacante en lo más mínimo, sin la menor gana de comérmelo cocido o crudo, estupefacta, sí, leo su contestación. Para tratarme de bacante, pienso, este "Bípedo centrífugo" debió de sentirse terriblemente agraviado, pues el sentido que el citado *Larousse* da a ese vocablo (máxime cuando va acompañado del adjetivo furiosa) no es particularmente halagüeño. Calma, calma, estimado ensayista y novelista, ¿qué tono es ése para dirigirse a una indefensa "bípeda centrípeta"? Demasiado sé (vivo en un pueblito del norte y no siempre tengo automóvil) que el hombre moderno aprovecha a más y mejor la flamante (y nominal) igualdad de los sexos para no cedernos su lugar en los trenes suburbanos, tranvías y otros medios de "transporte" (confío a las comillas la misión de indicarle que hablo *cum grano salis*, cosa a la que usted no parece demasiado sensible). Pero de ahí a tratarnos de "furiosas bacantes" cuando nos atrevemos a formular alguna irrefrenable objeción, en términos mesurados y hasta sonrientes, a un ensayo que nos concierne (y publicado en nuestra propia revista) media un abismo. ¿No?

Reconozco que no es culpa suya. Las mujeres educan al hombre, y con ellas debe uno tomárselas cuando el hombre (ensayista o lo que fuere) sigue conduciéndose como un chicuelo, incapaz de soportar que se lo contradiga sin manifestar su mala crianza.

Tanto peor para nosotras... o tanto mejor: así aprenderemos nuestro oficio de educadoras.

Sin duda. He respondido a su largo y meritorio ensayo de divulgación con una cartita de morondanga. Pero así como un ensayo no tiene la obligación de adoptar el estilo epistolar, una carta no tiene la obligación de parecerse a un ensayo.

Supongo que usted no esperaba de mí una epístola de tesitura masculina. Mi registro no da para tanto. En cuanto a lo *pintoresco*, todo depende del punto de vista en que nos coloquemos. Admitamos que ambos somos pintorescos y cerremos el debate.

¿Tiene usted tan pésima opinión del lector común? ¿Cree usted que es capaz de deformar burdamente mis ideas, y por consiguiente las suyas? Desde luego, estimado Sábato, me consta que es usted demasiado inteligente para caer en tan groseros errores respecto a mi carta. Comprendo: es al pensar en el *lector común* (archi) que ha sentido usted urgencia de aclaraciones urgentes; aclaraciones para aclarar lo que desde un principio resultaba claro como el agua (clara), incluso para un retardado. Por mi parte, no tengo inconveniente en poner los puntos sobre las íes. Y en enumerar, por añadidura. Me gustan las enumeraciones. Tienen un airecito ordenado, sea cual fuere el desbarajuste de la mercadería que cubren.

1º Jamás he escrito (ni ebria ni dormida) que usted tenía mala opinión de las mujeres, que era antifeminista, etc., ni siquiera que considera que el feminismo es una estupidez, como acabo de descubrir.

2º Jamás he escrito que juzga usted a T. E. Lawrence de acuerdo con su grado militar. Mi observación, hecha al margen y *cum grano salis*, carecía de importancia. Quizás el grano de sal fuera demasiado minúsculo para su paladar varonil. La próxima vez emplearé sal gruesa, esa que veo en la cocina.

3º Sí, pienso que ni T. E., ni Malraux (cuando usted lo asimila a ciertos personajes de sus novelas) son ejemplos acertados para apoyar en ellos su tesis. Infinidad de otros escritores hubieran podido reforzarla (me ofrezco a proporcionarle una lista)[1]. Aquellos dos, no. Además, parece usted ignorar que no está oficialmente autorizado a mostrarse al tanto del contenido de *El Troquel*. Si

1 Es natural que yo pueda, a veces, estar más informada que usted en materia de literatura, así como usted lo está siempre en materia de ciencia.

sabe algo sobre el particular es debido a mi indiscreción. "3º Que elijo mal los ejemplos pues desconozco que T. E. Lawrence jamás se acostó con una mujer", enumera usted. ¿Por qué no habría de desconocer lo que T. E. dice en un libro inédito y *sólo* en ese libro? Es preferible, pues, que antes de arriesgar opinión sobre tan intrincado asunto lea usted *El Troquel* (cuando se publique) y no se guíe por mis "chismorreos". Yo puedo traicionar las ideas del coronel como, por lo visto, he traicionado las suyas, inocentemente. Desconfíe de una versión femenina. Podría deformarla lo "pintoresco".

4º Me he guardado muy bien de afirmar que para usted la mujer no era un ser humano.

5º Creo que va usted por mal camino al juzgar a Malraux de acuerdo con algunos de sus personajes (lo repito, pues usted lo repite). Escribe usted (5º) que "lo más auténtico de un novelista, lo más profunda y misteriosamente suyo no se oye de sus labios sino de los labios de sus personajes, a veces de los menos sospechosos... Como en un baile de enmascarados, ahí dirá su verdad más sincera y dolorosa". Eso también puede resultar cierto. Pero entonces no veo en nombre de qué lógica masculina objeta usted que en un baile de enmascarados (una novela) se disfrace Malraux de mujer y por qué desecha con tanto desparpajo mi cita so pretexto de que es la carta de una mujer (Valérie) a su amante. Claro que tratándose de un hombre, esta contradicción no se llamará paralogismo.

6º En lo concerniente a la importancia o no importancia del acto sexual para la mujer, me he limitado a citarlo a usted al pie de la letra. Y eso que, sobre ese capítulo, cualquiera de *nosotras* está en mejores condiciones que un hombre para darnos datos de primera mano... por más que cada uno de *nosotros*, como dice usted citando a Jung[1], lleve en lo inconsciente el sexo contrario más o menos reprimido.

7º No soy yo quien afirma: para T. E. no había diferencia entre el hombre y la mujer. Es él, en el párrafo de una carta, párrafo que, desde luego, no debe separarse del contexto. A mí me

1 La traducción de *Tipos psicológicos* fue publicada por *SUR* hace la friolera de dieciséis años. Por primera vez aparecía un libro de Jung en lengua castellana. Me costeé hasta Zurich, en 1934, especialmente para hablar con el autor. ¡Si lo recordaré!

toca ahora decirle: "Siempre es posible hundir en el ridículo a un pensador citando frases sueltas". Créame: no resultan tan fáciles los chistes a costa del autor de los *Siete Pilares.* Su grano de sal se parece bastante al Salt Lake. Le garantizo que hasta el *lector común* se resistirá a la dosis.

8º No he asegurado que aparte de Shakespeare, Malraux y Camus no existían escritores que trataran a la mujer como a un ser humano, en pie de igualdad. He dicho que con Malraux contábamos los nombres con los dedos, y que nos costaba encontrarlos. Claro que hay otros, pero *contados.*

9º He leído su ensayo con "un espíritu no prevenido", así como he leído el artículo de Montherlant (iba a decir, *otro que bien baila*) en "La Nación" (domingo 6 de julio ppdo.) con un espíritu requeteprevenido. No lo oculto.

No creo que usted ataque a la mujer en un sentido general. Nada de eso, Sábato. Primero, porque a usted le importa mucho anexarse al público femenino, sentimiento loable. Segundo (o primero, si le parece), porque usted es un hombre de *su época.* ¿Se pasea acaso con un sombrero de copa? No, seguramente. ¿Usa esos calzones muy anchos que en los siglos XVI y XVII se llamaban gregüescos? Tampoco. ¿Debería yo desvanecerme de agradecida sorpresa al oírselo asegurar? Discúlpeme, tengo el desmayo difícil.

10º Malraux no es una persona de tés, de cocktails, etc. Yo menos. Nuestras conversaciones no eran precisamente charlas mundanas o literarias. Hablábamos, imagino, como simples mortales que ya no tienen tiempo que perder en "déguisements fantasques", como simples (a pesar de las múltiples complicaciones) seres humanos pulidos por el sufrimiento como los guijarros por el mar. No era un torneo de ingenio (y eso que a Malraux le sobra).

Y aun si Malraux y yo frecuentáramos los tés y los cocktails (no es desdoroso para nadie) me pregunto por qué lo que me hubiera dicho, durante una de esas reuniones, podría tener menos interés y trascendencia que la conducta del ingeniero Georges Itzingsohn cuando juega a la ruleta con "la encantadora Pola Itzingsohn", o los comentarios sobre Castel de "un penetrante lector", o los desacuerdos entre su mujer y usted a propósito de valijas o "estatuillas derrengadas".

11º Creo sin esfuerzo que la carne es la soledad, que el fuego y el hielo nos queman, no sólo a usted y a mí, sino a todos los

hombres. Lo que diferencia en esta materia a un ser de otro es el grado de conciencia que alcanza frente a una ley a la que nadie escapa.

12º No tengo costumbre de entretenerme con juegos malabares barajando frases que separadas de su contexto pierden su verdadero sentido. La honestidad intelectual me parece indispensable, más indispensable que las otras, pues su ausencia suele acarrear consecuencias funestas. Que una cocinera zice, vaya y pase. Es un pecado venial, por mucho que exaspere a las dueñas de casa. Pero que un intelectual adultere a sabiendas un texto es un pecado contra el espíritu, es decir, mortal.

13º Usted me acusa de falta de lógica. El conde de Keyserling me reprochaba, a veces, lo contrario. Lo que prueba que "les beaux esprits ne *se* rencontrent pas forcément".

14º El conde en cuestión prohibía las discusiones en su Escuela de la Sabiduría, pues de la discusión, aseguraba, brota todo menos la luz. Empiezo a sospechar que no estaba del todo equivocado.

Pero esto no es discutir. Es poner las cosas en su lugar.

17 de julio de 1952

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.- ag. 1952, 213-214, p. 161-164).

## CRONICAS

### UNA NUEVA LEY

En mi reciente librito sobre el *Diario* de Virginia Woolf, agregué una nota acerca del proyecto de reforma del Código Civil elaborado y discutido hará pronto unos veinte años. Contaba cómo, con algunas amigas, habíamos protestado entonces ante los jueces por algunas medidas tendientes a disminuir los derechos, ya de por sí mezquinos, concedidos a la mujer; cómo había abordado, con uno de los jueces, el problema de los hijos naturales o adulterinos, que me había parecido siempre de una injusticia monstruosa con los inocentes. Este era, a mi juicio, el caso más flagrante en que "pagan justos por pecadores". Contaba también cómo había sido despedida cortés pero terminantemente, como si fuera yo una cabeza de chorlo y hablara sin reflexionar, sin pesar mis palabras, sin darme cuenta de las enormidades que decía. Contaba que mi interlocutor terminó por aconsejarme que no me mezclara en lo que no me concernía (los problemas aquéllos, en efecto, no me alcanzaban directamente, pues era yo hija legítima, no había tenido que deplorar el nacimiento de hijos naturales o adulterinos, era viuda, libre, no necesitaba soportar ya la tutela de un marido que hubiera venido a reemplazar la tutela paterna, etc.).

Lo que no conté fue que la entrevista me enfermó de indignación. Que lloré de ira y quedé temblorosa, sublevada, como un animal castigado. Las amigas a quienes repetí esta conversación deben recordarlo.

Hoy, 30 de setiembre, leo en "La Nación" que un nuevo proyecto de ley sobre la situación legal de los hijos suprime toda discriminación entre los nacidos de un matrimonio y los otros. Es éste un acto de pura y simple justicia; para cumplirlo, sin embargo, era aún necesario vencer prejuicios e "intereses creados". Por lo

demás, bien quisiera uno saber en nombre de qué moral puede sostenerse que los inocentes deben ser castigados, so pretexto de que hay que castigar o amenazar a los culpables.

No tengo motivos especiales para estar personalmente agradecida al partido político del que parte el proyecto de reforma. Lo cual no me impide regocijarme por un hecho que desde hace más de treinta años deseo de todo corazón. Un adversario que no mereció en modo alguno el tratamiento que le reservaron considera que *eso* cuenta poco al lado de *esto*. Si el proyecto de reforma proviniera de mi peor detractor y de mi más cruel enemigo, le estaría aún, y a pesar de todo, profundamente reconocida.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, nov. dic. 1954, 231, p. 78-79).

## SARMIENTO Y NUESTRA CAUSA

En agosto de 1938, un número de *SUR* fue dedicado a Sarmiento. Han pasado 39 años. Ahora publicamos otro número, también sobre Sarmiento; se lo encomendó a Javier Fernández, interesado en hacerlo y a quien le agradecemos el cuidado con que llevó a cabo una tarea a la vez grata y difícil.

En cuanto a mí, colaboradora al margen, los 39 años pasados me han enseñado que, en un homenaje a Sarmiento sólo puedo volver a destacar lo que de él cité, pues es lo que más importa a nuestra causa: la de la mujer. Y además, sospecho que no todos los admiradores de Sarmiento están de acuerdo con él sobre esos capítulos: los de la mujer, los libros, y la educación. Cada cual tiene a *su* Domingo Faustino y le rebana lo que no aprueba.

Como ya conté en varias ocasiones, Sarmiento era muy amigo de mi bisabuelo e iba con frecuencia a tomar el café a la calle Florida y Viamonte; no pudo dejar de influir en esa familia. Pero yo no tuve la suerte de conocer a un hombre con quien coincidía en asuntos esenciales sin saberlo (no lo leía en mi juventud). Por ejemplo considero, como Sarmiento, execrable el odio hacia el extranjero y lo condeno como la forma más baja del complejo de inferioridad que suele aquejar al sudamericano y lo ciega. Una manera de analfabetismo.

Estos temas que lo fueron de quien murió antes de mi nacimiento (lo repito, mi madre vio por primera vez a mi padre de lejos, en el lluvioso día del entierro de Sarmiento), preocuparon también a mi contemporáneo Nehru. Y en Nehru, era más dura la prueba por pertenecer él a un inmenso país transformado en colonia inglesa. Léase la enseñanza que le da a su hija en sus cartas y

se verá de qué modo admirable reaccionó siguiendo a su amigo y maestro Gandhi.[1]

La televisión del siglo XX ofrece todos los síntomas populares de tendencias, estados de ánimo, creencias, ideales de cada país en que se la programa. Es un verdadero muestrario. Me pregunto qué hubiese pensado Sarmiento de un aviso que están pasando ahora con inquietante insistencia en la pantalla chica. Un aviso que no es propaganda de un aceite, tabaco o chocolate sino de una moral. Muestra a una mujer simpática, *entre deux âges*, ocupada con evidente buen humor en quehaceres de la cocina. Una voz nos informa que hace 25 años que está casada. Ha preparado miles de desayunos, almuerzos y comidas para su marido y sus hijos. Ha cuidado enfermos. Ha conocido tristezas y alegrías. Ahora, está feliz, ama y la aman los suyos. Todo pasa en el mejor de los mundos. ¿Será así?

Soy la primera en reconocer que los servicios prestados por esta simpática mujer (y tantas otras) son *muy importantes*. Pero me extraña un poco que den por sentado el reconocimiento varonil a tamaña generosidad. Y fuera ya de este asunto de ser feliz o no (la felicidad no es fácil) yo pregunto si esta mujer ha cumplido realmente con su deber hacia sus hijos. No se menciona si *educó* a esos hijos. Si les enseñó a ser limpios de alma como de cuerpo. Ya sabemos que alimentarlos, lavarlos, vestirlos en su niñez cuesta tiempo y trabajo. Pero el silencio absoluto sobre la educación nos inquieta tremendamente. ¿Estaba preparada esa mujer ideal para educar? Y aquí viene lo de Sarmiento: "Mujeres ignorantes, no sabéis la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros... etc.".

¿Seguimos como antes? ¿Pasamos por alto cosas tan esenciales como las que arrebatadamente ataca Sarmiento? El aviso de un canal de televisión parece indicarlo. Sería lamentable. Quiero esperar que seamos capaces de corregir un error tan grave.

1 - "...Tú has leído algo acerca de la historia de Inglaterra y de la historia de India. Pero Inglaterra es solamente una isla pequeña e India, aunque es un país grande, representa sólo una pequeña parte de la superficie de la tierra. Si deseamos conocer algo acerca de este mundo nuestro debemos pensar en todos los países y todos los pueblos que lo han habitado y no solamente en el pequeño país donde podemos haber nacido."

Y pienso como Nehru que la educación de la mujer es más importante que la del hombre porque involucra la educación de los futuros varones.[2]

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.-dic. 1977, 341, p. 1-7).

2 "En verdad que no se requieren argumentos en defensa de la educación de las mujeres. Por mi parte, siempre he opinado firmemente que, en tanto que es posible descuidar la educación de los varones, no es posible ni deseable descuidar la educación de las mujeres. Las razones son obvias. Si se educa a las mujeres, es probable que ello influya sobre los varones; y de todos modos influirá sobre los niños. Porque todo educador sabe que los años formativos en la vida de una persona son los primeros siete u ocho. Hablamos de escuelas y colegios superiores, sin duda importantes; pero la persona se forma más o menos en los diez primeros años de su vida. Evidentemente, durante ese período, la madre es quien más cuenta. Por ende, la madre que ha sido preparada bien en diversos aspectos llega a ser esencial para la educación. La mayoría de las madres, no preparadas así, siento decirlo, no son buenas madres. Son demasiado blandas. Llenan a sus hijos de toda clase de alimentos, les ponen demasiada ropa, les envuelven el cuello y la cabeza y las orejas con toda suerte de prendas de lana y convierten al niño o la niña casi en un imbécil antes de que crezca. Por eso es necesario que se prepare a las mujeres, si no por ellas mismas, al menos por sus hijos.

Un gran escritor francés observó una vez: "Si queréis que os diga cómo es una nación, decidme cual es la posición de la mujer en esa nación". La posición y la situación social de la mujer indican más que ninguna otra cosa el carácter del país. Esto es igualmente aplicable al terreno educacional, social, económico y otros terrenos".

## MARIA DE MAEZTU

María de Maeztu está en Buenos Aires. Las palabras que a continuación reproducimos, pronunciadas por Victoria Ocampo previamente a la primera conferencia de la eminente educadora, dicen lo que de ella pensamos en esta casa:

"La revista *SUR* ha invitado a María de Maeztu a Buenos Aires para que hable de los problemas referentes a la educación de la mujer, a sus derechos y a sus responsabilidades. Y la ha elegido porque nadie mejor que ella puede desarrollar este tema. María de Maeztu ha estado durante 20 años en contacto con la juventud femenina y se ha dedicado a observarla y guiarla. Durante 20 años ha vivido sin apartar jamás su atención, su inteligencia, su fervor, de esa residencia de señoritas, obra admirable fundada y dirigida, en Madrid, por ella.

"El tesoro de experiencia que lleva hoy consigo María de Maeztu es tan rico como intensa su vocación de educadora.

"¿Qué representa una vocación de esta especie?

"He repetido a menudo que una de las diferencias que coloca en distintos planos al artista genial y al santo es la siguiente: el artista genial se esfuerza en crear la perfección fuera de sí mismo y llega por ese camino a la obra de arte; el santo se esfuerza en crear la perfección dentro de sí mismo y sólo por ese camino llega a la santidad. El artista construye su obra de arte con su vida, pero fuera de ella. El santo construye su obra de arte (su santidad) con su vida, pero dentro de ella.

"Frente al niño, a la mujer le queda un camino único: ese camino no es el del artista. Pues para poner perfección en esa obra de arte, que es la suya, tiene que comenzar por crear perfección dentro de sí misma y no fuera. El niño no tolera que se le modele de acuerdo con un ideal de perfección que no ve realizado en nosotros.

"Al educador, si su vocación es auténtica, no le queda tampoco otro camino. Y si alguien ha nacido con una auténtica vocación de educadora, es María de Maeztu.

"Esto es todo lo que quería yo decirles de ella, pues me sería imposible decir más.

"Me sería imposible decir de otra manera que ese camino fielmente seguido por ella es el más difícil.

"Me sería imposible decir de otra manera que ella lo ha seguido hasta el fin, sin esquivar los muchos sacrificios que la fidelidad a esa vocación exigían de ella.

"Podemos escuchar sus palabras con entera confianza, porque detrás de ellas no hallaremos un vacío, como detrás de la mayoría de las palabras que se pronuncian. Detrás de ellas encontraremos una plenitud: la de su vida.

"De cada una de sus palabras María de Maeztu ha respondido y responde con su vida".

(En: *Sur*, jun. 1937, 33, p. 102-103).

## PREMIO IMPRENTA LOPEZ

*El premio Imprenta López fue otorgado a Estela Canto por* El muro de mármol *y, en segundo término, a Alejandro Magrassi por* La Caa Yarí. *La entrega de los premios se realizó en la Casa del Teatro. Hablaron Ezequiel Martínez Estrada, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Victoria Ocampo, en nombre del Jurado que otorgó los premios, Lorenzo Luzuriaga, en representación de la Editorial Losada, encargada de distribuir los libros premiados, y José López Soto, en nombre de la Imprenta López, quien anunció que la empresa que él dirige ha resuelto dar a ese premio un carácter permanente. Reproducimos el discurso de Victoria Ocampo:*

La Imprenta López no parece poder contentarse con imprimir libros de manera cada vez más perfecta: necesita ahora recompensar generosamente a quienes los escriben. Busca la manera de estimularlos para que pongan en su trabajo el cuidado y la tenacidad que ella pone en el suyo. Pues si el talento es un don de los dioses que no se adquiere, ni con ayuda de una larga paciencia, el desmonte, la explotación (en el sentido noble del término) del talento, dependen de una rigurosa disciplina y los que no se someten a ella no aislarán jamás el radium puro del pechblenda.

En este país no escasea el talento, pero sí una disciplina que implica sacrificios. El número de hombres dispuestos a infligírselos es reducido.

El oficio de escritor, como todos los oficios, más que cualquier otro oficio, exige un largo aprendizaje para quien pretenda adueñarse totalmente de sus técnicas. No basta estar en las batuecas para que la inspiración baje del cielo. Si el terreno no ha sido preparado de antemano, la Inspiración con mayúscula se empantana en el camino, no llega a la meta y el genio eternamente hundido en las arenas movedizas del soñar se queda en el dominio de "lo que hubiera podido ser y no es".

Pocas personas entre nosotros toman en serio este difícil y delicado oficio de las letras que exige, lo repito, el don de los dioses y una rigurosa disciplina. Quiero decir que pocas personas tienen conciencia de que ese oficio no tiene más relación con lo improvisado que el del ebanista o el del fabricante de instrumentos de precisión.

Encontramos un ejemplo patente de lo que afirmo en la actitud generalmente adoptada frente al problema de las traducciones. La mayoría de la gente se figura, en nuestro país, que no hay tal problema; que basta saber inglés, o francés, o italiano (saberlos superficialmente, entendámonos) para poder de buenas a primeras traducir de manera fiel o tolerable al español (sabido con igual superficialidad). Cualquiera se creerá con derecho a proponerse como traductor de cualquier cosa. Y lo grave es que ese cualquiera encontrará finalmente a alguien capaz de darle cualquier cosa para traducir. Ese alguien hará luego imprimir y publicar la traducción. Resultado: el libro que veremos expuesto en los escaparates de las librerías será verdaderamente cualquier cosa, excepto buena literatura.

Recordemos lo que escribe Gide sobre las traducciones de Shakespeare (en su prefacio a la edición de la Pléïade de Gallimard). ¡Cuántos escrúpulos, cuántas dudas, cuántos tormentos! Aun cuando se dé con equivalentes justos, asegura, el halo de reminiscencias y de evocaciones, los armónicos que brotan de las palabras son diferentes e intraducibles de un idioma a otro. La traducción es, en efecto, arte sutil e intrincado en que las cualidades intelectuales y morales del traductor son sometidas a una prueba decisiva. Pues se necesita tanta inteligencia como probidad, tanta ciencia como abnegación, tanta intuición como paciencia para la tarea.

A juzgar por la cantidad de manuscritos recibidos en la Imprenta López, el número de los aficionados a las letras es muy grande. Pero en las letras como en la religión, las verdaderas vocaciones son raras. Muchos son los llamados, pocos los elegidos.

Uno de los signos inequívocos de la vocación es la perseverancia a través de todas las dificultades, obstáculos y desconocimientos; a pesar de las propias deficiencias, de las propias torpezas y de los desaires y burlas ajenas. La vocación es una fuerza misteriosa y nada la descorazona definitivamente. Algo hay en ella de mila-

gro puesto que salva a ciertos seres, a menudo tan frágiles y sensibles de un debilitamiento mortal de todas sus energías.

Los dos premios del concurso de la Imprenta López van sin duda a escritores que han perseverado por vocación. El autor de *La Caa Yarí*, novela de los yerbales misioneros, que obtuvo el segundo premio, nació en Lomas de Zamora en 1899. A los doce años, Alejandro Magrassi fundó una "revista" (entre comillas) de la cual, según cuenta, editaba un solo ejemplar que nadie más que él leía. Esa fue la primera etapa. Después colaboró en otras revistas, viajó mucho por el interior de la República. Publicó varios libros. *La Caa Yarí*, dice su propio autor, es sólo una rama arrancada a un gran árbol. Forma parte de una larga novela en dos tomos de quinientas páginas cada uno. En esta obra de mérito trabaja Magrassi desde hace doce años y vive enteramente consagrado a la literatura. A una literatura que trata de problemas y ambientes muy nuestros.

El primer premio de este concurso ha sido otorgado a *El muro de mármol*. Y da la casualidad que el autor de esa novela —cuyo verdadero nombre ignorábamos— es una mujer. Es decir, que las dificultades, los obstáculos han debido multiplicarse a su paso, con todo el cortejo de desconocimientos, de insuficiencias y torpezas propias, de desaires y burlas ajenas.

Si la simple vocación es indispensable para asegurar la perseverancia del hombre en el duro y deleitable oficio de las letras, una vocación reforzada de terquedad frenética lo es en la mujer.

A pesar de que vivamos en el año 1945; a pesar de que la mujer haya probado copiosamente su capacidad de luchar y morir con heroísmo junto al hombre, en una guerra repelente y monstruosa, decidida y conducida por él; a pesar de haber compartido con él todos los riesgos; a pesar de haberse resignado a que sus niños los compartan; a pesar de haberse mostrado colaboradora prolija y eficaz del hombre en cualquier tarea —excepto en aquellas que exigían ante todo fuerza muscular—, la mujer no ocupa aún, sobre todo en los países no anglosajones o nórdicos, el sitio que le corresponde.

Un gran escritor del siglo XVIII decía a propósito de una mujer predicadora: "Es como un perro que camina con las patas traseras. No lo hace bien; pero sorprende que lo haga."

Virginia Woolf creía que ésa era todavía la opinión de mucha gente sobre las mujeres que no se limitan a zurcir medias. Noten ustedes que digo "las mujeres *que no se limitan.*" Zurcir medias es también muy necesario y meritorio aunque aburrido. Y sobre todo, no nos dejemos influir por cierta propaganda hábilmente manejada por los Goebbels latinos del anti-feminismo. Las mujeres que cultivan su inteligencia no sólo son aptas para convertirse en mejores madres sino, a veces, en mejores cocineras, cuando se lo proponen. He conocido algunos ejemplos deslumbradores. Las más transparentes jaleas, los más sabrosos huevos revueltos que he comido no habían sido cocinados por fregonas.

El hecho de haber concebido, dado a luz, alimentado, lavado, vestido, peinado, vigilado, cuidado, acariciado a mil ochocientos noventa y dos millones de seres humanos (la población del planeta) quita a la mujer, por lo visto, el derecho de elegir quién ha de gobernar a los que ella trajo al mundo y cómo han de ser gobernados. A Virginia Woolf (que cocinaba muy bien) le parecía, de parte de quienes han establecido estas leyes, caballeros andantes no lo dudamos, un atropello intolerable y una cómica excentricidad. Si viviéramos en algún astro remoto y nos contaran estas costumbres de la pobrecita tierra, nos reiríamos percibiendo sobre todo, el lado cómico, y diríamos: "¡qué disparate!" Pero no vivimos en un astro remoto y nos cuesta a menudo reírnos de disparates que nos tuercen la vida y el corazón.

En los países civilizados, la mujer sólo ha obtenido el voto después de luchas penosas. En los otros ya sabemos que no cuenta. Se da la preferencia al analfabeto de sexo masculino. En ellos puede realizarse el milagro de la ciencia infusa, pero en nosotras, pobres mujeres, ni la ciencia adquirida con desvelos sirve.

Sin embargo, se habló de abolir la discriminación de raza y sexo en un paraje llamado Chapultepec. Hasta creo que se firmaron papeles. ¿Serán los que el viento se llevó?

No crean, señores míos, que caigo en este momento en digresiones sin relación con el primer premio de la Imprenta López. El autor de la novela que lo recibe es, por casualidad, una mujer. Y por casualidad (o imprudente galantería de sus compañeros) es también una mujer quien toma la palabra en nombre del jurado. La ocasión era demasiado tentadora para desperdiciarla. Por otra parte, no cabe duda de que el handicap de la mujer repercute des-

de hace siglos en el desarrollo de sus facultades, y conviene tomarlo en cuenta.

He querido saber si Estela Canto, mujer de otra generación que yo, pero nacida en mi propio país, había tropezado con las mismas dificultades que amenizaron mi juventud y la de mujeres inglesas, francesas, americanas, célebres hoy día y que tuve la suerte de admirar, querer y frecuentar.

Pues bien, las cosas, por lo menos respecto al caso presente, han variado apenas.

He interrogado al autor de *El muro de mármol* sobre su vocación literaria y los obstáculos que encontró en su camino. Me dice que a los 13 años empezó a escribir un diario pero con vergüenza, como si fuera pecado. Para una mujer escribir era un pecado. En la mujer la inteligencia debía conservarse como un terreno baldío. Una sabia prudencia lo aconsejaba. Hasta convenía disimular la inteligencia para no espantar a los futuros candidatos a marido. El marido era la única meta de la vida. Y sólo convenía saber de los libros y de la vida lo que a él podría agradarle que ella supiera. Ni más ni menos. Pero más bien menos que más. Una inteligencia cultivada a fondo era señal de atrevimiento. Pondría en fuga a los festejantes o los molestaría con el cosquilleo de desagradables aprensiones.

La historia se repite.

En la rectoría de Haworth las hermanas Brontë escondían sus cuadernos para no humillar al padre. ¿Cómo no iba a ser humillante comprobar que el genio se había equivocado de sexo y dejado a un lado al varón de la familia?

Felizmente Estela Canto a quien no se soñó en dar una instrucción sólida (¿para qué?) encuentra un aliado: su hermano. Lee los libros en que él estudia. Descubre la literatura junto con él y así se descubre a sí misma. Más tarde se emancipa gracias al trabajo. Un trabajo que yo llamaría manual. Entra de dactilógrafa en una compañía norteamericana. Sigue escribiendo y esconde en un cajón sus garabatos. ¡Ah, cuántas mujeres de todas las clases y países y siglos habrán repetido ese ademán!

El hecho de ganar un sueldo le da a Estela Canto cierta confianza en sí misma, más ánimo y firmeza. Cambia varias veces de empleo y entra finalmente en una fábrica importadora de camiones y autos Willys. Su trabajo está mejor pagado pero es can-

sador. De noche sueña todavía con el: "Dear Sir [—se lo dictan en pesadillas—]: we beg to acknowledge receipt of yours dated, etc." Economiza para pagarse tres meses de vacaciones. Vacaciones para escribir. Después de los tres meses busca un trabajo que le deje tiempo disponible para seguir la tarea que le interesa. Pues siente necesidad de escribir, bien o mal, pero de escribir. Y escribe. Así llega al concurso de la Imprenta López su novela.

*El muro de mármol* está hecho de esa obstinación, de ese amor por las letras, de esos momentos robados a otro trabajo —el manual.

La obra se presta a más de una crítica. Y deseo que se las hagan. No hay nada más saludable para un joven escritor, nada que lo entone y lo ayude como una crítica severa y justa. De esa forma de apoyo espiritual carecemos casi totalmente en Buenos Aires. La crítica es aquí, salvo honrosas excepciones, alabanza desmedida, impúdica adulonería o agresión soez y malintencionada. A menos que no sea insulso palabrerío.

*El muro de mármol*, historia de un adolescente que como todo adolescente lleva adentro un drama, está escrito en primera persona, pero no es un monólogo. Tiene acción interior y exterior. El protagonista piensa, siente, analiza a la vez que actúa.

La acción transcurre en dos ambientes: el de un hogar de comerciantes de la clase media y el de la ciudad de Buenos Aires. Con idas y venidas en el tiempo, el drama pasional se desarrolla en una ciudad gris, en una sociedad sin forma que es *América in the making.*

Estela Canto, como todas las mujeres que escriben —por lo menos las latinas—, es una autodidacta. Al hablar de su vida he querido subrayarlo. Nadie la alentó a escribir, ni a instruirse; sucedió más bien lo contrario.

Los escritores son como ciertas plantas muy sensibles al clima. Hay climas en que se debilitan y palidecen. Contra padecimientos de esa especie han tenido que luchar en sus comienzos la casi totalidad de las mujeres con vocación literaria. Tengámoslo presente.

Espero que el premio ganado por Estela Canto al iniciarse su carrera creará en torno suyo esa atmósfera de estímulo vivificador a la que somos todos mucho más sensibles de lo que imaginamos.

Como en la familia de Estela Canto, en la mía, cuando yo era chica y mi institutriz alababa mi memoria (mi memoria, no había de qué sentirse muy ufana), yo oía decir: "Qué lástima que no sea un varón. Hubiera podido seguir una carrera." Aquí, en esa época, a nadie se le ocurría que una mujer pudiera seguirla. Y yo, haragana rematada y amiga de hacer la rabona, pensaba: " ¡Qué suerte! No estudiaré más que lo que me guste." Pero no tardé en descubrir que lo que me gustaba era mirado con desconfianza, inquietud y hasta consternación por quienes velaban por mi educación. Digo educación, porque en cuanto a la instrucción pronto me di cuenta de que tendría que ocuparme yo misma en administrármela.

Esto pasaba antes de la guerra del 14.

Dije, hace un momento, que el mundo no había variado mucho bajo ese aspecto, por lo menos en nuestro país. Sin embargo exagero, puesto que aquí me tienen bastante abrumada por el honor de representar a un jurado de hombres cultísimos, yo mujer ignorante. Y esto, para dar un primer premio a otra mujer ignorante, lo presumo, y cuya ignorancia he tratado de explicar.

Hablo sin asomo de ironía.

Nosotras, las mujeres, hemos sido y somos aún el verdadero proletariado del mundo. Bajo el delantal de brin o el abrigo de visón, somos el proletariado. Y estoy dispuesta a contestar a quien lo niegue.

Perdonen ustedes si he descuidado el aspecto puramente literario de esta ceremonia. El otro me parecía importante porque se trata de una mujer. El día en que caigan en desuso esas costumbres de trogloditas, les prometo que sólo se hablará de literatura en los concursos literarios, aunque sea una mujer quien reciba el premio.

(En: *Sur*, jul. 1945, 129, p. 122-128).

## CAMINO A SARREBRÜCK

Enero de 1939. Vuelvo de Frankfurt a Francia, en automóvil, porque no he podido soportar el ambiente de esta ciudad (en hoteles, restaurantes, tiendas, casas de departamentos, carteles prohibiendo la entrada a los judíos). Dormiré esta noche en Verdun. Caminos espléndidos. Paso por Worms y Kaiserlautern. A cuarenta kilómetros de Sarrebrück chocamos contra un camión. Ya no estamos en la "autostrade" sino en un caminito angosto, frente a tres o cuatro casas de campesinos. Vienen todos a ver qué nos ha pasado. Ninguno habla otro idioma fuera del suyo. No nos podemos entender. He recibido un golpe muy fuerte en la garganta. Casi no puedo hablar. Como no ven sangre no comprenden qué es lo que me sucede. Atribuyen al miedo mi silencio (son las 8 de la noche). Unos me traen una palangana con agua caliente y otros un jarro con agua fría. Por fin llega una mujer que conoce algunas escasas palabras francesas. Me dice: "Nous gens pas méchants". Le contesto en voz baja, sonriendo: "Oui, oui". Después de mucho esperar en ese camino oscuro, en donde se me dirigen preguntas que no comprendo, el marido de la que sabe palabras francesas me lleva en auto hasta Sarrebrück. Ella me ha vuelto a repetir, al cerrar la puerta del coche: "Nous gens pas méchants".

15 de septiembre de 1939: "La batalla por la posesión de Sarrebrück continuó toda la noche" *(La Nación).*

Pienso en esos 40 kilómetros recorridos en un mal automóvil guiado por un pobre alemán de buena voluntad. Veo a la mujer con su palangana de agua caliente. Oigo la voz que decía: "Nous gens pas méchants".

Cuando conté eso en París los franceses se enternecían.

Tropas alemanas se están concentrando detrás de Sarrebrück en un esfuerzo para contrarrestar un ataque directo francés" *(La Nación).*

Los franceses se han visto obligados a la guerra sin odio hacia el pueblo alemán. Esa es la verdad.

El pueblo alemán es ese hombre que me llevaba en su automóvil desvencijado, esa mujer con la palangana de agua caliente, esa voz que me repetía: "Nous gens pas méchants".

¿Qué razones o qué debilidades hacen que este pueblo, "uno de los más instruidos, se someta a la autoridad monstruosa de un solitario"? Como dice muy bien Valéry, en nuestra época un país no libre es un país donde los hombres no tienen valor de ser libres (ni siquiera el deseo o la necesidad de serlo), ni siquiera la idea de que podrían serlo.

Tenía razón la mujer del camino a Sarrebrück: el pueblo alemán no es malo.

Pero también tiene razón Valéry cuando explica que lo que opone un país libre a otro que no lo es, más que una diferencia de régimen político es un contraste irreductible de caracteres. Falta saber si el régimen político no contribuye a formar el carácter.

No concibo la posibilidad de que campesinos franceses o ingleses declararan con insistencia, en análogas circunstancias, que no eran gentes malas.

Ya sabemos que los campesinos alemanes tampoco lo son. Pero existe algo, hoy día, que los obliga obscura y ciegamente a quererlo aclarar en público, como si no tuvieran la conciencia tranquila.

La historia dirá si el culpable es un hombre, un sistema o ambos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept. 1939, 60, p. 10-12).

## EL CAMINO DE AMERICA

Hace pocas semanas escribía desde el campo, en un jardín dorado por el otoño: "Si no hubiera tanto Atlántico entre Europa y nosotros, qué mal cariz tomaría esto de ser tierra prometida y qué pronto encontraríamos protectores abnegados..."[1].

Hoy, después de la invasión tan esperada, pero no por ello menos increíble e ignominiosa de Holanda, Bélgica y Luxemburgo; después de haberme encontrado de nuevo en mi gran ciudad y de haber oído vocear en sus calles, con insistencia reveladora, el título de diarios cuya venta es una vergüenza nacional; después de haber oído razonar a ciertas personas —no me hubiera fiado en testimonios de terceros—; hoy, en fin, ya no creo que el Atlántico sea grande, ni que los kilómetros y kilómetros que van desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Hornos puedan hacer de este continente un lago tranquilo.

La primera victoria que Hitler puede jactarse de haber conseguido frente al mundo entero —y la categoría de esa victoria demuestra también al mundo entero cómo urge detener las que pueden seguir— es que parece tener el poder de enseñarle el odio. Enseñar el odio aun a los que se resisten a aprenderlo y se debaten todavía, en el momento actual, a fin de odiar al pecado y no a los pecadores.

Hasta el Vaticano, con su excesiva mesura (llamémosle así), se ha visto obligado a tomar esa posición.

En 1934, Mussolini en persona —esto tampoco es una calumnia inventada por los aliados— me había hablado de su fe en la fuerza del odio. "¿Se imagina usted —me dijo entonces— que Dante ha escrito la Divina Comedia por amor? No; fue el odio lo que le movió".

1 - *Este Lago*, SUR, Nº 67.

Mussolini creía y cree en la fecundidad del odio, no del amor. Pero Hitler no se ha contentado con la creencia: ha desencadenado el odio en el mundo. Un día veremos cómo este odio se dará vuelta contra él mismo.

No creo en la impunidad de los crímenes; siempre acabamos por tener que rendir cuentas de nuestra conducta y esta regla no tiene excepciones.

Nosotros no queremos aprender el odio: es una pasión devastadora y estéril. Luchamos contra esa enseñanza, contra esa tentación. Lo que defendemos hoy, en esta gran catástrofe humana, es algo más importante, más esencial que nuestra tierra, que nuestros derechos, que la justicia y la libertad: defendemos nuestra alma. No queremos que nuestra alma se desfigure y contamine en el aprendizaje de doctrinas que tienen al odio como punto de apoyo y columna vertebral. No combatimos con el propósito de aniquilar, sino de salvar. Y no sólo para salvarnos a nosotros mismos, sino también para rescatar a aquellos que creen poder llegar a la victoria perdiendo su categoría y dignidad de hombres; para probarles que se equivocan gravemente y para probárselo por todos los medios y de todas las maneras compatibles con nuestra conciencia.

Por eso la neutralidad, hoy, ha dejado de existir.

Los neutrales, lo consientan o no, se hacen cómplices, con la carga de su peso muerto, de las fuerzas brutas y envilecedoras que arrasan el mundo y amenazan nuestra alma, por contagio. Ya no son, pues, neutrales. Son enemigos de la causa que defendemos.

Queremos un mundo —por imperfecto que sea— en el que el amor pueda más que el odio. No queremos aprender a vivir de otra manera y la vida, en las condiciones dictadas por el ideal hitlerista, perdería su valor y su significado para nosotros.

La victoria nazi en el mundo sería la prueba de que el odio ha triunfado y que es más fuerte que el amor. Lo que quiere decir que aquellos que atacan para destruir lo que desconocen y odian, son más fuertes que los que luchan para salvar lo que aman y da valor y significado a la existencia.

Todo depende no de los Hitler y de los Mussolini sino de nuestra conciencia, de nuestra unión, de nuestra autenticidad y de la fuerza de nuestro amor.

A América le queda sólo un camino. Confío en que lo tome enseguida. Dudar de ello sería dudar de ella, de su destino, de no-

sotros y de todo cuanto alienta sobre la superficie de la tierra, excepto de los ardides cobardes, de las mentiras, de la crueldad, del odio y de la eficacia de los crímenes.

(En: *Sur*, may. 1940, 68, p. 24-26).

BIBLIOTECA NACIONAL

## AMERICA INDIVISIBLE

En otoño de 1940 empezaron súbitamente a repetirse en la radio los nombres de Skager-Rak y Kattegat; ahora les toca el turno a Manila y Honolulu.

Las noticias de la fulminante agresión japonesa a Estados Unidos en el Pacífico (a nuestro continente, ya) mientras los enviados del Imperio del Sol Naciente discutían aún en Washington con los yanquis, me llegan esta vez al final de la primavera, mientras releo unas páginas de D. H. Lawrence que cobran un sabor nuevo: "Así, cuando estalló la guerra, todo su instinto estaba contra eso: contra la guerra. No sentía el más leve deseo de sojuzgar a hombres de otros países o de ayudar a su muerte. No, no sentía ningún deseo de desafiar a Alemania y exaltar a Inglaterra. La distinción entre alemán e inglés no era, para él, la distinción entre bueno y malo. Era la distinción entre flores acuáticas azules y flores de matorral, rojas o blancas: diferencia, nada más. La diferencia entre el jabalí y el oso. Y un hombre era bueno o malo de acuerdo con su naturaleza, no de acuerdo con su nacionalidad.

"Egbert era un hombre bien educado, y esto formaba parte de su inteligencia natural. Para él era simplemente antinatural odiar a una nación en bloque. Ciertos individuos le desagradaban y otros le agradaban, y de la masa no sabía nada. Ciertos actos le desagradaban, ciertos actos le parecían naturales".

Sí; lo que detestamos, en el fondo, es eso: el carácter, el "genio y figura" de ciertos individuos que pesan, hoy, sobre los destinos humanos (o que parecen ser instrumento de esos destinos) y la bajeza de ciertas acciones y ciertas conductas. No detestamos países, ni diferencias, por fundamentales que sean.

Lo que nos repugna es exactamente lo que acaban de hacer los japoneses; todo eso de que se jactan los buenos totalitarios, puesto que está de acuerdo con sus doctrinas, preceptos y métodos.

Lo que no podemos aceptar, ni remedar, es esa degradación del código moral del hombre, del standard moral del hombre, y que el culto de los héroes se transforme en el culto del crimen.

Para nosotros, como para el Egbert de D. H. Lawrence, la distinción entre los pueblos de Inglaterra y Alemania, de Estados Unidos y Japón, no es la distinción entre lo bueno y lo malo. Pero cierto modo de proceder y cierta clase de individuos, sea cual fuere su nacionalidad, son, para nosotros, de índole nefasta. Y entre esto sí se puede hacer la distinción de lo bueno y lo malo.

Y no nos repliquen que lo que nos parece saludable también tiene fallas. Ya lo hemos advertido: la falla está en nuestra propia naturaleza humana, tan incapaz de realizar *perfectamente* lo perfecto que se propone. Pero el deseo de acercarse a la perfección, o digamos más modestamente a la decencia, y el deliberado cinismo que busca el éxito por vías torcidas e ilícitas, son dos actitudes distintas que revelan un gran desnivel espiritual.

En el otoño de 1940 escribía yo desde Mar del Plata al oír por radio las noticias desconsoladoras de la invasión de Noruega y Dinamarca: "Este jardín no sería un lago si no estuviera rodeado por kilómetros y kilómetros de tierra americana, desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Hornos. Este lago que me rodea es América".

Hoy, América ha dejado de ser un lago.

Pero como no hay mal que por bien no venga, si es cierto que América ya no es un lago, es igualmente cierto que América, por primera vez desde que lo soñó Bolívar, empieza a sentirse indivisible, desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos. Indivisible por sus raíces históricas y geográficas y por el papel que está llamada a representar en el mundo. Por su pasado y por su porvenir. Porque será el primer continente en que esta indivisibilidad se hará sentir, imperiosa. Porque éste será su aporte, su ejemplo para un mejor entendimiento de las relaciones entre países y hombres. Porque ésta será su gloria. Porque así como la Cordillera de los Andes y las Montañas Rocosas son una sola y misma cadena de montañas, todos los países de América han nacido en una sola y misma circunstancia y se han ido formando a través de los mismos sacrificios. Porque los americanos no deben tener más que *una* patria, como dijo y quiso Bolívar.

Es lo que siempre hemos deseado.

América lago de calma ya no existe, a pesar de los kilómetros y kilómetros que la separan de la hoguera.

Pero América es indivisible.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, dic. 1941, 87, p. 7-9).

## LOS JOVENES Y LA GUERRA

*Haced de esta guerra la última* (a pesar de un título al que por desgracia no puede uno menos de responder mentalmente: "Eso ya se ha dicho. Pero, ¡ay!, no por eso han cambiado en nada las cosas") es uno de los libros sobre la guerra que conviene leer[1].

Un hombre joven nos dice, con una mezcla singular de buen sentido y de fervor, por qué lucha, por qué, sobre todo, querría luchar. Nos explica por qué la juventud quiere y debe elegir la causa por que está dispuesta a morir, y por qué los viejos han perdido hasta el derecho a discutir esta elección. (Por viejos entiende, imagino, todos aquellos que sufren de esclerosis moral, cualquiera que sea su edad, todos aquellos que permanecen egoístamente inmovilizados en el pasado).

El mismo grito fue lanzado durante la guerra del 14 y su eco más poderoso lo encontramos en T. E. Lawrence. En el capítulo de introducción suprimido de *Los siete pilares*, escribía: "La juventud pudo vencer, pero no había aprendido a conservar y fue lamentablemente débil ante los viejos. Balbuceamos que habíamos trabajado por un mundo nuevo y ellos nos dieron las gracias amablemente e hicieron su paz".

Michael Straight —que en estos momentos debe hallarse en la "United States Air Force"— no balbucea cuando nos habla del nuevo ciclo y de la nueva tierra por los cuales trabaja la juventud. No tropieza en las palabras, ni en las ideas. Y lo que exige está de acuerdo con el sentido profundo del capítulo ausente de *Los siete pilares.*

Que esta guerra no es una guerra sino una revolución —¿podría alguien dudarlo todavía?— se descubre a cada paso, lo mismo

1 - Micrael Straight: *Make this the last war. The Future of the United Nations.* (Harcourt, Brace).

en las cosas pequeñas que en las grandes. Escuchemos a Stephen Spender, el joven poeta inglés: "Los jóvenes odian y atacan a los viejos... Los viejos pueden permitirse ignorar a los jóvenes, haciendo votos en su fuero interno para que los maten... Los jóvenes son amargos, insolentes...".

Es un estado de cosas deplorable y atroz.

Por su lado, Michael Straight, americano, nos dice:

"La crisis en *nuestros* esfuerzos de guerra está creando ahora una división considerablemente destructiva entre los jóvenes y los viejos. Los jóvenes saben que están luchando para expiar errores de que son inocentes... Desconfían de las intenciones del gobierno y de su democracia —y les sobran razones para esas sospechas. En el fondo de su corazón están hambrientos de grandes concepciones, sin saber cuáles pueden ser éstas. En presencia de su hambre, los viejos, que perdieron la paz última, permanecen en silencio... incapaces de hablar".

Más adelante, Michael Straight agrega: "Los nazis han hecho siempre de su carencia de toda consideración moral una de sus armas. No tienen inhibición para la doblez y la mentira. Pero nosotros nos sentimos apresados entre dos mundos. Hemos sido habituados a pensar en términos morales y sin embargo nos vemos obligados a sostener actos inmorales de *agresión* y de *apaciguamiento.* Hacemos arma de la moral contra los nazis, y luego embotamos el arma con la negación sistemática de la moral en nuestro país y en los imperios".

Esta es, en efecto, la triste verdad. Los nazis van hasta el extremo de su carencia de consideraciones morales y no sienten el menor escrúpulo. Emplean a fondo su arma. Nosotros (y digo *nosotros* porque en este momento no hay sino dos partidos en el mundo) no llegamos jamás al extremo de la moral que predicamos. Ni aun a medio camino. Y a veces ni siquiera tratamos de ponerla en práctica. En tales condiciones, ¿qué fuerza puede tener esa arma? ¿Qué derecho tenemos a excomulgar y anatematizar?

Muchos se preguntarán, y el autor de *Haced de esta guerra la última* se pregunta también, si no sería preferible dejar la crítica y la autocrítica para más tarde, pero Straight piensa con razón que sólo podremos sobrevivir aprendiendo la lección de nuestros fracasos. Pues si permitimos de nuevo que la victoria no tenga *un sentido*, pronto dejará de ser una victoria.

"Una vez más luchamos por la victoria y nuestros intereses; por la victoria y nuestra riqueza; por la victoria y nuestro dominio sobre los pueblos que hemos oprimido. Pero la victoria es un amante exigente... Ningún amante se contenta con promesas de fidelidad futura".

Pienso en la preocupación de T. E. Lawrence:

"Era evidente desde el comienzo que si ganábamos la guerra esas promesas serían letra muerta..."

Es la preocupación de Michael Straight. Pero Michael Straight no cree ya en una victoria cuyas promesas sean de nuevo *letra muerta*. Sabe de sobra que eso no puede llamarse victoria.

¿Cuál es la forma de imperialismo disimulado más odiosa y corriente en nuestros días? ¿No es, acaso, la que Jawaharlal Nehru describe así? "Esta última clase de imperio —afirma— ni siquiera anexiona los territorios; sólo anexiona la riqueza de los elementos productores de riqueza del país. De este modo puede explotar íntegramente el país en provecho propio y fiscalizarlo a su antojo, sin cargar con la responsabilidad de gobernarlo y reprimirlo".

Es la forma de imperialismo que tanto padece la América Latina; la causa de las desconfianzas, las reticencias, los odios de países bastante fuertes para no resignarse a la condición de satélites y demasiado débiles para demostrarlo de otra manera que por los rencores sordos, la no-cooperación, la mala voluntad y la mala fe.

¿Cuál será la *significación permanente* de lo que han hecho los nazis en Europa?, se pregunta Straight. A esto responde: "Es preciso poner terminantemente en claro que aunque los nazis *puedan crear las bases de una Europa unida*, Europa no puede unirse bajo su dirección. Para unirse, Europa tendrá que estar constituida por pueblos capaces de cooperar libremente; de otro modo, habrá una perpetua guerra civil".

Es difícil, en efecto, imaginar una Europa unida por un pueblo al cual su dictador predica y ordena no fraternizar con nadie puesto que pertenece a una raza elegida:

" ¡Alemanes! Los polacos no pueden ser nunca vuestros camaradas. Los polacos son inferiores a los alemanes, tanto en las granjas como en las fábricas. Sed justos, como deben serlo todos los alemanes, pero no olvidéis jamás que pertenecéis a la raza de los amos". (Proclama de la ocupación alemana de Polonia). He aquí lo que se enseña a este pueblo.

La guerra de los nazis no puede acabar puesto que siempre estarán en guerra contra aquellos que no pertenecen a su raza, a su nación, a su credo. Y los que no pertenecen a su raza, a su nación, a su credo, serán eternamente sus enemigos.

Pero Straight no se contenta con criticar. Trata de aportar soluciones y de ver claro en la lucha sin colocarse *au dessus de la mélée.* Está de lleno en la lucha, con la esperanza y la fuerza exigente y resuelta de su juventud. Está de lleno en la lucha con su corazón y su inteligencia aplicada a comprender los problemas para no extraviarse en las soluciones. Nos habla de las Naciones Unidas, de un mundo más justo y de lo que habría que hacer para ganar la recompensa que sólo pueden aportarnos los grandes sacrificios.

Como individuos no podemos sobrevivir sino uniéndonos a un gran movimiento organizado, a fin de utilizar nuestra fuerza.

En ese movimiento, todo el mundo que lucha por un ideal de "progreso social, de libertad y de paz" quedará incluido, nos guste o no. "Podréis burlaros de los hombres y mujeres del centro, o de aquellos sin partido o ideología que ahora buscan un movimiento al que plegarse. Pero no podremos vencer sin esos hombres y mujeres. Podréis temer al movimiento obrero y los otros intereses organizados con su peso muerto y su incapacidad para mirar más allá de sus propios intereses materiales. Pero sin estas organizaciones estamos perdidos. Podréis en Norteamérica no tener fe en el "New Deal", que no ha logrado liberarse aún del reaccionarismo sureño, ni en los liberales con su incapacidad crónica para trabajar conjuntamente. Pero nuestro movimiento debe contener estos grupos. Podréis despreciar a los comunistas. Podréis afirmar que se han equivocado terriblemente, que carecen en absoluto de escrúpulos humanos y que nunca han conocido la gran máxima de Cromwell: "Por los clavos de Cristo, camaradas, pensad que podéis estar equivocados". Este movimiento, sin embargo, es un movimiento combativo en Europa, en China, en Rusia, y lo necesitamos. Nuestra lucha es demasiado crítica y nuestras fuerzas demasiado débiles para poder prescindir de cualquier fuerza que está luchando por las Naciones Unidas".

"No más sueños", dice Straight. Y no más nihilismo. Es preciso darse cuenta de que la crisis actual es una crisis mundial y es preciso participar en ella en una escala mundial.

"Ningún movimiento basado en una alianza de China y la In-

dia, y ningún movimiento basado en una alianza de los Estados Unidos e Inglaterra puede arrastrar a la humanidad a la acción. Más allá de las naciones, el mundo en sí mismo es la única idea dominante en el espíritu de los hombres. Debemos luchar, no por la supremacía de los Estados Unidos sobre Inglaterra o la supremacía de China en Asia, sino por la entrada de todos como iguales en las Naciones Unidas. Solamente como movimiento mundial lograremos sobrevivir".

¿Qué podemos hacer?

"En los Estados Unidos, en China, en la América Latina, en otras naciones, existe un movimiento conocido con el nombre de Asociación por un Mundo Libre. Es pequeño, infinitesimal, como son todos los comienzos. Sumaos a él, convertidlo en un movimiento de masas, propagadlo dondequiera haya hombres y mujeres..."

El libro de Michael Straight merece ser leído atentamente por aquellos a quienes interesa saber lo que ocurre, en la hora actual, en la conciencia de una juventud ardiente, resuelta y sacrificada.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, abr. 1943, 103, p. 86-90).

## DECLARACIONES SOBRE LA PAZ

En septiembre de 1939, cuando se declaró la guerra, decíamos en la primera página de nuestra revista:

"Hace dos años, en agosto de 1937, publicamos algunas líneas tituladas *Posición de* SUR. Nos parece oportuno volver sobre ellas.

"Decíamos:

"*Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país que es una tradición democrática.*

"Conocíamos, sí, las deficiencias de los regímenes democráticos, deficiencias inherentes a todo lo humano. Pensábamos que podían corregirse y que eran, de cualquier modo, preferibles al sistema de bárbaros atropellos y al ordenado desorden de los totalitarismos. Lo que ignorábamos era hasta qué punto de farsa, de indignidad, de traición y de vileza organizadas podían llegar las dictaduras de izquierda o de derecha. Ahora lo sabemos.

. . . . . .

"Nosotros no somos neutrales. No lo éramos en agosto de 1937. Defendíamos entonces lo que seguimos defendiendo hoy. Defendíamos lo que ya corría peligro y levantábamos nuestra voz contra una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios de la moral evangélica (esa política, cuando no aniquila la enseñanza de Cristo, traiciona su espíritu reemplazándolo por el de la Inquisición).

"Para nosotros un acto degradante es siempre degradante, aunque favorezca el interés nacional.

"Nosotros necesitamos creer que nuestro país se conduce como una persona decente.

"Otra idea de la patria no nos cabe en el corazón ni en la cabeza".

Hoy, en julio de 1945, no cambiaríamos una coma a lo que decíamos entonces. Exceptuando a España, el nazi-fascismo ha sido barrido de Europa. Quisiéramos poder decir otro tanto de América, del mundo entero. Todavía es demasiado pronto, quizá. La enfermedad se había generalizado a tal punto que los focos de infección todavía permanecen activos, aquí y allá, bajo las formas más imprevistas, más nocivas.

El Diario de Ciano nos prueba que los astutos y bajos maquiavelismos, además de ser innobles, resultan ineficaces a la larga. Si en alguna parte existe un Dios que pudiera librarnos de ellos, le suplicaríamos de rodillas que lo hiciese. Pero ¿cómo imaginar a Dios ocupándose de asuntos tan sórdidos? Esta tarea de higiene moral nos incumbe a nosotros. Ayúdate, y Dios te ayudará.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul. 1945, 129, p. 7-8).

## SOLIDARIDAD CON LOS ESCRITORES FRANCESES

## UN LLAMAMIENTO

En 1939 recibí una carta de Paul Valéry, fechada el 2 de septiembre de ese año, que terminaba con las siguientes palabras: "Suceda lo que suceda, ruego a usted que haga en la Argentina todo lo que esté en su mano por nuestra causa, que es también la suya, que es la causa del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas."

Desde entonces han sucedido muchas cosas, aún más terribles que las que habíamos previsto. El 17 de junio de 1940, Valéry me escribía: "... el número y la bestialidad nos aplastan". Y más adelante, en la misma carta: "Tal vez, si consigo durar, estaré obligado, a mi edad, a buscar trabajo no sé dónde... Pero hoy la Poética y el pensamiento valen menos aún que nuestro papel moneda."

Finalmente, el 27 de abril de 1942, Valéry me pedía que le enviara, si me era posible, un par de zapatos. "¡La necesidad me obliga a hacerle este pedido ridículo!", agregaba. Me parece que basta escuchar un llamado semejante para darse cuenta de la situación. Y, a pesar de la liberación de Francia, esta situación no ha variado. El invierno europeo se anuncia tan duro, tan amenazador, que los S.O.S. llegan de todas partes. Por eso un grupo de escritores argentinos nos hemos creído en el deber de acudir en auxilio de nuestros camaradas franceses.

Valéry me escribía además: "El alimento y la calefacción han llegado a ser los problemas de cada día, generalmente insolubles.

Vestirse es un proyecto quimérico. Y cuando se tiene una familia que sostener, hay que ganar también lo necesario ejerciendo la profesión más inútil del mundo."

En ese estado se encontraba uno de los primeros escritores de Francia y de Europa, si no el primero. No hace falta mucha imaginación para figurarse cuál debe de ser la suerte de los otros.

Cuando Valéry habla de profesión inútil, lo hace irónicamente. Las creaciones intelectuales desinteresadas son tan necesarias para una civilización que quiere subsistir, sobrevivir, como el pan cotidiano. No nos engañemos.

La grandeza de Inglaterra sin Shakespeare, la de Italia sin Dante, la de Rusia sin Dostoievsky, la de Alemania sin Goethe, la de los Estados Unidos sin Whitman, no sólo resultaría disminuida, sino inconcebible. Estos hombres han sido la voz misma de sus países, y quien se ha familiarizado con el timbre de esas voces conoce, sin haberlas visto nunca, las tierras donde resonaron por primera vez.

Tal es la fuerza del espíritu.

Esos hombres no eran nada más que escritores. Pero lo que han dicho se sigue repitiendo y estudiando siempre, mientras que los discursos de los todopoderosos dictadores de ayer están ya olvidados. La belleza que los primeros han creado dura todavía y nos ayuda a soportar el atroz espectáculo de un mundo que los otros han devastado.

Con los hombres y las mujeres que consagran su vida a las *creaciones intelectuales desinteresadas*, en Francia, se solidarizan los escritores argentinos y hacen en su favor un llamado a sus compatriotas. Entre esos hombres y esas mujeres se encuentra sin duda el Racine o el Pascal o el Baudelaire o el Mallarmé —se encontraba el Valéry, el Bergson— que los siglos futuros colocarán en el rango de grandes entre los grandes. ¿Quién no se sentirá orgulloso de haber contribuido a alejar de ellos el hambre, la enfermedad, tal vez la muerte prematura? Se siente uno feliz de salvar la vida de cualquier hombre, aunque sea el más anodino, el menos útil a la humanidad.

Oscar Wilde creía, con razón, que lo que le faltaba a aquel carcelero de Reading, desconcertado ante dos presos que se acusaban generosamente en vez de disculparse, a fin de que el castigo recaye-

ra por entero sobre sí mismos, era imaginación. Imaginación del corazón.

Deseamos fervorosamente que no les falte a nuestros compatriotas, porque, en lo que atañe a la generosidad, estamos tranquilos: no les ha faltado nunca a los argentinos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, oct. 1945, 132, p. 105-106).

## ANTEPENULTIMOS DIAS

Leo en *SUR* (Nº 175) que H. A. Murena me aconseja editar un libro-encuesta con el siguiente título: "¿Qué significa para usted Sarmiento?" en vez del que tenía proyectado: "¿Qué significa para usted T. E. Lawrence?".

"Nos ignoramos tanto los argentinos, los americanos. Necesitamos con tanta urgencia directas palabras sobre nosotros mismos."

Murena estaría todavía en pañales cuando ya retumbaba con insistencia en mis oídos este *air connu*. Primero fue fulano, después mengano, después zutano. Todos decían más o menos lo mismo. Yo les contestaba: "De acuerdo. Nos conocemos poquísimo. Ahí está la revista. Escriban sobre lo que les parezca importante". Por lo visto, la preocupación no pasaba de palabras puesto que cumplidos sus 18 años de existencia *SUR* vuelve a oírlas. ¿Será que la revista no ha servido realmente para nada? ¿Será que los que más se lamentan no hacen lo que les correspondería para mejorar la situación?

El punto de vista de Murena, aunque no resulta demasiado nuevo, es un punto de vista como cualquier otro. La juventud no sería la juventud si desperdiciase la oportunidad de dar una lección a quien se la merece (?).

Sospecho lo que a Murena se le ha metido en la cabeza. Hace tiempo que las hojas nacionalistas nos han habituado a un lenguaje nada distinto. Pero me atrevo a dudar de que Murena sepa lo que se me ha metido a mí en la mía, si es que algo de tan escasa importancia le parece digno de atención. Por lo pronto, veo que no ha leído mi librito sobre Lawrence. Ya anunciaba yo ahí, en 1941, mi intención de juntar material para la obra que no cuenta con su aprobación. Y Murena se ha enterado del proyecto leyendo (me figuro) el artículo de Rougemont sobre Lawrence.

Permítame Murena una breve explicación de mi punto de vista.

Hay dos personalidades en el mundo moderno (muy distintas una de otra, por cierto) que quisiera ofrecer a la meditación de los lectores de *SUR:* T. E. Lawrence y Gandhi. Incrédulo el uno, el otro creyente. Condenado el uno por voluntad propia al ejército ("el ejército que desprecio profundamente") como a un claustro, por no encontrar mejor *pis aller;* viviendo el otro entre la multitud como en un convento. Ambos ascetas. Ambos convencidos de que sólo la energía espiritual obra milagros. Ambos fieles durante su vida y hasta en la muerte a ese ideal. Poco importa que el uno haya nacido en Inglaterra y el otro en la India. Poco importa para el mundo entero, al cual su memoria pertenece. Poco importa para un argentino —por muy argentino que sea— que un T. E. o un Mahatmaji no sean argentinos. Entramos, con ellos, en un orden ecuménico. Para cualquier hombre de buena voluntad que se esfuerza en buscar el sentido de sus conflictos interiores, de sus pruebas diarias, este inglés y este hindú tan singulares son fecundos temas de meditación. El fin jamás justificó los medios para este soldado asqueado de su oficio, o para este político preocupado de limpieza moral.

"Por primera vez, en la historia del mundo, el conflicto entre la inteligencia pura y los valores morales se ha tornado una cuestión de vida o muerte", ha dicho un hombre de ciencia. He aquí por qué urge conocer lo mejor posible, con sus defectos y admirables cualidades, hombres del temple de T. E. Lawrence o de Gandhi, cuya conciencia estaba extraordinariamente alerta y afinada. El desarrollo de la conciencia es tan desparejo en los hombres como el del talento literario.

El fervor frenético de lo absoluto sin Dios, en Lawrence; el patriotismo de la Humanidad, la decisión de sacrificar todo por su país, excepto la VERDAD, en Gandhi, son actitudes mentales tan reveladoras y únicas, en este siglo, que bien merecen estudio.

¡Qué Sarmiento ni Sarmiento! ¿Qué tiene que ver Sarmiento, San Martín y Alberdi —por grandes que sean— con todo esto? El autor de *Facundo* hubiese aprobado, creo, mi proyectado libro. Sabía perfectamente que puede un argentino llegar a conocerse mejor (con esa clase de conocimiento íntimo que es el único importante) frecuentando a un inglés o a un hindú (me refiero a las relaciones de alma a alma) que frecuentando a un compatriota. En

este terreno, no hay argentinos, ingleses o hindúes, a Dios gracias: hay sólo hombres. Un pequeñísimo grupo de hombres. Y los demás hombres valemos en la medida en que el ejemplo de esos pocos nos inspira respeto, amor y adhesión.

T. E. Lawrence y Gandhi simbolizan ciertas virtudes, a la vez raras e indispensables, sin las cuales el mundo entrará en descomposición (si no lo advierte a tiempo). Para T. E. Lawrence, como para Gandhi, una promesa, por ejemplo, era cosa sagrada. Parece poca virtud. Y sin embargo comprobamos fácilmente que el mundo entero, su paz, su equilibrio precario dependen de que algunos, por lo menos, cumplan con la palabra empeñada. Este sentido de la dignidad de la persona es indispensable para que marchen hasta las más ínfimas transacciones. ¡Qué no ha de ser para los asuntos graves!

No creo que resulte saludable en esta época, ni que sea la misión del escritor, exaltar los nacionalismos (de cualquier índole). Nunca se ha hecho desde *SUR*. Con eso de creerse cada cual *el mejor*, sólo se logra rebajar el nivel de los pueblos y de los individuos. Y es una manera de nacionalismo, aunque refinado, el decir, cuando alguien se propone publicar un libro sobre un inglés: "Sería más útil que fuese sobre un argentino".

Lo que antecede no significa que la idea del libro sobre Sarmiento me parezca desacertada. Es *otro* libro que se podría publicar.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jun. 1949, 176, p. 98-99).

## SOBRE "NORTEAMERICA, LA HERMOSA"

El ensayo de Mary McCarthy[1] sobre su América, *America the beautiful*, me había llamado la atención, cuando lo leí, por ciertas analogías con la nuestra, y me había propuesto hacérselo conocer a los lectores de *SUR*. Pero ante todo necesito aclarar que no estoy en nada de acuerdo con ella sobre dos o tres puntos. No creo, por ejemplo, que sea especialidad de los europeos el imaginar que el dinero hace la felicidad, mientras que los americanos (y me refiero al Continente entero, en toda su longitud) se han curado de esa ilusión. No creo que los europeos tengan el monopolio del periodista, del político y del general vendidos. Ni tampoco que la vida literaria sea considerablemente más venal en el viejo continente que en el país del dólar (o del peso). Contrariamente a lo que asegura Mary McCarthy, he conocido europeos que no eran materialistas y no pocos americanos (sigo hablando del continente entero) que lo eran de modo bastante ostensible para que yo (no siempre perspicaz en esa materia) lo advirtiera.

Los europeos, asegura nuestra talentosa amiga norteamericana, no sienten curiosidad alguna por los intelectuales americanos (ella se refiere, desde luego, a los norteamericanos, pues a los escritores sudamericanos no se les toma en cuenta en este género de análisis, a menos que ellos mismos se metan a opinar de puro co-

1 - Autora de *The company she keeps* (1942) y *Oasis* (1948, que obtuvo el premio de "Horizon" y se publicó en un número entero de esa revista). Hace la crítica teatral en "Partisan Review". Nació en Seattle, Washington, y fue alumna de "Vassar College". Colabora en "The New Republic", "The Nation" y otros periódicos. Su ensayo "America the beautiful", que publicamos a continuación, apareció primero en Commentary". *SUR* publicó uno de los cuentos de *The company she keeps* en su número 112-113, dedicado a la Literatura de los Estados Unidos.

medidos, como lo hago yo en este momento). Y en eso tampoco estoy de acuerdo. Quizá fuera verdad hace poquísimos años. Pero hoy día ya no. Confesado o no, hay en toda Europa un como *engouement* subterráneo por la literatura norteamericana, y la influencia de los novelistas estadounidenses es demasiado evidente para ser discutible. Pero esto que ha dejado de ser cierto para la América anglosajona, sigue siéndolo para la América latina. Cuando Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel, ¿cuántos europeos conocían su nombre? ¿Cuántos han leído a Alfonso Reyes? El caso de un Neruda es diferente. En cuanto un autor, cuyas ideas coinciden con las de un poderoso partido político, puede servir como propaganda a ese partido, su renombre mundial queda automáticamente asegurado. Neruda no necesitaba de tal ayuda para ser consagrado gran poeta por los que algo entienden de poesía. Pero ha dado la casualidad que su línea de pensamiento estaba de acuerdo con la de los comunistas. Y sin duda por esa razón su popularidad sobrepasa el número de los lectores que pueden verdaderamente gustar su genio poético, del mismo modo que rebasa las fronteras de nuestra América latina, cuyos intelectuales son tan moderadamente conocidos en el mundo de los intelectuales europeos.

Dicho esto, ¡cuántos parecidos entre nuestras reacciones, nuestra posición frente al escritor extranjero (existencialista o no) y las de una Mary McCarthy! ¡Cuántos problemas comunes! Y esta vez hablo especialmente de los Estados Unidos y de la Argentina.

Los escritores del viejo Continente que llegan, turistas golosos de color local, a México, al Perú, a Guatemala, al Brasil mismo, no tendrán de qué quejarse. Se les puede mostrar *cosas*. Esas cosas representan sin duda un pasado que ya no tiene curso; pero el pasado que se exhibe en Europa está exactamente en el mismo caso. Teotihuacán, Machu-Pichu, una calle de Antigua, una iglesia de Bahía o la tan sorprendente de Tepotzotlan, ¡enhorabuena! Esto vale tanto como las ruinas del Coliseo o del Foro, los menhires sentados en corro en la llanura de Salisbury, una callejuela de Florencia... No tenemos de qué avergonzarnos.

Pero los Estados Unidos no tienen posibilidad de ofrecer al apetito del turista (y sobre todo, Santo Dios, del turista intelectual por añadidura) ninguno de estos venerables monumentos desafectados. En Argentina, menos aún. Y sin embargo tengo la impresión de que no hay nada más representativo del *Nuevo Continente*, de

lo que evoca la conjunción de estas dos palabras, que los Estados Unidos del Norte y nosotros, ambos tan desprovistos de interés turístico desde el punto de vista de ruinas imponentes y de color local.

Mary McCarthy, refiriéndose a la fealdad del decorado americano, de las diversiones americanas, de la literatura americana, añade: "¿... no son acaso la visible expresión del empobrecimiento de las masas europeas, una manifestación de todo el atraso, privaciones e indigencia que llegaron aquí en barcos abarrotados desde Europa?"

¿No se podría decir otro tanto de los nuestros? Lo que hiere los ojos, la sensibilidad ávida de belleza, ¿no es acaso el sueño hecho carne, materializado en ladrillos, cemento armado, palabras, sonidos, colores, de esos campesinos o habitantes de las ciudades europeas sub-alimentados material e intelectualmente, de esos desheredados roídos de miseria y de ignorancia que han logrado medrar bajo cielos menos inclementes? ¿Cómo sorprenderse de que estos campesinos analfabetos, apenas emergidos de su miseria, vean en el grandioso y horrendo cine Roxy de Nueva York (templo del rastacuerismo de las masas, tanto por el género de espectáculo que ofrece habitualmente, como por la ordinariez chillona de su lujo), o en nuestro más modesto, pero no menos horrendo cine Opera, con sus falsos balcones y estatuas, un palacio encantado, uno de esos palacios que los niños golosos imaginan fabricados de chocolate, turrón y caramelos?

"This had to come to light", como bien dice Mary McCarthy. Sí, ese sueño tenía que hacer explosión un día. Y es lógico que haya estallado en nuestra casa, en estos dos extremos de América. Boni de Castellane dice en sus *Memorias* (no tengo el libro a mano y cito sin garantizar la exactitud de los términos, aunque sí del pensamiento) que al entrar en las mansiones de los millonarios norteamericanos había comprendido adónde iban a parar los horribles y costosos objetos que suelen verse en los bazares. La falta absoluta de refinamiento, de gusto, de cultura es bastante previsible y natural en los nuevos ricos de todas las latitudes, si estos nuevos ricos no han tenido tiempo, ocasión de o afición a educarse mientras hacían fortuna (cosa nada fácil, pues hacer fortuna debe ya absorber no pocas energías). ¿Por qué serán los europeos tan agresivos y acerbos con los nuevos ricos americanos? Nuevos ricos en varios dominios, ya que muchos de nosotros somos autodi-

dactos; autodidactos sorprendidos y emocionados del poquito saber que a duras penas hemos acumulado. Estos nuevos ricos (en todos los dominios) son a menudo los antiguos pobres del viejo continente. Burlarse de su vulgaridad, más bien burlarse de sus gustos vulgares (la vulgaridad de alma es algo muy distinto y no parece estar relacionada con la vulgaridad en materia de estética) es, para un europeo, escupir al cielo, es condenar a Europa, creadora de las condiciones de que surgió esta misma vulgaridad.

En cuanto a nosotros, americanos, "no podemos odiarla, pues odiarla sería odiar la pobreza, a nuestros ávidos antepasados, y a nosotros mismos". Debemos tratar activamente de corregirla, eso es todo.

He creído que el chispeante ensayo de Mary McCarthy podía encender réplicas y comentarios y que serviría de pretexto para poner los puntos sobre una que otra i. Con tal propósito lo he entregado primero al examen de los colaboradores y luego al de los lectores de *SUR*.

*V.O.*

(En: *Sur*, oct.-nov.-dic., 1950, 192-194, p. 143-145).

## PLAGAS
## LA LANGOSTA Y LOS "GANGSTERS" DE LAS EDICIONES CLANDESTINAS

Repugnante y triste espectáculo el de la langosta instalada en un jardín cuya belleza devora. Un jardín es la imagen, hasta cierto punto, de lo superfluo, de ese superfluo del que resulta tan duro, tan casi imposible prescindir. Pues lo superfluo no es a veces (y estas son las veces en que se vuelve indispensable) sino la belleza misma. Se respira mal cuando se nos priva de belleza; pero no se respira, simple y llanamente, cuando se nos priva de pan. Hay que rendirse a la evidencia. Por eso, si la langosta, devorando un jardín entero, nos parece un espectáculo repugnante y triste, cuando procede de igual manera con campos sembrados sentimos como un terror.

Estos días, desde las barrancas de San Isidro, donde vivo, he estado observando, en unos terrenos del bajo donde cultiva legumbres —chauchas, creo— un verdulero amigo, los estragos de esta plaga. Desde muy tempranito un ruido de tambores, pero de tambores tocados por quien no sabe tocarlos y que se empeña en aprenderlo, entraba en mi sueño. Y en esos instantes indecisos del despertar ese ruido me trastornaba las estaciones. Me empujaba, me hacía retroceder hasta el julio y el mayo de las fiestas patrias y, si me descuidaba, hasta mi infancia, hasta la casa vieja de mi bisabuelo, en la calle Florida y hasta los soldados que por allí desfilaban en aquella época. Me disponía a correr hasta la ventana de reja para admirarlos. Pero al abrir a medias los ojos se desvanecía el sueño. La distancia y los años (el tiempo y el espacio) abolidos en el dormir recobraban su aspecto de realidad inconmovible, sólida como las latas vacías de nafta que sirven de tambor a mi vecino y

como las chauchas que defiende. Pues mi vecino vive de que los demás coman sus chauchas, siempre que "los demás" no sean langostas. De ahí su lucha encarnizada. Desde la barranca sigo las peripecias de esa lucha. Toda la familia participa en ella, armada de diferentes maneras. Unos con cañas a cuya extremidad cuelgan pedazos de arpillera que agitan (banderas desafiando al enemigo). Otros dando golpes sobre latas. Avanzan en procesión entre las chauchas. En polvareda, las langostas levantan el vuelo para dejarlos pasar y vuelven a asentarse detrás de ellos. El ataque de este pequeño ejército ha servido sólo para interrumpir el incansable banquete que sigue su curso inmediatamente.

¡Qué plaga!

Miro estas langostas pegadas en los troncos de los árboles, amontonadas al sol en los caminos. Parecen ramitas secas cuando la luz no las hace brillar. ¡Y esa manera torpe de volar a ciegas y dejarse caer con todo su peso! ¡Y ese aspecto y ese sonido de estar fritas en aceite! ¡Qué plaga, qué plaga!, repito. Y esta palabra se ensancha y al recorrerla me alejo de las langostas y paso a Egipto (esas diez plagas de que nos hablaba "Mademoiselle", al margen de la "Histoire Sainte"); y de Egipto paso (por andar en los alrededores, sin duda) a Palestina. Y en Palestina, de la misma manera que los avisos luminosos, se enciende un nombre de ciudad: "Gaza". Y este nombre me trae, después de pasar por Inglaterra, a una calle estrecha de Buenos Aires. Y en esta calle estrecha a una casa, a un libro, a un título: *Eyeless in Gaza*, y a una advertencia que me espera frente a él: "La edición pirateada de este libro acaba de aparecer en Chile".

¡Qué plaga!, ¡qué plaga!, repito. Pero no pienso ya en la langosta.

¡Qué plaga ésta de las ediciones fraudulentas y qué vergüenza para nuestro país y para las demás repúblicas sudamericanas que la han convertido en industria nacional!

Al frente del próximo libro, *Vida e Historia*, de Marañón, figurará, para desautorizar una edición fraudulenta que se ha hecho con parte de los materiales de dicho libro, el siguiente párrafo, extraído de una carta del autor: "Una vez más protesto de que puedan seguir cometiéndose impunemente estas violaciones al derecho de propiedad más sagrado, que es el intelectual, y, sobre todo, que se produzcan sin la sanción inmediata de la ley y de la conciencia pública".

¿A qué se debe el que tengamos que oír reproches semejantes? Hay cosas en que la indiferencia y la inercia son criminales. Y es hora ya de proclamar que lo de las ediciones fraudulentas no merece más nombre que el de *robo escandaloso*, protegido y amparado por una ley deficiente. Para defenderse de él los pocos (una vez más "the unhappy few") editores honrados que pagan religiosamente los derechos de autor y que se esmeran en dar al público buenas traducciones (si se trata de libros en otros idiomas) no están mejor armados que mi amigo el verdulero para defender sus chauchas de la langosta; mi amigo el verdulero que agita banderas de arpillera y toca el tambor en latas vacías de nafta. La langosta se le ríe en la cara, como los traficantes de ediciones clandestinas se burlan de los editores honrados. Se burlan, pues los editores honrados nada pueden contra los que no lo son, porque la red que echan sobre ellos tiene agujeros por donde se escapan con la mayor facilidad. Esta red ineficaz es la Ley de Propiedad Intelectual.

Un ejemplo: dicha ley impone la obligación de inscribir los contratos de traducción dentro del año de la publicación. Pero legaliza *las ediciones no autorizadas* que se hayan publicado dentro del período de *no inscripción.* Forma indirecta, como se verá, de fomentar las ediciones clandestinas. Según nuestro criterio, la ley no debe en ningún caso autorizar la publicación de ediciones *no autorizadas.* Esto equivale a amparar el robo.

Hay jueces que sostienen que el delito de piratería editorial no es equiparable al de defraudación. Opinión que nos resulta inconcebible.

A los cinco días de ponerse en venta en Buenos Aires "Retoques", de Gide, circulaba una edición fraudulenta con el pie de imprenta —falso— de Montevideo y con idénticas tapas. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron los editores legales y a pesar de haber recurrido a la ley, la edición fraudulenta siguió circulando y no hubo sanción posible contra quien lo hizo.

Los editores chilenos, como saben todos aquellos que están algo familiarizados con estos asuntos, son los reyes del pirataje editorial. Pero se da el caso curioso de que en la actualidad los libros extranjeros que se introducen en Chile deben *pasar por la Aduana y pagar derecho de introducción.* El derecho es pequeño, pero los inconvenientes son grandes, pues la oficina de Control de Cambios de Chile *obliga a pagar por anticipado* el valor de los libros y sin este requisito no permite que salgan de la Aduana.

Ahora bien: el tomar medidas análogas y aun medidas contra la introducción de libros chilenos en la Argentina —hasta que no se haya implantado en aquel país una ley de propiedad intelectual eficiente— se vuelve imprescindible para nosotros. Los daños que causa el actual sistema son demasiado graves ya.

Entre los innumerables libros que han sido pirateados por ciertas editoriales chilenas (lo que constituye una pérdida seria para los editores y autores) figuran, de la editorial Espasa-Calpe: *Meditaciones suramericanas* y *La vida íntima*, de Keyserling; *El hombre y la técnica*, de Spengler; *Disraeli*, de Maurois; *Lujo y Capitalismo*, de Sombart; *Cultura femenina*, de Simmel; *Juana la Loca*, de Pfandl; un tomo de la monumental *Historia del Mundo*, de Walter Goetz, traducida por Morente, etc. De la Editorial *SUR: Tipos psicológicos*, de Jung; *La condición humana*, de Malraux; *Contrapunto* y *Eyeless in Gaza*, de Huxley, *Canguro*, de Lawrence; *Regreso* y *Retoques*, de Gide.

Todas las obras de Ortega y Gasset están en el mismo caso. Tomo por tomo se está rehaciendo la serie de *El espectador* y se ha llegado, inclusive, a inventarle libros a Ortega. Libros que nunca publicó y que editores incalificables han formado tomando artículos de aquí y de allá y reuniéndolos bajo los títulos de *Esquema de las Crisis* y *El poder social.*

Esto ya clama al cielo. Y, sin embargo, nosotros seguimos clamando en el desierto.

En estas repúblicas sudamericanas parece ignorarse que los intelectuales viven de sus obras, de su oficio y que, a menos de ser capitalistas, lo que no ocurre a menudo, no tienen otra fuente de ingresos. Parece ignorarse que esta fuente de ingresos no es, a menos de casos excepcionales, muy abundante. Parece ignorarse, además, y esto es lo más lamentable, que si existe una propiedad sagrada es la del fruto del trabajo intelectual. Parece ignorarse, insisto; pues si no se ignorase, si no se hiciera por lo menos como que se ignora, el escándalo sería demasiado mayúsculo. Y pese a esta apariencia de ignorancia, lo es. Lo es para quienes tienen conciencia de lo que pasa.

Conozco escritores que están literalmente, así, como suena, contando los centavos que ganan para poder vivir. En Sudamérica, en estos países cuyo aporte podría aliviar esas penurias, se les explota, se les roba sin piedad, sin respeto y sin escrúpulos.

¿Es posible que semejante infamia (no hay otra palabra) se

prolongue? ¿Es posible que la aceptemos de hecho? ¿Que nos contentemos con protestar de vez en cuando sin tratar de remediar las cosas con actos y no con palabras?

Tengo en mi poder cartas que desde hace años viven escribiéndome los autores más geniales de Europa respecto a este problema. No hay uno que no se muestre sorprendido e indignado, sea rico o pobre, conservador o comunista. Todos ellos, se llamen Malraux o Keyserling, Ortega y Gasset o Gide, Huxley o Waldo Frank, opinan de la misma manera y se indignan del mismo modo. Y con cuánta razón.

Mientras tanto, los editores argentinos y honrados, desamparados por una ley que falla totalmente en la práctica, siguen, como mi amigo el verdulero, espantando la langosta con banderas de arpillera y ruido de latas. La langosta se les ríe en la cara.

Este no tomar en cuenta, este no respetar en lo más mínimo el fruto del trabajo intelectual, *la propiedad intelectual*, es un síntoma de lo más alarmante. Significa algo así como si la defensa contra la langosta existiera en nuestro país sólo por defender las cosechas, que no existiría si se tratara de defender las flores de un jardín, por ejemplo, o las hojas de los árboles que no son directamente comestibles. No olvidemos que antes que el naranjo en fruta tiene que existir el naranjo en flor; y a quien no cuida el azahar puede ocurrirle que, a fin de cuentas, se quede también sin aquello que cuida: la naranja.

No sólo de pan vive el hombre. Pero quienes nos dan ese pan espiritual de pensamiento y de belleza sin el cual poco vale la vida (yo diría *nada*), tampoco pueden vivir sin pan de panadería, y si fuera por los señores "gangsters" sudamericanos de las ediciones fraudulentas, a morir por falta de pan se verían reducidos los escritores geniales del mundo.

Que tomen esto en cuenta y actúen en consecuencia los señores legisladores. Se lo rogamos encarecidamente.

Gracioso resulta advertirles que una de las razones que invocan los señores "gangsters" para este robo amparado por la ley, es que resulta la única manera de difundir la cultura y ponerla al alcance de las masas. Esta forma de difusión de la cultura tiene un pequeño inconveniente, sin embargo (lo hago notar de paso). Mata de hambre a quienes crean la cultura. De ahí, sin duda, la opinión, bastante vulgarizada entre las gentes sudamericanas, inclusive entre algunos diputados argentinos que le han dado voz con motivo del

Congreso de los P.E.N. Clubs, que el escritor es un muerto de hambre. Algo de eso hay. Y así será, para mayor vergüenza nuestra, mientras la ley ampare indirectamente al "gangster" que ataca el derecho de propiedad más respetable, más sagrado: el que es fruto del trabajo intelectual.

*VICTORIA OCAMPO*

(De *La Nación* de Buenos Aires, 11/XI/1937).

(En: *Sur*, nov. 1937, 38, p. 68-73).

# V

# LETRAS Y ARTES

a) Letras
b) Cine y teatro
c) Música
d) Arquitectura

## IDA Y VUELTA A VICTOR HUGO

(LEYENDO EL *OLIMPIO*, DE MAUROIS)

### Indicaciones cronológicas

*Hijo de un carpintero de Nancy, el capitán Joseph Léopold Sigisbert Hugo se enamora de Sophie Trébuchet, huérfana bretona, y se casa con ella.*

*Nacen dos hijos, Abel y Eugène.*

*Sophie desearía que el impetuoso capitán la dejara en paz. No parece corresponder con entusiasmo a sus excesos amorosos. Está ya cansada.*

*El capitán no se da por aludido.*

*Un día de viaje, al llegar a la cima de los Vosges...*[1]

*Se dio al fruto de esta improvisación del fogoso militar el nombre de Victor.*

*El niño nació en Besançon, vieja ciudad española.*

Ce siècle avait deux ans, Rome remplaçait Sparte
Déjà Napoléon brillait sous Bonaparte...

*Inclinación del joven Victor, desde su infancia, por España (más tarde por Alemania).*

*Estadía en Madrid de la familia. El padre es ascendido a general.*

*Regreso a París.*

1 - Valentine Hugo, mujer de Jean Hugo, bisnieto de Victor, me decía un día: "Victor Hugo fue concebido en la cima de una montaña. Esto lo repetían con la mayor naturalidad todos los miembros de la familia Hugo cuando me casé. Te podrás figurar hija, cuanto me chocó. Jamás hubiera podido pasar algo semejante en mi familia. Mi madre nunca hubiera permitido que se dieran datos de esa índole".

*Los tres niños escriben versos. Y se enamoran perdidamente de una adolescente, Adèle Foucher, con quien jugaban en la infancia.*

*La adolescente tiene una belleza andaluza.*

*El general y la generala (de carácter muy decidido) no se llevan bien. Separación.*

*El 17 de abril de 1819, Victor (17 años) le confiará su secreto a Adèle y Adèle a Victor: se quieren.*

*Compromiso secreto.*

*El 4 de marzo de 1822, pues todas estas cosas tienen su fecha (Victor parece haber sido muy amigo de festejar aniversarios), el novio se siente terriblemente celoso y le escribe a la novia: "Me gustaría que no te preocupara tanto embarrarte el vestido cuando caminas en la calle. Ayer noté el cuidado que tienes... El pudor es más valioso que un vestido, etc." La pobre Adèle debió caer de las nubes. Probablemente se le había entrevisto un tobillo. Amores castos.*

*La castidad no le iba mucho al excesivo temperamento de Victor (heredado del general); pero ¡qué tema espléndido para los arrebatos poéticos! Victor deseaba ardientemente a Adèle, la trataba con la severa austeridad que la época exigía de todo novio decente. Por momentos, la tensión lo volvía, sin duda, intolerante e intolerable. La pobre Adèle no comprendía lo que pasaba.*

*La familia se oponía al matrimonio.*

*Al final consiente. Casamiento en Saint-Sulpice el 12 de octubre de 1822.*

*Adèle, preciosa mujer, es insensible a la belleza de su rival, la Poesía.*

*¡Y qué rival!*

*Victor trabaja frenéticamente. Está frenéticamente enamorado.*

*Los niños nacen.*

*Las amistades también: Vigny, Nodier. Lamartine...*

*Hugo escribe, publica. ¡Exito! Se habla ya de su genio.*

*Adèle es una "petite nature". Temperamento tibio. El ímpetu amoroso del insaciable marido la cansa. Los Hugo son, por lo visto, voraces.*

*Publicación de* Odes y Ballades.

*1827. Aparece en el horizonte del matrimonio un joven crítico. Victor lee sus artículos con placer evidente. Se llama Sainte-Beuve.*

*Hugo es rey. "Jamás realeza fue más legítima, natural y aclamada" (Baudelaire).*

*Trabaja.* Les Orientales.

*Sainte-Beuve, amigo inseparable del matrimonio Hugo, escucha a Victor mientras contempla a Adèle.*

*Adèle se siente conmovida por el discretísimo homenaje.*

*1830. Victor cada vez más absorto en su trabajo.*

Hernan! *Silbidos, ovaciones.*

*Sainte-Beuve descubre que está enamorado de Adèle.*

*Victor le dice a Sainte-Beuve: dejaremos que ella elija entre los dos.*

*Sainte-Beuve promete olvidar su amor para salvar su amistad.*

*Actitudes nobles pero difíciles de mantener. La grandeza no es el privilegio de cualquiera. No parece ser el de Sainte-Beuve.*

*Adèle, centro de esta agitación, se siente más bien abandonada.*

*Victor escribe* Notre-Dame.

*La amistad de Victor y Sainte-Beuve se agría.*

*Cuando un hombre tiene genio, puede resultar cansador como marido. Si el genio es también un fauno y si la dama no tiene inclinación por esas divinidades campestres, algo tiene que suceder.*

*Sainte-Beuve por no exigir nada se vuelve atrayente...*

*1832. Victor tiene treinta años y Adèle ve en secreto a Sainte-Beuve.*

*Sainte-Beuve escribe artículos elogiosos sobre Victor.*

*Ensayan* Lucrecia Borgia *en el Teatro de la Porte Saint Martin.*

*En un papel insignificante una actriz mediocre de 26 años. Victor la mira mucho. Es lindísima. Se llama Juliette Drouet.*

*Actriz mediocre, sí. Pero mujer capaz de un amor tan raro como el genio.*

*En momentos en que Adèle se evade de Hugo, Juliette se entrega a él... para toda la vida. 17 de febrero de 1833.*

*"Valgo mucho más ahora que en el tiempo de mi inocencia" escribe el amante.*

*Adèle siente que ya no tiene el derecho de pedir fidelidad matrimonial.*

*Juliette abandona carrera, lujo, diversiones por su dueño y señor. Mutuo amor-pasión.*

*Juliette es la abnegación absoluta.*

*Adèle, tibia, perdona tanto más fácilmente cuanto que no tie-*

*ne la conciencia muy tranquila. Pasea con Sainte-Beuve a escondidas.*

*Victor perdona a Juliette su pasado (sus amantes), pero exige, en cambio, una vida de completa claustración que ella acepta sin titubear.*

*Juliette, se consagra a copiar los manuscritos de "Toto".*

*Ella fue quien mereció escribir este verso:*

**Mon coeur a plus d'amour que vous n'avez d'oubli...**

*Pues a partir de cierta época Toto le es infiel, a pesar de que jamás deja de quererla y considerarla.*

*Juliette sufre: "Siento celos hasta cuando estoy contigo".*

*Adèle no tiene el temperamento de una gran enamorada y sus celos —si los hay— han de ser de amor propio. Pronto terminan sus amoríos con Sainte-Beuve. Una vez terminados la preocupa aquella "liaison" persistente del marido.*

Ruy Blas. *La Academia en perspectiva. ¿Toto académico? Qué tontería, dice Juliette. Pero Adèle se sentiría halagada por la distinción. Esto basta para pintar el carácter de las dos mujeres.*

*El tiempo pasa y Hugo sigue escribiendo.*

*Noviazgo de la hija mayor, Léopoldine, con Charles Vacquerie.*

Les Burgraves.

*Casamiento de Léopoldine, el 15 de febrero de 1843.*

*Viaje a España de Juliette y Toto. A la vuelta, mientras se desayunaban en un café, Victor abre un diario y se encuentra con una terrible noticia: Léopoldine, su preferida, y Charles se han ahogado en Villequier.*

*Desesperación. Remordimientos supersticiosos e injustificados.*

*Poema magnífico.*

**Maintenant que Paris ses pavés et ses marbres**
**Et sa brume et sas toits sont bien loin de mes yeux**

*La muerte de Didine anonada a su padre.*

*Esto no impide que las mujeres le gusten cada día más.*

*Le escribe a Juliette: "Durante mucho tiempo fuiste mi alegría, ahora eres mi consuelo". Pero a ella ¿quién la consolará de las infidelidades de Toto? Nadie. "Sé feliz como eres bendita". Juliette se habría contentado con ser feliz aunque no fuera bendi-*

*ta, pero no le daban a elegir. "Mereces el cielo". Mientras tanto, Toto le hacía copiar sus abundantes manuscritos. "Las otras gozan de lo demás" suspira Juliette.*

*1845. Hugo es vizconde. Los libros de poemas reputados más hermosos son los suyos. Escribe ahora* Les Misérables.

*Toto le quita a su hijo Charles su querida.* (Car le jeune homme est beau mais le vieillard est grand...)

*Política.*

*"¿Pertenecer a esa mayoría? ¿Preferir una consigna a la conciencia? No" (1848).*

*"Me sorprendería ver alguna gloria debajo de semejante gobierno".*

*1850-1851. Política.*

*Luchas sentimentales.*

*Peligro. Agradecimiento. "Si no me han detenido y fusilado es gracias a Mme Juliette Drouet".*

*Bruselas. Destierro.*

*"Nada fracasa como el éxito". En cuanto Hugo no lo tiene comienza a representar el papel que le corresponde, el más importante. En adelante será el "Grand Proscrit" y escribirá sus obras principales.*

*1852-1853. Jersey.*

J'accepte l'âpre exil n'eut-il ni fin ni terme...

*Su familia y, por supuesto, Juliette lo acompañan.*

*Mme de Girardin lo va a visitar. Introduce en Marine Terrace la afición al espiritismo. Las patas de las mesas empiezan a hablar (en verso). Los más ilustres muertos se dan cita allí. Y hasta comunican su pensamiento, por ese medio, animales que nunca habían articulado palabra: la paloma del Arca, el león de Androcles...*

*Mudanza. Partida para Guernesey.*

*El baúl que contenía preciosos manuscritos* (Les Contemplations, Les Misérables, La fin de Satan) *casi se cae al mar.*

*Dos francos de propina al changador que lo llevó.*

*Hugo compra Hauteville House y se instala en Guernesey.*

*Juliette se instala, cerca, en una casita.*

*Booz despierto...*

*Libretas íntimas. Notas en español para que Juliette no entienda. Este Landru genial y sin otro vicio que sus excesivos apetitos carnales tiene también la manía de anotar sus gastos y sus éxi-*

*tos con las mujeres. "Visto y tomado Julia". (sic) Se trata de una sirvientita.*

*Paseos con Juliette en la isla. (La vida del poeta se ajusta a un horario estricto.) Cuando está inspirado, no permite a su compañera que le hable durante el paseo. La pobre suspira: "Trata de que la inspiración no te invada demasiado a fin de que podamos conversar mientras caminamos". ¡Ay, qué voto modesto!*

*"¿París? ¿Y qué? No lo necesito" dice Hugo. Y dice verdad. Escribe sus grandes poemas. Olvida el resto.*

*Adèle número II (su hija) se va de la isla en pos de un oficial inglés del que se ha enamorado.*

*Mme Hugo le hace a Juliette Drouet el honor de visitarla.*

*Juliette retribuye la visita (como los jefes de Estado, observa Maurois).*

*Los trabajadores del mar han encontrado su trabajador.*

*Muerte de Mme Hugo.*

*El viudo dicta este epitafio para la losa: "Adèle, mujer de Victor Hugo".*

*Lamartine muerto (1869), Vigny muerto (1863), Baudelaire muerto (1867), Mérimée moribundo, Sainte-Beuve ídem, Hugo escribe: "Bajo mi vejez siento un reverdecer".*

*Septiembre 1869. El poeta va a Lausanne para asistir a un Congreso de la Paz (¡ya!) "¿Qué clase de paz queremos? ¿La queremos a cualquier precio? No. No queremos paz bajo el despotismo... La primera condición de la paz es la liberación" (Victor Hugo).*

*En 1870, Hugo planta en Guernesey el roble de los Estados Unidos de Europa (¡ya!).*

*Bismarck busca camorra.*

*Después de 19 años de destierro (la República se proclamó en Francia el 4 de septiembre) Víctor Hugo, temblando de emoción, vuelve a París.*

*Se lo aclama a la llegada.*

*Sitio de París.*

*Charles, su hijo, muere.*

*La Comuna.*

*Viaje a Bélgica y al Luxemburgo.*

*3 de septiembre de 1871. Libreta íntima de Hugo. En su pintoresco español, que Juliette no entiende, anota: "María parece amorosa" (sic). 11 de septiembre: "Quiero que ésta me haga un*

*niño" (sic). Generalmente se dice al revés. 12 de septiembre: "Ahora, todos los días y a toda hora, misma María" (sic). 22 de septiembre: "Misma, toda" (sic). No hay equívoco.*

*El poeta vive ahora en París y su hija Adèle, que partió tras un oficial inglés (él se casó con otra), trastornada del todo por su desengaño amoroso, regresa de Barbados acompañada por Celia Alvarez Baa, una negra servicial.*

*Libreta íntima de Victor Hugo, 23 de febrero de 1872: "La primera negra de mi vida" (sic).*

*Sarah Bernhardt trabaja en* Ruy Blas, *en el Odéon. Victor, 70 años (llamado Papapá por sus nietos) escribe en su famosa libreta: "J'ai félicité Sarah. Bise la boca" (sic).*

*2 de noviembre de 1872, a propósito de una visita de Sarah: "No será el chico hecho" (sic).*

*Ahora le toca a Judith Gautier (hija de Téophile). Ella 22 años, él 70.*

> Nous sommes tous les deux voisins du ciel, madame,
> Puisque vous êtes belle et puisque je suis vieux.

*Booz encontraba siempre manera de que lo miraran más que a un mozalbete.*

(Les femmes regardaient Booz plus qu'un jeune homme.)

*Y ahora le llega el turno a Blanche, la lencera de Juliette. Vuelve pues al español en su libreta: "Alba. Peligro. Aguardarse [?]. No quiero malo para ella, ni para la que tiene mi corazón" (sic).*

*Muerte de su hijo François Victor.*

*Según Valéry, el poeta escribe, todavía, algunos de sus más hermosos versos.*

*Juliette a Toto:* "Qui n'a pas le coeur de son âge —de son âge a tous les malheurs."

*Toto a Juliette:*

"Vous qui ne passez pas, vous craignez ce qui passe...

Ce qui passe *son las aventurillas de Hugo. Pero Juliette, a pesar de su edad, sufre de celos.*

*1877.* L'art d'être Grand-Père.

*1878. Ligera congestión cerebral.*

*1881. Entrada triunfal de Víctor Hugo en los ochenta años.*

*Juliette moribunda (cáncer) encuentra fuerzas para levantarse en cuanto oye toser a Toto y va a prepararle una tisana.*

*Juliette muere a los setenta.*

*Dedicatoria de un retrato de Victor a su compañera: "Cincuenta años de amor es el más hermoso matrimonio."*

*Una gran avenida lleva, en París, el nombre del poeta.*

*Testamento. Comienza así. "Dios. El alma. La responsabilidad. Esa triple noción le basta al hombre."*

*18 de mayo 1885. Congestión pulmonar.*

*22 de mayo. Fin.*

*Dos millones de franceses siguieron el "corbillard des pauvres" desde el Arco de Triunfo hasta el Panteón.*

* * *

Que los lectores no vean una intención maligna en los detalles escogidos para este guión. Las indicaciones cronológicas publicadas en el volumen de la Pléiade dedicado a Hugo no los menciona en su mayoría. Yo hubiese, por supuesto, podido elegir otros. Pero me divirtió, por una vez, mirar a un habitante de mi Olimpo invirtiendo los prismáticos. Pertenezco a una época que se especializa en estos juegos (a los que nunca me he dedicado) y que encuentra cierto placer en *descoronar* a sus reyes. Tampoco se asusta si ve que un mago tiene el pie (o la pata) hendido de un fauno. Además, los reyes sin corona son los que inspiran mayor ternura.

**Qu'ils ne soient pas jugés comme des esprits purs.**
**Qu'ils ne soient pas pesés dans L'immatériel.**
**Qu'il soit compté qu'ils ont un sang artériel**
**Et des raisonnements lamentables et sûrs...**

Nadie ha tenido más que Victor Hugo la obsesión de los contrastes violentos: sombra y luz. Pero quiero dejar sentado que en este resumen (que a veces toma un cariz humorístico) de una vida no se trata de acentuar las sombras. Se trata de un intento de rápida confrontación entre el Hugo que se dibuja en *Olympio* (a través de una documentación copiosa), y los varios Hugo que yo había imaginado y llevado en mí durante años.

Habíamos leído con agradecimiento el *Georges Sand* de André Maurois. Por primera vez un hombre era justo con esa mujer, escribía sobre ella sin acusarla o excusarla, colocándola en pie de igualdad con sus amigos, o amantes, que otros críticos se compla-

cieron en presentar como víctimas de esa pretendida ogresa. Por primera vez un hombre pertrechado de documentos y de ecuanimidad, incluso de simpatía, ponía las cosas en su lugar (ningún escritor debería escribir la biografía de otro escritor sin un mínimo, por lo menos, de simpatía).

Ahora tenemos que agradecerle su *Olympio.*

El poeta de *La Légende des Siècles* no necesita que Maurois le preste el género de servicio que le ha prestado a Mme Sand. Y no he abierto *Olympio* (569 páginas) con la esperanza de exclamar después de la lectura: "Justice est faite". (Dicho sea de paso, también se hizo justicia esta vez.) Sentía simplemente curiosidad por conocer la vida de un poeta que en mi infancia oí leer con avidez; que en mi adolescencia sabía ya de memoria; que mi juventud frecuentó sin saciarse y de quien, fuera de la obra misma, ignoraba casi todo.

Desde mi encuentro con Hugo, tomé la costumbre de imaginarlo bajo el aspecto de un anciano vigoroso, capaz, por puro genio, de expresar lo que sentía una muchacha o un muchacho de diez a veinte años. ¿Acaso contaba el resto de la vida? Para mí, la poesía, en aquellos albores, sólo se justificaba si hablaba de amor. Era el idioma del amor. No la juzgaba hecha para comunicar otros sentimientos o ideas. Sólo el poeta y el músico llegaban a traducir la pasión de amor con la divina exactitud que yo exigía. Una divina exactitud tanto más difícil cuanto que era la exactitud de lo desconocido, o más bien dicho una visión de la realidad en el momento en que "l'infini se laisse pousser comme une porte".

Hasta cuando la poesía se volvía hacia la naturaleza y describía sus esplendores, o cuando rozaba alguna abstracta cosmología que yo calificaba de *passage* aburrido, yo pensaba: se trata siempre de amor. Pues la belleza de los ríos, de los cielos, de los bosques, de las montañas, de los mares, de las nubes, de la luna, así como la profundidad de las ideas, son sólo soportables si se comparten. Nos aplastan en la soledad si nuestra soledad no está henchida de amor.

Victor Hugo escribía para mí lo que yo hubiera deseado escribir (o que otros me escribieran) en la adolescencia. Pero ese dios de mi Olimpo literario era un Neptuno barbudo y musageto, con alma de Apolo. ¡Qué lástima, pensaba yo, que no sea joven como Musset! Uno era para mí el "abuelo"; el otro estaba siempre en la edad que seduce.

He vuelto a tomar, después de la lectura de *Olympio*, los vie-

jos tomos de Hetzel-Quantin (obras completas) y he releído con admiración, o con deleite, o con hastío, muchísimas páginas.

Hugo ha tenido en mí, lo repito, una serie de lectoras que se enamoraban de su obra por razones diferentes. La más deslumbrada quizá fue la que escuchaba *Les Misérables*. Exaltada por el descubrimiento del mundo de los libros y desprovista de espíritu crítico, empezaba a leer en una época en que el cine no se explotaba aún como fábrica de sueños. Sólo los imaginativos lograban ver entonces, sobre la pantalla de su sensibilidad, los cuentos de hadas, de amor, las aventuras de Crusoe o del capitán Hatteras. Hugo habrá tenido el arte de ser "grand père" sin *trait d'union* para los niños de mi raza. Ha sido nuestro "gran" padre, tanto como el de Jeanne *au pain sec dans le cabinet noir*, pues a nosotros también nos trajo a escondidas un *pot de confiture contraire aux lois*. Lo que más nos apasionó en su obra no nos estaba destinado (hablo de los niños de mi raza) y se encuentra precisamente en un libro que él no escribió pensando en nosotros. El prefacio de *Les Misérables*, escrito en Hauteville House, se dirige únicamente a los adultos: "Mientras los tres problemas del siglo, etc." Y sin embargo...

Si yo hubiese leído por primera vez esa novela en plena madurez intelectual, quizá no la habría terminado (tengo poca paciencia para las novelas). Sé con precisión cuáles son las causas que me hubieran alejado de la obra. Pero de ese libro que conserva el calor de mi infancia no puedo aún acercarme sin que se desprenda de él un vaho de recuerdos que todo lo empaña. ¿Separar una cosa de otra? Vano intento.

La adulta ha admirado en Hugo al autor de los grandes poemas. Nada más. Pero parecería que la niña y la adolescente no han muerto en mí. ¿Cómo podría renegarlas? Las aguas del destino en que se hundieron con la marea de los años no han logrado cambiar sus flores en piedra.

En el prefacio de sus obras completas escrito en 1880, Hugo afirma: "Todo hombre que escribe, escribe un libro; ese libro es él. Lo sepa o no, ésa es la verdad. De toda obra, sea lo que fuere, endeble o ilustre, surge una figura, la del escritor. Es su castigo si es pequeño; su recompensa si es grande". Gide diría que son estos "de serviables lieux communs". Sin embargo, ¿no se podría decir también (a riesgo de caer en otra serie de serviciales lugares comunes) que el libro es rara vez el hombre, pero descubre siempre

lo que el hombre hubiese deseado ser, en bien o en mal (Victor Hugo, por no pertenecer a nuestra época, jamás se imaginó que a un escritor se le ocurriera empeñarse en mostrarse, ante el lector, bajo el peor aspecto posible para hacer resaltar el "parecido", cosa corriente hoy día); que el artista ocupado en poner la perfección en su obra la pone por excepción en su vida; y que sólo los santos son idénticos en el pensar y en el vivir, pues si no viven como piensan dejan de ser santos.

Pero volvamos al tiempo (mis once años) en que el Hugo por mí frecuentado e imaginado era el Hugo que a él le hubiera gustado a veces ser. Volvamos al Victor Hugo que yo tomé por Victor Hugo. Nada sabía yo entonces de sus luchas políticas y amorosas, de sus desvelos y de sus conquistas. Ignoraba el drama de *A Villequier* y el cuarto (el *look out*) de Hauteville House, desde cuya ventana el desterrado contemplaba el mar y se dejaba contemplar por su querida. Ignoraba al hombre rebelde y al que, enamorado perpetuo, enamoraba a las actrices, a las mundanas y a las mucamas. No asociaba a las islas de Jersey y Guernesey (señaladas por Mlle en nuestra geografía porque están cerca de la costa francesa. Mlle era tan patriotera como Hugo) con un largo, perseverante y admirable destierro. Ignoraba que Trochu (presidente del gobierno de la defensa nacional y gobernador de París en 1870) era el participio pasado del verbo *tropchoir* (dulce destierro que permitía estos chistes sin la amenaza de expiarlos en la cárcel). Ignoraba que una Juliette Drouet, conmovida por Cosette, había copiado *Les Misérables*. Ignoraba pues las cosas más elementales.

Ahora me detengo a rumiarlas con deleite. Alejadas de mí en el tiempo y el espacio, esas cosas, por el mero hecho de haber existido, prolongan en mí su vida, como si yo fuera una placa convenientemente sensibilizada, capaz de guardar la imagen de la erupción de un volcán apagado y que lanzó llamas en un cuerpo celeste desaparecido para siempre. Me divierte desembarcar en una isla anglonormanda durante una tormenta, con un mar embravecido. Entro en una gran casa sombríamente inglesa, con sus cortinados rojos, sus esclavos africanos de madera pintada, sus esculturas góticas, sus tapicerías, sus porcelanas, sus cristales, su *bric à brac*... Luego, al instante, paso a Bruselas, a la Grande Place número 27; luego a París, rue de Clichy 27... a todos los lugares donde él vivió y escribió cuando yo no existía. Y paso con la misma facilidad y rapidez —pero ahora él ya no existe y me ha tocado

el turno de existir a mí— a un gran alfalfar; algunos árboles; una casa blanca con corredor y patio; un cuarto a la hora de la siesta; una ventana con rejas por donde entran el olor del pasto recién cortado, los chillidos de los teros, el ruidito del molino, mugidos y balidos; muebles con fundas; retratos de familia; dos chicas con delantales a cuadros; una mujer joven y tan hermosa como las princesas de los cuentos de hadas: está leyendo en voz alta. (En otras llanuras, en otras casas de campo, en otras ciudades, en otros países, en otros continentes ha de haber mujeres jóvenes, chicas sentadas en el suelo con delantales a cuadros, hombres, adolescentes, ancianos que leen, quizás en ese preciso instante, el mismo libro. Hoy, sectas del Viet Nam, estudiantes soviéticos, tienen, me dicen, predilección por la obra.) Era la historia de los dos candelabros: "Soy un galeoto", decía el hombre. ¿Qué contestará el obispo de Digne? "Mme Magloire, ponga otro cubierto en la mesa". Se quedaba uno con la respiración cortada. Ese obispo hablaba como Dios. Después venía la historia de una niña abandonada, torturada por unos mesoneros malvados (mi tía había saltado el episodio de Fantine). El hombre le daba a la niña una muñeca maravillosa. La niña, temblando, se contentaba con sentarla en una silla y contemplarla sin tocarla. "Vamos, juega Cosette", dijo el forastero. "Estoy jugando", contestó la niña. Así también jugábamos nosotras, sin movernos, absortas en la lectura.

Y era luego la historia de la deificación de un desconocido (sentimiento que la chica de delantal a cuadros conocía ya). Un joven hermoso y pobre (la pobreza le agregaba una seducción más) apoyaba sobre su corazón el pañuelo de Cosette. El pañuelo que se imaginaba debía de pertenecer a esa muchacha cuyo nombre ignoraba. ¡Ah, ese primer beso que sólo era el beso de un corazón, el beso de un latido del corazón que no necesitaba labios!

La lectura cesaba a veces cuando uno hubiera querido saber a toda costa lo que sucedía en la página siguiente. Interrumpida la música, uno caía brutalmente a tierra; un golpe que casi lastimaba. "Vayan a lavarse las manos, es la hora del té." Uno obedecía con lentitud, encallada en las arenas de los sueños.

Al día siguiente mi tía continuaba la lectura, sin adelantar la hora. Cada cosa a su tiempo. "No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; y como los astros en el cielo, separados por millones de leguas, vivían de mirarse". ¿Dónde pasaba esto? ¿En los jardines del Luxemburgo o en Palermo? ¿Bajo los plátanos o en la ave-

nida de las palmeras? ¿Era la infancia todavía o era la adolescencia? Era, en una palabra, Marius.

Yo no sé si el campo de batalla de Waterloo, el banco de piedra de la rue Plumét, el fondín de Montfermeil, los túneles de las cloacas en las entrañas de París existen en algún lugar de Francia. Sé que se los podía encontrar en una estancia de Pergamino. Sé que yo he vivido esas cosas. Las he vivido tan fuertemente que el año pasado recluida en un convento (démosle caritativamente ese nombre) por voluntad ajena, tuve una fulgurante sensación de lo *ya vivido* sin poder localizar el origen del fenómeno. Sólo di con la pista, al abrir después de tantísimos años *Les Misérables* en la página en que el "père" Fauchelevent (con su cascabel atado a la rodilla) encuentra a Jean Valjean y a Cosette en el jardín del convento. ¡Claro, era eso! El Buen Pastor y el Petit Picpus se habían reunido por vías subterráneas de las que yo no era consciente.

Mi tía retomaba la lectura: "Uno tenía absolutamente la misma impresión que cuando se entra, en el teatro, a un palco baignoire antes que se baje la reja y que las luces se enciendan. La celda tenía rejas, sólo que no eran rejas de madera dorada como en la Opera. Era un monstruoso enrejado de barras de hierro... Después de algunos instantes se oía una voz amada... [Se trata de la familia que iba a visitar a las novicias.] Se oía un soplo... Incluso las madres no conseguían permiso para abrazar a sus hijas... La muchacha lloraba porque no podía besar a su hermana... Un gran crucifijo colgaba de la pared... A lo largo de dos estrechas mesas dos bancos de madera blanca... Cada persona tenía su timbre o campanada... Las monjas rezaban al alba..."

Esto ya había ocurrido en el cuarto de mi tía, en verano, a la hora de la siesta. El Petit Picpus se había misericordiosamente adelantado al Buen Pastor. Por consiguiente, el lugar no me pareció particularmente extraño. Ni me sentía particularmente "dépaysée". Hasta volví a encontrar a la madre Metchilde, encargada del órgano. Y si el electricista de la casa, único representante del sexo fuerte que circulaba a veces por los corredores y patios, no llevaba un cascabel atado a la rodilla para anunciar su presencia, tenía traza de buen hombre, como el "père" Fauchelevent. El convento era esta vez una cárcel, desde luego. Pero la atmósfera de un convento es tan poderosa que yo la respiraba continuamente, a pesar de la otra atmósfera no menos intensa: la de una correccional, la de una prisión de mujeres. Y sin que yo lo advirtiera, una

chica que había caminado de la mano de Victor Hugo en una estancia de Pergamino me acompañaba... "Era una niñita que llevaba un enorme balde de agua. Entonces él se había acercado y silenciosamente había tomado el asa del balde."

Ahora comprendía por qué el balde no me pareció tan pesado. El Victor Hugo de mis once años que yo tomé por Victor Hugo era también, a fin de cuentas, Victor Hugo, puesto que me socorrió como Jean Valjean a Cosette. El no escribió *Les Misérables* para los niños. Sin embargo con alma de niño ha de leerse esa novela. Y la niña en mí (¿y en cuantos otros?) recibió el don que la adulta hubiera quizá rechazado.

Se me ocurre que Victor Hugo mismo nos da, en cierto sentido, la llave de este mecanismo:

> L'oeil bleu des innocents veut des bêtes énormes;
> Travaillez, dieux affreux! Soyez illimités
> Et féconds, nous tenons à vos difformités
> Autant qu'a vos parfums, autant qu'à vos dictames,
> O déserts, attendu que les hippopotames,
> Que les rhinocéros et que les éléphants
> Sont évidemment faits pour les petits enfants.

Cuando aprendí a separar, en literatura, el trigo de la cizaña, no fue al autor de *Les Misérables* que volví a leer sino al poeta de *La Légende des Siècles*, de *Les Contemplations*, de *La Fin de Satan;* y sin embargo le encenderé un cirio a ese libro, pues lo merece. ¡Cuánto me hizo llorar! Y qué bien nos hace llorar por los libros cuando nos obligamos a no llorar por la vida. No. El gallo podrá cantar antes que diga: "Mujer, no lo conozco." Diré, por lo contrario, que lo conocí y que muchos otros conocimientos empezaron a partir de ese conocimiento. ¡Qué absurdo snobismo el de los intelectuales "high brow" que se avergüenzan de haberse emocionado al leer libros de segundo orden, desde el punto de vista de la técnica, del buen gusto literario, o incluso de la moda. En *Les Misérables* tropezamos a cada paso con imágenes de retórica que ahora nos hacen sonreír como ciertas tarjetas postales exquisitamente cursis. "Era ese inefable primer abrazo de dos virginidades en el ideal; dos cisnes que se encontraban sobre la Jungfrau." "En el umbral de la noche de bodas está un ángel de pie, sonriendo, con un dedo sobre la boca." "El lecho nupcial es en las tinieblas un rincón de aurora." "Ella escondió su cabeza roja

en el pecho del joven soberbio y embriagado", etc. (Todo en el mismo capítulo, creo.) Y si buscamos perlas del lado de Monseñor Bienvenu: "Un día se torció el pie por no aplastar a una hormiga. Así vivía ese hombre justo." No recuerdo que nada de esto me pareciera risible cuando me lo leyeron. Y puede muy bien ocurrir que no lo sea, o que sólo lo sea desde el punto de vista de estrechos dogmas, prejuicios y escuelas literarias. Dos virginidades pueden muy bien abrazarse en un ideal. Y si un lecho nupcial encierra la felicidad, ¿no puede acaso ser en las tinieblas de la vida (que sólo vale si se la vive con amor) un rincón de aurora? ¿Algún santo bien conocido no ha repetido, acaso, que *respetaba* la vida de los animales sus hermanos? (Mis hermanos los pájaros... ¿Por qué no mis hermanas las hormigas? Seamos lógicos.) Y cuando se escribe torrencialmente como Hugo ¿no es acaso fatal arrastrar en la corriente no sólo hormigas sino animales de abolengo? Hoy, nadie que se respete escribiría: "un front qui semblait de marbre, des joues qui semblaient faites d'une feuille de rose", como lo hacía tranquilamente Hugo. La frente de mármol y la mejilla hecha con una hoja de rosa equivalen a faltas de ortografía... Frente no concuerda ya con mármol, ni mejilla con rosa. Shakespeare ya le tomaba el pelo a la imagen:

**These lily lips,**
**This cherry nose,**
**These yellow cowslip cheeks,**
**Are gone, are gone:**
**Lovers, make moan:**
**His eyes were green as leeks[1].**

Pero Shakespeare no era un dios del Olimpo, era el Olimpo entero.

He encontrado ahora en *Les Misérables* el español de las libretas citadas por Maurois:

**Soy de Badajoz**
**Amor me llama**
**Toda mi alma**
**Es en mis ojos**
**Porque enseñas**
**A tus piernas.**

1 - A Midsummer-Night's Dream. Act V.

La afición al idioma español era viva y sincera en Hugo. Pero, de acuerdo con la tradición, cuando los grandes escritores franceses citan dos líneas en español tienen que equivocarse por lo menos dos veces. Hugo era gran escritor y francés hasta en ese detalle.

Para terminar con *Les Misérables* "revisited", transcribiré estos párrafos que nunca se repetirán bastante, sean o no serviciales lugares comunes: "Gracias a Dios, los pueblos son grandes fuera de las lúgubres aventuras de la espada [léase ahora bomba atómica]. Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia caben en una vaina. En esta época en que Waterloo es sólo un ruido de sablazos, Alemania, por encima de Blücher, tiene a Goethe; e Inglaterra, por encima de Wellington, tiene a Byron." Francia por encima de X., tiene a Victor Hugo, pensó sin duda Victor Hugo. Pero, aunque ni corto ni perezoso para alabarse, esta vez se contentó con pensarlo.

En su *Diario* Gide anota que queda consternado, al releer *Eviradnus*, por "la gigantesca bobería de esos versos sublimes". Yo no entiendo como se puede ser a la vez hueco y sublime. Cuando Hugo es sublime, es porque ha dejado de ser bobalicón, incluso conservando su *candor*, cosa muy diferente. Un verso bobo jamás llega a ser sublime.

Hugo es a menudo *cándido*. Gide observa: "Una tan magistral facilidad *(aisance)* no se logra sino con un perfecto abandonarse a las palabras y a su sonoridad. Se trata pues de una sumisión del pensamiento a la palabra, a la frase, a la imagen y así se explica que Hugo, no tan tonto como dicen, ha preferido siempre las emociones y los pensamientos más triviales a fin de poder entregarse de lleno a la sola voluptuosidad de expresarlos, de permitirles que se extiendan y multipliquen". Quisiera que me explicaran qué es una *emoción* trivial (un pensamiento es otro cantar). En nuestro país, las personas que se precian de entendidas en materia de jardines o parques suelen hablar de "árboles finos" y "árboles ordinarios". Los eucaliptos, los paraísos, los ombúes, por ejemplo, pertenecen a la segunda categoría. El suelo de nuestra provincia les sienta y no necesitan de cuidados especiales para crecer. En cuanto a los otros —hay tantos— digamos los liquid ámbar, los abedules, los castaños de la India, tienen fama de más distinguidos y aristocráticos por ser muchísimo menos comunes en la región y de crecimiento quizá más lento (o delicado). Tengo poquísimas ganas de admitir que tal clasificación sea justa o exacta.

Creo que no hay árboles ordinarios, ni emociones triviales.

Acusar a un árbol de ordinario porque crece bien, sin cuidados, porque está a gusto en cierta tierra y cierto clima, no me parece lógico. Un árbol no es ordinario porque es vigoroso, ni fino porque es frágil en tal o cual zona de un país que le sienta o no le sienta. Y en cuanto a la emoción, sólo puede ser trivial por ser superficial, por indigencia del suelo de que se nutre. Sería tan injusto clasificar a Hugo de mediocre "sentidor", como a un ombú de árbol ordinario; se le puede acusar de mediocre pensador, si se quiere. No se trata de que "prefiriera" las emociones triviales ( ¡con qué impetuosidad de árbol *no fino* crecían en él!): se trata simplemente de que no concebía otras. Quería glotonamente a las mujeres. Quería a los niños. Quería a la Justicia. Quería a la Libertad. Esta última pasión no le impedía (como ocurre a menudo) tiranizar a quienes lo rodeaban; ni encerrar a su querida Juliette, a quien engañaba abundantemente; ni conducirse, como buen ególatra y hugólatra que era, como dueño y señor. Todo esto por supuesto se resuelve en emociones triviales, las de cualquier hijo de vecino. Pero a condición de sentirlas a flor de piel solamente. Y así no sentía Victor Hugo. Así no sentía el poeta, el novelista, el rebelde, el hombre. Evidentemente, nadie se expatria durante años y años y años por estremecerse de emoción trivial ante palabras triviales: Justicia, Libertad. ¿Quién duda que la emoción más común que darse pueda nace del encuentro, en una cama, de un hombre de letras mujeriego y de una actriz mediocre y lindísima? Lo que ya no es tan corriente es que estos amores perduren cincuenta años. Uno empieza entonces a sorprenderse y a preguntarse de qué materia rara estaba hecha aquella trivialidad.

"¡Qué recursos, qué exaltación poética! ¡Qué ciencia del verso y qué manera de emplearla como jugando!", exclama Gide.

Sí, "quel soulèvement poétique!"

En *La Fin de Satan* leemos que cuando el Diluvio quiere devolver el mundo al Caos, éste no quiere aceptar ese presente griego (aunque anterior a Grecia). "Tengo ya a los dragones, no necesito a los hombres", dice (y con cuanta sensatez). Un arcángel toma entonces la palabra y le comunica la noticia a Dios: "Le chaos n'en veut plus". Y Dios contesta: "Je consens que ce monde revive".

Ese mundo ha revivido y en él vivimos: un mundo repudiado hasta por el caos. ¿Cómo hubiera escrito Hugo *La Fin de Satan* en nuestra época? Debió de tener paciencia y esperar un siglo más

antes de nacer. Entonces ¡cuántos temas adecuados a su retórica, desde Büchenwald hasta Hiroshima![1] El creía que los grandes poetas venían justo después de las grandes catástrofes. Quizá, justo antes también. Es lo que pensamos leyendo *La Fin de Satan.* Y a pesar de Büchenwald e Hiroshima, tengo la seguridad de que Hugo no habría sido completamente pesimista en medio de nuestras catástrofes, las que el mundo acaba de padecer y las que lo amenazan. No lo fue cuando sufrió en carne propia las de su época. Tenía más fe en la luz que en las tinieblas, más en Dios que en Satanás. Y a pesar de ser el mago de la palabra también supo que hay cosas que las palabras no captan:

**L'idée à peine éclot que les mots la défont...**

Supo pues todo lo que importa saber: la pobreza de nuestro saber.

Que el autor de *Olympio ou la vie de Victor Hugo* encuentre en estas páginas un testimonio de mi agradecimiento. Me ha proporcionado un viaje en momentos en que sentía ansia de vagar por el mundo sin poder satisfacer esa necesidad. He viajado gracias a su libro no sólo por la vida del poeta sino por la mía; no sólo por Francia sino por una estancia de Pergamino. He viajado por un cuarto en que, a la hora de la siesta, entre balidos y mugidos, se oficiaba un rito sagrado: el de la lectura. Nunca olvidaré cómo, desde ese cuarto,

**L'infini se laissait pousser comme une porte.**

San Isidro, junio de 1954

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept.-oct. 1954, 230, p. 22-39).

1 - Hablando de Claudel, Valéry me decía una vez: " ¡Qué temas tiene a su disposición! La eucaristía, por ejemplo. ¡Qué tema! ¿Se da cuenta? ¡Ay, si yo tuviera un tema semejante".

## EL CASO "LOLITA".

### Encuesta de "SUR"

1. *¿Cree usted que un poder político deba ejercer la facultad de censurar obras literarias?*
2. *¿Cuáles son los límites y el criterio con que esa facultad debe ejercerse?*
3. *¿Cree usted que en el caso de* Lolita, *de Vladimir Nabokov, esa facultad ha sido ejercida con acierto?*

Respuesta de Victoria Ocampo:

No hago en estas páginas sobre la novela de Nabokov crítica literaria. Al comenzarlas, pienso en lo que ha escrito sobre este tema Denis de Rougemont en su ensayo "Nuevas metamorfosis de Tristán" (*SUR*, mayo-junio de 1959).

¿Por qué ha hablado de amor-pasión a propósito de *Lolita*? ¿Por qué llama amor-pasión lo que es apetito, o apetito-pasión? ¿Por qué no inventar, más bien, una conjunción de palabras que correspondan con más exactitud a las sensaciones del personaje de Nabokov?

Yo digo *apetito* por lo siguiente: cuando alguien tiene ganas de comer pollo, no necesita que el pollo desee ser comido para saborearlo. Se trata de un deseo unilateral. Otro tanto le pasa a Humbert Humbert. Poco importa que en la nínfula que apetece no haya el más remoto síntoma de reciprocidad. Esa bagatela no le impedirá saciar sus deseos. Y saciarlos con "el éxtasis más pro-

longado que hombre o monstruo haya conocido". Resulta evidente hasta decir basta que Lolita no siente hacia él un mínimo de atracción física. Lolita es para H. H. un *objeto*, un objeto de concupiscencia, un plato preferido. Y desde luego, a H. H. no lo inhibe, para gozar del objeto o paladear el plato, que el objeto o el plato permanezca ajeno al estado de delirio que provoca.

No cabe duda de que Lolita no es feliz, de que H. H. no puede hacerla feliz; Lolita sufre y sus sollozos cotidianos lo prueban: "Hoy me sorprendo pensando que nuestro largo viaje no había hecho otra cosa que ensuciar con un sinuoso reguero de fango el encantador, confiado, soñado, enorme país que entonces, retrospectivamente, no era para nosotros sino una colección de mapas de puntas dobladas, libros turísticos estropeados, neumáticos gastados y *sus sollozos en la noche —cada noche, cada noche— ni bien yo me fingía dormido.*" Si no hubiera más detalles reveladores (y los hay en abundancia), éste bastaría para comprobar que no sólo Lolita no quiere, ni desea a H. H., sino que H. H. no la quiere de veras a Lolita. La desea, eso sí, de manera enfermiza y delirante. Cuando ese deseo se sacia, siente arrebatos de ternura y arrechuchos de arrepentimiento efímeros. No pasa de ahí.

Que se traiga a colación, a propósito de esta novela, nombres de amantes ilustres, como lo hace mi amigo Denis de Rougemont, no deja de sorprenderme. Nada tienen que ver los amores de Tristán e Isolda (ya sé, amigo Rougemont, que usted los cita refiriéndose al efecto de los *tabúes* únicamente... pero ni así) con las relaciones sexuales de esta triste y derrengada pareja, caricatura simbólica (les tenga o no alergia a los símbolos su creador) de nuestro mundo moderno. Mundo en que las relaciones entre hombre y mujer se jactan de no ser sino apetitos transitorios y sin ninguna importancia (en el caso de H. H. la tuvieron, por lo menos; y por desgracia para la nínfula, se prolongaron). ¡Pobre H. H.! ¡Pobres tramposos (la nínfula lo era)! El primero es un caso de fijación patológica; el segundo, o más bien dicho el grupo de los "tramposos" a que pertenece (el de los falsos cínicos), se avergüenza de no conducirse como si fuera un caso patológico también.

¿Cómo no habían de concluir por reflejar ciertas realidades el libro y la pantalla? ¿Se las modifica ocultándolas? ¿No es el arte un eco?

*Lolita*, novela admirablemente escrita y construida, describe un mundo que no es el planeta X., donde futuras generaciones irán

a veranear. Es éste, el nuestro. Pero al mismo tiempo lo describe con cierta irrealidad. La de un eco. Que alguien haya aconsejado a Vladimir Nabokov que haga de su Lolita un Lolito, para obviar posibles inconvenientes, da la pauta de nuestra "moralidad". Excéntrica y paradójica. ¿No es así? El consejo equivale a decir que agregándole al "détournement de mineure" una buena dosis de homosexualidad, las cosas iban a tomar un cariz conformista "de tout repos".

No comparto el credo novelístico de Nabokov. Me refiero al párrafo de sus páginas finales. "A propósito de Lolita": "A mis ojos, una novela existe en la medida en que suscita en mí lo que llamaría crudamente una voluptuosidad estética", etc., etc. Cuando leíamos las primeras y malas traducciones de las *grandes* (y aquí sería el caso de agregar, como lo hace H. H. cuando escribe el nombre de Lolita: "Señor impresor, haga usted el favor de repetir la palabra hasta el final de la página"), *grandes* novelas rusas, Dostoievski y Tolstoy, difícilmente podíamos haber asegurado que sólo nos embargaba "una voluptuosidad estética"; voluptuosidad inseparable del deleite de un estilo, de la palabra escrita directamente por el autor. Sin embargo, el soplo de Dostoievski, el de Tolstoy, pasaban a través de las torpes traducciones. Nabokov podrá sonreírse todo lo que quiera. No cambiará los hechos. Y le aseguro que lo que el lector tenía ante los ojos no era "grandes bloques de yeso" ...esos que se pueden romper a martillazos. Era una materia viva.

*Lolita*, según su autor, no contiene ninguna lección de moral. Pero quiéralo o no, todo libro deja un sedimento en el lector... y ese sedimento se parece a... eso. A una lección. Las hay de diferentes especies, y que surten efecto de la manera menos previsible. (Alcohol sobre una herida, ha dicho Graham Greene). En el caso de la novela en cuestión, nadie podría sostener que la suerte acompaña a H. H. y que la vida de su nínfula, o la de él, resultan placenteras. Nadie podría decir, tampoco, que el maduro H. H. se glorifica de sus hazañas, y que Lolita goza de los divinos tesoros de la juventud. Ni el uno ni la otra pueden causar sino repugnancia y piedad, piedad y repugnancia, como todo lo monstruoso.

No soy, desde hace años, asidua lectora de novelas "à la page". Las leo más por obligación que por gusto. Dentro de ese género, sólo me siguen interesando las obras de excepción. Y voy siempre hacia los autores a cuyo grupo sanguíneo pertenezco. Es decir

que para mí, la posibilidad de "trasfusiones" es primordial. Esa posibilidad, que siento tan fuertemente con Pasternak (traducido y todo), no la siento con Nabokov. Eso no me impide reconocer el valor de un objeto literario fabricado por un gran joyero de la literatura cuando me lo presentan. Un objeto-joya. Que las piedras multicolores representen una cabeza de escuerzo o las alas de una mariposa...

*Lolita* es una de las novelas más tétricamente brillantes de estos últimos tiempos. A tal punto brillante, que se suele sentir, al leer a Nabokov, el placer estético que sentía H. H. al ver a Lolita en la cancha de tenis: "Su estilo era, en verdad, una imitación perfecta del de una campeona... sin ningún resultado utilitario." Además ¿no es exactamente *eso* lo que se propone Nabokov? Al ver jugar a Lolita, una de sus amigas dice: "Dolly tiene un imán en el centro de su raqueta, pero ¿por qué diablos hace tantas monadas?" H. H. piensa entonces: "...qué importaba eso, con semejante gracia".

También Nobokov tiene un imán en las cuerdas de su raqueta (bastarían las páginas sobre Lolita jugando al tenis para probarlo), y como Lolita en la cancha de tenis sólo se preocupa de jugar por jugar. (Una voluptuosidad estética.) Las otras maneras de jugar en serio son pamplinas... según él.

Recuerdo que en el tan agudo ensayo de Ortega sobre Proust (aparecido en *N.R.F.*), aquél decía: encontramos de todo en el amor de Swann por Odette menos amor. Es lo que puede decirse del amor de H. H. Al final de la novela, parecería que el amor va a entrar en juego (un juego que no *imitará* solamente el juego perfecto). Pero no. Le pide a Mrs. Schiller (Lolita) que vuelva a las andadas; que vuelva a vivir con él, algún día, cosa que no puede darle a su bienamada sino infelicidad.

Siendo *Lolita* la historia de un caso más o menos (más que menos) patológico de fijación, no es extraño que contenga "alusiones" a ciertos apetitos fisiológicos del pervertido y desdichado H. H. Todo ello "sans avoir l'air d'y toucher", técnica en la que descuella como nadie Nabokov. Pero, como bien lo dice en "A propósito de Lolita", ya no somos niños, ni adolescentes analfabetos y extraviados, ni alumnos de las "public schools" inglesas, que después de una noche de calaveradas homosexuales se ven obliga-

dos, paradójicamente, a leer a los clásicos en versiones expurgadas.

¿O lo somos?

En ese caso, no hay más que hablar.

(En: *Sur*, sept.-oct. 1959, 260, p. 45-48).

## DESACUERDOS (A PROPOSITO DE ST. JOHN PERSE Y DE UNA ARDILLA)

Dice H. A. Murena que el premio Nobel dado a St. John Perse no resulta más explicable que otros. ¿Cuáles? Si al decir de otros se refiere a Camus-Sartre, quiero dejar sentado que ningún premio Nobel me pareció otorgado con mejor criterio: la obra y la vida de Camus lo merecían. Si se refiere a St. John Perse, debo repetir que lo considero uno de los poetas franceses de más alto nivel. Podrá gustar o no gustar. Es *difícil.* Para algunos, suele resultar cansador a fuerza de serlo (difícil). Su vocabulario exaspera a los impacientes, descorazona a los perezosos, deja en ayunas a los no-letrados y tiende celadas a los entendedores superficiales del sutil idioma francés.

En cuanto al aplicarle el "words, words, words" de Hamlet, ¿qué significa? En un poeta sensible, en un ensayista inteligente, esa "boutade" (flagrante injusticia) sólo puede atribuirse a un estallido de mal humor pasajero. Dios me conceda la gracia de no transformarme en una "furious old woman" a fuerza de asistir al desfile de los "angry young men".

Cuando los lectores que iban a grabar "Under Milk Wood", de Dylan Thomas, le preguntaron al autor cómo había que decir ciertos versos, les contestó: "Love the words".

Esto es lo que ha hecho toda su vida de poeta el poeta St. John Perse. Eso es lo que hace todo gran poeta. St. John Perse ha amado las palabras. Las ha amado no para prostituirlas en un palabrerío que se convierte en "mar literario" en "olas muertas", sino en poemas vivos.

"Ah! nous avions des mots pour toi et nous n'avions assez de mots,
Et voici que l'amour nous confond à l'objet même de ces mots,
Et mots pour nous ils ne sont plus, n'étant plus signe ni parure,
*Mais la chose même qu'ils figurent et la chose même qu'ils paraient...*

Me costó bastante "entrar" en la poesía de St. John Perse. No cabe duda de que es desconcertante y oscura "au premier abord". Ricardo Güiraldes fue la primera persona con quien la leímos.

La trajo de Francia "comme un oiseau vert et babillard sur le poing". *Amitié du Prince.* ¡Qué regalos solías hacer, Ricardo Güiraldes, viajero! "Et nous nous réjouissions des convoitises de l'esprit".

Muchos años después de aquel encuentro o desencuentro (yo estaba atraída por otras tendencias, adoraba a otros dioses), St. John Perse entró definitivamente en mi vida de ávida lectora. Roger Caillois no me lo descubrió, pero me enseñó muchas cosas sobre él. Todas las que están en su admirable libro "Poétique de St. John Perse" publicado 14 años después de nuestras conversaciones.

Durante la última guerra mundial, y gracias a Roger Caillois, se publicaron por primera vez, en francés, en Buenos Aires, *Exil* (1942), *Pluies* (1943), *Neiges* (1944) y *Les quatre poèmes.* Es una de las glorias de *SUR*, que albergaba a Caillois y a *Lettres Françaises*, su revista. Estos libros no eran best-sellers. No trataban, en plena guerra, de la guerra. El poeta que vivía pobremente en su destierro de Washington y había sido despojado de sus bienes se permitía, sin embargo, el gran lujo espiritual de escribir sin la elocuencia del odio. Amaba. "Eloge" podría siempre ser un título para él. A enorme distancia de Tagore —como poeta— con Tagore hubiera sin embargo podido decir: "Cuando me vaya, sea ésta mi palabra última: que lo que he visto no puede ser mejor..." Amaba. Como bien lo hace notar Caillois, amar la vida y no entregarse a la famosa "acedia", ese tipo de tristeza que se complace en su estéril actitud de rechazo (considerada pecado por Dante y la Iglesia en la Edad Media), es credo en St. John Perse:

Et moi, j'ci dit: n'ouvre pas ton lit à la tristesse...

La tristeza revela "una inexpiable corrupción del ser", según lo que se desprende de esta poesía, al parecer de Caillois.

**Mais si un homme tient pour agréable sa tristesse, qu'on le produise dans le jour! et mon avis est qu'on le tue, sinon il y aura une sédition...**

Y sin embargo ningún poeta está más imbuido de la fragilidad del ser y de las cosas, sin que le sea consuelo ni compensación algún "más allá". Mientras Tagore dice: "*Y como amo tanto esta vida*, sé que amaré lo mismo la muerte. El niño, cuando su madre le quita el seno derecho, se echa a llorar; pero al punto encuentra en el izquierdo su consuelo". St. John Perse, el guadalupeño-francés, en apariencia tan irreconciliablemente alejado del bengalí, dice: "Les revendications de l'âme sur la chair sont extrêmes. Qu'elles nous tiennent en haleine! Et qu'un mouvement très fort nous porte a nos limites, et au delà de nos limites". Pero en cuanto a la muerte, dice, en el mismo poema: "La condition des morts n'est point notre souci..." Pero ¿cuál es el "au delà de nos limites"?

En el destierro, y seguramente en el dolor silenciado o transubstanciado, brilla pura la poesía de St. John Perse. Esa poesía que ama tanto las palabras, única materia, único vehículo al servicio de todo poeta. Brillará cuando aquella guerra que llenó de noticias las primeras páginas de todos los diarios del mundo, y de horror a no pocos corazones, quede reducida a las cenizas de unas cuantas fechas, atroces. Y cuando los nombres lejanos y opacos de generales y hombres de estado, ilustres en su hora, casi no se recuerden, o se recuerden en aburridas ceremonias.

El año en que me encontré personalmente con St. John Perse (1943), en Washington, me contó, con ese sabor que toma el más pequeño detalle por él observado, algo que le acababa de ocurrir: una mañana, en medio de la gran capital estadounidense, con su movimiento, su gentío y tránsito de gran ciudad, se asomó a la ventana de su cuarto una ardilla. Nada más que una ardilla. Nada menos. Aquello no hubiera podido suceder en París, ni en Londres, ni en Berlín —me decía St. John Perse—. Pero sí en Washington. "Esto es América", agregó.

¿Qué esto? El que pueda aparecer en una ventana ciudadana ese animalito inquieto y ágil, que salta de rama en rama, seguido, sin aparente molestia, por una tupida y larga cola robada, parecería, a otro animal de mayor tamaño; ese habitante de los bosques, que come fruta con sus patas-manos, y se aproxima y se aleja, vivo y rápido, de quien lo admira.

Pues en la poesía enciclopédica de St. John Perse, en esa poesía tan *savante*, con una tan estudiada estructura, con una tal ciencia de la palabra, salta a menudo, para mí, una ardilla. Y yo, a mi vez, digo: "Esto también es América. Es la casa de "Bois-Debout", es la "Guadalupe". Y creo que la ardilla me abrió paso, más que Caillois, a lo estremecedoramente poético de la selva poética de St. John Perse.

> "Et soudain tout m'est forme et présence où fume encore le thème du néant".

Abril, 1961.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, may.-jun. 1961, 270, p. 92-94).

## A PROPOSITO DE "LAS CRIADAS"

Alguien, que conoce bastante mis preferencias y mis alergias literarias, me ha escrito preguntándome por qué había publicado *Las criadas* en el número 166 de *SUR*. Responder a esta pregunta me parece oportuno. La pieza en cuestión y su autor, Jean Genet, han sido muy discutidos en Francia. José Bianco, gran admirador de esta obra, que vio representada en París por la compañía de Jouvet, adquirió los derechos de traducción para mi revista. Durante mucho tiempo vacilé en utilizarlos. Como J. - J. Rinieri (de quien publicamos en el mismo número de *SUR* algunas páginas a guisa de introducción a *Las criadas*), José Bianco considera que esta pieza es muy notable e importante. Lamento no compartir su opinión. Jean Genet tiene quizá talento, un "temperamento dramático", todas las raras cualidades que algunos le conceden. Pero, ¡ay!, no ha escapado a la moda reinante: ha cedido, incluso, demasiado a ella. Lo ha seducido demasiado el "new look" literario (que no tardará —lo preveo— en convertirse en "old look"). ¿Cuestión de afinidades o necesidad de estar al día? No lo sé. El hecho es que nos sirve las ignominias más nauseabundas que pueda desear el olfato de un esteta contemporáneo. A causa de ello, sin duda, la pieza puede ser calificada de notable. Notable: digna de ser observada atentamente como un logrado ejemplar de esa literatura sórdida de que hacen alarde los escritores a la moda (unos provistos, otros desprovistos de talento) y que saborean los delicados de hoy.

Como ejemplo de esa literatura sórdida contemporánea, la pieza de Jean Genet me parece tener un sentido.

No creo, a diferencia de J. - J. Rinieri, que la atmósfera de este drama sea demasiado densa para los *fariseos*. El fariseísmo nada tiene que ver en el asunto. Acusar de fariseísmo a los que no comparten nuestra opinión es un recurso demasiado fácil.

Tampoco conviene confundir densidad con hediondez (mucho temo que J. - J. Rinieri las confunda).

Una de las características de la literatura sórdida es su afectación de creer que la m... es más verdadera que la rosa. O que sólo la m... existe, mientras que la rosa es una invención, una ilusión a la que se aferran únicamente los sentimentales o los imbéciles. En tanto que la m..., ¡enhorabuena! Basta creer en ella, proclamarla, maravillarse de ella, sumirse en su contemplación para recibir de inmediato un diploma de inteligencia, de sutileza, de refinamiento y hasta de genialidad.

No ignoro que algunos pretendieron convencernos de que sólo la rosa existe. Ellos han provocado los excesos de que somos hoy testigos si no víctimas.

> Et le vomissement impur de la bêtise
> Me force à me boucher le nez devant l'azur...

Sí; los jóvenes escritores de nuestra época han acabado por taparse las narices ante la rosa, a tal punto el "vómito impuro de la tontería", del tartufismo, la habían mancillado. Les sobran excusas para semejante reacción. Pero desgraciadamente (y naturalmente), para vengarse de la ostentación de virtudes y noblezas falsificadas que no podemos admirar, y que revuelven el estómago, esos escritores han tomado ante la m... una actitud de entrega absoluta y fanática. Sólo tienen ojos para ella, sólo juran por ella e ignoran, con una conmovedora aplicación de escolares, todo lo demás (especialmente la rosa). El mundo que crean, so pretexto de ser verídico, no resulta menos falso que aquel otro cuya impostura y fingida perfección no pueden ni podemos soportar. Después de haber alcanzado la extrema derecha, el péndulo está siempre obligado a volver a la extrema izquierda. Y las Letras parecen no eludir esa ley. Se pregunta uno si la humanidad no escapará jamás a ese movimiento isócrono que se manifiesta a veces, cómicamente, en la manera en que la cintura y las faldas femeninas bajan o suben intempestivamente, mientras los hombros tan pronto refuerzan su ancho (con ayuda de un relleno que los mejores sillones envidiarían), tan pronto se borran para adoptar la forma descendente de una botella.

El hecho es que hoy estamos por la falda más bien larga, por los hombros más bien caídos, por la cintura que sube (en París

se ha trepado hasta debajo de los senos, para los trajes de baile, como en tiempos del Primer Imperio) y por la m... literaria, sin olvidar la náusea y el vómito. Todo está en la naturaleza; de acuerdo. El estiércol puede servir a la rosa si cumple su verdadero destino: la transformación, la metamorfosis. Pero el culto del estiércol como estiércol no tiene sentido.

Roger Caillois en *Babel*, su último libro, que lleva este subtítulo explicativo: *Orgullo, confusión y ruina de la literatura*, se ocupa de estos problemas. Hemos hablado largamente de ellos y es para mí una satisfacción volver a encontrar en este ensayo, traducidos a una prosa de rara y límpida calidad, los temas y las conclusiones de nuestras conversaciones.

Al comienzo del capítulo XIV encuentro una página que puede aplicarse perfectamente al caso de *Las criadas:* "He denunciado ya esa literatura que sólo nos presenta al hombre tímido, inválido y mustio. Hay otra que no admite más resorte para la acción que el miedo y la codicia. En ella el hombre se deja conducir únicamente por su placer o su interés... Lo pinta enérgico, pero malvado. Lo desenmascara —dice— y pretende que se le disfraza al presentarlo de otra manera. Existen así escritores que no paran hasta no explicar todo por el cálculo, la brutalidad y la concupiscencia. Ellos también son corruptores, pues desmoralizan a los que confían en el cuadro que nos presentan de la humanidad y así logran, en efecto, que ésta se le parezca más. Ignorar deliberadamente que en el hombre hay a menudo una necesidad de grandeza y sacrificio, es engañar. Este engaño, desde luego, nace la mayoría de las veces de la piadosa hipocresía que aconseja arrojar un velo púdico sobre la vileza, para no turbar la inocencia. Es el justo rescate de este pobre ardid. Una vez decepcionado, el cándido, a quien se hizo creer que el mundo era de color de rosa, se encarniza en mostrarlo uniformemente sombrío. Comprendo su amargura. Conviene sin embargo que se sobreponga a ella pues proviene de un coraje deficiente y ella también propaga una mentira peligrosa e inexpiable.

"Es menester confesar que las Letras, principalmente en los géneros como el de la novela, en que la psicología se sobrepone a la estética, parecen destinados, por su propia naturaleza, a descubrir fealdades e indecencias. Se diría, incluso, que son sus temas favoritos y casi exclusivos. Vuelven siempre a ellos. ¿Habría entonces que deducir que las gentes virtuosas, como las felices, no tie-

nen historia? ¿O que una misteriosa interdicción disuade al artista de ponerlas en escena? Si lo hace, despierta extremada desconfianza y severidad. Si por lo contrario describe una monstruosidad, una bajeza inédita, las gentes se muestran tan poco exigentes que es como si confundieran audacia con genio. Muchos parecen creer que un autor traiciona a la vez su arte y la verdad si pinta la naturaleza humana con colores más claros de los que suele merecer, pero que tiene licencia para exagerar las tintas sombrías cuanto se le antoja sin dejar de ser un testigo verídico y un artista poderoso. Extraña ventaja que se le concede a la abyección.

"Quizá convenga, desde luego, no lamentarse demasiado de que así ocurra. El mostrarse tan exigente para la pintura de la virtud y tan fácilmente satisfecho para la del vicio es testimonio de gran respeto por el bien. El artista, asimismo, no es lerdo en descubrir donde está su interés. Todo acontece como si en lo sórdido y en lo inmundo los escritores descubrieran para sus obras una garantía decisiva de verdad y grandeza. Calumniar al hombre asegura su gloria: recogen indefectibles laureles ostentando flaquezas e ignominias."

Los personajes de la pieza de Jean Genet (felizmente no pasan de tres) son tan innobles los unos como los otros. Más aún: nunca se tiene la impresión de que puedan dejar de serlo. Esto da al drama una irrealidad de pesadilla. Esas pesadillas en que tenemos conciencia de estar soñando y en que sin embargo sufrimos. No existen criaturas humanas con una corrupción tan incólume. La vileza también tiene sus fallas. Nada se encuentra en el hombre llevado a ese grado de perfección. Ni siquiera la bajeza. Jean Genet es a todas luces un ingenuo optimista "qui a mal tourné", ni más ni menos. Que se juzgue *Las criadas* desde un ángulo realista o no, creo que la obra ha nacido bajo el signo de lo que Roger Caillois llama, con razón, *una falsa idea de la profundidad.*

"Cuando veo con qué complacencia tantos autores se regodean en esas tenebrosas cloacas me pregunto si no ceden, ante todo, a la pereza, procurando seducir sin esfuerzo, apostando sin arriesgar, contentos de despertar el interés con los cebos más groseros. Sospecho que estos escritores se han formado una idea muy necia de la profundidad. Se equivocan al creerse más profundos por el hecho de rebajarlo todo. La profundidad, cuando se trata del hombre, consiste en comprenderlo en toda su amplitud, sin omitir ninguna de sus sombras, ni de sus luces. No comienza al nivel del

suelo, como los pozos y las cloacas. ¡Qué error imaginarla enteramente subterránea! Se extiende en los dos sentidos, separa y une a la vez la cima y el abismo."

La *profundidad, cuando se trata del hombre, consiste en comprenderlo en toda su amplitud...* Esta es la profundidad de un Malraux, de un Saint Exupéry, de un T. E. Lawrence, de un Graham Greene (ver *The Heart of the Matter*), de un Camus (ver *La Peste*). Esos escritores describen las pasiones más mezquinas y hurgan en los rincones más polvorientos y oscuros del corazón humano sin que podamos calificar su literatura de sórdida. Ejemplo cabal de un libro crudo, brutal (en el fondo y en la forma), en que no se le ahorran al lector siniestras y desconsoladoras revelaciones sobre la naturaleza del hombre es *The Mint*, la obra inédita de T. E. Lawrence. Y sin embargo no pertenece al género sórdido. No le pertenece porque comprende al hombre en toda su amplitud, "*dans sa plus large ouverture*", sin omitir sus sombras y sus luces.

Es lo que deseamos para la próxima pieza de Jean Genet (si la escribe). Que nos hable de la m... cuanto le dé la gana, si tanto le place, pero que por algún rinconcito deje asomar a la rosa. Su literatura ganará con ello. De otro modo, y fuera de cualquier otra consideración, resultaría, como *Las criadas*, demasiado monocorde.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, oct. 1948, 168, p. 12-17).

# "THE MINT"

En mayo de 1928, T. E. Lawrence escribía desde Karachi a su amigo Edward Garnett: "Le he dicho [se refiere a Lord Trenchard] que mientras yo viva no se publicará nada de *The Mint*; y le he pedido a mi hermano [A. W. Lawrence], que es mi heredero, de no publicarlo hasta 1950. En esta fecha estaremos todos fuera del escenario".

T. E. se había equivocado en lo concerniente a otros actores que él: no todos sus compañeros de la R.A.F. han desaparecido del escenario y, aunque estemos ya en 1951, *The Mint* sigue oculto a los ojos del público. Sin embargo, hemos recibido autorización de publicar ocho capítulos. No es mucho, pero nos da un pregusto del libro extraordinario de que forman parte.

*The Mint* es un pequeño volumen (pequeño en relación a los *Siete Pilares*) de 250 páginas, compuesto de notas tomadas en 1923, en Uxbridge, sobre la vida de un recluta en la R.A.F. de entonces y de cartas sobre el mismo tema. Se recordará que T. E. Lawrence se alistó en la R.A.F. bajo otro nombre (J. H. Ross, para empezar, pues volvió a cambiar de nombre más tarde, cuando descubrieron su identidad y tuvo que abandonar su puesto para regresar al servicio con otro disfraz y por otra puerta) y estuvo allí y en el cuerpo de tanques desde 1922 hasta pocos meses antes de su muerte en 1935.

Las razones por las cuales el rey sin corona de Arabia, autor de los *Siete Pilares*, iba a enterrarse en las filas de la R.A.F. como simple conscripto son psicológicamente muy complicadas. Garnett ve en ello un impulso irracional de someterse a hombres que le eran evidentemente inferiores. Lawrence se daba cuenta de lo absurdo de su posición, puesto que escribía al Mariscal del Aire: "Es como poner un unicornio en un establo. El animal no está en su lugar". El, sin embargo, no se daba por vencido y la experiencia

acabó por procurarle cierta felicidad: la felicidad de la camaradería, la felicidad de la ayuda mutua y de la abolición de la soledad (que añoraba por momentos). En suma, como los conventos laicos no existían, la R.A.F. fue su sustitutivo. Sustitutivo por el cual se apasionó, porque amaba y comprendía el delicado funcionamiento de las máquinas y acabó por amar y comprender la ruda e inocente simplicidad de sus jóvenes compañeros de armas que le inspiraban un sentimiento como de paternal protección.

Las dificultades de la traducción de *The Mint* parecían a primera vista casi insolubles. Han sido parcialmente vencidas gracias a la buena voluntad y a la ayuda preciosa de antiguos miembros de la R.A.F. y otras personas familiarizadas con el argot del ejército inglés. Citemos en primer término a Bill Moody, antiguo instructor fotógrafo de Lawrence en Farnborough, con quien hemos leído y releído el texto y la traducción repetidas veces; a Lt. D. Cullen, R.E. y al W/Cdr. J. F. Grey, D.S.O., D.F.C., R.A.F. Desgraciadamente, no hemos podido como Etiemble (que ha traducido *The Mint* en francés para Gallimard) traducir el argot en argot. No hay sino un solo argot para los franceses de Francia. Pero el argot argentino (si lo utilizábamos) corría el riesgo de no ser comprendido en México, en España, en Perú, etc. Ni siquiera se trataba de adoptar otro argot para salir del paso, puesto que el remedio hubiera sido igualmente ineficaz. Nos hemos visto, pues, en la necesidad de adoptar términos más o menos comprensibles a todos los países de lengua española, lo que naturalmente quita mucha fuerza y color local al texto. Hasta hemos tenido dificultad en la elección de las palabrotas, tan abundantemente empleadas en el ejército y por consiguiente en *The Mint*, cuyos diálogos son fotográficos. Era necesario que estas palabrotas significaran lo mismo para todo el continente y para la península. Tarea abrumadora, si se quiere contemporizar con los americanismos y los españolismos a la vez.

Fuera de estos obstáculos a veces insuperables y de orden técnico, había la forma misma en que está escrito *The Mint.* Lawrence es siempre muy difícil de traducir, de estilo muy personal, muy "rétif", diría. Y lo es quizá más en estas notas escritas en su cama del cuartel, entre el toque de queda y el momento en que se apagan las luces. Las llama instantáneas, más que fotografías, de los lugares y personas, y es maestro en el escorzo nervioso, en la emoción disfrazada por un estilo casi telegráfico que le es propio.

Cuanto más emocionado, más breve. Cuanto más tiembla interiormente, tanto más se esmera en describir con despego minucioso un detalle exterior. Es la única forma de cobardía que le conozco. Así, en el capítulo *Funeral* (que publicamos), en que Bernard Shaw vio destellos de travesura burlona y Mrs. Shaw crueldad, yo veo sobre todo una terrible piedad, enmascarada aquí por la expresión concisa de ciertos imponderables. Piedad que toma la forma de una implacable descripción de la decrepitud de la reina Alejandra. Sentimos que en esta decrepitud él ve también la suya, la nuestra, si llegamos a ese grado de vejez y la muerte no nos salva de esa miseria: "...the bird-like head cocked on one side, not artfully but by disease, the redrimmed eyes, the enamelled face, with the famous smile scissored across all angular and heart-rending. There were the ghost of all her lovely airs, the little graces, the once-effective sway and movement of the figure which had been her consolation. Her bony fingers, clashing in the tunnel of their rings fiddled with albums..."[1] Evoquemos las fotografías de la reina Alejandra en todo el esplendor de su joven belleza y comparémosla con esta triste momia condenada a representar su papel hasta el último suspiro. No es sólo esta pobre reina y su perdido brillo, es usted, soy yo, somos nosotros: es la condición humana que nos anuda la garganta. Cada vez que leí en voz alta este capítulo he sentido una congoja que me quebraba la voz al llegar a ese pasaje. Sí, crueldad, como decía Mrs. Shaw. Pero crueldad de la condición humana que todos compartimos. ¡Los dedos puro hueso de la reina, perdidos en el túnel de los anillos! ¿Quién no ha visto unas manos, con o sin anillos, deformadas por la enfermedad, los años o el trabajo, descansar al fin, inertes, sobre las sábanas? ¿Quién no sintió entonces por esas pobres manos sin belleza y sin vida la más desgarradora ternura? Esta compasión que hace palidecer el corazón más que el rostro es la que Lawrence sentía y nos comunica. Poco importa que no lo diga de manera más explícita, poco importa lo que antecede y lo que sigue. Es esta ar-

1 - "... la cabeza de pájaro inclinada a un lado, no por coquetería sino por enfermedad, los ojos bordeados de rojo, la cara esmaltada con la famosa sonrisa estereotipada y desgarradora... Ahí estaban los fantasmas de sus encantadores donaires, de su gracia, del balanceo en otro tiempo seductor y de los movimientos de una figura que había sido su consuelo. Ahora los dedos puro hueso se entrechocaban en los túneles de sus anillos flojos; jugueteaban con álbumes..."

diente reserva lo que es difícil transcribir en toda su eficacia. Estas notas escritas en una "taquigrafía emocional e intelectual" imponen una lección de paciencia al traductor más ejercitado y hábil. Si se añade algo se deforma el espíritu de la cosa; si se mantiene la brevedad, el ritmo rápido y nervioso, se corre el peligro de caer en una sequedad desabrida.

Traducir *The Mint* es una empresa de locos. A. W. Lawrence escribía: "Cuanto más pienso en el libro más imposible me parece de traducir". Pero era indispensable que alguien se consagrara a la tarea. Enrique Pezzoni había aceptado el acompañarme por esos senderos escarpados y llenos de maleza, en que nuestras idas y venidas han durado más de un año. Ricardo Baeza, armado de escobas y plumeros gramaticales esperaba a los viajeros, de vuelta de esta larga y penosa excursión, para una limpieza general. *Last but not least*, se lo agradecemos.

En los cuatro primeros capítulos que siguen, vemos a Lawrence alistarse y pasar las primeras horas en el cuartel donde nadie conoce su identidad. Sólo los altos jefes de la R.A.F. sabían quién era aquel hombre con aspecto de muchacho, estatura diminuta y ojos celestes que ocupaba, silenciosamente, su lugar entre tantos otros reclutas gritones, cuya permanencia en el cuartel y en el mundo pasaría sin dejar rastros. Lawrence de Arabia se había convertido en Ross 352087, como se convertiría más tarde en Shaw 338171.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, marz. 1951, 197, p. 1-4).

## ACLARACION SOBRE "THE MINT"

*Mint:* Place where money is coined, usually under State authority; (fig.) source of invention; mark placed on coin to show at what m. it was struck, etc.

*Mint:* Make (coin) by stamping metal.

*Acuñar:* Imprimir y sellar una pieza de metal por medio de cuño o *troquel.* Dícese especialmente de las monedas y medallas. 2. Tratándose de la moneda, hacerla, fabricarla.

El título *The Mint*, elegido por T. E. Lawrence para sus notas sobre la R.A.F., lleva, en nuestra traducción, el de *El Troquel.* El sentido simbólico de este título es obvio. La R.A.F. marca a los hombres como la Casa de Moneda al metal.

T.E. aseguraba que todos los aviadores de la R.A.F. tenían un aire de familia (aun si por casualidad no iban empaquetados en el clásico paño azul-gris) fácilmente reconocible.

Publicamos esta nota para corregir un descuido del Nº 197 de *SUR* en que olvidamos de encabezar los ocho capítulos de *The Mint* con el título español: *El Troquel.*

David Garnett escribía a T. E. que si el subtítulo de *Los Siete Pilares de la Sabiduría* era: *Un triunfo*, el subtítulo de *The Mint* debía ser: *Una agonía.* A T. E. le pareció acertada la indicación y en una carta a Jonathan Cape (el editor) habla de "*The Mint*, an agony of the Royal Air Force". Sin embargo, no usó el subtítulo, pues si bien es cierto que se podía aplicar a las dos primeras partes del libro, de ninguna manera estaría de acuerdo con la tercera. T.E., que había sufrido mucho (por razones que el libro revela) durante la primera época de su entrenamiento, se sin-

tió bastante feliz más tarde. Es patente el cambio de tono y de atmósfera entre las dos primeras partes de *El Troquel* y la tercera.

Los ocho capítulos que Cape nos autorizó a publicar en *SUR* no son los más interesantes, ni los más curiosos, ni los más dramáticos de la obra, y sólo cobran su verdadero sentido cuando se los lee en el orden que ocupan dentro del contexto. Creo que casi siempre es malo dar en una revista "capítulos" aislados de un libro, pues de tal modo se destruye el efecto, que está destinado a producir un *todo*. T. E. le escribía un día a Doubleday: "One can't read in odd halfhours: reading is to soak oneself hour after hour all day in a single real book, until the book is realler than one's chair or world..." ("No puede uno leer a ratos perdidos: leer es sumergirse hora tras hora todo el día en un solo libro real, hasta que el libro se vuelve más real que la silla en que estamos sentados o el mundo en que vivimos...") Así leo yo: así (y más aún, ya que después de haberlo traducido lo he copiado a máquina de cabo a rabo... y escribo con un solo dedo) he leído *El Troquel* y así desearía que lo leyeran los lectores de *SUR*. Por desgracia, ni siquiera sabemos aproximadamente en qué fecha obtendremos permiso para publicarlo (se publicará en inglés, francés y español simultáneamente). Esta circunstancia me decidió a dar los ocho capítulos (que también aparecerán en Inglaterra) a pesar de lo mucho que los debilita estar separados del resto de la extraña y apasionante obra.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, abril 1951, 198, p. 79-80).

## UN ASUNTO DE SUMA IMPORTANCIA:

## LA TRADUCCION

Ante todo me corresponde agradecerle al P.E.N. American Center su generosa autorización para publicar varios textos sobre los problemas de la traducción publicados en *The World of Traslation* (Copyright 1971, de PEN American Center). Los autores son Elsa Gress, B. J. Chute, Thomas Lask, Víctor Alba, Clara Malraux, Frank MacShane, John L. Mash, Robert Payne.

La actividad del PEN American Center, en materia de traducciones, es digna del mayor elogio. No nos hubiéramos enterado de estos textos en Sudamérica (salvo unos cuantos especialistas) sin este número de *SUR* que pone al alcance de todos tan valiosas colaboraciones.

La traducción se ha convertido, en nuestros días, en un asunto de suma importancia. Sin los traductores muchas cosas del mundo moderno cesarían de funcionar. Tomando como ejemplo una que a todos nos queda a mano: el cine.

¿Entiende usted el sueco, el japonés, el ruso, el chino, el francés, el italiano, el alemán o uno de los tantos idiomas de la India, etcétera? Seguramente que no. Yo entiendo el francés, el inglés, el italiano, y pare de contar. Cuando veo una obra de Bergman, o la magnífica versión rusa de *La guerra y la paz*, o *Alejandro Nevsky*, o algún film japonés o alemán, estaría perdida sin los subtítulos. Y los subtítulos no son siempre lo que está en boca de los protagonistas. Menos aún los títulos de los films: son a veces tan infieles que nos desconciertan. *Les 400 coups*, sin ir más lejos, fue traducido literalmente por *Los cuatrocientos golpes;* no por *Las mil y una*, que era su verdadero sentido. En el film de Bergman, *Detrás de un vidrio oscuro*, no había tal vidrio. Se trataba de una cita de San Pablo (primera Epístola a los Corintios).

"Como en espejo, oscuramente...". En España, se tituló *Como en espejo.* Estaban más al tanto del asunto y no confundieron el vidrio con el espejo. Estos son sólo dos ejemplos.

A veces estas citas, que los ingleses usan bastante como títulos para sus obras, pierden fuerza en la traducción y hay que buscarles la vuelta. El título de la novela de Aldous Huxley (publicada por *SUR*) *Eyeless in Gaza,* es la primera parte de un verso de Milton *(Samson Agonistes):*

> **Ask for that great deliverer now, and find him**
> **Eyeless in Gaza at the mill with slaves,**
> **Himself in bonds under Philistian yoke.**

Después de pedirle su autorización al autor, reemplacé la primera parte del verso por la segunda que sonaba mejor en español y no alteraba el sentido: *Con los esclavos en la noria.* Claro que en esto, como en muchísimos otros detalles, hay que tomarse el trabajo de reflexionar (y el tiempo, de que seguramente no dispone un traductor mal remunerado).

En cuanto a traducciones de las obras maestras de la literatura universal (empecé a publicar una serie, que fue interrumpida cuando renuncié al cargo de directora del Fondo Nacional de las Artes), los daños son infinitamente más graves. Un amigo, escritor francés de gran inteligencia y talento, me dijo que no podía soportar a Shakespeare. ¡Claro! No podía soportar las *traducciones* de Shakespeare. Y nunca sabrá lo que es Shakespeare si no es capaz de leerlo en inglés y si no tienen los franceses una buena traducción. Aseguran que la de Pasternak es excelente (pero rusa). Las traducciones de Baudelaire y de Alfonso Reyes pueden dar una idea casi perfecta del acento de Poe y Mallarmé. Pero estos casos (hay otros, desde luego), no son comunes y no hay probabilidades de que abunden, pues no existen muchos Baudelaire ni muchos Reyes. Y si un gran escritor no hace con amor una traducción, de nada le vale su maestría. Cae en la chambonada.

Señalemos como algo excepcional y digno de orgullo nacional la difícil traducción de *Moby Dick,* de Enrique Pezzoni, que fue elogiada en el *New York Times.*

En esto de las traducciones pasan también fenómenos inexplicables: cuando yo leí por primera vez a Tolstoy y Dostoievsky en francés, se decía que las traducciones eran malas (me lo han asegu-

rado rusos, devotos lectores de ambos novelistas). A mí me produjeron una verdadera conmoción. Por lo visto no necesitaban de casi nada esos genios: *atravesaban* el muro opaco de las traducciones torpes.

Otro tanto me pasó con mi primera lectura del noruego Ibsen, más o menos en la época de mi adolescencia y de su muerte. El traductor de Ibsen (bueno o malo) era el conde de Prozor. Su hija, de mi edad, sentía la misma pasión por el teatro que yo. Eramos amigas y estudiábamos juntas *Le passant*, de François Coppée. Pero nos gustaba *Hedda Gabler* y *Maison de poupée*. De acuerdo con mi experiencia, tampoco este autor necesitaba eximias traducciones para enloquecer a dos muchachas. Desde luego, Tolstoy y Dostoievsky eran novelistas. Ibsen dramaturgo. Las dificultades graves empiezan cuando se trata de un poeta. Las palabras tienen, en ese caso, una densidad que no se deja atravesar. Si no les encuentran equivalentes inspirados, todo se derrumba. Se trata de una recreación.

Creo que nosotros, argentinos, podemos jactarnos de traductores excelentes, algunos de primer orden. Lo que deseamos es que el número de buenos traductores, escrupulosos, aumente. Y proporcionarles medios de estudiar la materia. No todos llegarán a ser grandes, así como no todos los escritores somos genios.

Para elevar el nivel del traductor hacen falta dos cosas: que el traductor tome conciencia de la seriedad del trabajo y sepa que una buena traducción no se consigue sin preparación y esfuerzo; que el editor tome conciencia de su deber de remunerar esa tarea adecuadamente. El mejoramiento del standard del traductor depende pues tanto de él como del editor. Es un oficio (o profesión) que ha de tomarse en serio, y es un oficio (o profesión) que ha de pagarse como lo merece.

Sobre la importancia del traductor en nuestro tiempo, ya no se discute. Es evidente. Lo que aún no lo es tanto son las consecuencias de esta responsabilidad por un lado (la del traductor), y de una obligación por otro (la del editor). Ambas fases de esta cuestión se debaten hoy en organismos internacionales.

La UNESCO ha preparado un informe que someterá a los Estados Miembros, en Nairobi. Entre otras cosas dice:

a) El traductor está obligado a hacer una traducción de alta calidad desde el punto de vista del estilo y del idioma.

b) El traductor garantiza que la traducción será fiel al original

en cuanto al contenido y a la forma de expresión.

c) Si la calidad de la traducción no es satisfactoria, el editor está autorizado a rechazar el manuscrito de la traducción o a confiar la revisión del texto a una persona elegida por él y a expensas del traductor.

Bulgaria opina que "los traductores desempeñan una función particularmente importante en la difusión de la cultura y que su protección debe ser objeto de particular atención".

En cuanto al Japón, declara: "Además de esta cláusula que incita a los Estados Miembros a que establezcan programas especiales de formación para los traductores, es preciso estipular, como requisito previo, que tanto los traductores como los que aspiran a llegar a serlo, deberán tratar, por su propia iniciativa y bajo su entera responsabilidad, de lograr una pericia lingüística y poseer unos conocimientos y una perspicacia especiales de las disciplinas de que tratan las obras que han de traducir".

Otra recomendación es la de acordar en todos los casos una remuneración equitativa al traductor; establecer procedimientos para verificar la calidad de las traducciones y facilitar la solución de las controversias que surjan al respecto; promover el establecimiento y el desarrollo de programas especializados para la formación de traductores.

Se sostiene, con razón, que "los Estados Miembros deberán reconocer, en principio, que la traducción es una disciplina independiente, que exige una formación distinta de la enseñanza del idioma propiamente dicho y que por lo tanto una formación especial se aconseja... así como la organización de seminarios y cursillos de trabajos prácticos relativos a la redacción de las traducciones".

Creo que todo está previsto en estas recomendaciones, incluso el plazo razonable que se le ha de dar al traductor para tal o cual trabajo. Y también que se ponga, en lo posible, a disposición de los traductores todos los documentos e informaciones que faciliten su tarea.

Desde luego, las traducciones deberían hacerse a partir de la obra original "recurriendo a la retraducción solamente en caso de que sea absolutamente necesario".

Este número de *SUR* desea poner en claro dos cuestiones:

1) la traducción es importante en sí y exige un traductor que conozca su profesión a fondo;

2) la remuneración de este traductor tiene que estar a la altura de su trabajo, de su capacidad, y ha de considerárselo —si está dentro de cierta jerarquía artística— como un intérprete, que se asemeja al pianista o al cantante.

Me refiero a obras literarias de valor.

En el programa de la Unesco (1974) de traducciones de obras literarias leo: "El poeta griego Séferis ha sido traducido en inglés bajo los auspicios de la Unesco en 1960, tres años antes de que recibiera el premio Nobel. Ese mismo premio coronó al novelista japonés Kawabata, cuya novela *Tukiguni* figuró en 1956 entre las primeras traducciones publicadas por la Unesco de autores contemporáneos".

Creo que tiene algún interés, para hacer conocer las actividades de *SUR*, recordar que Kawabata fue publicado por nosotros en 1957. Y también que Gabriela Mistral, T. S. Eliot, André Gide, Albert Camus (se publicó *Calígula*, en *SUR*, el mismo año o al siguiente de su aparición, cuando nadie conocía a este escritor). St. John-Perse, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, fueron publicados por la Revista o la Editorial *SUR* muchos años antes de recibir esa distinción.

Cuando me desempeñaba como directora en el Fondo de las Artes, traté de sacar a flote una serie de traducciones de Obras Maestras de la Literatura Universal, buscando los mejores traductores y remunerándolos mejor que cualquiera de las grandes editoriales. Elevando, pues, su standard. El último libro, publicado el año del libro, fue *La Divina Comedia*, bilingüe; la traducción era de Battistessa y llevaba muchas notas. Esta iniciativa que yo consideraba utilísima para los estudiantes en particular e interesante para el público en general, no encontró la aprobación de quienes me sucedieron cuando renuncié a mi cargo en el Fondo. La serie de traducciones fue interrumpida como cosa ajena a la cultura argentina.

Por último, debo agradecer a Jaime Rest, que tuvo a su cargo la selección y traducción del material incluido en este número de *SUR*.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-dic. 1976, 338-339, p. 15-19).

## DEFENSA DEL IDIOMA

Bajo este título, leo en un matutino una justificada crítica acerca del pésimo uso del idioma que se hace en los relatos de *matches* de *fútbol* (y aquí me detengo para preguntar por qué se conserva la "t" de matches y se cambia la ortografía de *football*). De acuerdo sobre "sobre".

Debajo de esta nota leo otra titulada: "No abusemos de lo escabroso". Esta vez me sorprende la elección del adjetivo escabroso para calificar la muy moderna encuesta (Kinsey report) del Canal 13 sobre *la capacidad genética y posibilidades amatorias* del magnate Onassis. Me parece que se trata de un hecho fisiológico que no requiere ningún calificativo de orden moral. En cambio, la indagación (como ésta) de un hecho de la vida privada de un ciudadano (por Onasis que sea) sí merece calificativo: intolerable.

Si defendemos el idioma, defendámoslo no sólo criticando a los relatores de *matches* de *football:* las exquisiteces o propiedades del lenguaje le importan un bledo al público al que se dirigen. Más alarmante es llamar con regularidad "audaz" al asaltante *cobarde* que ataca, bien armado, a pacíficos e inermes empleados o clientes de un Banco (por Banco que sea).

Si mañana se le ocurriera a un Canal de televisión interrogar a un otorrinolaringólogo sobre el último examen de audiometría al que se sometió el multimillonario X., nadie calificaría la cosa de *escabrosa.* Pero todos estaríamos conformes en que eso es meterse en lo que a nadie (más que al interesado) le importa. Por más oro que tenga Onassis, no existe razón para vengarse así de una riqueza que, sea dicho de paso, no merece mi admiración ni mi envidia.

Admiración despierta en mí el jugador de *football* que sabe ganarse con los pies lo que en la vida entera ganaremos, la mayoría de los escritores, con nuestra cabeza. Y envidia, sí envidia, siento

cuando Pachamé le da "un golpe en el rostro" al zaguero local. O cuando Aguirre Suárez le pega un codazo en plena cara al adversario molesto. Se los expulsa de la cancha. Ya sé. Pero es un castigo pasajero.

En los partidos de "headball" (perdóneseme el mal chiste) que se juegan en otras canchas, nos quedamos con las ganas de proceder en esa forma contundente. Ha de ser muy satisfactoria. Y a lo mejor ni nos expulsarían de la S.A.D.E.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept.-oct. 1968, 314, p. 123-124).

## DIVERGENCIAS

### (Sobre una crónica cinematográfica de Borges)

En una nota publicada aquí mismo —*SUR*, 27—, nuestro colaborador y amigo Jorge Luis Borges declaraba que "David Copperfield", "Las cuatro hermanitas" y "La tragedia de Luis Pasteur" justifican, por no decir reclaman, el incendio del cinematógrafo en que los den. Este juicio me parece exagerado y, casi me atrevería a asegurar, injusto. Porque si uno se expresa de tal modo con respecto a esos tres films, ¿qué habrá que decir de los que son verdaderamente, absolutamente malos, de cabo a rabo?

Lo que con bastante gracia llaman los americanos "sob stuff" abunda en "David Copperfield" y "Las cuatro hermanitas", claro que lo hemos advertido. Pero esto no nos ha impedido comprobar que si Katherine Hepburn y Freddy Bartholomew han nacido para desempeñar un papel, ese papel es el de Jo March y el de David respectivamente. Katherine Hepburn y Freddy Bartholomew no se han movido nunca con más soltura y acierto que en esos dos films hechos a su imagen y semejanza.

Cuando, en nuestra infancia, leíamos "Las cuatro hermanitas" soñábamos con una Jo March que era exactamente Katherine Hepburn. Katherine Hepburn, ardiente y delgada, bella sin belleza, y cuyo género de atracción física es tan distinto del que sin duda tenía la reina-mujer por definición, Mary Stuart. (Este sí es el papel que jamás debió representar). Y cuando, también en nuestra infancia, la novela de Dickens nos conmovía hasta el llanto, era una voz clara, deliciosamente clara como la de Freddy Bartholomew —con su inglés y su manera de articular perfecta hasta lo inverosímil— la que creíamos oír.

En cuanto al film sobre la vida de Pasteur, tiene por lo menos la ventaja de ser uno de esos raros films de estilo no cómico al

que se querría llevar a los niños para hacerles sentir y ver que la suma de heroísmo consumado en una existencia de hombre dedicado a la ciencia es de calidad muy superior al único heroísmo que se les mete siempre por los ojos: el de los campos de batalla. Después de haber visto ese film, un chico que hasta ese momento no soñaba más que con fusiles y ametralladoras se puso de pronto a soñar con un microscopio: "Ahora veo que se puede pelear de otra manera", declaró. Esta anécdota me parece significativa y creo que en su nombre puede perdonarse al film en cuestión parte de su mediocridad.

Nuestro amigo Borges no opina probablemente de la misma manera y no se deja impresionar por detalles como éste, que debe de considerar baladí. Yo, en cambio, lo tengo por muy importante.

Ni "David Copperfield", ni "Las cuatro hermanitas", ni "La tragedia de Luis Pasteur" (que no son verdaderos buenos films, pero que están lejos de ser tan malos como la mayoría de los que vemos diariamente) merecen el incendio del cinematógrafo donde se les da. En cuanto a "El hombre de Arán" ya he dicho, en la época de su estreno, lo que de él pienso.

Invito a Borges a usar de su verba y de su ironía con motivo del "Jardín de Alá", film ridículo y cursi como ninguno, pese a algunas hermosas fotografías y a una bailarina de calidad.

Pero tal vez, debido a ese amor por la contradicción y por la paradoja que lo caracteriza y al servicio del cual se divierte a menudo en poner tanto talento, nos declarará que ese film vale por su propia ridiculez y cursilería. Y nos lo dirá con tanta gracia que, parodiando la célebre salida de la no menos célebre bisabuela del Duque de Windsor acabaremos por confesar: "We are amused".

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, feb. 1937, 29, p. 95-96).

## DEJAD EN PAZ A LAS PALOMAS

### (Un nuevo cine abre sus puertas)

Los aficionados al cine han tenido que soportar penosos intervalos en nuestra ciudad de Buenos Aires. En cuanto se encendían las luces en la sala, en cuanto el sueño ( ¡ay! no siempre hermoso) de la pantalla se interrumpía, esos desdichados entraban en una pesadilla. Pesadilla de la que sólo algunos pocos eran conscientes. Pesadilla poblada de pavorreales, o de elefantes, o de rejas españolas, etc. Ultimamente la más terrible de todas imitaba, sobre nuestras cabezas, una noche estrellada, con nubes, y nos rodeaba de una ciudad maravillosamente horrenda, llena de torrecitas color merengue, de balcones, de estatuas; sí, de estatuas (esas estatuas a las cuales ya habíamos creído rendir tributo suficiente evitando púdicamente, en las plazas y los jardines públicos, que nuestros ojos las rozaran). El horror que causaba esta flamante pesadilla era tanto mayor por el hecho de formarse en el sitio en que habíamos visto, durante toda nuestra vida, un viejo teatro que si no tenía gran belleza tenía por lo menos gran dignidad. Un teatro que probaba que los indígenas del país eran, en suma, buena gente, no del todo "rastaquouère", no del todo analfabeta. Un viejo teatro simpático y que tenía su encanto, como lo tenía la Confitería del Gas (antes de que se la rejuveneciera... hoy no está mal, pero es una confitería cualquiera), como lo tenían el parque Lezama y el Jardín Botánico, el rejuvenecimiento en estos casos ha tenido consecuencias desastrosas).

Podía decirse de la Opera —y tantas otras cosas en Buenos Aires— lo que Cocteau decía de uno de sus poemas: "Il n'est ni beau, ni laid: il a d'autres mérites".

Claro está que es lícito destruir lo que ni es bello, ni es feo —aunque tenga otros méritos— cuando una construcción de auténticos valores va a justificar esa destrucción. Pero destruir aquello que no siendo bello ni feo tiene otros méritos, para reemplazarlo por algo grotesco, indecoroso y sin méritos de ninguna categoría, resulta, además de ilícito, vergonzoso.

Cuanto más pasa el tiempo, más a menudo nos vemos obligados a bajar los ojos al pasearnos por nuestra ciudad. Bajamos los ojos para no ver ciertos bancos en que nos sentamos, en las plazas y los jardines públicos. Bajamos los ojos ante las estatuas y los monumentos que se multiplican como las hormigas en los terrenos baldíos (el 9 de julio último, el más espantoso de todos llevaba los colores de la bandera como el presidente la banda: era el presidente de los monumentos más feos de la ciudad). Bajamos los ojos ante ciertos remedos de casas modernas, tan falsas como eran falsos los Luises de antaño. Bajamos los ojos ante los chorros de agua coloreada que hacen juego con las palomas de la Costanera y con las flores teñidas. Bajamos los ojos ante la fachada de los cinematógrafos y al entrar en sus salas. Bajamos los ojos en los cementerios: la vanidad sórdida de todos esos monumentos y su inconmensurable y pretenciosa fealdad es por cierto como para desesperar del género humano.

¿Y las iglesias? Cerramos los ojos ante la mayoría de ellas. Ya sabemos que el milagro de Chartres es imposible aquí y ahora, y que las bellas catedrales de Méjico no pueden volverse a hacer en nuestros días. No es, pues, de ese lado por donde ha de venir la solución. Pero unas paredes encaladas y un piso de baldosas rojas y una ventana grande que dé al cielo y un crucifijo de madera no cuestan caro y bastan a quienes conocen la belleza de la oración y la oración de la belleza.

Un nuevo cine acaba, por suerte, de abrir sus puertas precisamente frente a ese indescriptible horror que se llama hoy *Opera*. Por fin puede uno alzar los ojos hacia su fachada sin ponerse colorado. Es sencilla, es limpia, es digna. Da gusto verla en su desnudez y su transparencia. Y cuando, después de haber mirado el cine de enfrente, volvemos los ojos a ella, es como cuando se lee buena prosa después de haber recorrido la de ciertas revistas y ciertos diarios de gran circulación. En el interior del Rex, igual sensación de alivio. Por fin se libra uno de la pesadilla. Ya no padecemos por

el crimen de tener ojos para ver, (crimen cruelmente castigado en una ciudad como la nuestra).

¿Hay realmente entre nosotros "responsables"? Y si los hay ¿se dan cuenta de lo que significan esos cines adornados de nubes, de estrellas en los cielorrasos, de balcones, de estatuas, de rejas españolas, de pinturas inverosímiles; esos cines en que la mayoría de los espectadores entran como en palacios donde aprenderán sin duda a "tener buen gusto"?

Si alguno de los que han aprendido a "tener buen gusto" durante los intervalos de la Opera hace construir luego una casa, ¿podrá sorprendernos el resultado? ( ¡Ay! los ejemplos abundan...).

Por favor, señores "responsables", basta de estrellas, de nubes en vuestros cielorrasos; basta de balcones, de estatuas, de pavorreales, de elefantes, de rejas españolas y de pinturas inverosímiles en vuestros cines; basta de colorinches en vuestros surtidores; basta de flores teñidas en vuestras calles. El pobre Costoya acaba de morir. No os aconsejo que sigáis su ejemplo, pero sí que dejéis en paz a las palomas. Vamos, vamos. Un poco de buena voluntad. La cosa no es tan difícil. Y si lo es, ya vemos que hay personas capaces de enfrentarse con la dificultad y de vencerla. El arquitecto Alberto Prebisch nos lo acaba de probar. Y se lo agradecemos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul. 1937, 34, p. 84-86).

## "LA MAESTRITA DE LOS OBREROS", DE EDMUNDO DE AMICIS, EN LA PANTALLA

La mejor manera de explicar por qué nos sorprende agradablemente *La maestrita de los obreros*, dirigida por Alberto de Zavalía, es intentar decir, no lo que *es* esa película, sino más bien lo que *no es* (si la comparamos con la agobiadora producción nacional). El film de Zavalía no es cursi, ni guarango, ni chabacano, ni pretencioso, ni digno de recibir el premio Nóbel del mal gusto. Sin más tardar, felicitemos con alegría al director y a los intérpretes que han sabido, esta vez, ahorrarnos las humillaciones artísticas y patrióticas que venimos padeciendo desde hace tiempo con creciente rebeldía.

Es conveniente agregar que la sala en que nos tocó ver el estreno de *La maestrita de los obreros* no contribuía, gracias al público que la llenaba, a ponernos en un estado de ánimo indulgente. Nuestro juicio no se debe al buen humor.

En efecto: ir al cine en Mar del Plata, a la tarde, durante la llamada "temporada", es siempre una dura prueba para el sistema nervioso, por impávido que sea. Hay que resignarse de antemano a soportar con mansedumbre (muy ajena a nuestro carácter) toda clase de aullidos, ladridos, rebuznos y cacareos. No. A nadie se le ha ocurrido llevar consigo animales domésticos al cine. El fenómeno es de otra índole. Parece ser que la "jeunesse" más o menos "dorée" del balneario no puede gozar del espectáculo (sea comedia o noticiario, sea la conferencia panamericana de Río o la del pato Donald con el perro Pluto) sin silbar, aplaudir, chillar y patear sin ton ni son, por afición a la chacota y a "armar escándalo".

Si a este ambiente de mala crianza colectiva y turbulenta que

corresponde, se me ocurre, al de las cavernas en la edad de piedra (a lo mejor estoy calumniando a nuestros antepasados) se agrega la exhibición de una película nacional del género de *Su noche de boda* ¡pobres de nosotros! Salimos del cine presa de una crisis de neurastenia que puede durar una semana, si nuestra constitución reacciona rápidamente. La carencia casi monstruosa de espíritu y de cultura que ese conjunto de manifestaciones revela nos hace temer que entre nosotros, más que en otras partes, el nivel haya descendido de manera pavorosa.

En verdad, no siente uno especial regocijo al salir de los cines marplatenses. Por todas estas razones, y algunas otras, debo confesar que no fui con entusiasmo a ver *La maestrita de los obreros*, sino "par acquis de conscience", para darme cuenta de cómo marchaba el cine nacional. Siendo optimista por naturaleza (y voluntad), no me descorazono fácilmente y la esperanza de que las cosas cambien persiste en mí contra viento y marea. Esta vez mi terco optimismo encontró amplia justificación.

Empecemos por la excelente música de fondo de Julián Bautista. En perfecto acuerdo con los episodios que subraya, bien distribuida, impregna con tan feliz acierto la atmósfera de la película que parece como si, discretamente, contribuyera a crearla. De hoy en adelante, el nombre de Bautista será una garantía en el anuncio de cualquier película. La música de fondo, en el cine actual, es muy importante. Se ve con claridad hasta qué punto lo es *escuchando* atentamente la de *La fuerza bruta (Of mice and men).* Aaron Copland, que nos visitó el año pasado, ha sabido darle a esa magnífica obra de Steinbeck el acompañamiento musical que necesitaba en la pantalla.

Delia Garcés, con su encanto de adolescente, sus grandes ojos suaves y su gran boca en esa carita tímida (lo de la boca grande es una suerte, pues la salva del peligro de una belleza convencional) habla y se mueve (a Dios gracias) sin la menor afectación. Cuando sus alumnos, durante la clase, le piden que lea versos ("cultivo una rosa blanca"), lo hace con una gracia y simplicidad que conquista. Que conquista a los verdaderos amigos de la poesía; de la poesía que nada tiene que ver con el énfasis declamatorio, plaga de nuestra América (tanto o más temible que la tristeza del ganado bovino).

Delia Garcés representa *con naturalidad.* No se puede hacer

mayor elogio de una actriz en este país nuestro en que todo desafina en el cine nacional por exceso de afectación.

Delia Garcés se viste bien. Demasiado bien, esta vez, para su papel de maestrita. Pero casi no podemos reprochárselo por el alivio que sentimos al mirarla. El alivio de ver que hay siquiera una "star" argentina con conocimiento de lo que significa elegancia y sencillez. Desearíamos que Delia Garcés pusiese, en ciertas escenas, más convicción, más pasión. Quisiéramos que no tuviese tan uniformemente su aire de "petite fille modèle" de alguna Condesa de Segur del cine.

Pero aún ese defecto, que es como el abuso de gris y del beige en un cuarto, no incomoda demasiado por tratarse de ella; por el encanto que de ella emana y que nos hace perdonarle lo que a otra reprocharíamos. Creo, además, que Delia Garcés no ha dado todo lo que puede dar. Es como esas voces hechas para cantar el Debussy romántico e inocente de la primera época ("L'âme évaporée et souffrante, l'âme douce...") y que no son instrumento para Wagner o Schumann. Lo que ella tiene no son *cualidades:* es *calidad.* Hay que buscar para ella melodías dentro de su delicada tesitura.

En cuanto a Oscar Valicelli, el malevo de la *Maestrita,* es una revelación. Está perfecto en su papel de compadrito que no quiere dar su brazo a torcer. Lástima que en la escena de la muerte (de un sentimentalismo barato y falso) esté francamente desacertado. Culpa del director tanto como del actor.

Oscar Valicelli también habla y se mueve con naturalidad absoluta. Cuando está en el café, o en la calle, cuando come servido por su madre o cuando se sienta en el banco de la escuela (mudo e insolente, mudo y enamorado), jamás da una nota falsa. Llena la pantalla como Hans Zulig (el admirable bailarín de los ballets Jooss) llenaba la escena en "La gran ciudad": con *su sola presencia.* Los que han visto ese ballet recordarán que Zulig, casi inmóvil, casi sin mímica siquiera, era todo ritmo y elocuencia y polarizaba la atención. Hay en Valicelli algo análogo. Como un ritmo interno que se traduce y comunica al espectador sin que hagan falta multiplicidad de gestos ni palabras. Por vía de presencia y actitud. Cuanto más lacónico y parco en ademanes, más convence Valicelli. Como Humphrey Bogart, cierta lentitud, cierto silencio son su manera de ser intenso. Nadie olvidará a Bogart en *El bosque petrificado,* porque en esa película creaba el tipo de gangster taciturno y al "ralenti" que concuerda con su temperamento y su físico.

Oscar Valicelli está "at his best" cuando habla poco y se mueve sin prisa. Un director hábil (Zavalía lo ha probado) puede sacar partido de las cualidades y hasta de las limitaciones de ese actor. Las limitaciones son a veces fértiles. Valéry dice que lo que constituye el estilo de un escritor son, entre otras cosas, las repeticiones, los tics, las manías (limitaciones, en resumidas cuentas). Algo de eso puede aplicarse al actor de cine con carácter. Y Valicelli tiene carácter.

Las fotografías, buenas. Pero no es la fotografía lo que nos inquieta en la producción nacional.

Zavalía merece elogios por lo que ha logrado hacer en su película. Y, más aún, por lo que ha logrado evitar. Eso le agradecemos, sobre todo, pues nos parece importante. Ojalá siga con éxito su carrera ascendente de director.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, mar. 1942, 90, p. 67-70).

## RUTH DRAPER EN BUENOS AIRES

La lectura de las enciclopedias y otros más modestos diccionarios es apasionante; a menudo acontece que, al buscar una palabra, nos perdemos entre las hojas de esos mamotretos, haciendo así la rabona y descuidando nuestro propósito y nuestra tarea. Esta mañana me acaba de suceder, por centésima vez, al buscar "mimetismo" y "fakir". Quería saber cómo se las arreglan esos compendios de ciencia para definir la propiedad que poseen algunos seres de imitar el aspecto exterior de otros —o de ciertos objetos inanimados— y qué luces nos traen sobre el fenómeno de las muchedumbres reunidas en torno a un fakir que les hace ver cosas inexistentes, por ejemplo, una cuerda que sube, vertical, hacia el cielo.

Esas definiciones podrían quizás ayudarme —pensaba yo— a explicar el éxito, la atmósfera que rodea a Ruth Draper y su extraordinario talento.

Pero el mimetismo de esta gran artista es, por naturaleza, gratuito: no la protege de ningún peligro. Su fakirismo no necesita tan siquiera una cuerda (para qué decir serpientes). Basta con que nos hable de la cuerda para que surja, visible y palpable, en nuestra imaginación. Y en vez de hacerla subir verticalmente hacia el cielo, nos la echa al cuello, y hace que la sigamos donde a ella se le ocurre: a una iglesia de Italia llena de turistas; a una fiesta de caridad, de esas que suelen organizar los ingleses; a la casa de una familia francesa o junto a una pintora que copia un cuadro clásico.

Ruth Draper es la actriz solitaria por excelencia. Se presenta ante el público sin afectación alguna. En un escenario vacío, que su sola presencia puebla, delante de una cortina lisa que ella transforma en catedral o jardín. Ruth Draper, de manera sencillamente milagrosa y milagrosamente sencilla, es a la vez todos los personajes y todos los decorados.

Sus "Character Sketches" son todos creados por ella y nacen en lenguaje hablado, hecho mímica y gesto, sin jamás tomar la forma del lenguaje escrito y aprendido de memoria.

La creación de Ruth Draper (y es una creación verdadera) pertenece únicamente al dominio de lo *hablado*. Ruth Draper es un ejemplo singularísimo de la obra indisolublemente ligada a la persona misma del artista que la crea. Lo que Ruth Draper nos dice puede sólo ser traducido y expresado por su voz, sus manos, sus gestos, su presencia corporal, en fin. De esto se da ella cuenta tan cabalmente, que se ha negado al micrófono. Creo que también se ha negado a la pantalla. Ruth Draper sabe mejor que nadie que su presencia real, en carne y hueso, es el noventa por ciento del espectáculo.

El monólogo, tal como lo concibe Ruth Draper, se apoya siempre en la presencia en escena de varios personajes o, por decirlo mejor, el personaje que Ruth Draper interpreta está siempre rodeado de personajes que hace surgir de la nada al dirigirles la palabra.

Ha compuesto 35 de estos "Character Sketches" con un total de más de cincuenta personajes. La mayoría de esos "sketches" duran entre cinco y veintisiete minutos cada uno.

Ruth Draper habla francés, inglés, italiano y alemán y además otros idiomas inventados por ella. Es una artista internacional en toda la acepción del término.

No la he visto más que una vez, en Londres, donde llenaba el teatro con semanas de anticipación. Inmediatamente pensé en invitarla a Buenos Aires (y mis deseos han sido realizados antes que yo los formulara): primero, porque el espectáculo me pareció perfecto en su género; después, porque el don de imitación, que Ruth Draper ha recibido de la naturaleza en cantidad prodigiosa, es innato y característico entre nosotros.

Pero no nos engañemos. Ruth Draper no se ha contentado con explotar ese don muellemente, como solemos hacerlo los criollos, "sans se donner du mal". Ha llegado, por el estudio de la psicología de los personajes que crea e imita, a dar a sus sorprendentes "sketches" una categoría: Ruth Draper es una gran artista, lo que quiere decir una artista de calidad.

Espero que nuestro público sabrá ver en ella algo más que un espectáculo divertido. Pues lo repito, Ruth Draper, que tanto divierte a su público, es una personalidad que su público debe y

tiene que tomar en serio. Lo que le ofrece a ese público no significa tan sólo el don que ella ha recibido en bruto de la naturaleza, como se reciben ojos azules o pelo castaño, y que es la materia prima indispensable a su arte como a todo arte; significa también reflexión, labor, utilización de ese don que revela una energía y una fineza raras y una búsqueda inteligente y tenaz. Esto merece, además de los aplausos y la admiración, el respeto.

*VICTORIA OCAMPO*

(De *La Nación* de Buenos Aires, 26/5/1940).

(En: *Sur*, may. 1940, 68, p. 75-77).

San Isidro, 20 de mayo de 1962

Querida María Elena:

Te escribe doña Disparate. En ella me he transformado, o más bien dicho me ha transformado la Gran Función de *Los Plin*. Cuando reían a carcajadas los chicos que llenaban la sala, yo tenía que esforzarme para no llorar (cosa que hicieron sin inhibiciones algunos espectadores de tres años... Por distintos motivos, supongo). Algo parecido nos pasó una tarde en un teatro a Eduardo González Lanuza y a mí. Nos moríamos de ganas de llorar, cada uno por su lado. Salimos casi vencedores de la prueba, pero fue una tarde de agotador y malgastado heroísmo. Nos quedamos medio enfermos de lágrimas indigestadas (las lágrimas son muy indigestas). Nos privamos del alivio de derramarlas, por un ridículo y despreciable miedo al ridículo. Pero en aquella oportunidad existía un elemento dramático que justificaba nuestro estado lacrimoso. En ésta no.

A mayor abundamiento, y para no perder la mala costumbre (así aseguran) de explicar lo que me pasa (de no explicar precisamente eso, no sé qué demonio explicaría) te aclararé que lo que provoca en mí cierto estado "emocional" (*cierto:* hay otros) es el logro perfecto en la expresión de algo. De algo, por insignificante que parezca a quien no tenga ojos para ver, oídos para oír... y una reserva de lágrimas que no se lloraron cuando la vida tenía traza de descarrilársenos para siempre. De algo que puede ser el canto de una hormiga (si los jardineros la dejaran cantar), la historia de una polilla, o la irrupción en la sala Casacuberta (del majestuoso Teatro San Martín) de *Mambrú se fue a la guerra* coreado por un público delirante, trepidante, exhalando felicidad.

Lo curioso, querida María Elena, y de ahí mi semejanza con doña Disparate, es que mis ganas de llorar nacían de una especie

de gran consuelo, de un respirar hondo después de haber respirado superficialmente, penosamente. No sólo se me contagiaba aquella dicha respiratoria por vía de las voces infantiles. Me invadió *ante todo* por las canciones y las voces de las dos que cantaban "y nada más". Por tu voz y la de Leda. Luego, por el reflejo fiel de ese cantar en quienes lo materializaban (si es que puede usarse el término aplicándolo a algo tan espiritual que hila únicamente en lo invisible): la que encarnaba con economía, gracia y talento a la ya célebre mona Jacinta, y a la nunca bien ponderada vaca de Humahuaca, Laura Saniez; el que con tan rápido eco de público presentaba, animaba, barría y otras cosas, Alberto Fernández de Rosa. En cuanto a la *culpable de los ruidos*, como aclara el programa, Valeria Watson, no se quedó atrás: la sincronización era perfecta y los sonidos retrataban, a su manera, a la circunstancia.

Yo sé que este consuelo y esta respiración, o respiro, de que te hablo (yo hablo cuando escribo, porque cuando hablo no atino a hablar), este como súbito bienestar que ha de ser el del pez cuando vuelve al agua si de ella lo han sacado, me lo producen la música y la poesía. No sólo la poesía ésa que emana de los grandes poemas coronados por los Oscar de las Academias, sino la que circula sigilosamente (especie sacramental) en todas partes. Y nadie mejor que tú, que *vos*, María Elena, lo sabe.

*Tus canciones para mirar* bañan en esa atmósfera poética latente en todas partes. La traducen como si fuera fácil de traducir. Como si fuera fácil... Y así, por influjo personal, hipnotizas a los niños que escuchan, fascinados, lo que no pueden entender del todo, apreciar del todo, lo que a veces no les divierte del todo. Es una hazaña. No la realiza, con esos medios, sino un poeta que lo es de veras. Es decir, alguien capaz de transformar un zapallo en carroza "y nada más".

En un cuento de Schmid (creo que es de Schmid, sin asegurarlo) aparece un pájaro maravilloso que puede socorrer y salvar del peligro a quien lo invoca. Se lo llama diciendo:

**Oiseau bleu, couleur de temps,**
**A mon secours promptement.**

Ese color singular con el cual soñaba era para mí, en aquellos días de lectura de mi niñez, el celeste pálido y luminoso de un cielo anegado de luz y limpio de nubes.

Tus *Canciones para mirar* —lo pensaba yo ayer— son "couleur de temps". Descubrí cuánto me gustaba ese color antes de darme cuenta de que era el de la poesía misma.

Como el pájaro azul de mi cuento preferido, tus Canciones me socorrieron tan prontamente que casi tuve que salir de la sala, junto con algún espectador de corta edad; ese espectador daba rienda suelta a emociones ruidosas que con los años aprendemos a disimular.

¿Qué más podría agregar, María Elena Walsh?

*VICTORIA OCAMPO*

P.S.—Sí. Puedo agregar que los trajes eran encantadores en su sencillez. Y que hasta la sillita obedecía: era tribuna, bote, cualquier cosa...

(En: *Sur*, jul.-ag. 1962, 277, p. 80-81).

## GEORGE GERSHWIN (*)

Durante el invierno del año 1923 un disco giraba continuamente sobre un pequeño fonógrafo barato —inseparable compañero de viaje que me había consolado del ruido en Nueva York, del silencio en Antofagasta, de la nostalgia de América en Europa, de la nostalgia de Europa en América, del Pacífico en el Mediterráneo y del Mediterráneo en el Atlántico, y que me había visto conversar de jazz con negros de Harlem y con el duque de Windsor.

Este disco se llamaba *Nashville Nightingale* y me fue robado por Ansermet, so pretexto de llevárselo a "Igor". El hecho es que nunca más volví a juntarme con mi *Nashville Nightingale*, una maravilla de disco. Pero el nombre de George Gershwin, su autor, (y ejecutante en el piano), quedó desde entonces grabado en mi memoria junto a mi pasión del jazz. Desde aquella época cada año me traía, vía Gershwin, uno o varios discos favoritos en que quedaban asociados —como quedan asociados en los perfumes— recuerdos de ese mismo año. Así *Fascinating rythme* y *Lady be Good* huelen a acontecimientos que pueden llamarse 1924; *That certain feeling*, 1925; *Clap yo hands*, 1926; *Funny face*, *My one and only*, *S'Wonderful*, *The man I love*, 1927; *Liza*, *I mean to say*, 1929, etc. Por el mundo millones de pies han seguido el ritmo de esos "bailables", millones de orejas los han oído, millones de voces los han tarareado, millones de memorias han retenido la alegría de esas canciones y millones de corazones se han apretado, quizás, al volverlas a oír después del paso de los años que, sin querer, las vuelven melancólicas para los que las conocían.

Hoy, mientras en todos los cines del mundo, mientras en América, en Europa, en Africa, en Asia, en Australia, los maravillosos pies de Fred Astaire y de Ginger Rogers, "who walk on air", za-

(*) Nacido en Brooklyn. New York, el 26 de septiembre de 1898; muerto en Hollywood, a fines de julio de 1937.

patean, bailan y patinan "al compás del amor", George Gershwin ya no oye. Por lo menos, ya no oye a nuestra manera, él, tan físicamente, tan agudamente sensible al ritmo, dispensador de ritmos. George Gershwin ya no oye. Y como siempre, en este mundo nuestro, desesperadamente convencional y paradójico, es el momento que elegimos para decirle que lo queríamos, que su muerte nos apena y que más que nunca la alegría de sus canciones se tiñe, para nosotros, de tristeza.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept. 1937, 36 p. 84-85).

## TESTIMONIO

*Rend-on le mystère d'une forét en mesurant la bauteur de ses arbres?*

Claude Debussy

Leo en *Respuestas a treinta y seis preguntas*, reciente entrevista de Robert Craft a Igor Stravinsky:

"Pregunta: ¿Cómo interpreta la observación de Webern: 'No escribáis música enteramente de oído. Vuestros oídos os guiarán siempre acertadamente, pero debéis saber por qué'...?"

"Respuesta: Webern no estaba satisfecho con el acto pasivo, desde un punto de vista, del escuchar; exige al auditorio, ya lo integren compositores u oyentes, que estructure relaciones cognoscitivas de lo que oye: *debéis saber por qué*. A quien oye, Webern lo obliga a escuchar, lo incita a relaciones activas con la música, sin las cuales en ningún caso existe relación real con música alguna".

Después de esto... mal se puede atrever uno a hablar y menos aún a escribir sobre Stravinsky (sobre su música) sin temor de disgustarlo por nuestra ignorancia, que fatalmente nos llevaría a decir despropósitos. Si resulta obligatorio saber el *porqué*, sólo nos corresponde callar. Por lo menos a los oyentes de mi categoría. Me encontraría en serios aprietos si tuviera que determinar por qué me ha gustado esa música desde el saque. Tal vez sea porque es la música de mi época... ¡Pero no! Me han gustado, con arrebato, otras músicas que no lo eran. Tal vez sea, entonces, porque era música de veras. Pero si buceo y trato de llegar al fondo de mis auténticos sentires y pensares, tengo que echar mano de la frase con que Montaigne definió su amistad, o la causa de su amistad, con La Boetie: "Porque era él, porque era yo". Así también se pueden definir nuestras preferencias por cierta música: "Porque

era ella, porque era yo". Si existen mejores explicaciones —y no dudo de que las haya— no estoy en condiciones de darlas. Es asunto de los compositores, de los musicólogos, de los técnicos y no de los simples oyentes.

Como oyente atento y transportado, pero que no sabe el porqué, he querido *Petruchka*, el *Pájaro de Fuego* y la *Consagración* desde el comienzo (insisto en este instantáneo *reconocimiento*, en cuanto a las dos primeras obras). El comienzo fue en mayo de 1913. Por primera vez oía a Stravinsky. Y en el mundo entero se oía, por primera vez, *La Consagración de la Primavera.* Desde luego, tampoco se puede decir que se la oyó la noche del estreno. Los primerísimos compases desencadenaron una silbatina, una lluvia de chillidos y de improperios que aturdía. A pesar de encontrarme yo con las narices metidas en la orquesta (estaba en primera fila) todo se me confundía. En el asiento de al lado, un pintor (que tuvo su cuarto de hora de boga) gritaba desaforadamente: "Bravo". Era un *bravo* insultante, sinónimo de " ¡Loco! ¡Cretino!" Se había puesto de pie para calmar sus calambres de ira. No bastándole la voz, recurría, como tantos otros en la sala, a los pies. El pataleo era general. Débiles voces intentaban protestar. Yo nunca había asistido a un espectáculo semejante y atribuí, al principio, mi sorpresa a mi inexperta juventud. Pero, a poco andar, comprendí que aquella batalla se libraba por algo muy particular, que sería memorable y que en mi vida volvería, probablemente, a presenciar un acontecimiento tan importante en la esfera de la música.

Creo recordar una línea del programa (La *Consagración* se bailaba, naturalmente): "Les adolescents pietinnent la terre avec extase". ¿Será éste un falso recuerdo, como los suele crear nuestra memoria en sus extrañas metamorfosis? No me parece. Recuerdo que esa indicación, de orden coreográfico (Waslaw Nijinsky), supongo, por más que me pareciera cómica, me conmovió.

*El Pájaro de Fuego* y *Petruchka*, que había escuchado días antes, se pegaban al oído sin dificultad. Llegar de la mano de *esa música* a la *Consagración* resultó desconcertante. *El Pájaro de Fuego* y *Petruchka* me abandonaban frente a lo desconocido. Me habían soltado de la mano al llegar al umbral. Y tuve que quedarme en ese umbral un buen rato antes de que la puerta se me abriera de par en par.

En lo sucesivo, ese detenerme un tiempito en el umbral ocurri-

ría de nuevo, con obras nuevas. Es una de las grandezas de Stravinsky. No basta conocerlo; a veces hay que re-conocerlo.

Años y años pasaron desde aquél en que lo vi de lejos, joven (tenía 31 años, pero no los representaba) y tímido (ahora que las reacciones de ese amigo me son familiares, no creo que se tratara precisamente de timidez), saludando al público borrascoso del teatro de los Champs Elysées. Pasó incluso la guerra del 14. Y un buen día *nos* veo comiendo juntos en mi departamento del Boulevard Flandrin. Y cenando en Londres, después de una *Perséphone* en que Ida Rubinstein tenía el papel de recitante. Por la mañana se había casado el duque de Kent. Stravinsky, después del concierto, estaba famélico, y no se encontraba una mesa libre en ningún restaurante. Dimos por fin con uno muy pequeño, en el Strand o sus proximidades, donde nos sirvieron un reconfortante Welsh-rabbit (hacía frío). Eramos un grupito de seis o siete personas, devotas del "maestro". Londres, siempre alborotado (si cabe la palabra aplicada a anglosajones) por lo que atañe a la familia real, soñaba con los novios, cuyos perfiles superpuestos se veían en las grandes calles, no con este otro rey, satisfecho por una cena bastante frugal... aunque es un "gourmet". Yo pensaba, mirándolo comer: "¡Ah!, si pudiera hacer un día el recitante en *Perséphone*, como lo hice en el *Rey David*. Pero ¿cómo atreverme a proponérselo?"

Todo llega, hasta lo que deseamos, dicen los franceses. Así fue, en este caso. Fechada el 14 de diciembre de 1935, recibí una carta de París que me dejó trémula de expectativa: "Cuánto me alegraría si este proyecto [el de venir a Buenos Aires] pudiera realizarse y si pudiera hacer *Perséphone* con usted. Contésteme lo más pronto posible y por avión".

Stravinsky vino. Hicimos *Perséphone*; una vez en Buenos Aires, dos en Río. El domingo 21 de mayo de 1939, la hicimos en el Maggio Musicale Fiorentino, con una orquesta, unos coros y un solista, Anspach, dignos de ese festival. Entre los que he marcado con una piedra blanca, está ese día.

Durante el régimen dictatorial, fui de nuevo invitada por Stravinsky para hacer *Perséphone* en el festival de Turín. No me dieron pasaporte. Esta forma de cárcel me pareció más odiosa que la otra.

No sé si los intérpretes de Stravinsky (directores de orquesta, pianistas, cantores, bailarines) sienten el mismo placer que yo. Un placer al que no acierto a dar un nombre adecuado y que desborda

en agradecimiento. Desde luego, los versos de *Perséphone* fueron escritos por Gide. Pero esos versos están engarzados en la música de manera tan precisa y preciosa que se convierten en prolongación del material sonoro. Recitar *Perséphone* es como nadar en la música de Stravinsky. Ya no se la mira desde la orilla; se entra en las olas, se pasa la rompiente. Tanto entraba yo, que necesitaba hacer un esfuerzo para salir de ese mar pronunciando palabras que por estar encarnadas en mi voz me obligaban, por momentos, a tocar tierra en preocupaciones técnicas.

**Je t'écoute de tout mon coeur**
**Chant du premier matin du monde.**

Así escuchaba yo cada vez. Y cuando me tocaba decir los últimos versos: "Et je vais pas à pas descendre les degrés qui conduisent au fond de la détresse humaine... (sempre dolcissimo); cuando Eumolpe cantaba, contestando:

**Ainsi vers l'ombre souterraine**
**Tu t'achemines à pas lents**
**Porteuse de la torche...**

me parecía que de veras iba a volver a las tinieblas de la no-música, después de haber vivido, triunfalmente, en un dominio cuyo nombre no conoce el espíritu humano: "dont l'esprit humain n'a jamais su le nom".

¿Me hubiese usted preguntado, Igor Stravinsky, el *porqué*? Pues yo no hubiera atinado a contestarle con las cifras de las palabras. Ya sé que la música es parienta cercana de las cifras. Sé también que, sus mensajes nos llegan en lenguaje cifrado. Pero lo que en mí capta el mensaje es una simple antena. Así como el hombre es un junco pensante, suele ser una antena *sintiente*.

Y ahora lo último. En San Marco, cerrado al turista; en San Marco abierto únicamente para usted, Stravinsky, y para sus intérpretes, he oído el ensayo del *Canticum Sacrum*. Parecía inverosímil la dicha de estar allí, en la basílica solitaria, vedada a todo curioso, replegado su oro sobre aquella música (la antigua y la moderna: en el programa figuraban las dos), resplandeciente de una vida que, en aquella noche, le devolvía el habla religiosa.

Al día siguiente, la muchedumbre elegante del concierto me

destempló. La ausencia total de recogimiento en el público, cuando se oye música, me produce invariablemente el mismo efecto. Es como si algo interceptara las comunicaciones entre el autor y el auditorio, es como si algo impidiera la sintonización de ondas. Este fenómeno es tan palpable como el frío y el calor. Al salir de San Marco, supe que Rougemont y Nabokof habían sentido lo que yo sentí.

En San Marco, aquella noche de verano, nadie chistaba, por supuesto, pero la distracción del público era tan ruidosa, impedía tanto la llegada del mensaje, como el escándalo y el pataleo que acompañó el estreno de la *Consagración*, en el teatro de los Champs Elysées. Por lo menos, ése es el testimonio de esta antena de carne.

Pero los silbidos e improperios de aquella noche parisiense, como el sólido snobismo, la dispersión, el convencional respeto o la silenciosa animadversión de esa noche de septiembre veneciano, nada de eso importa, nada de eso dura, mi querido, mi recordado Igor Stravinsky. Sólo importa, sólo durará ese monólogo suyo, que se llame *Petruchka* o *Consagración*, *Perséphone* o *Canticum Sacrum;* ese monólogo que se convierte en diálogo cuando lo captan las pobres antenas de carne con las cuales, al fin y al cabo, tiene usted que dialogar[1].

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jul.-ag. 1957, 247, p. 12-16).

1 - Páginas incluidas en el programa del concierto de homenaje a Igor Stravinsky, celebrado el 13 de julio ppdo. en el Teatro Colón de Buenos Aires.

## LA AVENTURA DEL MUEBLE

En su último libro, *Précisions*, asegura Le Corbusier que para resolver eficazmente la renovación del plano de la casa moderna es indispensable, en primer término, abordar la cuestión del moblaje.

Examinemos, nos dice, en una casa moderna, en nuestra casa, aquello que nos rodea, y preguntémonos *cómo* y *por qué*, exijamos conocer lo que ello significa. En realidad nos encontraremos, generalmente, ante el más asombroso contrasentido.

Tan es así que, sin entrar en averiguaciones, si somos un poco sensibles a la atmósfera de un interior, el *bric à brac*, del que tanto se ha abusado en nuestros días y que, según Le Corbusier, haría estallar el manómetro de la razón, nos produce malestar.

Recuerdo a este respecto una reflexión de Tagore. Fue al salir de una casa en extremo lujosa, cuyos muebles y bibelots provenían de los más célebres anticuarios. "Did you like the house?" le pregunté. "I didn't", me contestó enseguida; y agregó: "It is full of unmeaning things" (*). El término daba tan bien en la tecla que me puse a reir. Me puse a reír pensando en el vientre ya para siempre inútil, vacío y apolillado de las cómodas Luis XIV; en la fragilidad encantadora de las *bergères* Luis XVI, esas que es menester cuidar como a cardíacos; en las vírgenes del siglo XIV perdidas en salones donde nadie reza.

*Unmeaning* especialmente en los interiores nuestros, de los norte y sudamericanos.

Confieso que resulta difícil, cuando se siente la belleza, no dejarse seducir por la que encontramos en algunos muebles, en al-

(*) —¿Le gusta a usted la casa? —le pregunté.
—No —me contestó enseguida; y agregó—: Está llena de cosas que no significan nada.

gunos estilos antiguos. Es casi imposible sustraerse a ella. Por lo demás, el esfuerzo sería inútil puesto que no es de eso de lo que se trata.

Yo admiro muy de veras la belleza del Moisés de Miguel Angel, por ejemplo; pero si estuviese en venta no se me ocurriría comprarlo y colocarlo en mi casa.

Aunque la comparación parezca exagerada, la mayoría de los muebles antiguos queda tan absurda, en nuestros interiores, como quedaría el famoso Moisés. Pero como no se trata ya de dimensiones —puñetazo en el ojo— sino de matices sutiles que yo denominaría, por falta de otro término, *el espíritu del mueble*, pocos advierten el desacuerdo.

En uno de sus mejores libros, "La suite dans les idées", Drieu la Rochelle nos cuenta una visita a un anticuario, hecha en compañía de unos millonarios norteamericanos. Transcribo algunos de sus párrafos más significativos pues es, para nosotros, curioso e interesante observar la actitud de un europeo, hombre de talento y sensible al encanto de un interior, colocado frente al problema del moblaje.

*"Con todo, los antiguos deben haberse equivocado algunas veces. Todos no tenían genio. Todos los artesanos, súbditos de Luis XV, no poseían la gracia. En fin, si de siglo en siglo el mueble ha sido salvado, no es muy seguro que la belleza lo haya sido también.*

*De pronto siento rabia.*

*¿Entonces no he nacido? ¿Entonces no hay nada que hacer?*

*Desgraciadamente no tengo el coraje de hacerme ladrón y saquear lo que no ha sido hecho para mí, pues estos muebles no han sido hechos para mí. Fueron hechos para quienes los mandaron hacer, para los que ya han muerto y que entonces eran jóvenes. Ellos los gozaron de modo auténtico, eficaz. Esta madera nueva, como sus trajes, se adaptaba a sus cuerpos vivientes. En esta madera la savia recién se secaba, como en sus cuerpos hervía la sangre a borbotones.*

*No quiero jugar con las palabras. Soy un amante, no un "amateur". No quiero para mí la viuda de los que han muerto.*

*¡La hoguera, la hoguera! ¡Que con los muertos sean quemadas sus mujeres, sus joyas, sus armas!*

*La belleza es eterna; por eso nosotros, hombres, no queremos*

*bellezas viejas. Queremos la belleza del día, igual a la de los otros días y sin embargo nueva, del mismo modo como una mujer no se parece a ninguna otra mujer.*

*¿Y entonces? ¿No somos hombres? ¿No somos capaces de construirnos nuestras casas, de adornar nuestras habitaciones? ¿Para posar nuestros traseros, no hay, entonces, ninguna silla que pueda ser sacada del guarda muebles eterno, de esas matrices que están siempre ahí, sin embargo, esperando ser provocadas a mostrar lo nuevo?*

*Pero es imposible que no haya otra cosa. Si no hubiera en este momento, en el mundo, una belleza fresca, naciente, yo caería muerto, porque los hombres no viven si el espíritu no los sostiene.*

*Sin embargo, a cualquier lado que vuelva los ojos, no veo nada, sea al Este sea al Oeste.*

*¿Si hubiese muerto el último arquitecto?...*

*Una vergüenza pesa sobre los hombres de todos los países. Viven en la fealdad, en la vejez. Desde hace muchos años no han construido una sola casa linda en toda la superficie del planeta. Y todo el mundo vive tranquilo; nadie sufre, nadie grita de dolor.*

*Están ahí, en medio de los restos de una belleza robada a sus antepasados. Y, cuando las barracas viejas caen sobre sus cabezas, las remiendan de nuevo, o bien, condenados al fin a emplear sus propios medios, construyen otras nuevas. Pero son una irrisión; no aguantan una mirada, se caen, se hunden, se desmoronan. O, sino, todo es grande, enorme; grande, enorme como en América. Pero no está terminado. No pueden terminar. ¡Fatalidad!*

*¡Ah, no, no! Más bien nada antes que esto. Entonces "foutons tout par terre".*

Antes de *foutre tout par terre* habría que saber si es verdad que no se ha construido una sola casa linda en toda la superficie del planeta...

Creo que Drieu exagera, en su alegría de dar con un motivo para chapalear en el pesimismo. *Si se rehusase un poco menos a la geografía* quizá cambiase de punto de vista.

Pero a Drieu le atrae demasiado el pesimismo. Le gusta instalarse en él cómodamente como en un buen sillón. Incapaz de contentarse con el pasado, incapaz de tener fe en el porvenir, Drieu se queja de las casas viejas de la "Ile Saint Louis" porque están podridas, y de las casas modernas porque son de pacotilla. Tan sólo se siente seguro en su desesperación.

El pesimismo de Drieu es su fe. No sé si éste será un estado de ánimo representativo del *joven europeo* frente a todos los problemas, incluso el de la arquitectura.

Volvamos a Le Corbusier.

¿De qué está compuesto un moblaje, en resumen? La lista es breve: mesas, sillas, sillones, camas. ¿El resto? Estantes para guardar ropa, vajilla, libros, que desaparecen en las paredes.

"Cuando un objeto de uso no realiza una función, si no tiene más razón de ser que la estética, se ha convertido en un parásito".

Ejemplos: ¿El armario, la cómoda, no son ya parásitos?

Yo diría que cuando un objeto de uso deja de realizar una función, su estética, en cierto sentido, deja de conmovernos, como nos deja de conmover la belleza de un rostro si transluce de pronto en ella la tontería.

Iré más lejos aún. Cuando el objeto de uso —el sillón donde uno se sienta a leer, el espejo donde uno se mira, la mesa donde uno escribe— no está colocado en el lugar impuesto por la ventana (es decir por la luz), por la forma del cuarto, no sentimos únicamente la falta de confort sino que tenemos también la impresión de una desarmonía.

Parece que enuncio verdades de Perogrullo, pero no es así. La experiencia muestra que la gente se preocupa bastante poco de la fisonomía de los cuartos que habita. La mayoría de las veces los arregla como un decorado. Sin embargo, en lo que concierne a los objetos de uso, nada logra un efecto estético si no está en su lugar lógico.

Acostumbramos quejarnos de nuestra época; encontramos que hemos venido al mundo demasiado tarde o demasiado temprano. Por mi parte, estoy encantada de haber llegado a tiempo para asistir a la "Aventura del Mueble". Me gustan las casas vacías de muebles e inundadas de luz. Me gustan las casas de paredes lacónicas que se abren, amplias, dejando hablar al cielo y a los árboles.

Cuando Jean Cocteau visitó por primera vez el departamento de Frank —joven decorador francés,— departamento en cuyo vestíbulo no había nada, ni una silla, ni una mesa, dijo al salir, estas palabras: "L'appartement est charmant! Quel dommage qu'il ait été cambriolé!"

Pues bien, yo no lo lamento y estoy contenta de haber nacido en la época del "cambriolage" de las casas.

Le Corbusier habla de los *objetos para pensar*. Siempre sentí y comprendí esto. Una escultura, un cuadro, son *objetos para pensar*, pero existen otros menos costosos, más humildes y de igual belleza: una piña, una mariposa, una piedra pulida por el mar, una buena fotografía.

En Nueva York, uno se siente defraudado al constatar que los interiores de esa ciudad no responden generalmente a ningún sentido de lo moderno. Los hoteles y algunas casas privadas que visité están amuebladas según el molde europeo (Chippendale, Queen Ana, los Luises, etc.). Si los americanos del Norte hubiesen tenido el valor de arreglar sus interiores con la misma sinceridad que han desplegado al construir sus rascacielos (hay algunos feos, pero los hay también admirables y el conjunto es de una violencia magnífica), seguramente encontraríamos hoy, allí, algo menos banalmente europeo.

La belleza del rascacielos nació de una necesidad. Necesidad que llevó derecho a la sinceridad.

En América (del Sur o del Norte) no se es sincero, sincero de esa sinceridad difícil, creadora, sangrienta, de esa que se saca de la propia entraña, sino cuando no hay modo de hacer otra cosa. Mientras se puede, se vive perezosamente de la sinceridad que otros tuvieron. Antes de recurrir a la nuestra tenemos que agotar la sinceridad ajena.

Los yanquis han sido ya sinceros con sus rascacielos. Sería de mala fe que les reprocháramos el haberse quedado cortos, nosotros que no podemos jactarnos de ninguna sinceridad en ese sentido.

En mayo pasado, fui a lo de Alfred Stieglitz. Me sorprendió leer estas palabras escritas sobre su puerta: *An american place*. Al cruzar esa puerta me sentí bruscamente en mi casa: paredes de un blanco-gris, ningún mueble, espacio, luz. Stieglitz, de quien Frank ha dicho: "Es hoy, quizá, nuestro único gran artista", me mostró sus milagrosas fotografías: una usina, un cielo, un muelle, una mano, una rama... Esas cosas fijadas a través de la implacable exactitud de la máquina, no eran, sin embargo, lo que la máquina había captado de la realidad, pero sí lo que Stieglitz había captado de su sueño, en la realidad, con ayuda de la máquina. Stieglitz empleó la máquina como empleamos una pinza para sa-

carnos una astilla de la carne. Se afanó en arrancar, con ayuda de esa herramienta, su sueño de la realidad más chata. Y sus manos ennoblecieron la herramienta.

*An American place...* Constaté que en esta fastuosa isla de Manhattan era el único lugar al que se le podía conceder plenamente tal título.

*An American Artist* ese Stieglitz que había impuesto a la máquina la curva de su espíritu. El primero, sin duda alguna.

Nunca olvidaré esas extraordinarias obras de arte (las fotografías que vi en París y Berlín no pueden serles comparadas). Nunca olvidaré las cosas que Stieglitz decía respecto a su minucioso trabajo.

Cuando hubimos visto todo, me llevó junto a la ventana. Nueva York subía, por todos lados, en un gran germinar de rascacielos. Stieglitz me señaló la ciudad: *—I have seen it growing. Is that beauty? I don't know. I don't care. I don't use the word beauty. It is life*[1].

Y yo, que acababa de constatar hasta qué punto ese hombre llevaba la belleza en el fondo de sus pupilas, hasta qué punto tenía el don de extraerla de las cosas opacas donde a veces se oculta, sentía ganas de reír y llorar de alegría.

*An American place...!* Al hablar de este modesto departamento que recibió los primeros Cézanne, los primeros Matisse, los primeros Picasso, llegados a Nueva York, Frank nos dice que fue siempre un refugio para aquellos que habiendo perdido los viejos dioses sentían dolorosamente la necesidad de encontrar otros nuevos.

Sí, un refugio para esos pocos hombres y mujeres que sufren del desierto de América porque llevan aún en ellos a Europa, y sufren del ahogo de Europa porque llevan ya en ellos a América. Desterrados de Europa en América, desterrados de América en Europa.

Comprendí que también *I belonged there*, como dicen los yanquis. Esa nostalgia es la nostalgia de un grupo, idéntica en todo el continente.

Sentí que las palabras que Stieglitz me dijo junto a la ventana podían ser aplicadas a algunos de mis actos. Porque cuando Le

1 - —La he visto crecer. ¿Es eso belleza? No sé. No me importa. No uso la palabra belleza. Es vida.

Corbusier, al hablar de mi casa, dice gustarle mi manera de resolver "la aventura del mueble", me aprueba, en suma, por haber puesto en práctica, aquí, en el Sur, lo que piensa Stieglitz allá en el Norte: *Is this beauty? I don't know. I don't care. I don't use the word beauty. This is life.*

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, verano 1931, 1, p. 166-174).

# VI

# TESTIMONIOS. ENCUENTROS. CARTAS

# IV

# TESTIMONIOS. ENCUENTROS. CARTAS

## TESTIMONIO: UN VIAJE A MAR DEL PLATA Y DIAS EN LA CARCEL

Después de dejar valija y paraguas en mi asiento, fui como de costumbre a comprar revistas y algún libro detectivesco en el stand de Constitución. Esta ceremonia forma parte de los pequeños placeres (también hay pequeñas molestias) de un week-end en Mar del Plata, al margen del veraneo habitual. Nada de muy tentador encontré. Aunque el personaje nunca me fue simpático, volví al tren con *Cell 2455, Death Row*, autobiografía del célebre bandido californiano; el que logró salvarse ocho veces de la cámara de gas actuando como abogado de sí mismo. A no dudarlo, Caryl Chessman era el prototipo del "self unmade man".

Poco tiempo duraría la luz. Mientras dure, la aprovecharé —pensé. La ventanilla de cualquier tren me atrae, inclusive cuando al común de los pasajeros le parece que "no hay nada que ver". En cambio, no me atrae en modo alguno el programa de radio que me infligen los viajeros portadores de esa arma mortífera para el sosiego. En el asiento de adelante apareció, de pronto, ascendente, amenazadora, una antena metálica que surgía del cuerpo mismo de un señor gordo, como los cuernitos de un caracol. Pasábamos por Brandsen. Mientras el molusco infrahumano buscaba *su* estación, yo pensaba con horror en todas las estaciones que tendríamos que dejar atrás antes de verme libre de aquel ruido. Trataba de contarlas: Altamirano, Chascomús, Lezama, Castelli, Sevigné, Dolores, General Guido, Vivoratá, Cobo, Camet. Se me olvidaban nombres de Coroneles y de estaciones no asociadas al ejército. Animada por tan buen ejemplo, se oyó otra radio que sintonizaba otro programa. Al cabo de unos minutos de meditación sobre los Ferrocarriles del Estado, me levanté y fui a comunicarle al guarda, cartera en mano, el leit-motiv de mis meditaciones. Tenía más fe en mi cartera que en mi elocuencia. El silencio ha de pagarse aparte, como el asiento pullman, en el rápido marplatense (7 horas y pico para un recorrido de 400 kilómetros).

A la hora de la comida desaparecieron los moluscos y empecé a leer la autobiografía de Chessman: nombre excelente para quien se ha jugado la vida como sobre un tablero de ajedrez, apiadando así a buen número de sudamericanos antiyanquis. El documento inaudito confirmó cuanto pensaba de su autor. Esta lectura iba a alejarme —pensé— de mi propósito: tomar algunas notas para unas páginas dedicadas al *SUR* de fin de año, y fin del sesquicentenario. Pero los escritores tenemos un Dios aparte. La descripción del sistema carcelario de EE.UU. que encontré en *Cell 2455* me sirvió de trampolín. Empezé a comparar datos. Datos de primerísima mano sobre el trato que reciben los criminales en San Quentin (California) y los que recibían las presas políticas en el Buen Pastor (Buenos Aires).

Cuenta Caryl lo siguiente:

Dos veces por día les servían comidas "estilo cafetería norteamericana". Se las servían no-condenados. Los presos podían pedir lo que deseaban, dentro del estilo cafetería, desde luego.

Cada preso recibía, a la hora de las comidas, una cuchara, un tenedor y un *cuchillo*.

El agua para lavarse era siempre fría.

Durante un par de horas podían hacer ejercicio.

Dos veces por semana se bañaban.

Dos veces por semana se les daba ropa limpia.

Las sábanas y los pijamas se cambiaban una vez por semana.

Cada preso disponía de una salida de baño.

Con auriculares podían oír radio, de noche, los presos que sufrían de insomnio.

Los presos podían escribir cuanto se les antojara. (El libro de Caryl lo prueba.)

Podían recibir cartas.

Podían recibir a su abogado.

Podían recibir libros.

Podían recibir diarios.

Podían recibir revistas.

Podían abonarse a revistas o diarios.

Las luces se apagaban a las 10 y 30 p.m.

Una vez por semana veían una película.

Podían saber la hora, pues había relojes eléctricos (en las paredes, supongo).

Todo esto me parece perfecto. No hay pretextos valederos

para olvidar que los delincuentes son seres humanos y que como a tales conviene tratarlos. Se argumentará que ellos no han dado ese trato a su prójimo. Pues por eso mismo son criminales.

Iba yo leyendo todo esto y comparando, recordando. Las luces de la Estación Maipú y las de su pueblito se alejaban. Allí detrás, en la noche, quedaba el *Cotillon*, donde tomé "un cafecito" entre dos agentes. Uno, que me llevaba detenida a la capital; otro que encontramos en el Micromar.

Iba yo comparando.

Buen Pastor. Cárcel de Mujeres. Mayo 1953. Presas políticas.

Delito: no ser adictas a la tiranía.

Sistema carcelario:

Almuerzo y comida traídos a la sala común (dormitorio-living room, donde pasaban los días y las noches once mujeres) por una madre y dos presas de derecho común, ambas confesas y convictas de un crimen (pobres chinitas de las provincias del Norte). La mayor había matado a su amante, un capataz. La menor, muy jovencita, al hijo de su amante, pocos días después de haber dado a luz. "Los patrones" la habían despachado, tenía fiebre puerperal y andaba galopando por el campo en busca del ex amante, padre que se desentendía de su prole: un peón.

De esta muchacha suave y como acobardada se compadecían hasta las monjas. Digo hasta las monjas porque por falta de imaginación, sin duda, no se compadecían a veces de cosas y casos dramáticos pero dignos de piedad.

A nosotras, las presas, enteradas, por boca de una monja, de la historia de aquella compañera de cárcel nos indignaba tan tremenda injusticia. El peón andaba suelto y sin embargo era moralmente culpable. Claro que él no había parido ni había tenido fiebre puerperal, ni había vagado, a caballo, por el campo con el niño en brazos, en medio del desamparo y el delirio: delitos femeninos.

Quienes manejan la justicia no paren, ni tienen fiebre puerperal. Ni los despachan los patrones cuando tienen un hijo.

Este asunto de las dos presas de derecho común es un comentario al margen. Prosigo.

La comida que nos traían no era apetitosa. Era limpia, pero estilo cárcel de mujeres.

Un día nos sirvieron un plato original: papas nadando en una sopera llena de leche (ninguna otra vez nos dieron leche). No recomiendo este menú a los *gourmets*.

Las madres distribuían a las presas cucharas y tenedores. Pero sólo daban dos cuchillos para once mujeres. ¿A quién temerían que destripáramos con esas armas tan mal afiladas? En San Quentin se les tenía menos desconfianza a los asesinos.

Resultado: teníamos que comer la carne tibia o fría el día que tocaba. No era de primera ni de segunda calidad, desde luego. ("Ustedes no están en el Plaza Hotel", dijo una madre a la presa que se quejó). Pero con la falta de cuchillos, los platos tomaban aire de comida para perros. A los perros les gusta.

En el asunto del agua fría estábamos en igualdad de condiciones con San Quentin.

Hay días en el mes en que las mujeres jóvenes o jóvenes aún tratan de conseguir agua caliente. Pero quienes manejan la justicia pasan por alto esta circunstancia: no la padecen.

Bañarse en agua helada en días ya invernales no es tentador.

¿Salidas de baño? Nunca vimos una. Además, como no "entrábamos", la "salida" tenía poca importancia.

Alguna vez se consiguieron dos a tres pavas de agua caliente. Para once presas.... ¡Qué lujo!

La sala donde dormíamos y pasábamos el día (la antigua enfermería) era húmeda como todo lugar donde no entra el sol.

Dormíamos acurrucadas debajo de tres o cuatro mantas parduscas y usadas (a las últimas detenidas que llegaron les tocaron mantas agujereadas). Los colchones descosidos perdían su relleno (¿paja?, ¿estopa? No sé qué sería).

Podíamos caminar dos horas (no seguidas) en el patio, como los delincuentes de San Quentin. Pero en nuestro patio tendían la ropa lavada por las presas, de modo que por el medio del patio no había forma de caminar, excepto los días en que no colgaban la ropa (los días de lluvia), o a la hora en que ya no había sol. Se caminaba por el corredor que encuadraba tres costados del patio. En el otro costado, se levantaba una pared.

Durante mi estadía (27 días) no se cambiaron nunca las sábanas, ni los delantales a cuadros (modelo Buen Pastor) que usábamos.

Contrariamente a lo que pasa en San Quentin, nunca nos permitieron jugar a las cartas.

Ni recibir diarios o revistas.

Después de prolongadas gestiones (15 días), un sacerdote me hizo llegar, de contrabando, una Biblia, pedida cuando me encerraron.

Una compañera, con igual demora, consiguió un juego de dominó.

Nunca oímos radio, ni vimos películas.

Las que sufrían de insomnio podían distraerse oyendo la diferente intensidad de ronquidos que comenzaban a poco de apagarse las luces.

Las luces se apagaban antes de las nueve p.m., creo. Digo creo porque nos habían quitado el reloj pulsera (y todo el resto) cuando entramos a la cárcel, y ningún reloj de pared estaba a la vista.

Una compañera logró esconder su reloj. Pero de noche nadie la quería despertar, como es natural, para que sacara el reloj del escondite y nos dijera a las que no dormíamos cuántas horas faltaban para el alba y el mate que nos traía.

No era fácil conseguir hojitas de papel y lápiz para escribir cartas.

Mandar o recibir cartas era una operación lentísima y complicada.

Una compañera, recién casada, joven y con cara de "jeune fille en fleur", tenía preso al marido en Villa Devoto. Esperaba cartas. La madre anunciaba: "Hay una carta para usted". Pero pasaban horas (en el Buen Pastor son largas) y a veces días antes de que le entregaran, manoseada, la carta tranquilizadora. Socialista devota, no estaba casada por la iglesia. Al saberlo le dijo una de las madres: "Entonces, hija, usted vive como un animalito".

Con imaginación no hubiera podido ser tan... dura. Por eso digo que las madres carecían de imaginación.

Dos de nuestras compañeras habían pasado por el "third degree": la picana eléctrica.

Así se las trataba a las presas políticas argentinas en 1953. Once mujeres inocentes pueden atestiguarlo.

En EE.UU. se es menos severo con los asesinos.

Que quede constancia.

Para el capítulo del examen de conciencia puedo agregar algo, si me hubiera portado con agresivo valor, de acuerdo con la repugnancia extrema y el repudio totales que me inspiraba la dicta-

dura peronista, me hubieran debido tener presa años, no un mes. Que quede constancia de que así pienso. No tengo de qué vanagloriarme.

En este año de recordaciones y festejos de liberación, conviene recordar un período incalificable de nuestra historia. Seguramente lo merecíamos. Las cosas no pasan porque sí. Recordémoslo para no reincidir.

Perdón no es olvido. Todos necesitamos perdón por algo, y todos tenemos que perdonar. Olvidar, no.

Odiar, menos aún. No creo (cuántas veces lo habré escrito) en la eficacia del odio.

Caryl Chessman creía en el odio. Por eso se clavó de cabeza en el centro de un Infierno que no era el de San Quentin. Dante no encontró mejor símbolo para Lucifer que ponerlo patas arriba, como suena. "Lucifer capovolto". *Capovolto* estaba Caryl.

Pero no soy partidaria de la pena de muerte, inclusive para quienes viven patas arriba. Ni creo en la pena capital, ni creo en un mundo dividido entre puros de un lado e impuros del otro. Creo, eso sí, que a los Caryl, los Eichmann, Borman y Cía. hay que impedirles que dañen. No impedirlo es ser cómplice.

Estos pensares y *sentires* los he de compartir con mucha gente. Por suerte no son originales —iba yo rumiando a la altura de Vivorata—. Las luces grandes del vagón estaban apagadas, y la mayoría de las individuales también. Los viajeros dormitaban y los cuernos retráctiles de los moluscos desaparecían en su caparazón. En la negrura de la noche sin estrellas, las gotas de lluvia corrían contra el vidrio de la ventanilla. También llovería sobre las sierras de Balcarce, invisibles y cercanas. Los curros, pura espina en primavera, estarían goteando. Al final del verano se cubrirán de diminutas flores blancas y los turistas se sorprenderán: "¿Qué será este olor a vainilla?" ¿Quién puede sospechar que un curro huele a vainilla cuando le llega el momento? Y la mayoría de los veraneantes ignora que se llama curro aquel enredo de espinas verde oscuro.

¡En este país no se sabe nombrar a tanta planta autóctona, por lo general! En cambio se les adjudican nombres rimbombantes y equivocados a tantas cosas... Así por ejemplo, en un suplemento de *El Diario* (febrero de 1908) dedicado a Mar del Plata ("De cómo una desolada playa de pescadores se transforma en Paraíso") recuerdo haber visto un "chalet" un poco más grande que los que solían edificarse. Debajo de la fotografía leía el lector: "Monu-

mental palacio del señor X." La casa en cuestión ni era monumental, ni presentaba el menor síntoma de ser palacio. Este tipo de inflación, tan común entre nosotros, desdibuja, ridiculiza y desvirtúa al país tanto como la otra desvaloriza la moneda.

No me avergüenzan los curros: me maravillan. Me avergüenzo de que se le llame "monumental palacio" a un chalet de mala muerte. *Et ainsi de suite.*

Este país sin castillos para sus héroes tiene otras posibilidades y otros méritos. Me avergüenzan los arcos de triunfo de pacotilla, que se les fabriquen con palabras o con no sé qué turrones de albañilería (ejemplo, el que aparece a la altura de lo que fue la Estancia de Pereyra, camino de Mar del Plata, o el de Miramar: tristes testimonios de cursilería, indigencia artística y monetaria; monumentos del "quiero y no puedo").

En las sierras de Balcarce, vírgenes de arcos de triunfo, aparecen al final de cada verano, delicadísimas flores blancas. La imaginada vainilla de esos curros bastaría para darme —creo— una insoportable nostalgia de esta tierra, si de ella me desterrara. Por eso vivo en ella, desterrada de otros países más amables.

*VICTORIA OCAMPO*

Mar del Plata, septiembre de 1960

(En: *Sur*, nov.-dic. 1960, 267, p. 30-35).

## COMIENZOS
## DE UNA AUTOBIOGRAFIA

### 7 de abril

Ese día, como de costumbre, el segundo patio de la gran casa baja con múltiples ventanas enrejadas debía de oler a café tostado. A esa hora lo tostaban. La puerta principal se abría sobre Florida y el portón del tercer patio sobre Viamonte. En el primer patio había plantas, pero las del segundo eran más olorosas (enredaderas de diamelas y jazmines, clivias en macetas). La tía Mercedes las regaba y cuidaba, prolijamente vestida desde temprano. En el centro de aquel patio no podía faltar ni faltaba un aljibe. Su balde esperaba que lo subieran del fondo del pozo chorreando agua fresca (esa agua que mi boca no conocía todavía pero que no tardaría en saborear). La cadena o la rueda oxidada rechinaban. Cada vez que alguien iba a sacar agua se oía el mismo ruidito.

Como de costumbre, Paul, el cocinero martiniqués (no lo hubo mejor en la familia), negro en la blancura de su delantal y gorro almidonados, debió de vaciar pollos, amarillos de gordura, sobre la mesa de mármol, con esa destreza que yo iba a contemplar, absorta, pocos años después. Mi infancia nunca se cansó de mirar a Paul cuando preparaba un pollo o un postre. Don Santiago, el tapicero, con la boca llena de clavos, arrodillado en el suelo para desclavar esteras y clavar alfombras invernales estaba ya, tal vez, manos a la obra, con su ayudante que le pasaba, como en sala de operaciones, martillos y tenazas. Entrábamos en otoño. Francisca y Juan (Juan Allende) debían dedicarse, precisamente a esa hora, a sus quehaceres con esos ademanes certeros y lentos que distinguen a los servidores negros de los blancos. Juan Montero (especie de *maître d'hotel* gallego, muy seguro de sí mismo), debía de estar

colocando simétricamente los platos de porcelana blanca con franja rosada, acompañados por cubiertos de plata reluciente sobre el mantel ya casi chocante de blancura. Doña Mercedes no hubiera permitido un blanco menos cegador, ni la humillación de una servilleta arrugada. Juan Montero debió de introducir el pan (redondo como un queso, que cortaban en cuatro porciones) dentro de las servilletas hábilmente dobladas y con un hueco para recibirlo. Debió de servir la mesa con aire malhumorado (el de todos los servidores que llegan a identificarse con sus patrones y que están fastidiados por algo). El almuerzo debió de ser exquisito y abundante (como se estilaba). ¿Le tocaría el turno a la carbonada, a la ropa vieja, al locro, a los huevos fritos con su puntilla dorada de fritura y las sobreasadas que mandaban de la estancia? ¿Habría de postre una de esas yemas quemadas con grageas, llenas de remolinos y grietas sabrosas (pintura de Van Gogh)? ¿O algún budín del cielo que por lo delicadamente empalagoso disponía a los comensales para una buena taza de café? Café célebre por su calidad y que Sarmiento venía a beber con don Manuel en épocas anteriores. Ya es tarde para investigar estos detalles sin trascendencia, pero importantes en una familia que, como las francesas, se deleitaba con el bien comer. Por cierto, saber lo que se comió en lo de Ocampo aquel día no es un dato indispensable para situar mi relato en el espacio y en el tiempo. Por otro lado, se debió comer distraídamente, apuradamente. El dueño de casa debió de entrar al comedor apoyado en su bastón (ya pintado por Prilidiano Pueyrredón). Es probable que todas sus hijas (con excepción de las dos casadas) se sentaran junto a él a la mesa. Las mangas *à gigot*, las batas ajustadas, las polleras que barrían el suelo olían al vetiver de los armarios. Es dudoso que aquel día alguna de las tías no se levantara precipitadamente, apenas terminado el postre. Victoria, tal vez. Deseaba acompañar al sobrino favorito, el hijo adoptivo de todas esas mujeres solteras. Desde su casamiento (hacía un año) este sobrino había salido de la casa del abuelo, donde vivía, para ir con su mujer a otra casa que quedaba a una cuadra: Viamonte 482.

A esa tía, fuera la que fuera (la que se levantó de la mesa antes del café), le había costado abandonar al sobrino cuyo carácter conocía. Por estar a la espera de un acontecimiento feliz, era fatal que lo asaltaran presentimientos sombríos. ¿Acaso no le había anunciado a su mujer (de temperamento, felizmente, diametral-

mente opuesto al suyo) que temía no tener la suerte de vivir hasta que naciera su hijo o hija? Ninguna enfermedad lo amenazaba a no ser la impaciencia de ver por fin al niño, la aprensión de que algo sucediera... El niño (es decir la niña) indiferente a esta prisa, llegó al mundo dentro del horario previsto, *on schedule.*

La tía que se presentó primero debió afanarse inútilmente en distraer, en tranquilizar al futuro padre, muchacho moreno, buen mozo e imaginativo (cuando se trataba de prever catástrofes). Debió de razonar con él como si la razón contara para los ansiosos. El se empecinaba en adelantarse a las desgracias, supongo que con una vaga esperanza de desviar su curso. Las padecía de antemano. Parecía estar advirtiéndole al destino: "Ya sé que no me vas a dar nada de balde".

Las campanas de las Catalinas habían dado las cuatro de la tarde desde hacía unos minutos cuando alguien partió a la carrera (me figuro) del 482 al 550 de Viamonte, entró, sofocado, por el portón, se precipitó en el cuarto de Tata Ocampo (abriría la puerta sin golpear, porque la puerta de ese cuarto, en abril, estaría cerrada) y anunció: "Es mujer".

Ignoro si este detalle concreto fue recibido por don Manuel con resignación, estoicismo, indiferencia (al sexo), o alegría. Habitualmente se prefiere empezar por un varón. Aquel bisabuelo a quien sus hijas debían de haber prohibido que saliera al patio de tarde (el otoño es traidor para los viejos) miró sin duda al mensajero por encima de sus anteojos (me lo imagino leyendo el diario). Le preguntó si su bisnieta tenía un par de orejas, un par de ojos, una boca y una nariz únicas, cinco dedos en cada mano y en cada pie. Es esencial que los recién nacidos se parezcan a todo el mundo. Le contestaron que aparentemente no le faltaba ni le sobraba nada a la niña. Tranquilizado sobre ese capítulo, echó probablemente una mirada a su reloj de oro y otra a la fecha del diario: 7 de abril. En eso se presentó Juan Montero, puntual y algo fastidiado, anunciando que el té estaba servido, que nadie lo tomaba y que las tostadas se enfriaban. Con cierta sorna, dio a entender que por extraordinario que pareciera un simple y vulgar nacimiento para la emotividad exagerada de una familia de sentimentales inveterados, esto no debía ni podía alterar un orden establecido, el ritual de las comidas en que él, Juan Montero, era el oficiante.

Una tras otra, las tías debieron de volver y de someterse a un interrogatorio. Francisca, con un pañuelo de colores vivos atado sobre su mota, Juan Allende compartiendo como nadie el alboroto de la familia (acababa de pasar por un trance igual: su Juancito había nacido días antes), François (de La Coruña, pero que llevaba nombre francés por haber ya otro Francisco en la casa) recibieron orden de informarse cada tanto de lo que ocurría en Viamonte 482. No ocurría nada, noticia que era recibida con gran satisfacción.

Las palomas, indiferentes a las idas y venidas de enfrente, revoloteaban alrededor de la cúpula de azulejos de las Catalinas, como lo hacen ahora. Las monjas rezaban sus oraciones detrás del enrejado de su claustro, invadido por los ingleses a principios de siglo. Las campanas daban las horas, como siguen dándolas. Mi madre podía entretenerse mirando a las palomas desde su cama (el cuarto estaba en el primer piso y la ventana se abría a la iglesia y al cielo). Probablemente le hizo notar a mi padre, súbitamente calmado, que sus aprensiones pasaban la medida (ella nunca careció de serenidad y de presencia de espíritu). El debió de reconocer que su mujer estaba en lo cierto. Sin embargo, en su fuero interno siguió pensando (lo sospecho): "¿Y quién me garantiza ahora que la veré crecer?" Seguramente no comunicó esta duda.

Pero de las palomas que revoloteaban y se posaban en las cornisas; de las campanas tan cercanas cuyo tañido iba a acompañarme buena parte de mi vida (como acompañaron mi nacimiento); del cielo que encuadraba la cúpula azul de las Catalinas; de los ojos de color pardo dorado que me miraban atónitos de verme por primera vez en este valle de lágrimas, nada supe aquella tarde de abril. No tenía más nombre que los que la ternura inventa. Dormía con los puños cerrados y un ingeniero joven, que había hecho un puente allá lejos, en un San Luis desierto, miraba el dormir de esta desconocida, su hija, y estoy segura de que ya se preguntaba: "¿Qué vida la espera? ¿Qué será de ella?" Ha sido necesario que pasaran muchos años y que yo participara en grandes transformaciones del mundo y de mí misma para contestar estas preguntas que mentalmente me dirigía un 7 de abril el único hombre que me quiso antes de yo nacer.

## Himnos

Buenos Aires contaba entonces menos de 600.000 almas, como se dice. Lo supongo, ya que cinco años después el censo dio un total de 668.000 habitantes. Eramos tres millones de argentinos y un millón de extranjeros en un inmenso territorio desierto y en barbecho, o casi. Hacía apenas ochenta años que la invasión de España por los soldados de Napoleón nos había proporcionado una buena ocasión para declarar nuestra independencia. Y claro está, hacía menos tiempo aún que el diputado Vicente López y Planes, urgido por su ardor patriótico, se había marchado precipitadamente de un teatro para escribir nuestro Himno Nacional. Algunos, de generaciones posteriores, hubieran tenido la osadía de aconsejarle tal vez más brevedad y menos grandilocuencia. Pero sus voces no estaban en el aire todavía y librado sin freno a su inspiración y a las circunstancias que son del dominio público, al gran Abuelo López se le fue la mano. Cierto es que cualquier himno cae siempre en esos mismos excesos. El *understatement* está reñido con toda expresión de patriotismo (incluso entre los anglosajones). Y pongámonos en el lugar de Vicente López y Planes: arrastrados por la marea creciente de exaltación ¿hubiéramos conservado aquella *mesura* recomendada por Ortega y Gasset más de cien años después? Lo dudo. A pesar de la largura del poema y de la vulgaridad rimbombante de la música, enfática hasta el delirio, no logramos oír ese himno sin asociarlo con emociones de 25 de mayo y 9 de Julio, pasos de tropas, protestas callejeras en que se echaba mano de él para clamar "libertad, libertad" y hacerle frente así a un tirano que la mutilaba. A fin de cuentas, la Marsellesa (aunque más directa y arrolladora por su ritmo y melodía) no peca por falta de grandilocuencia. Rouget de L'Isle no se distinguió por la moderación, 18 años antes que López. ¿Y acaso hay mejor manera de bramar en coro:

**Contre nous de la tyrannie**
**L'étendard sanglant est levé?**

Estos himnos estuvieron entre las primeras canciones que oí, que retuve, y que canté, después del *Arrorró mi niño* y de *Il pleut il pleut bergère;* los mezclaba en mi idea de patria (pues ya mi patria iba más allá de nuestras fronteras).

Oíd mortales el grito sagrado...

fue para mí, durante toda mi infancia,

O inmortal es el grito sagrado...

Así lo oía (no lo había leído por no saber leer y no haberlo visto escrito, más tarde). Y pronto aprendí de memoria hasta la última estrofa de la Marsellesa:

Nous entrerons dans la carrière
Quand nos aínés n'y seront plus.

¿En qué forma me ofrecería el destino la ocasión "*de les venger ou de les suivre*?" Nada hacía prever, cuando yo nací, el vuelco que iba a dar el mundo y del que yo me sentiría llamada a servir de testigo.

Marx ya había escrito *El Capital*, por cierto. Pero Hitler y Mussolini andarían jugando por ahí. Picasso y Strawinsky, aunque mayores, también. La desintegración del átomo, de la música (dodecafónica) y de la pintura (no figurativa) no asomaban en el horizonte. Y si asomaban, casi nadie lo percibía. Mi tocaya, muy vieja desde luego, instalada en el sólido trono de Gran Bretaña (Imperio), no le cedía a su hijo ni sombra de poder. La patria insignificante que me había tocado en suerte se encontraba "*in the making*". Nacía yo en una ciudad que aún merecía el nombre de Gran Aldea, en vísperas del derrocamiento de un presidente. Las familias de origen colonial, las que lucharon y sufrieron y se enardecieron por la emancipación de Argentina, tenían la sartén por el mango, *menaient la parade.* Yo pertenecía a una de ellas. Es decir, a varias, porque todas estaban emparentadas, o en vías de estarlo. Aquellas familias, de corte patriarcal, vivían estrechamente unidas por la sangre, la amistad o la enemistad, las ilusiones o los rencores, las querellas y las reconciliaciones, por la fe en una nueva nación que sentían palpitar, como un ser viviente, entre sus manos. Iba yo a oír hablar de los ochenta años que precedieron mi nacimiento, y en que los argentinos empezaron a usar ese nombre y a existir bajo esas especies, como de *asuntos de familia.* La cosa había ocurrido en casa, o en la casa de enfrente: San Martín, Pueyrredón, Belgrano, Rosas, Urquiza, Sarmiento, Mitre, Roca. El

país entero estaba poblado de parientes o amigos ilustres, de ecos, de fechas históricas con aire de cumpleaños de Pedro, Juan o Diego, de nostalgias para todos los que me rodeaban y mimaban.

—Cuando se iba a caballo a la quinta del padrino de tu tía Carmen, don Miguel de Azcuénaga [hoy la residencia presidencial].

—Cuando se ponía qué sé yo cuantos días para llegar a la estancia de tu tía Clara [Estación Cobo, *La Armonía*, a menos de una hora de avión].

—Cuando pegaban con brea los moños colorados... Cuando vendían duraznos por las calles, y eran cabezas cortadas...

—Cuando los serenos gritaban...

—Cuando Sarmiento venía a tomar café con "mi tata"...

—Cuando se escondieron los L. en casa de "mi tata", perseguidos después que derrocaron a Rosas...

—Cuando estábamos con Pellegrini en el Niágara...

—Cuando tío López [el hermano del himno nacional, como se llamaba a sí mismo] venía a Villa Ocampo [mi casa actual]...

Yo oía todo esto como quien oye llover, pensando en lo que para mí era más importante: un postre que servían, tal vez, en ese momento y que llegaría a mí cuando hubiera perdido buena parte de su adorno de crema de chantilly; una muñeca de tamaño excepcional, con collar de ámbar y que yo codiciaba (no era mía; estaba en casa de los Lozano, en la calle Artes); unas calcomanías que me esperaban en el cuarto de mi tía Vitola (Victoria). El mundo estaba lleno de objetos codiciables. Y mi padre, indiferente por lo visto a estos objetos, hablaba de cosas irreales, de recuerdos que le traía el olor de las retamas. En Las Hermanas (estancia) donde solía veranear de muchacho, florecían con extraordinario ímpetu primaveral. ¿Habría carneros y corderos allí? —me preguntaba yo, más atraída por el reino animal que por el reino vegetal, en aquellos años. Pero no se hablaba de mis animalitos preferidos, sino del olor de las retamas. Y para colmo, eran retamas difuntas: decían que esa estancia se había convertido en una ciudad bastante triste y fea: La Plata. ¡Qué me importaba a mí si no había carneros, como en Pergamino! Nada tenía sabor, todavía, a lo más amargo y lo más dulce de la vida: los recuerdos. Yo era una pizarra nueva donde todo se escribía con tiza y todo (creía yo equivocadamente) se borraba con esponja cuando se presentaba algo nuevo y más divertido que apuntar, por la novedad.

Así, cuando los trenes que llegaban al Retiro (o salían) silba-

ban de noche y se oían desde nuestras camas, en Buenos Aires (como se oían, más próximos, los silbidos del tren del Bajo en San Isidro), mientras mi padre tal vez recordaba sus andanzas de San Luis y mientras mi abuelo rememoraba que él había traído quebracho para los durmientes de la vía del Ferrocarril, de tal parte hasta tal parte, yo sólo sentía que aquellos silbatos me acompañaban, porque la oscuridad me daba tanto miedo que corría a la cama de mi madre. La vida era puro presente, para mí.

Ahora los recuerdos de familia me salen al paso de todos lados, los recuerdos de *ellos* junto con los míos abrazan (qué ajustado es el término) grandes extensiones geográficas; se corren hacia el norte, hacia el sur de la Argentina, abarcan Córdoba, San Luis, La Rioja, la inmensa provincia de Buenos Aires. Van desde el Pergamino, donde mi abuelo paterno trabajaba en su campo de sol a sol (salía al amanecer, en tílbury, después del mate), hasta las estancias por donde corre el río Salado y donde veraneaba mi madre niña, porque eran de los Aguirre o Sáenz Valiente. Algunos nombres representan para mí esas estancias de mis primeros años y de mi adolescencia: San Miguel, La Rabona, conocidas íntimamente, directamente, con carneros, alfalfa, huevos de avestruz, primos hermanos, dulces hechos en braseros, esquila, olor a eucalipto y fogatas, paseos en *break*, galleta tostada, vacas ordeñadas y baldes de leche con espuma, valses de Ramenti en un piano vertical (estaba en el comedor), retos ("Ya he dicho que no lo mortifiquen a ese chico escondiéndole la gorra"), asados, nidos, delantales con sietes, moretones en las piernas, barro en las manos, risas, llantos, carreras, lecturas, carreras, lecturas, y más carreras, y más lecturas. Y El Chajá, el Rincón de López, conocidos indirectamente por lo que contaba mi madre, con nostalgia, de esos lugares.

En cuanto a los nombres de las calles, Florida, Viamonte, Tucumán, Lavalle, eran el reducto de los Ocampo. Allí viví. México, Bolívar, Suipacha eran los barrios de mi madre antes de casarse. San Isidro se pierde de vista en mi pasado y en el de mi familia materna;

> **Nous y trouverons leur poussière**
> **Et la trace de leurs vertus...**

Aquellas familias pertenecían a una época que ha cumplido su periplo, con las fallas y los aciertos, las cualidades y los defectos

de su tiempo. Representaban un *way of life* en trance de desaparecer completamente. Sus costumbres, sus ideas, sus prejuicios, sus tabúes no eran los nuestros. Tenemos un nuevo repertorio de costumbres, de ideas, de prejuicios, de tabúes, aunque nos halague pretender que nos hemos librado de ellos, sin reemplazarlos.

Aquellos hombres y aquellas mujeres, han dado al país —que necesitaba tanto sacrificio y subsistía entre tantos sobresaltos— lo que eran ellos capaces de dar. ¿Qué más puede exigirse? Han vivido su hora de acuerdo con su conciencia y sus creencias. Yo vivo la mía..¿Por qué figurarse que una vale más que la otra? No me siento obligada a seguirlos sino cuando acepto su credo, y únicamente en la medida en que lo acepto.

**Nous aurons le sublime orgueil**
**De les venger ou de les suivre...**

dice una de las estrofas del himno francés.

Ni vengarlos, ni seguirlos, digo yo: continuarlos a nuestra manera, que no puede, en ciertos dominios, ser la de ellos: la circunstancia ha cambiado.

Yo sólo sé que habré encontrado, por un camino en apariencia muy distinto, no el rastro de sus virtudes, fuesen cuales fuesen (sería jactarme), sino su amor tenaz, y a veces encabritado, por una tierra ingrata y querida. Por un país que precisa, hoy más que ayer, una suma enorme de amor desinteresado para criarse y crearse, como los niños chiquitos. Este caudal no se consigue con empréstitos. Y mientras el país no lo reciba de nuestras manos merecerá del mundo aquel juicio de Quincy Adams, cuando advertía a Monroe: "En el estado inorgánico de las provincias de la América Española, no sería prudente un reconocimiento".

Dentro de otra esfera, en condiciones muy distintas, yo también he tratado, como mi bisabuelo, Manuel Hermenegildo de Aguirre, de *negociar un reconocimiento*. Tal vez habrá fracasado mi intento en parte, como fracasó la misión confidencial diplomática confiada a mi bisabuelo por San Martín y Pueyrredón en 1817 (el reconocimiento de nuestra independencia por los Estados Unidos). Pero con él y como él puedo repetir: "no pido una limosna sino un acto de justicia". Justicia para los de mi tierra que han nacido con talento. Reconocimiento de su valor.

Y como don Manuel Hermenegildo se trajo de Estados Unidos

el Horacio y el Curiacio, y todas esas armas que le dieron tantos dolores de cabeza, yo soñé con traer aquí otros veleros, otras armas, para otras conquistas. Y viviendo mi sueño traté de justificar mi vida. Casi diría de hacérmela perdonar.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-feb.-mar.-abr. 1966, 298-299, p. 5-13).

## RAMON GOMEZ DE LA SERNA

## EN BUENOS AIRES

Ramón Gómez De La Serna llega en junio a nuestra ciudad.

He visto a Ramón en París y en Madrid y por eso he podido comprobar en qué grado pertenece a su tierra. Me parece que verlo en Buenos Aires nos ayudará a precisar los puntos que nos acercan y nos alejan de España.

Como en un álbum de instantáneas reveo a Ramón en Pombo, a Ramón en la redacción de la *Revista de Occidente*, a Ramón en su casa, a Ramón en una "répétition générale" en París, a Ramón comiendo en mi casa con Cocteau, a Ramón en la estación Quai d'Orsay. Siempre y en todas partes cada vez más parecido a sí mismo. Yo no sé cuál de estas instantáneas elegir; yo no sé si se parece más de perfil, de tres cuartos, de espalda o de frente. Ramón es siempre asombroso de parecido.

Henos aquí caminando por una calle, a Ramón y a mí. Salimos de la Comédie Française en donde todo París se había dado cita para la "répétition générale" de *La voix humaine*. Ramón habla con exuberancia, ha observado todo, ha registrado todo y es un verdadero regalo poder ofrecerse, tibias aún como las masas que salen del horno, las greguerías que desbordan de él. Ramón habla del espectáculo —escena y sala— que venimos de presenciar, con una mezcla de entusiasmo y de gracia inimitables. Hace frío en la calle. Caminamos ligero y la voz de Ramón se eleva a medida que crece su verbosidad descriptiva. Yo lo escucho encantada, riendo. Un obrero malhumorado que se cruza con nosotros, con el cigarrillo en la boca, nos interpela al pasar: "Assez! en français". Claro que íbamos hablando en español. Ramón no ha comprendido y yo le repito la frase. Entonces me pregunta: "¿Qué les pasa? ¿Ha notado usted que se mira a los extranjeros con menos simpatía este año en París?".

Ramón, Ramón, mírese usted en el espejo. Es usted violentamente, agresivamente español. A su paso ese obrero se ha sentido abofeteado por toda la Península Ibérica. Incluso ha creído, en un momento dado, que ya no estaba en su casa, en Francia, de tal manera crea usted a España a su alrededor.

Ramón y Cocteau comen en mi casa. Hablamos francés. Cocteau es un admirable "causeur". Ramón no puede plegar su lengua al francés y su pronunciación, los giros de sus frases son imprevisibles. Esto transporta a Cocteau. Encuentra el francés de Ramón maravilloso de riqueza, de invención, de frescura. Es que Cocteau, también él, reacciona como el obrero del cigarrillo, pero naturalmente en un sentido opuesto. Lo que transporta a Cocteau —la palabra es perfectamente justa puesto que lo transporta a España— en el francés de Ramón, es que sólo es francés en apariencia. Ramón descuartiza tranquilamente el francés para introducir en él el español.

Cuánto admiro en usted, Ramón, esa fuerza que ya no es la nuestra.

Mi facilidad para expresarme en varias lenguas, mi dificultad para reencontrar, para descubrir la mía propia, ¿serán acaso particularidades mías? No lo creo. Esto debe existir entre nosotros como una disposición nacional.

El inmenso trabajo de traducciones que muele todos los idiomas unos con otros y que va conquistando el mundo, como dice Drieu, se ha hecho carne en nosotros. Palabras francesas, italianas, inglesas, alemanas se me ocurren de continuo para tapar los agujeros de mi español empobrecido. Pero usted, Ramón, si hablase en chino, en Pekín, los chinos se creerían en Madrid.

Nosotros le damos la bienvenida. Nuestras ciudades de América no pueden ofrecerle ninguna de las bellezas a que Europa lo ha acostumbrado —y hasta la fatalidad quiso que nuestro último farol fuera oficialmente apagado hace algunas semanas—. Pero le daremos a usted su fealdad que, por cierto, no es un fenómeno sin alcance.

Recuerdo en este momento un diagnóstico de su *Doctor Inverosímil:* "La mirada es importantísima; muchos derrochan insensatamente sus miradas sin hacerlas volver a su corazón después

de haberlas lanzado. Creen que las miradas se pueden tirar sin atenderlas, sin aprovecharlas, sin recordarlas... Todos los hombres que hacen eso son responsables de su idiotez..."

Yo sé cómo mira usted las cosas, Ramón; he ahí por qué no he temido nunca su mirada.

Cuando yo era chica había puesto en una caja algunas piedritas de diferentes formas y las guardaba como si fueran un tesoro. Cada una tenía para mí fisonomía y significación especial. Uno de sus dones más magníficos, Ramón, es el poder comprender estas cosas que únicamente la infancia tiene el privilegio de vivir.

Si América sólo fuera una caja con piedritas, usted siempre sería capaz de ver en ella un mundo.

Bienvenido.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, otoño 1931, 2, p. 205-208).

## JOSE ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset ha vuelto a Buenos Aires[1]. Lo que habría que preguntarse ahora es si ha estado jamás realmente ausente de aquí. Había dejado amigos, en esta ciudad, para quienes su recuerdo era una presencia.

No. Este tercer viaje de Ortega no es obra de la casualidad. No es sólo la casualidad quien elige nuestros amigos y sobre todo no es la casualidad quien nos los conserva.

Conocí a Ortega durante su primera estadía entre nosotros. Era también la primera vez que me encontraba frente a un pensador y a un escritor de esa rara calidad.

Yo no había publicado nada en esa época, claro está, y sólo era una muchacha tímida, semejante al Orlando de Virginia Woolf que, no creyendo en las divinidades comunes, transfiere a los grandes escritores su parte de credulidad.

Ortega y Gasset tuvo la bondad de citar, poco tiempo después, algunas líneas de una de mis cartas en su *Espectador*. Ese testimonio de amistad y estima que se me dirigía desde un mundo mágico y remoto (el mundo con el que yo soñaba como con el único apetecible) es de esas cosas que no se olvidan. No he olvidado.

Al desearle la bienvenida a Ortega, al escribir estas líneas en la redacción de *SUR*, rodeada por un montón de revistas (ya hemos llegado, con ésta, al número 60) en que mal que bien les he dado a los demás y a mí misma ocasión de decir lo que pensamos y sentimos, recuerdo lo mucho que ha influido ese gesto inicial de Ortega en lo poco que he podido hacer en mi vida. Lo recuerdo, y quiero agradecérselo una vez más en nombre de aquella muchacha ignorante y deslumbrada a quien él daba crédito, y en nombre de esta revista.

1 - Invitado por la Asociación Amigos del Arte para dar un ciclo de conferencias que habrá de titularse *Seis lecciones sobre el hombre y la gente.*

No, no es por una mera casualidad que Ortega vuelve a este país. Encuentra hoy en él algo de lo que sembró. Este país tiene defectos grandes pero, a imagen y semejanza de su tierra, no es ingrato. Ortega y Gasset no está aquí de visita, entre extraños. Está en su casa, entre amigos. En este momento en que parece tan cruelmente natural el dudar de todo, que no dude de esto.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept. 1939, 60, p. 73).

## WALDO FRANK EN BUENOS AIRES

Las tres conferencias de nuestro amigo Waldo Frank, pronunciadas en el "Colegio Libre de Estudios Superiores", fueron oídas con singular devoción por un público extraordinariamente numeroso. En estas recientes conferencias —"La guerra que está debajo de la guerra", "Ustedes y nosotros" y "El mundo nuevo: sus comienzos en los Estados Unidos"— Frank prolonga y actualiza el mensaje de sus libros, familiares entre nosotros, que tanto han contribuido a esclarecer el significado y la misión de América en el mundo.

Al día siguiente del arribo de Frank a Buenos Aires, Victoria Ocampo le ofreció un almuerzo en nombre de *SUR*. "Estamos aquí reunidos —dijo a los postres— para celebrar la tercera llegada de Waldo Frank a la Argentina. Y en circunstancias en que buena falta nos hace una *Chart for rough waters*... Circunstancias que no habíamos previsto, por cierto, cuando desembarcó en estas costas, la primera vez, en octubre de 1929. En esa época me había aconsejado con insistencia, paseando por Palermo y San Isidro, fundar una revista, indispensable —según él— para los escritores jóvenes y para el acercamiento de las Américas. Meses más tarde, la discusión —porque era una discusión— se reanudó en un Child's de Nueva York y en Central Park. Y en el verano de 1931 aparecía, gracias a la terquedad de Waldo, el primer número de *SUR*. Hace 11 años que esta revista continúa existiendo. No sé exactamente hasta qué punto lo ha desilusionado, pero sé que he cumplido una promesa: la de perseverar.

En la carta que encabezaba el primer número de *SUR*, decía yo a Waldo Frank: "Esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y rodearán en lo venidero. De todos los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que

nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos". Por América entendía yo toda la América: la de Waldo como la de Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Jorge Amado, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello. Y por "los que han venido a América, los que tienen la voluntad de comprendernos y nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos", entendía yo los europeos: Europa. No sólo Inglaterra, España y Portugal, sino Europa entera que es en su totalidad nuestra verdadera madre patria. La Europa que sería monstruoso e inimaginable excluir o intentar excluir de nuestra confraternidad.

Jacques Maritain escribía recientemente en "Lettres Françaises" a propósito de política y religión: "Aristóteles y los grandes sabios de la antigüedad sabían que las virtudes morales están ordenadas a una contemplación de la verdad que va más allá de la intercomunicación política. De ahí que si la humanidad se encontrara en estado de naturaleza pura, un reino de los espíritus como aquel de que Leibniz se complace en hablar tendría normalmente su puesto por encima del mundo de la vida política. Podemos considerar como vago lineamiento de este reino natural de los espíritus la red espiritual que enlaza entre sí a los artistas, los sabios, los poetas, los filósofos, los verdaderos humanistas; a todos los que tienen el culto de las obras del espíritu. Una red semejante es como el esbozo de una misma familia por sobre las fronteras nacionales".

*SUR* quiere ser, se esfuerza en ser el punto de encuentro de esa familia. Y por mi parte puedo decir que si no tuviera fe en ella, el estar condenada a vida en el mundo ensangrentado y convulso de odios que la prensa y la radio nos descubren cada mañana, me parecería un intolerable suplicio.

Pero tengo la suerte, la inmensa suerte de creer en esa familia cuyos miembros pertenecen a todas las nacionalidades, a todas las razas. Y estoy segura de que los que están sentados a esta mesa comparten conmigo esa certidumbre. Y de que esa certidumbre está anclada, de una manera consciente o inconsciente, en todos los corazones auténticamente americanos.

*SUR* sólo cumple su objeto primordial en la medida en que es un patente testimonio de esa fe.

No tengo, pues, necesidad de repetirles a Waldo Frank y a Norman Armour (que ha querido proporcionarnos la alegría de lo que su presencia entre nosotros implica) que la América de

ellos y la mía son, en nuestro sentir y nuestra voluntad, la misma América. Hace once años que *SUR* ha nacido y vive de esta creencia.

Pero necesito una vez más agradecer a Waldo Frank el habernos hecho crédito y haber insistido tanto en la realización de un proyecto que probablemente se hubiera quedado en estado de proyecto sin el choque violento y feliz de las cualidades y defectos yanquis con las cualidades y defectos criollos".

(En: *Sur*, mayo 1942, 91).

HELEN MACKAY: *Sainte terre de France* (Brentano's, New York, 1944).—

Comíamos con una amiga, una noche, en el hotel Savoy Plaza, al son de "O what a beautiful morning". El menú musical no variaba nunca. Cuando las personas que habían aguardado durante semanas una entrada para ver *Oklahoma* (Comedia Musical) terminaban por ir, ya no podían no reconocer esas canciones que resonaban en todos los dancings y en todos los restaurantes. Nueva York entero las silbaba o las tarareaba, mientras el "Normandie" se enderezaba como por milagro en los muelles del Hudson y la tripulación del "Richelieu" paseaba sus pompones rojos por Broadway.

"El francés con quien hablamos por la tarde está en una mesa detrás de ti, con una señora", me advirtió mi amiga. Ver a un francés, en el extranjero es siempre (o casi siempre) una alegría. Me volví para saludarlo. Este, después de tomar su café, se acercó a nuestra mesa con su compañera y nos presentó: "Helen Mackay, gran amiga de Francia". Yo había podido verla en el hotel, donde ella también vivía. Más bien pequeña, delgada, frágil, sin rouge, con abundantes cabellos blancos, simple y discreta en su manera de vestir, encontraba en toda su persona un particular atractivo. Días antes yo había comprado en Brentano's el librito que Helen Mackay acababa de publicar: *La France que j'aime.* Me pareció, después de haber hojeado sus páginas, que ya no necesitábamos presentación. Dos americanas, una del Norte y otra del Sur, para quienes Francia llega a ser una presencia continua, como la de ciertos ausentes irreemplazables, pueden prescindir de esas formalidades.

Subí a las habitaciones de Helen Mackay uno o dos días después de este encuentro. En las paredes de su cuarto de hotel, fotos, recuerdos del país que nos unía; recuerdos que hubieran podido ser míos. Me sentía confortada y cómoda en esa atmósfera

que conservaba las huellas de Francia. He conocido a personas de nacionalidades diversas apasionadas por esa tierra. Pero hay en los americanos que la aman un fervor, una generosidad, un ímpetu en su manera de acoger todo lo que proviene de Francia o que toca a Francia, cuyo equivalente no he encontrado en otros seres.

Helen Mackay es un ejemplo de ello. En su nuevo librito, *Sainte terre de France*, la veo tal cual la conocí a través de nuestras conversaciones del Savoy Plaza. Ahí están casi las mismas palabras que usaba para contarme su nostalgia de París y sus visitas al hospital de Staten Island. A pesar de los calores tropicales de un verano interminable, no ahorraba energías. ¿Cómo no *hablar en francés* con ese marino (un caso de tuberculosis aguda, pero el enfermo se creía víctima de un fuerte resfrío) impaciente por regresar a su puesto; con ese otro marino de Niza que se quedaba ciego y temía que su familia muriera de hambre en Marsella; con esos naturales de Martinica que a causa del color de su piel —la arriesgaban, sin embargo, por la democracia— habían conocido a blancas a quienes *se* (el reglamento) prohibía bailar con ellos?

Para Helen Mackay no cuentan prohibiciones ni fatigas. Atraviesa salas de hospital (kilómetros) interrogando a las enfermeras: "¿Hay un francés aquí?". Sabe el alivio que significa para esos pobres muchachos hablar en su propio idioma; la mayoría ignora el inglés. Helen Mackay explica al médico lo que cada uno le confía de sus dolores. Pero a todos les duele lo mismo: Francia. Y Helen Mackay los comprende mejor que nadie. "Tengo necesidad de escribir estas cosas —me decía—; hasta las más insignificantes". Eso ha hecho. "Quizá nada tenga la importancia que yo le asigno. Ni el viento en alta mar o en las selvas, ni las nubes entre las cimas solitarias, ni las pequeñas vidas anónimas de las grandes ciudades", escribe en la última página de su libro. Me parece, por lo contrario, que esta capacidad de fidelidad, de atención, de amor, es, a fin de cuentas, una de las cosas importantes de la vida. Quizá la más importante, Helen Mackay.

*V.O.*

(En: *Sur*, en. 1945, 123, p. 94-95).

## "THE MIGHTY DEAD"[1]

Entre los escritores que había deseado conocer hay uno que sólo vi una vez en 1946 y con el cual me pasó algo cómico: Shaw. En 1929 Keyserling me había dado una carta de presentación para él. Pero cuando se la mandé, durante una breve estadía en Londres, estaba con gripe. Su mujer me escribió diciéndome que me avisaría cuando se restableciera su marido. El hecho es que después de una semana me fui de Inglaterra y el gran hombre seguía en cama. Desde aquella vez, en cada viaje a Londres traté de entrar en comunicación con él, pero los desencuentros continuaban. Finalmente, en junio de 1939, justo antes de la guerra y cuando *SUR* acababa de publicar un ensayo de él, resolví darle a mi pedido de audiencia un tono más *matter of fact.* Expliqué a Shaw que deseaba hablar con él a fin de escribir un artículo para *La Nación.* Sospecho que él debía haber olvidado en el ínterin la carta de presentación que Keyserling le había enviado diez años antes. Por toda respuesta recibí una tarjeta postal impresa en que leí, a la vez divertida y furiosa, lo que sigue: "Mr. X se ve obligado a recordar a quienes le escriben solicitando una *interview* para la publicación que como él es también un periodista profesional prefiere, como es natural, comunicarse directamente con el público a través de la prensa. Tendrá mucho gusto, cuando su tiempo se lo permita, en contestar preguntas escritas siempre que éstas sean de interés como noticias de actualidad y puedan ser contestadas en veinte palabras o *menos;* pero sólo recibe visitas personales a condición de que sus palabras no sean publicadas." Mi primer impulso fue escribir una carta arrebatada asegurándole que en mi vida había explotado a los escritores y que la literatura me había hecho perder probablemente tanto dinero como le había hecho ganar a él (no era poco decir, pues sabía el excelente hombre de negocios con quien tra-

1 - Páginas de una conferencia titulada "Personajes y anécdotas".

taba); pero al reflexionar decidí dejar pasar la cosa, no contestar nada y por consiguiente no verlo. Creía estar curada de este deseo, pero pocos años más tarde una amiga común, lady Astor, lo renovó, insistiendo para que yo fuera con ella a tomar el té a casa de Bernard Shaw, en Ayot St. Lawrence. Confieso que al encontrarme sola con el famoso G.B.S., cuando Nancy Astor y su torbellino de palabras hubieron desaparecido en el cuarto contiguo, sentí que no tenía nada que decirle y que su fragilidad me daba miedo. Lo único que me habría gustado decirle estaba en uno de sus libros y era él quien lo decía de sí mismo. En aquel momento este pensamiento se me antojaba más mío que suyo: "Sea que hubiera nacido loco, o un poco demasiado cuerdo, mi Reino no era de este mundo: sólo me sentía como en mi casa en el reino de mi imaginación, y a mis anchas sólo con los *mighty dead* [los grandes muertos]". También yo sólo me encuentro como en mi casa en el reino de mi imaginación. En ese reino los *mighty dead* no me dan miedo, y los tuteo. Y en media hora, ¿qué podía decirle a Shaw que llegara a alcanzarlo; qué podía decirme Shaw que no me hubiera repetido mil veces en sus libros? Estábamos sentados frente a frente, con una taza de té en la mano, yo invisible para él aparte de lo corpóreo; él demasiado visible para mí, pues yo veía en él todos los Shaw superpuestos que su obra me había revelado. No era todavía el *mighty dead* que habría podido tutear. Estaba instalado en la vejez como en una torre muy alta desde la cual tan sólo se puede saludar con la mano a los transeúntes, como los soberanos desde sus carrozas. Cuando nos despedimos lady Astor y yo, él se quedó en el umbral de la puerta, haciéndonos un saludo con la mano, Mefistófeles de cabello blanco y de cejas hirsutas. Lo miré, segura de no volver a verlo, segura de no haberlo visto más que en sus libros, segura de no haberle dicho nada, segura de haberle simplemente estrechado la mano, como en el andén de una estación, cuando ya silba el tren.

Shaw contaba una vez que cierto médico, después de largas investigaciones sobre "su interior", le había revelado que "durante muchos años había estado convirtiendo la entera reserva de energía extraída de sus alimentos en genio puro". Es en suma lo que hacen todos los grandes artistas. Y eso es lo que nos dan de sí mismos: lo mejor. Pero a menudo queremos acercarnos al plato y mirar lo que hay dentro, y solemos vernos castigados por pequeñas y grandes decepciones.

Un día, almorzando en París con Tagore, Paul Valéry, el abate Brémond y el abate Mugnier, este último me dijo mirando a los dos poetas, mientras comían un exquisito pato con naranja: "¿No es misterioso y maravilloso pensar que este pato va a transformarse quizás en un perfecto poema que aprenderemos de memoria?" Yo le contesté: "¿No es misterioso, maravilloso ver a estos dos grandes poetas comiendo pato?". Reconozco que siempre he tenido esa debilidad a pesar de saber que sólo me encuentro a mis anchas con los *mighty dead*. Me ha gustado verlos vivos, comiendo el pato que se transformaría en poema.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, jun. 1951, 200, p. 5-7).

## DE VICTORIA OCAMPO A JOSE BERGAMIN

Comprendo su carta, José Bergamín. Pero al comprenderla dejo de comprenderlo a usted porque se desvanece la imagen que de usted tenía. Por eso quisiera no comprenderla, del mismo modo que quisiera usted no comprender el gesto que, ante sus ojos, me envilece.

Me habían hablado de usted como de un grande y auténtico católico (y de esa clase de católicos sólo he tenido la fortuna de conocer a dos). Vale decir que me habían hablado de usted como de un verdadero *cristiano* (éste es el término que me conmueve). Yo creía y creo aún, y seguiré creyendo que todo cristiano digno de serlo debía odiar al pecado y no al pecador. Y eso no es lo que se desprende de su carta, José Bergamín.

¿Se figura usted que el tono de esa carta y el estado de ánimo que revela son cristianos? ¿Se figura usted que con ese tono se llega a obrar milagros, es decir a hacer reflexionar a las gentes sobre sus errores o sus crímenes (y quién de nosotros está a salvo de caer en un error, de cometer un crimen)? ¿O no es esto lo que usted persigue?

Para contestar a su carta he tenido que dejar pasar horas y horas. He tenido que dejar pasar horas y horas porque no quiero ceder a la tentación de hablarle a usted en la misma tesitura que usted a mí. Usted tiene, para emplear esa tesitura, una disculpa que yo no tendría. Usted está pasando por una tremenda crisis. Usted está sufriendo en una forma que yo no conozco. A usted le están torturando las torturas que padece España, que padece el pueblo español. Por más que yo trate de imaginarlas, por más que me angustien a mí también, no las siento en carne viva como usted. Y el que no siente estas cosas en carne viva no las conoce de verdad. Yo sé, por ejemplo, que no puedo hablar del hambre, del frío, de la miseria porque es mi inteligencia y no mi carne quien los co-

noce. Y aunque lo que uno imagina y lo que sufre al imaginarlo supera a veces a la realidad, no hay nada que supla a la experiencia, al soportar desde dentro y no desde fuera un castigo injusto o una crueldad.

Todas estas razones hacen que yo no pueda guardarle rencor por lo que su "deber de español" (según usted) le impulsa a escribirme. Algún día su "deber de cristiano" (si es que usted sigue siéndolo) le obligará a agregarle una postdata —aunque sea mental— a esa carta y yo puedo esperarla todo el tiempo que haga falta.

Su amigo Jacques Maritain dijo en *SUR*, a propósito de la revolución española: "Una vez desencadenada la desgracia sólo quedan cuestiones individuales, que dependen de la posición moral y de la perspectiva propia de cada uno, y a las que sería injusto dar respuesta universal. En tales momentos *cada cual va en la noche, adonde su conciencia le lleva.* Puedo imaginar lo que personalmente habría deseado hacer en semejante caso y por qué motivos; pero no podría juzgar la conciencia de Unamuno, ni la de Bergamín".

Hago mías estas palabras. Las hago mías porque reflejan exactamente mi sentir en este caso particular y con ellas contesto a parte de su carta.

Precisamente porque soy una americana auténtica no siento la necesidad de escupir al rostro de ningún español destrozado (¿y qué español que algo valga no lo está?), como tampoco siento la necesidad de matar al que no opina como yo para convencerle de que estoy en lo cierto. Quiera Dios que sea siempre ésta la auténtica americanidad y que el destino no nos lleve, algún día, al callejón sin salida de la violencia.

Dice usted que me he vuelto enemiga del pueblo español, enemiga de España. De toda su carta es lo único que me importa contestar; porque si usted, con su inteligencia y cultura, me interpreta así, ¿qué no podrán interpretar los que por ser menos dotados que usted tienen derecho a equivocarse?

No entiendo nada de política. Las guerras o revoluciones, las matanzas, en una palabra, me horrorizan y nunca admitiré que sean una manera de resolver problemas de ningún orden, quizá porque nosotras las mujeres estamos acostumbradas en tiempos de paz y de guerra a arriesgar nuestra vida; pero para dar vida y no muerte. Por eso la sangre que derraman los hombres es más nuestra que la nuestra.

En julio de 1935, a propósito del diario de Gide escribía yo en *SUR:* "Es difícil vivir y trabajar intelectualmente en un país en que las jerarquías están falseadas; en un país en que existen poco y mal (el paraíso es jerárquico, aunque le moleste a Lucifer); en un país en que, por consiguiente, *nadie está en su lugar.* Es lo que hoy ocurre hasta en los países más civilizados (¿o tendría que decir cultos?). Y el terrible estado de náusea del mundo actual ¿no proviene de la intoxicación que ese extremo desorden produce? En todo caso, la necesidad de establecer jerarquías se hace sentir en todos los dominios y da origen a gestos más o menos violentos y torpes.

"Estoy contra la igualdad y contra la nivelación. La primera vez que publiqué un artículo, hace quince años, fue para tratar de decirlo. Pero estoy contra los privilegios, los favoritismos, contra todo lo que Gide atribuye, con razón o sin ella, a *errores del capitalismo al que está ligado todavía nuestro mundo occidental y que lo arrastra a la ruina.*

"Es en este mundo donde yo he nacido, del lado de los privilegios, del lado de los favoritismos; pero a medida que los desenmascaro los abomino, y a medida que me vuelvo consciente de ellos, los repudio.

"No me ilusiono pensando hacer progresos rápidos en este camino".

"Cuando digo que estoy contra la igualdad, me expreso sin exactitud." ¿Cómo se puede estar contra lo que no existe? Los hombres son desiguales. Hasta creo que ni siglos de esfuerzos llegarían a nivelarlos. Por suerte. ¡Cuánto menos hermosa sería la naturaleza si todas las flores tuvieran la misma forma, todos los árboles las mismas hojas y todos los verdes el mismo tono!

"Puedo decir, en cambio, que estoy contra la desigualdad artificial." Creo que esa desigualdad empobrece, debilita a la humanidad —incluso a los que están del lado de los privilegios—.

"Encontrar un orden que corrija tal situación, y una disciplina para vivir bien en él, es cosa que deseo con ardor. Me hace tanta falta moralmente, como materialmente a los desheredados de la tierra".

Esto es lo que escribía en julio de 1935 y lo que repito, hoy día, en mayo de 1937.

Pero al repetirlo ahora, y dado el sesgo que las cosas toman en el mundo, tengo todavía que explicarme sobre la igualdad.

Siento ahora la necesidad de insistir en que, cuando hablo de la desigualdad como cosa natural, innegable y conveniente, para nada me refiero al concepto político de la palabra, pues en el orden político nunca podría yo defender bastante la igualdad. Por eso, entre otras cosas, manifesté, desde el primer momento, cuál era mi posición en la cuestión de España.

¿Se figura usted que pensando así pueda ser enemiga del pueblo español? ¿Enemiga de un pueblo y de una tierra de donde salieron todos los de mi sangre, todos los que viven aún en ella? Créame, José Bergamín, si en algo ha cambiado la sangre española en el continente americano, no es perdiendo densidad, no es dejando de ser sangre.

Lucha usted hoy, en su España, por la masa de los hombres que sólo conocen miseria, servidumbre y opresión. Está usted contra la explotación del hombre por el hombre. Sé muy bien lo que un ideal de esa categoría significa en momentos como los presentes.

Sé muy bien los sacrificios que implica. Pero, ¿se le ha ocurrido a usted jamás el pensar que ha existido y existe aún en el mundo otra explotación más odiosa que ésta: la de la mujer por el hombre? Me refiero a la posición de inferioridad absoluta en que se han visto obligadas a vivir, desde hace siglos, las mujeres, y que comienza hoy a variar. Me refiero a las condiciones de *existencia no privilegiada* a las que el hombre las ha reducido por la fuerza en todas las clases sociales. Me refiero a la humillación de haber sido tratadas por las leyes de los hombres, durante siglos, como menores de edad, como incapaces, como insanas a quienes se les niega responsabilidad verdadera.

Este problema, esta injusticia horrible han sido y son para mí realidades tremendas y candentes, como para usted las del proletariado. Las he sufrido en carne viva, como sufre usted la revolución española.

¿Cree usted que yo pueda estar con los que quieren prolongar, sustentar, reafirmar tales injusticias?

Quizá piense usted, José Bergamín, que nada tiene que ver esto con su carta, pero para mí tiene mucho que ver. Y ahora le diré a usted por qué.

Si no estuviera resuelta a disculpárselo todo, lo que menos le disculparía serían los párrafos de su carta en que hace alusión a "extrañas complacencias" que, según usted, me asemejan a "cier-

tas mujeres". Ese "ciertas", a quien naturalmente le crecen las comillas, ya sabemos lo que significa. Y bien; esas alusiones, esas comillas latentes, esa aparición del sexo en el momento en que quiere usted hacerme sentir su menosprecio son indignos de usted, José Bergamín.

Su deber de español auténtico y su deber para la causa que defiende nunca pudieron dictarle frases de esa índole. Por eso ni debo ni puedo tomarlas en cuenta.

Está usted en lo cierto, tengo una gran responsabilidad moral; no tanto por lo que usted subraya —por la dirección de mi revista— sino por el hecho de ser yo una mujer que se sabe, se siente y se quiere responsable de sus actos, de sus palabras.

A mi manera de mujer he leído su carta y a mi manera de mujer la contesto.

Puedo asegurarle que he sufrido por mis convicciones y que estoy dispuesta a seguir sufriendo por ellas. De muchos modos. Y a mi manera de mujer responsable. Podré equivocarme como nos equivocamos todos. Pero nunca por frivolidad o snobismo. Mis defectos van en otro sentido.

Yo creo que usted achica las cosas al decir que luchar con el pueblo español, por su libertad e independencia *es quedarse en España.* Yo diría más bien que es salir de España al mundo, como no supieron hacerlo los conquistadores de América. Yo diría que es sentir que la fraternidad humana no debe conocer fronteras. Luchar con el pueblo español es luchar con todos los pueblos de la tierra o no es nada.

Así lo siento yo, desde mi América, que no por ser española deja de ser América y que lleva tantas razas mezcladas y unidas por fin en su sangre.

No me despido de usted en términos convencionales, porque me parece que están de más en cartas de esta especie.

Usted, José Bergamín, me envió su verdad; yo la mía.

Buenos Aires, 13 de Mayo de 1937

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, mayo 1937, 32, p. 69-74).

## ALGUNAS CARTAS DE ORTEGA Y GASSET

Conocí a Ortega y Gasset al final de su primera estadía en Buenos Aires (1916). No fui a ninguna de sus conferencias. Oía continuamente ponderaciones de él como orador, como pensador; pero la verdad es que nada de esto me inspiró curiosidad. Estaba en otra cosa (o suponía estarlo). Por lo pronto, no sentía particular afición por la literatura española. Lo francés y lo inglés me acaparaban.

Mi encuentro con Ortega tuvo las dimensiones de una revelación. En él, descubrí a España. Una España deslumbradora. Ya era tarde para escuchar sus conferencias. El ciclo había terminado. No me conformaba de haberlo perdido. En cambio, tuve ocasión de conversar con Ortega o, más bien dicho, de oírlo conversar. No he vuelto a oír algo semejante. Yo estaba "médusée" (*medusada*, pero el término no existe en español) por su talento. Lo percibí inmediatamente (aunque él parece no creerlo). En lo que titula *Primera jornada*, en una de sus cartas, señala mi timidez, mi falta de curiosidad "por el que llega". Dice que le parecí más bien niña que mujer hasta que me oyó recitar. Dios sabe en qué facha me presenté yo en casa de Julia del Carril de Vergara en esa ocasión. El invitado no me interesaba y no me importaba la impresión que podía producirle. A lo mejor llegaba desgreñada de un partido de golf. "Replegada la persona sobre sí misma", escribe Ortega. ¡Claro, hombre! Si después de un rato hubiera querido desaparecer. Yo estaba inhibida por la sorpresa de encontrarme con un ser semejante. Hubiera deseado meterme en un rincón, como una cenicienta, y desde el rincón escucharlo.

Ortega estaba entonces "nel mezzo del camin de la sua vita". La inteligencia de aquellos ojos si bien no tenía el poder de trans-

formar en piedra a lo que miraba podía desde luego paralizar momentáneamente. Ese fue el efecto que me produjo y lo que él interpretó como síntoma de incuriosidad.

Se entabló entre nosotros una "buena amistad". De mi lado existía y existió siempre el deslumbramiento (ya he escrito sobre esto) causado por esa inteligencia sin par en la expresión verbal. Insisto en lo de la expresión verbal porque siendo yo incapaz de expresión, fuera de la escrita, la admiraba tanto más en él.

Antes de la partida de Ortega, por razones que juzgo, hoy, pueriles y estúpidas, hubo entre nosotros un "malentendu". Eso suele acontecer entre las personas que más se aprecian (tal vez por eso mismo). El se disgustó y yo me disgusté. Pero por ser yo más joven, más impulsiva e intransigente, me disgusté mucho más. Muy consciente de lo que perdía al perder un amigo de esa categoría resolví sin embargo demostrar mi estado de ánimo con un total silencio epistolar. A pesar de ese silencio largo, y esto no lo olvidaré nunca, Ortega publicó entre los primerísimos libros de las ediciones de la *Revista de Occidente* mi muy modesto comentario de *La Divina Comedia.* Este tipo de generosidad hacia una principiante en el mundo de las letras (y en las circunstancias ya mencionadas) es raro en cualquier época.

Además en su ensayo sobre Azorín[1], Ortega, sin nombrarme, citó varios párrafos de una carta mía. Era la primera vez que veía mis escritos en letra de molde. Quien escribe sabe la conmoción que semejante espaldarazo produce.

No volví a encontrarme con Ortega hasta que llegó de nuevo a Buenos Aires en 1928 y entonces empezó realmente entre nosotros una amistad que duró hasta su muerte. Las escaramuzas que pudimos tener, lejos de alterar nuestro mutuo afecto, demostraron su solidez.

Van, a continuación, algunas cartas (la mayoría incompletas) o párrafos de cartas de nuestra correspondencia. Empezó en 1917. Los hijos de Ortega piensan publicarla totalmente, creo, algún día. A ellos les dejo ese cuidado.

Unamuno decía que las cartas o Memorias eran su lectura preferida. Coincido con él en esto como en muchas otras cosas.

Hace 10 años que murió Ortega. En recuerdo de un amigo tan admirado como querido, publica *SUR* estas cartas. Es una manera

1 - *El Espectador*, II, 1917.

de tenerlo presente. Unamuno hubiera opinado así.

Dedico estas páginas inéditas a los lectores a quienes este género de literatura (que lo es sin serlo) gusta y conmueve. A ellos solamente.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept.-oct. 1965, 296, p. 1-2).

## A MARIA ROSA

San Isidro, 22 de abril de 1977

"Decir *que el mundo tiene sentido*, como lo dijo Einstein, significa que existe un orden en el mundo... No es poco decir. Pero, ¿por qué la muerte irremediable del individuo, la de los animales y de las plantas? ¿No formará parte —y ¡cómo!— de ese orden?"

Esto escribía Malraux en su penúltimo libro, y esto citaba yo, hace poco, con motivo de su muerte. Ahora la tuya despierta aquellas palabras.

La mañana del día en que te fuiste, a eso de las once, hablamos por teléfono para fijar la hora en que vendrías este fin de semana. El sábado (mañana).

Aunque forme parte de un orden, no comprendemos con la inteligencia y menos con el corazón, esto de la muerte. Queda fuera de nuestras fronteras, si nos falta una fe religiosa firme. Y a pesar de la fe (creo) se sufre de tan inexplicable corte.

Tu muerte ( ¡qué extraño suena hablarte así!), por lo inesperada, es un corte más brutal, quizá. Afortunado únicamente para quien muere, pues a nadie le deseamos una muerte gota a gota que ya no se parece a la vida.

Pocas líneas puedo agregar a este último número de *SUR*, impreso, y de que hablamos. Además, poco ánimo tengo para escribir. La muerte desorienta a tal punto que de vez en cuando, me cánicamente, pienso (si eso es pensar): "Voy a llamar a M Rosa para..." Para hablarte de lo que está pasando y que p prendemos. Como si pudiera. No estoy acostumb imposible llamarte.

Al salir a la terraza, temprano, y al v jazmines del país, tuve la sensación d

de seguro lo hubiésemos comentado el sábado (mañana). En la época en que pasábamos largas temporadas en Mar del Plata (a veces nos quedábamos solas hasta fines de mayo, y hasta junio), hemos espiado juntas el cambio que traía a los jardines y a las playas el resbalar del verano al otoño. Yo recogía hojas, algas para que las miraras de cerca, segura de que te maravillarían como a mí. No se me ocurría que te hubiese gustado buscarlas, caminando por el césped o la arena. Nos hacías olvidar esa invalidez con tu fuerza vital y espiritual. Tamaña privación no parecía pesar en tu vida. En ningún sentido, fuera de la ayuda que necesitabas para moverte. Por eso, nunca nos dabas tiempo, cuando estábamos a tu lado, para acongojarnos porque te faltaba lo que nos sobraba: andar sola, sin depender de apoyos, por el mundo. (Ese mundo que sin embargo fue tu casa). Lo olvidabas o fingías olvidarlo de modo tan perfecto que nos contagiabas. Lo que te quitó el destino era, sin embargo, un bien incomparable. Ahora que no estás presente para borrar el hecho de nuestra conciencia, crece en ella. Descubrimos otra forma de tu generosidad: nos enseñaste (sin que casi lo percibiéramos) a no tenerte lástima. Estabas por encima de eso.

Durante la última guerra mundial (declarada; no como la presente), pasábamos horas, de noche, rodeadas por el silencio del jardín marplatense, escuchando la radio. Nos traía voces de la B.B.C., noticias directas de Europa. Con ansias de saber *en qué estaban*, con ansias sobre todo de vislumbrar el fin de aquellas atrocidades, trasnochábamos. Una vez oímos un discurso de Hitler; otra, uno de Goebbels. Yo no entiendo el alemán. Me traducías lo esencial.

Siempre hemos recordado la tristeza de horas en que nos dolía nuestra inutilidad. El frío aumentaba con la noche y con las voces. Nos quedábamos, frente a frente, tratando de pescar algún indicio de que lo más atroz ya había terminado... hasta que una de las dos, de puro angustiada, decía: "Basta por hoy. Que descanses. Hasta mañana".

Ahora, no encuentro palabras menos triviales, a pesar de tener ...chas a mi disposición. Te las dirijo, María Rosa, porque siempre ...mos entendido por encima de cualquier dificultad. Hoy

...hoja suelta dentro de la Revista).

## ACLARACIONES

A propósito de una entrevista publicada en *Atlántida*, Nº 1212, marzo de 1968.

Mar del Plata, 22 de marzo de 1968

Señor Director de *Atlántida:*

Le agradezco su carta (que tiene cierto dejo irónico) y sin volver ya sobre lo que en la mía le puntualizaba, creo necesario y saludable enumerar las causas que justifican el tono de aquellas palabras. De haberme consultado la persona que ustedes enviaron, no hubiera ocurrido nada desagradable. Pero a pesar de lo prometido (como ya dije) el borrador de la entrevista no llegó a mis manos. No pude, por consiguiente, corregir el surtido de errores y falsedades contenido en esas páginas, ni darle así una lección sobre el a, b, y c del periodismo a su gentil colaboradora. Creo que hubiera salido ganando esta niña.

Poco importa que localicen mi casa en el barrio de los Troncos, pese a que le advertí a la joven periodista "inexperta" (por propia declaración) que mi barrio no era ese. Seguramente, le pareció que el barrio por ella escogido era más elegante y adecuado a los lectores de *Atlántida* que el mío. Vivo a 15 cuadras de Los Troncos y a cuatro, en cambio, de una Villa Miseria bastante espeluznante: Matheu, a una cuadra de Tucumán (calle mersa). Es muy loable el empeño de hacerme pasar a la categoría de veraneante poseedora de un "chalet" en el barrio más cotizado de "la perla del Atlántico". Su amable enviada no tiene por qué saber que Los Troncos, con mayúsculas, me tiene sin cuidado y que sólo me atraen los troncos con minúsculas. El dato falso ni se mencionaría en esta carta si no revelara una tendencia a la inexac-

titud nada original en un periodista, pero condenable en una persona que aspira a ser verídica (como me dio a entender quien me reporteaba). Confirma la gravedad del síntoma el que esta amable e intrépida señorita llegue a resucitar a muertos tan ilustres como Ortega y Keyserling (escrito Kayserling). Desde luego, ambos filósofos murieron antes de estar su enviada en edad de digerirlos. Me desasosiega un poco comprobar que ahora está en edad de resucitarlos. Yo creía que ese tipo de milagros sólo era posible entre los nonagenarios.

Ya que hablamos de edad, le diré que si no me extendí sobre ese particular (como no me extendí sobre el asunto de mi divorcio, que también quisieron indagar) no fue por ocultar mis años. Con buscar en *SUR* el número en que publiqué dos capítulos de mis *Memorias* inéditas, esta señorita hubiera podido satisfacer la curiosidad de sus lectores: allí queda registrada la fecha. Además menciono el día y la hora (creo) de mi nacimiento, aunque por ser un dato de segunda mano (asistí sin asistir al acontecimiento) lo pongo en tela de juicio. Es posible que en vez de nacer a las cuatro y media, o cuatro y veinticinco haya nacido a las cuatro y doce minutos. Por nada le quitaría unos minutos a mi gloriosa (si debo creer a *Atlántida*) existencia.

Cuando se presentaron a entrevistarme y fotografiarme (contra mi expresa y reiterada voluntad y protesta) los enviados de su revista, hacía pocos días que un cirujano marplatense me había dado siete puntadas en la rodilla izquierda, después de un accidente de auto. No tenía ganas de conversaciones, por interesantes que fueran, ni de trotes. ¿Le parece extraño? ¿Alguna vez le han zurcido una rodilla? No quiero invocar dioses que no venero particularmente, pero ¿en qué quedan los derechos de la ancianidad? Estos jóvenes no demostraron la consideración que corresponde. Atacaron sin piedad a una inválida, momentánea, a Dios gracias.

Se habla por ahí, en su revista, de mi coquetería. No me parece mal ser coqueta. La señorita de *Atlántida* anotó que yo tenía el pelo blanco. Deploro tenerlo aún castaño en la nuca. Lo que debió anotar su corresponsal son los siguientes datos: "No se tiñe; no se bate el pelo; no se pinta las uñas; no usa pestañas postizas ni rimmel; no ha adoptado la minifalda; anda de alpargatas (aunque no prefiere la alpargata al libro); no ha recurrido a la cirugía estética; parece limpia; usa polvos ocre y rouge (el rouge ya no se usa); está quemada por el sol". A esto se reduce la lista de mis coqueterías.

Muy amablemente, se ha señalado que en mi juventud debía de contar con algún atractivo físico. Sí señor. Considerable. Pero este detalle (cuya importancia en el pasado admito) es o fue cosa ajena a mis méritos (si es que alguno conservo). Supongo que por mis méritos se desplazan, de Buenos Aires a Mar del Plata, tres periodistas de Atlántida a fin de mirar de cerca el ejemplar de la fauna argentina llamado V.O. A menos que sea para comprobar una vez más que se trata de un *camelo*, de una mistificación que crearon, en parte, los dos Lázaros resucitados por la joven enviada de su revista: Ortega y Keyserling (sin a).

Jamás he dicho: "Me gusta más conocer a la gente y me gusta que me conozca la gente que me interesa". No hablo en galimatías. He dicho: "Me gusta más conocer a la gente que que la gente me conozca a mí [contestaba a una pregunta]. También me gusta que me conozca la gente que me interesa".

Se me preguntó *cuántos libros había leído.* Esta pregunta merecía una contestación sarcástica: el enunciado de una cifra. Misericordiosamente la pasé por alto.

Y ahora viene algo más grave. Yo he escrito en una conferencia sobre Shakespeare *(Testimonios, séptima serie):* "Hay dos sistemas para las traducciones: uno consiste en preocuparse *por* dar el sentido general de un texto, sacrificando detalles (que son a menudo importantes) para no quitar soltura y elegancia a la frase o verso. El otro consiste *en ser exacto* a toda costa, sacrificando toda belleza de expresión. Ninguno de los dos sistemas es recomendable". La cita de Atlántida dice así:

"Hay dos sistemas para las traducciones: uno consiste en preocuparse *para* dar el sentido general de un texto, sacrificando detalles a menudo esenciales y el otro consiste en *no* ser exacto a toda costa, sacrificando toda belleza de expresión. Ninguno de los dos es recomendable". Menos recomendable aún es mutilar un texto citándolo con omisiones y cambio de palabras que alteran su sentido. Antes de ejercer un oficio convendría tal vez aprenderlo.

Jamás se me hubiera ocurrido la profanadora cursilería de poner en mi tocadiscos *The Goldberg Variations* de Bach *para que las fotos de Atlántida fueran más sonoras.* Soy capaz de muchas locuras, pero no de *tilinguerías.* Supongo que con este "toque" genial, la enviada de su revista pensaba condimentar un diálogo transcripto de manera insuperablemente incolora. Inodora también, a pesar del Miss Dior mencionado, supongo, como prueba de mi co-

quetería o de mis pretensiones al "chic" parisiense (¡Ave María Purísima!).

Esto corre parejo con lo del escudo de la RAF. No lo uso siempre, y lo compré para sujetar unas flores en mi solapa (no por admirar a la RAF, a quien admiro). Entre paréntesis, nunca, nunca son *muguets*. Esa flor no existe en Buenos Aires, fuera de las florerías. Y sólo en primavera. Además, nunca llamo *flowers* a las flores, ni *friends* a los amigos, cuando hablo en español, francés o italiano. Como no le atribuyo malas intenciones a la agraciada señorita enviada por Atlántida, es decir la de ridiculizarme en esa forma, supongo que se le ocurrió lo de "flower" y "friends" por tratarse de las pocas palabras que esta periodista conoce en "English".

Nunca respiré por la boca (mi sistema respiratorio funciona aún perfectamente). Nunca fumé en boquilla, ni amenacé a nadie con esa arma tan manifiestamente inofensiva. De usar proyectiles, los uso de mayor calibre. Una vez le tiré una plancha a alguien. Reservo el nombre de la víctima para mis *Memorias;* pero adelanto que no se trataba de ningún empleado mío, sino de un aristócrata. Y claro que voluntariamente no di en el blanco. No merecía morir por mi mano. La verdad es que al leer el reportaje de Atlántida volví a pensar en aquello de la plancha. Pero de nuevo hubiera tirado esa arma casera deliberadamente sin puntería. Y ahora son eléctricas, cuestan caro: he aprendido a dominar mis impulsos.

¿Por qué aseguran que *no* soy feminista? Lo soy, lo he sido, lo seré.

Nunca me gustaron los aviones *por* la R.A.F.

En mi casa no existen vitrinas con caracoles[1], y nunca dije que prefería el guau guau al miau miau. Cuando me da por hablar, no rebuzno. A lo sumo, llego a lanzar rugidos. No soy animal doméstico. La prudente averiguación que debieron empezar por hacer era ésta: "Señora, ¿es usted un animal doméstico?".

Nunca dije que no me psicoanalizaba *para que no me descubrieran.* ¿Qué significa esta *invención*? Una cosa es travesura en casa de una tía, y otra es deshonestidad insulsamente periodística. No basta cierto número de años para estar gagá, ni la juventud para

1 - Me confunden con Neruda.

tener ingenio. Entendámonos una vez por todas.

Muy atentamente lo saluda

*VICTORIA OCAMPO*

P.S. — Siempre misericordiosa, he resuelto no privar a "Atlántida" de la publicidad que le aportará una carta mía.

(En: *Sur*, mar,-abr. 1968, 311, p. 140-143).

# VII

# HOMENAJES Y EVOCACIONES

# VII

# HOMENAJES Y EVOCACIONES

## HOMENAJE A WINSTON CHURCHILL

*En la comida con que se festejó el cumpleaños del Primer Ministro inglés, realizada en "Ambassadeurs", el 28 de noviembre ppdo., hablaron Victoria Ocampo, en nombre de* SUR, *y María Rosa Oliver, nuestra colaboradora, en representación de la* Junta de la Victoria. *Reproducimos sus palabras.*

**Discurso de Victoria Ocampo.**

No hay refrán que afirme: "Dime a quien admiras y te diré quien eres". Sin embargo es una verdad de esas que merecerían convertirse en refrán.

Nuestras admiraciones revelan siempre elección; elección revela preferencia; preferencia revela personalidad.

Si el nombre de Winston Churchill ha bastado para reunir, aquí, personas de diversas tendencias, medios y actividades, es porque ese nombre implica muchas cosas a la vez. Pero significa, principalmente, para nosotros todos, en este momento de la historia, la defensa de un ideal compartido y la esencia misma de Inglaterra. De Inglaterra "at her best".

Sin embargo, para el pequeño grupo de escritores al cual pertenezco y para quien el valor máximo es eso que Bergson llama "energía espiritual"' Winston Churchill tiene, fuera de sus demás títulos, un título que transparenta, a nuestros ojos, su jerarquía interior: el de haber comprendido la grandeza de uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época y el de haberlo expresado en términos exactos y definitivos. Me refiero al Coronel Lawrence, a Lawrence de Arabia: una de las glorias más auténticas de Inglaterra en su doble calidad de soldado y de escritor. Escribió

Winston Churchill a propósito de Lawrence: "... el dinero, el confort, la fama, el poder mismo significaban poco para él. El mundo moderno no tenía cómo ejercer sobre él la menor presión". En efecto, nada podía sobornarlo, nada lograba alterar el metal de que estaba hecho el autor de *Los siete pilares de la sabiduría.* Meditar sobre ese ejemplo de valentía física y moral, y de soberano comprendimiento, sería hoy más que nunca saludable para todos los hombres, especialmente para los que llevan sobre sus espaldas el peso y el honor de las grandes responsabilidades.

Creo rendir homenaje a Winston Churchill pronunciando esta noche, junto a su nombre, el de su amigo el Coronel Lawrence, y estoy segura de que él mediría el alcance de esta aproximación.

Y estoy segura de ello porque Winston Churchill ha dicho de Lawrence lo siguiente: "Estimo que es uno de los seres más grandes de nuestro tiempo. No veo a nadie que lo iguale. Me temo que por muchos que sean nuestros apuros, nunca volveremos a ver a nadie que se le asemeje".

Estamos atravesando la hora en que se hace sentir la necesidad de héroes como él.

Pero Winston Churchill, puesto que él mismo existía, era uno de los que menos podía temer, llegada la hora, que Inglaterra no encontrara hombres del temple de su amigo para defenderla.

Que Winston Churchill sepa que hay aquí un grupo de argentinos fervientes de las cosas del espíritu "sin las cuales todo es ceniza y fango"; un grupo (y poco importa que sea pequeño, porque en esta clase de ejércitos lo que cuenta no es el número) que sabe que él fue amigo y admirador de Lawrence.

Que sepa que el sentido de esa amistad y de esa admiración no se nos oculta y que lo estimamos más que el mayor de los títulos, pues significa que para Winston Churchill, conductor de los destinos de Inglaterra, el mundo tan amenazado de los valores morales y espirituales —el que queremos salvar a cualquier precio— existe. Que existe con una fuerza invencible que nos conforta y alienta; que no podemos ponerla en duda, como no podemos poner en duda el heroísmo diario, paciente e inagotablemente milagroso del pueblo inglés.

(En: *Sur*, dic. 1941, 87, p. 67-68).

## NOTAS

## HOMENAJE A MARCELO T. DE ALVEAR

Se me ha pedido que hable de un presidente de la República delante de una gran asamblea[1] y yo sólo soy capaz de hablar de un hombre a otros hombres, de un amigo a otros amigos. Así lo haré y espero que ustedes me perdonarán.

Tengo la impresión de haber conocido desde siempre a Marcelo Alvear. En todo caso, la primera vez que lo vi no era presidente, ni embajador. Creo que fue en una quinta de San Fernando que ya no existe, una tarde de mucho sol con sombra de eucaliptos y canto de chicharras. El jugaba al tenis. Yo era una niña huraña. Ninguna palabra de las que cambiamos ha quedado en mi memoria, pero recuerdo que el día era radiante y radiante el buen humor y la alegría de vivir de Marcelo. Aquella tarde de verano sin nubes que parecía haberse apoderado a perpetuidad de un rincón de tierra argentina y el brío desbordante de aquel hombre han quedado mezclados en mi recuerdo.

Desde entonces, he visto a Marcelo Alvear en estaciones y circunstancias diversas. Las crucecitas que anuncian lluvias en los pronósticos del tiempo, en "La Nación", se multiplicaron a cierta altura de su vida. Su alegría se empañó, pero no su benevolencia. Marcelo Alvear era bueno sin esfuerzo, como algunas mujeres son lindas sin artificio. Se enternecía y se impacientaba con igual prontitud, pues tenía esa clase de carácter que los franceses llaman *prime-sautier*. Es fácil perdonar los defectos y difícil no encariñarse con las cualidades de semejantes naturalezas. Ignoran el rencor, la acritud, y viven, junto a esos microbios, en un estado de asepsia milagrosa.

1 - Palabras pronunciadas en el Luna Park, el 29 de marzo ppdo.

Marcelo Alvear debió de indignarse con violencia y a menudo. Pero ni cultivaba ni entendía el odio. Esto me parece importantísimo para un hombre de Estado. No estoy entre los que ven en el odio una virtud. Y hasta he llegado a creer que la fuerza y el poder del odio sólo existen en la medida en que el amor no ha logrado, por debilidad y tibieza, invadirlo y desarmarlo en el momento decisivo. Yo sé que eso sucede entre las personas y pienso que ocurre, en otra escala, entre los pueblos. Si este pensamiento es falso, el fin justifica los medios, la razón del más fuerte es siempre la mejor, el hombre no pasa de ser una bestia feroz y la suerte que pueda correr una humanidad tan despreciable no interesa.

Marcelo Alvear detestaba el mal y no al malhechor, en una sociedad hipócrita que finge perseguir la corrupción para aplastar mejor, por razones ajenas a la moral y a las ideologías, al contrincante que se desea eliminar.

En la Casa Rosada o en la suya propia, que fuese presidente o no, era siempre idéntico a sí mismo. Sabía escuchar lo que se le decía y estaba siempre atento a lo que merecía su ayuda. Jamás le vi negar su apoyo a una causa justa. Y fue especialmente generoso y hospitalario con los artistas y escritores, a quienes su ausencia deja un gran vacío.

A menudo me hablaba de música, de libros, con un entusiasmo que sólo suele darse en la juventud. En dos ocasiones, poco antes de su muerte, se empeñó en hacerme leer unas páginas que lo habían conmovido en sus últimas lecturas.

Una se refería a los grandes músicos y poetas alemanes y a la Alemania que esos seres de excepción representan; la de Beethoven y Brahms, la de Goethe y Schiller. Otra era una carta escrita por Simón Bolívar pocos días antes de su muerte y dirigida a una prima; carta de despedida que lleva el sello de la época, en su lenguaje romántico, y el de la condición humana, sin época, en su dolor. Marcelo Alvear me pidió que se la leyera. Estábamos en su casa de Mar del Plata, sentados junto a una ventana abierta sobre el mar, con su mujer, compañera tan íntima y fielmente ligada a los buenos y malos ratos de su vida. El estado de salud de Marcelo nos inquietaba ya, y cuando mis ojos cayeron sobre las primeras líneas de la carta se me nublaron con un presentimiento: "Te extraña que piense en ti al borde del sepulcro", escribía Bolívar. Me pregunté a mí misma si lo que más le emocionaba a Marcelo en aquella página no sería el tono tierno y grave de ese adiós. Te-

miendo que mi voz me traicionara, le pasé el libro a un amigo que me había acompañado, a fin de que él leyera, y escuché tratando de fijar mi atención en las palabras, para huir de la angustia que me invadía: "Ha llegado la última aurora. Tengo al frente el mar Caribe, azul y plata... sobre mi cabeza el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz...". Aquí también estaban presentes el mar y el más hermoso cielo de América, iluminado por grandes llamaradas de nubes crepusculares. Llegamos al último párrafo: "Me tocó la misión del relámpago... fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío". *Simón Bolívar*, 1830. Vi entonces que los ojos de Marcelo estaban llenos de lágrimas. No me había equivocado. Su pensamiento y el mío eran el mismo. El me lo comunicaba. Y sin haber cambiado aquella tarde una palabra sobre el tema, en silencio, hablamos de muerte y despedida. Lo volví a ver, sin embargo. Nuestro último encuentro tuvo lugar, por casualidad, en la Barranca de los Lobos, siempre frente al mar. Pero la última vez que realmente le vi y que realmente me despedí de él fue aquella otra tarde, durante la lectura de la carta de Bolívar. "Ha llegado la última aurora... sobre mi cabeza el cielo más bello de América..." Yo sé que en ese instante Marcelo Alvear me habló de su patria, por la cual habría deseado luchar aún; sé que me habló de su mujer, esa otra patria del hombre; sé que me habló de la guerra monstruosa cuyo desenlace no vería. Yo sé que en medio de las ansiosas interrogaciones que lo turbaban "al borde del sepulcro", quedaba encendida en él una esperanza. La esperanza eterna de los que no podemos dejar de creer que el hombre es susceptible de redención, sea cual fuere su color, su raza, su clase, su patria o su fe, y que la misión de los grandes hombres es la de transformar el mundo y volverlo más habitable, espiritual y materialmente, para todos los otros hombres. Digo para todos. Tal es, por lo menos, la idea muy simple y concreta de los grandes hombres que hemos heredado en América, y no tenemos intención de modificarla. Tal era la idea al servicio de la cual vivió Marcelo Alvear, argentino, y tal la idea que lo obsesionaba en vísperas de su muerte, cuando me pidió, bajo el cielo más bello de América, que le leyera la carta de Simón Bolívar, libertador.

No sé si el nombre de pila que puede dársele a esta idea es democracia o cristianismo, o ambos. Si alguien es capaz de inventar uno más apropiado, tanto mejor. Pero la cosa en sí ya ha nacido

desde hace siglos, y si alguien no tiene derecho a ponerla en duda somos nosotros, los americanos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, abr. 1943, 103, p. 83-86).

## DESPEDIDA A ROGER CAILLOIS

Transcribimos las palabras que pronunció Victoria Ocampo en la comida que ofrecieron a Roger Caillois un grupo de colaboradores y amigos de *SUR:*

Roger Caillois regresa a Francia después de haber pasado seis años en la Argentina. No es éste un discurso de despedida, pues pienso que volverá a un país donde lo quieren y que Caillois quiere. Ni siquiera es un discurso. Deseo sencillamente recordar por qué motivos Caillois vino a Buenos Aires y de qué manera trabajó entre nosotros.

Paulhan, el director de la N.R.F., me había hablado con entusiasmo de un joven colaborador de su revista y Supervielle me lo presentó en París, en 1939. Pude comprobar entonces que lo que me decían de Caillois no era en modo alguno exagerado. Por eso la revista *SUR*, en julio del mismo año, lo invitó a que diera en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre mitología. Dos nuevos escritores franceses me parecían revelar dotes extraordinarias: Sartre y Caillois. Me sorprende un poco tanta perspicacia.

Terminado su ciclo de conferencias para *SUR*, Caillois pronuncia otras en la Facultad de Filosofía y Letras, en Amigos del Arte, en la Sociedad Hebraica y en las provincias.

En septiembre del 39 estalla la guerra. Caillois, declarado inapto para hacer el servicio militar, permanece en nuestro país. De marzo a junio del 40 trabaja en el servicio de prensa de la Embajada Francesa. Cuando se firma el Armisticio, abandona la Embajada, comprendiendo que esta guerra nuestra es una guerra de coalición contra el nazismo. Caillois, de los primeros en unirse al grupito formado en torno de Albert Guérin, continúa luchando con las armas de su oficio de escritor.

Hacia fines de 1940 pronuncia diez conferencias sobre la *Na-*

*turaleza de los regímenes totalitarios* en la revista *SUR* y cuatro conferencias sobre el mismo tema en la Universidad de Montevideo; de esta segunda serie, sólo la primera conferencia es propagada por radio, pues la Legación Alemana hace una reclamación ante el gobierno uruguayo.

En julio de 1941 funda la revista "Lettres Françaises", donde colaboran los mejores escritores franceses que han permanecido en Francia y aquellos que se refugiaron en el extranjero. En Londres, en Nueva York, en el Canadá, en Egipto, hasta en París mismo —donde algunos números entran clandestinamente—. "Lettres Françaises" es considerada como la mejor revista que se haya publicado en lengua francesa durante la ocupación.

En Londres, en 1944, se hace de "Lettres Françaises" una edición antológica en papel Biblia y en formato reducido. Esta edición es arrojada por aviones en la Francia ocupada.

Después de la liberación de Francia, los escritores franceses han dicho con qué emoción conocieron la existencia de esta revista que mantenía en tierra libre el prestigio y las cualidades de la literatura francesa.

Junto con la revista aparecen ediciones que unen a la cuidadosa impresión tipográfica un extremado rigor en la elección de los textos. Debe citarse, especialmente, las bellísimas ediciones de los poemas de Saint John Perse, *Exil* y *Pluies*, y esa especie de obra maestra de artesanía que es la edición de un capítulo de Victor Hugo, ilustrado por André Masson. Por último, Roger Caillois publica una serie de diez volúmenes pequeños, costeados por franceses o amigos de Francia, que se venden a integral beneficio de las obras que sostiene el Comité Francés de Socorro a las Víctimas de la Guerra. Es la colección "La Porte Etroite", que, como las demás publicaciones de "Lettres Françaises", se recomienda por la elegancia de su presentación y la calidad de su contenido.

Al mismo tiempo, Roger Caillois es profesor. En 1942 participa en la fundación del Instituto Francés de Estudios Superiores, donde enseña Sociología e Historia de las Religiones. Este Instituto, bajo el impulso de Weibel Richard, ha llegado a ser el gran centro de la cultura francesa en la Argentina.

Pero Roger Caillois es sobre todo escritor. Publica primeramente en "La Nación" una serie de artículos sobre la novela, que reúne en su libro *Sociología de la novela*, aparecido simultáneamente en Buenos Aires y en Marsella, en la Francia no ocupada.

Después de un viaje a la Patagonia, en que llega hasta el Estrecho de Magallanes, escribe la meditación lírica *Patagonie*, publicada en Buenos Aires y bien pronto reproducida en Nueva York y en Alger.

También publica *La roca de Sísifo*, cuyo texto es aún inédito en francés, y *La communion des forts*, aparecido en México en 1943 y que ha sido reimpreso en el París liberado, en febrero de 1945.

Publica, además, en Buenos Aires y en Alger un librito lleno de substancial severidad: *Les impostures de la poésie*. En este momento aparece en México, después de haber sido traducido su libro *L'homme et le sacré*, un *Discours sur l'esprit de sectes*, análisis abstracto —y libre de toda alusión a los acontecimientos contemporáneos— de los principios y de la naturaleza de los regímenes totalitarios.

Asimismo escribe en los principales diarios y revistas del continente; para sólo citar los más importantes: de la Argentina, en *SUR*, "La Nación", después "La Prensa", y "La France Nouvelle"; del Brasil: en "Corréio da manha", de Río, en "Estado de Sao Paulo", de San Paulo, y en la revista "Planalto"; de México: en "El hijo pródigo" y en "Cuadernos Americanos"; de los Estados Unidos: en la revista "Renaissance", de la Escuela Libre de Altos Estudios, en *VVV*, de André Breton, y en "Hémisphères", del poeta Ivan Goll, así como en publicaciones propiamente americanas, como "View", "Books Abroad", "The Sewanee Review" y sobre todo "Commonweal", donde ha llegado a ser uno de los más importantes colaboradores.

Fuera del continente publica ensayos en aquellas revistas que a semejanza de la suya luchan para mantener el brillo de la inteligencia y del espíritu francés: "La France Libre", de Londres; "Fontaine", de Alger.

Pero ha sido en América del Sur donde ha podido unir a sus escritos la acción de su palabra. Habla en francés, y hasta en español, en las principales ciudades de la Argentina. Habla en Uruguay y en Chile. Viaja al Brasil, donde habla en Río, San Paulo, Puerto Alegre, Bello Horizonte, Bahía, etc. En todas partes muestra el rostro de una Francia joven y generosa, atenta a los problemas del espíritu y de la hora.

Director de revista, profesor, escritor, publicista, editor, conferencista, Roger Caillois no ha cesado de trabajar por Francia du-

rante sus seis años de permanencia en la Argentina. Venciendo muchas dificultades, sin desalentarse nunca —y puedo garantir a ustedes que eso no era siempre fácil—, nos ha dado de Francia lo que siempre esperamos de Francia: obras de calidad: *calidad.*

Entre nosotros ha sabido mantener el nivel intelectual y espiritual de un país cuyo prestigio nos es tan precioso. Ignoro si la mayoría de sus compatriotas y de los míos apreciarán en su justo valor el logro y el alcance de sus esfuerzos. Vivimos en una atmósfera turbia. El humo de los campos de batalla no se ha disipado aún y esconde muchas cosas. Pero sé, en todo caso, que en Francia y en América hay hombres y mujeres que comprenden lo que ese logro y esos esfuerzos representan, y que no lo olvidarán.

Paul Valéry me escribía en junio del 40: "Victoria: trabaje bien por nosotros, porque es por ustedes, por la salvación del espíritu, que nosotros luchamos. Estos monstruos desencadenados e inexplicables son como una especie animal nociva y formidablemente armada con la cual las relaciones del hombre con el hombre han demostrado ser imposibles. Hay que destruirlos o ser destruidos.

"Suceda lo que suceda, le ruego que haga en la Argentina todo lo que pueda por nuestra causa, que es la suya, que es la del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas."

Roger Caillois: usted dirá a Paul Valéry que durante estos años de guerra, *SUR* ha hecho todo lo que ha podido por esa causa, que es también la nuestra. Y que nos sentíamos orgullosos de tener a nuestro lado a un joven francés que representaba la Francia que amamos. La de San Luis, rey de Francia, que prefería ser leproso a caer en pecado mortal, y la del Sir de Joinville, senescal de Champagne, que prefería, por el contrario, haber cometido treinta pecados mortales que llegar a ser leproso, según Péguy. La de los hombres que dicen lo que piensan y no temen contrariar ni siquiera al rey, ni siquiera al santo (ni siquiera al "maréchal"). La Francia de los hombres que hasta cuando aman a Dios lo aman como hombres responsables y libres.

(En: *Sur*, jul. 1945, 129, p. 116-119).

## LEO FERRERO

Me llega hoy, 18 de septiembre, la noticia de que Leo Ferrero ha muerto en un accidente de automóvil en Santa Fe, Nueva México. El accidente tuvo lugar el 26 de agosto. Leo Ferrero tenía apenas treinta años. Desde algunos meses atrás viajaba por la América del Norte, en virtud de haber recibido una beca de la fundación Rockfeller. Colaborador y miembro de la redacción de *SUR*, nuestra revista pierde con él a uno de sus más seguros amigos.

Leo Ferrero había publicado dos dramas en 1925: *La Chioma di Berenice* y *Le Campagne senza Madonna;* en colaboración con su padre, Guglielmo Ferrero, escribió *La Palingenesi di Roma* (1924) y una obra titulada *Julius Caesar* que se editó en Viena un año después. Pero se hizo conocer por su "Leonardo o dell'Arte", estudio para el que escribió Paul Valéry una introducción. En esta introducción el autor del *Cementerio Marino* decía, en 1929: "Sous le nom et l'invocation de Léonard de Vinci, vous placez vers le commencement de votre carrière, un souci et une méditation d'esthétique pure. C'est par quoi finissent (et même périssent) bien des philosophes. Rien de plus noble et de plus hardi.

"Vous avez examiné avec une précision et une subtilité remarquables quelques points des plus délicats de ces éternelles recherches qui ont pour objet de rendre le Beau presque intelligible et de nous donner des raison d'en être supérieurement émus".

Leo Ferrero tenía en efecto ese don tan raro que señala Valéry. Sabía examinar y traducir con precisión y sutileza las cosas que lo apasionaban.

En 1932, la colección "Europe" de las ediciones Riéder publicaba su *París dernier modèle de l'Occident*, escrito en francés. Y en este mismo número de *SUR* aparece uno de los últimos trabajos que redactó.

Una carta y un artículo de Leo Ferrero escritos en Santa Fe, Nueva México, y fechados el 18 de agosto, me llegaron hace una semana. Había muerto ya; yo no lo sabía. Volviendo a leer esa carta, *hoy que sé*, me conmueve profundamente. La transcribo. Hay en ella cosas que Leo Ferrero habría sin duda desarrollado, publicado si hubiera sabido que no le quedaba tiempo de hacer *otra cosa.*

"Chère Vic: Je vous envoie ce papier sur l'Eglise n'ayant pas encore eu de réponse à ma dernière lettre où je vous proposais des notes..."

"Si vous n'en voulez pas renvoyez-le moi 'c/o American Express Co. Tokio' (je partirai, si Dieu le veut bien, le 12 septembre de San Francisco).

"J'ai presque fini le premier tome de mon roman, qui sera, j'espère, ma première oeuvre après tant d'années depensées à composer des divertissements. (Un roman doit découler d'une philosophie de la vie, c'est pourquoi on ne peut en écrire quand on est jeune)."

"Au revoir, chère Vic quelque part dans le monde".

*"Leo".*

La víspera de terminar esa obra, "*mi primer obra* después de tantos años gastados en componer *divertissements*", Leo Ferrero ha muerto.

Es un acaecimiento brutal del que nada se comprende, fuera de la rebelión y el pesar que causa a los que conocían a Leo y tenían fe en él.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, sept. 1933, 8, p. 155-157).

## SALUDO A JOHN F. KENNEDY

Estaba comiendo sola con un libro en Fouquet's. Llegó un señor y varios mozos se acercaron a su mesa. Me pareció que les daba una noticia. "¿Qué será?", pensé sin mayor curiosidad. El diario de la tarde no daba ninguna noticia sensacional. Volví a mi hotel y me acosté sin haber hablado con nadie. Al día siguiente me despertó el teléfono. Alguien me llamaba temprano para comentar el horror. "¿Qué horror?", pregunté. "Kennedy", me contestaron. No comprendí hasta que me repitieron "Kennedy asesinado". Comprendí sin comprender.

¿Cómo se puede asesinar al coraje sonriente? Lo que llamaba la atención en ese hombre era, ante todo, eso: el coraje, la sonrisa. La juventud, la simpatía. Algo nuevo brillaba en la Casa Blanca. Algo que inspiraba confianza, esperanza. Algo que lloran los negros. Algo que al apagarse angustia hasta a los enemigos políticos del Presidente: él.

Hacemos votos por que este asesinato de la sonrisa en el coraje sirva para que nadie se atreva a desviar ciertos asuntos vitales del rumbo que Kennedy les había dado. Es lo menos que se puede hacer por él, en agradecimiento. Y si él hubiera creído que para que U.S.A. contrayera esa deuda era necesario dar la vida, no la hubiera regateado. Ha dado pruebas de ser hombre de ese temple.

En nombre de los libres del mundo saludamos a Kennedy con respeto y dolor.

*VICTORIA OCAMPO*

París, noviembre de 1963.

(En: *Sur*, en.-feb. 1964, 286, hoja suelta en la revista).

## A T. E. LAWRENCE

### (Quince años después de su muerte)

> "Like the Lady of Shalott I prefer my world backwards in the mirror".
>
> *The Mint*

> His physical vitality was so great that he lay unconscious for nearly five days before he died of congestion of the lungs and heart failure.

Aquel lunes, 13 de mayo de 1935, lunes que yo no distinguí
de los otros.
(Los diarios de la mañana anunciaban la muerte de Pilsudski,
Una conferencia de Laval en Varsovia, un premio concedido
por Goebbels al film de Leni Riefenstahl *El triunfo de la voluntad),*
Mientras en Buenos Aires las hojas de los plátanos amarilleaban
y los niños corrían en las plazas (temperatura estival, veinticinco grados en pleno otoño),
Los caminos de Dorset y la primavera te vieron pasar por última
vez.

Silencio sobre ti en nuestra prensa: ignoraba aún.
Silencio sobre ti en mi corazón que no te sabía.
Tú no eras aún para mí sino un nombre indiferente y célebre,
Un uniforme, un grado de coronel,
El título de un libro sobre una tapa (esa pretensión exhibida y
siete veces reiterada);
El título de un libro que yo no había abierto.
El título pretencioso de un libro; de un libro cerrado.
Absorta, infantilmente, en cosas que no merecían mi atención.
Creía tener lo que no tenía,
Querer lo que no quería,

En el momento mismo en que iba a perder lo que realmente era mío (la sonrisa de tu amistad).
Estaba tan poco enterada de esta desgracia que no me hacía sufrir.

Yo tenía derecho a mi parte de tu voz y tu mirada, puesto que habíamos nacido en el mismo siglo,
Puesto que yo era niña cuando tú eras adolescente,
Puesto que la noche y los ladrones me daban miedo
Cuando tú enseñabas el coraje a tu hermano menor,
Puesto que yo trepaba a las torres de Notre Dame de un tirón sin perder el aliento para mirar de cerca las gárgolas
Cuando tú recorrías la Beauce en bicicleta para beber la belleza de Chartres
(Te imagino dejando atrás el sol y bañándote, alma y cuerpo, en la fresca penumbra apaciguadora),
Puesto que hemos hecho la travesía de la vida juntos,
En el tiempo,
Puesto que soy tu compatriota en el tiempo, patria más vasta que las Europas y las Américas.

Pero yo lo ignoraba aquel 13 de mayo en que fuiste a llevar un telegrama al correo.
Para fijar una cita a la que no llegarías;
Y si me hubiera sido dado elegir, quizás habría preferido alojarme en otra época para mejor vivir.
¡Ahora ya no! Pues he aprendido que esta época es la tuya y la mía
Y que no hay nada que cambiar ni nada, en otra parte, que preferir.
Nada que añorar.

Aquel 13 de mayo, otoño aquí, allá primavera, nuestro cielo estaba nublado
(He buscado en los diarios de entonces los pronósticos del tiempo)
Y la temperatura en ascenso. Un día gris y pesado, un día húmedo de otoño que deprime, sin más,
Mientras sobre tu camino de Dorset (¿habría sol?) la sangre corría por tu cara y la sombra tierna de los árboles acariciaba la tierra con su temblor.

Dos días después gran baile en Buckingham Palace y se comen-

taba la llegada de Vargas.
En medio de estas noticias un cable: Lawrence de Arabia, accidente de motocicleta, fractura del cráneo.
Pasé de largo.
Los días se sucedían y no recobrabas el conocimiento.
Yo leía esto como si fuera nada.
El anuncio de una exposición de arte italiano en París me interesaba más.
Setenta y dos horas sin conocimiento, decían. ¡Qué importaba!
Hablaban (como en las novelas policiales) de la huida de un auto misterioso,
De planos vitales para la defensa de Gran Bretaña que desaparecerían contigo.
Hasta decían que no eras el hombre agonizante en una cama de hospital.
Lawrence no era Lawrence (Shakespeare no era Shakespeare, ¡qué estribillo!).
Estas frases que caían fuera de mi atención se borraban pronto,
Y sólo me quedaba de la lectura del diario el propósito de ir a ver saltar a Douglas Fairbanks (padre) por la ventana en su nuevo film sobre Don Juan.
El Massilia entraba en rada de Buenos Aires, puerto atestado de transatlánticos.
Tú, envuelto en la Union Jack, insensible a los elogios de Churchill y de Shaw,
Tú, muerto.
Y yo me enteraba sin comprenderlo, sin sentirme empobrecida, sin sentirme herida,
Sin sospechar que serías yo el día en que abriera tu libro, y que no sería fácil,
Nada fácil llevar tu muerte sobre el pecho
Como otros esas cintas,
Esas medallas que tú atabas al collar de tu perro para burlarte.

"...He became his admirers"[1].
Auden lo dijo de Yeats cuando murió, y yo de ti.
Pues he aquí que tú también te has convertido en ellos, te has convertido en mí.

1 - Se convirtió en sus admiradores.

He aquí que estás condenado a contar con mi amor para existir,
Con mi amor y con el amor de unos cuantos
"Scattered among a Hundred cities"[2].
Nos necesitas, me necesitas.
(Tú que habías aprendido a prescindir de todo).
Más aún que a esas estrellas sometidas a tu voluntad —tu tinta indeleble en el cielo—.
Y que se borrarían sin embargo con el secreto que tú les confiaste.
(El secreto que les ordenaste no obstante proclamar)
Si no existieran mis ojos para impedir que cesaran,
Si no existiera mi soledad atenta para volver a clavarlas en el techo del cielo, cada mañana,
A la hora peligrosa en que desaparecen, como tú,
A la hora en que invisibles y presentes, como tú, nos acechan,
Para saber si sabremos volver a encontrar su lugar silencioso en el tumulto del día.

Soy yo ahora la encargada de impedir que tus estrellas se borren
Como los palotes de un niño en su pizarra, cuando la clase ha terminado.
No vivirían ya sin mi mano aplicada a trazarlas de nuevo
Allí donde tu mano las trazó.
Tú las hiciste descender en las palabras que yo pronuncio
Y que hacen revivir tu voz en mi boca,
Tu voz que mi boca transforma irremediablemente
A la manera de todo lo que no está petrificado por la muerte.
"The words of a dead man
Are modified in the guts of the living"[1].
En adelante, rey de Arabia, sólo puedes existir en la medida en que existimos,
En la medida en que existo,
En la medida en que te soy fiel;
Te vuelves lo que admiro en ti,
Te vuelves lo que soy capaz de admirar:
Nada más.
Te vuelves lo que soy, y querría no estar demasiado cohibida, no tener demasiada vergüenza

2 - Esparcidos entre cien ciudades.

1 - Las palabras de un muerto se modifican en las entrañas de los vivos.

De lo que voy a prestarte de mí para mantenerte visible, para mantenerte vivo;
Demasiada vergüenza de la boca que usarás en adelante para pronunciar tus palabras.

Desde el 13 de mayo,
Todopoderoso e inerme, aquí estás entregado a nuestro amor.
¿Cuántos somos los que así te queremos para que estés vivo?
El número importa poco en esta batalla contra la muerte,
El número no contó jamás para ti, escritor o soldado,
Hasta cuando en el torbellino de arena y de sangre
Eras una manchita blanca en tu desierto,
Y los árabes no se atrevían a vestir ese color
Porque era ya para ellos tu emblema;
Hasta cuando te agotabas buscando la palabra precisa y el ritmo perfecto de una frase,
Después de haber vivido el gesto preciso y el ritmo perfecto del coraje.
Pero nosotros, habitantes del otro desierto, tendremos que llevar tu color
Y tu daga de oro y tus palabras exactas,
Reunidas y prendidas secretamente, obscuras medallas,
Sobre el pecho, en el lugar vulnerable y fijo del corazón,
De ese corazón cuyos latidos te aplicaste a controlar, como si ello fuera posible,
(¿Por qué te parecía el cerebro más digno de respeto?)
Y que luchó cinco días, en tu ausencia, para vengarse de tu desprecio, antes de rendirse;
De este corazón, medida misteriosa de todo.

*E. ASTOLAT*

(En: *Sur*, jun. 1950, 188, p. 7-12).

## LA ACTITUD DE GANDHI

### UN ARTICULO Y UNA CARTA

Escribe Fernando Ortiz Echagüe en "La Nación" (abril 12 de 1942):

"...Entre tanto, Mahatma Gandhi, en su intempestiva filosofía oriental, a lo Tolstoi, dice en una entrevista, que parece celebrada en las nubes, que la India será mensajero de paz para el mundo, que la no violencia es la mejor actitud para la liberación nacional, que es materialmente imposible convertirse de pronto en una nación guerrera, y, en fin, que en el supuesto de que los japoneses invadan la India, aconseja al pueblo que no tome las armas y que oponga en cambio al invasor la resistencia de sus almas. ¡Almas y no armas contra el agresor! El irreductible Gandhi —que será reducido por las armas niponas— da ciento y raya a todo lo conocido hasta hoy en materia de quinta columna".

Este artículo motivó la siguiente carta, dirigida al director del diario, Dr. Luis Mitre:

"Estimado señor:

En "La Nación" de ayer, en primera página, bajo el título de "La India carece de espíritu guerrero", he leído las opiniones de su brillante corresponsal en Washington, Fernando Ortiz Echagüe. Me sorprende y me choca que un periodista tan inteligente como él pueda caer en tan lamentable error. Porque es un error, y grave, confundir al Mahatma Gandhi con la quinta columna. Basta, en efecto, pronunciar las palabras "quinta columna" para evocar todo género de bajezas, maniobras subterráneas, cobardías degradantes y traiciones a lo Quisling.

"Ahora bien: lo único de que se puede acusar a Gandhi es de no querer tomar, en salvaguardia del Imperio Británico, las armas que no ha usado —ni admitido— para independizar su propia patria. Lo único que se le puede echar en cara es no haber renegado —en momentos en que los intereses de Inglaterra lo exigen— una fe por la que ha sufrido toda su existencia: la de las almas contra las armas.

"Fernando Ortiz Echagüe y muchos otros (pues ha de estar en numerosa compañía) pueden sonreír irónicamente ante esa fe. Hasta pueden declararla inoperante y suicida, si tal es su punto de vista. Pero lo que juzgo inadmisible es el empleo de un tono despreciativo e insultante para hablar de aquél que deliberada y voluntariamente se ha sacrificado a una doctrina (cuya nobleza no se discute), arriesgando por ella, continuamente, su libertad y su vida.

"Por mi parte, y aunque siento por Inglaterra un cariño que jamás se ha desmentido, creo que sólo puede uno inclinarse con admiración y reverencia ante un hombre de ese temple, incluso cuando las circunstancias hacen de él un temible adversario.

"Saludo al señor Director muy atentamente

(firmado) *VICTORIA OCAMPO*"

## RESPUESTAS DE GANDHI Y TAGORE AL POETA JAPONES YUE NOGUCHI

En 1939, si no me equivoco, hubo un cambio de cartas entre Yue Noguchi, poeta japonés y vocero oficial de su país, y Rabindranath Tagore. Noguchi fue huésped de Tagore en Santiniketan. De regreso en el Japón, escribió al patriarca de la India unas páginas que los diarios se apresuraron a publicar. Basta citar algunas líneas de esa carta para conocer su espíritu: "Se engaña usted si considera la presente guerra en China —escribe el poeta japonés— como efecto criminal de una entrega ("surrender") al Occidente, porque, en lugar de ser una locura, es —creo— el medio inevitable, aunque terrible, de establecer en el continente asiático un gran mundo nuevo... Créame, *es la guerra de Asia para Asia*".

(Léase del Japón contra Europa).

"China —continúa— habría podido muy bien evitar la guerra si Chang Kai Shek se hubiera mostrado más comprensivo... pero Chang Kai Shek ha vendido por nada su país al Occidente y *se ha manchado con el crimen de la occidentalización*".

Una carta del mismo tono fue dirigida a Gandhi. *Gandhi contestó enviando una importante colecta a Chang Kai Shek.*

En cuanto a Tagore, he aquí algunos pasajes de su respuesta:

"... Es triste pensar que la pasión del militarismo colectivo puede llegar a invadir hasta al artista creador; que la verdadera conciencia intelectual puede ser llevada a sacrificar su dignidad y su verdad propia en el altar de los siniestros dioses de la guerra... No hay alegato que pueda cambiar el hecho de que, imponiendo una guerra feroz a los chinos con los métodos sanguinarios de Occidente, el Japón viola todas las leyes morales en que descansa la civilización. *Protesta usted que el Japón está en una situación particular, olvidando que siempre ocurre lo mismo con las situaciones militares. Los piadosos provocadores de guerras, convencidos de que sus atrocidades merecen justificación especial, nunca han dejado de sellar alianzas con la divinidad para permitirse aniquilar y*

*torturar en masa*... Habla usted de los "medios terribles e inevitables" para edificar un mundo nuevo en el continente asiático. Su concepción es la de un Asia que se levantaría sobre un andamiaje de cráneos. Yo también he creído, como usted lo destaca, en el mensaje de Asia; pero nunca soñé que ese mensaje se identificaría con actos semejantes a los que embriagaban a Tamerlán en sus matanzas... La doctrina de "Asia para los asiáticos" que preconiza usted como un medio de extorsión política *tiene todas las virtudes de lo que hay de menos bueno en Europa y de lo que yo repudio, pero ninguna de las virtudes inherentes a una humanidad mejor que uniría a los pueblos por sobre los fosos de las divisiones políticas.* Me ha hecho gracia leer la reciente afirmación de un político de Tokio: "*La alianza militar del Japón con Alemania e Italia tiene causas altamente espirituales y morales que no ocultan ninguna consideración material*". Perfecto. Lo gracioso es ver a pensadores adoptar estos sentimientos que disfrazan las bravatas militares en fanfarronadas espiritualistas.

"La traición de los intelectuales, de que ha hablado un gran escritor francés después de la guerra europea, es uno de los más peligrosos síntomas de nuestra época... He conocido bien al pueblo japonés, no puedo creer que participe deliberadamente en un envenenamiento organizado: se droga a los chinos, hombres y mujeres, con opio y heroína; el pueblo japonés lo ignora. Entre tanto, representantes de la cultura japonesa en China han emprendido esa tarea y se ejercitan en todos aquellos que se convierten en presa de esta vasta organización de derrumbe humano. Pruebas del forzado envenenamiento en Manchukuo y en China han sido presentadas por testimonios inobjetables.

"... Con profunda pena me dirijo a su pueblo. La carta de usted me ha herido hasta lo más hondo; sé que algún día la desilusión de su pueblo será completa; se necesitarán siglos de trabajo para barrer los escombros de su civilización destruida por los enloquecidos señores de la guerra. Su pueblo, entonces, comprenderá que esta agresión contra China es insignificante comparada con la destrucción del espíritu caballeresco japonés, destrucción que progresa con feroz violencia..."

Como se ve, es difícil confundir la actitud que tuvieron siempre un Gandhi o un Tagore con la actitud de la quinta columna... a menos de poner buena voluntad en ello. En otros términos: a menos de hacerlo adrede.

## Escuchando a Gandhi

He visto y oído a Gandhi una vez, en París, en 1931. Gandhi venía de Londres, donde había participado en la Conferencia de la Mesa Redonda. Se le había pedido que explicara en público su doctrina de la no cooperación y de la resistencia pasiva, y había aceptado. La conferencia se realizó en el Luna Park, un anfiteatro inmenso. Para entrar tuvimos que hacer cola en la vereda durante una larga media hora. Había gran gentío. Yo sentía más curiosidad que entusiasmo por ese espectáculo. Después de admirar frenéticamente a Gandhi (a quien conocí a través del libro de Romain Rolland), mi fervor se había enfriado considerablemente por haber leído discursos y declaraciones suyas en que me pareció descubrir un hombre bastante limitado y de un fanatismo estéril. Mi estado de ánimo, pues, no era propicio para dejarme arrebatar y el aspecto de Gandhi, cuando apareció, poco se prestaba para modificarlo. Enclenque, calvo, feo, vestido con una especie de túnica de lino blanco, no hay en el Mahatma ni sombra de atractivo físico. La naturaleza, tan generosa con Tagore y Krishnamurti, se lo ha rehusado todo. Pero en cuanto Gandhi se pone a hablar, ya no se plantea la cuestión de la belleza o la fealdad físicas. Este hombre de apariencia insignificante invade el salón entero, nos invade. Esperamos cada una de sus palabras. Y, no obstante, habla sin elocuencia, sin énfasis, sin gestos, sin alzar la voz, sin grandes frases, sin nada de lo que habitualmente constituye el éxito teatral de los oradores políticos y no políticos. Lo que explicaba aquel día no era nuevo para quienes conocíamos su doctrina. Y sin embargo se conmovía uno profundamente. El tono de sinceridad, la fuerza y dulzura de ese hombre son irresistibles. Algo emana de él que obra como un bálsamo. Sentimos que sus palabras son esa verdad para la cual está dispuesto a morir. *Para* la cual estaríamos quizá tentados de morir si lo escucháramos a menudo. *Por* la cual llegaríamos a ser fuertes nosotros mismos, pues el ejemplo es una transfusión de sangre. Es ése un hombre que, cueste lo que cueste, vive lo que piensa y para quien el pensamiento no es un juego, una juglería brillante, sin relaciones con la acción. Durante semanas, después de esa función del Luna Park, viví en una gozosa certidumbre nueva o, mejor dicho, *renovada:* la fe absoluta en la energía espiritual y la creencia de que ninguna otra fuerza puede doblegarla ni vencerla. Ni siquiera la de las bombas japonesas, piense lo que piense

Fernando Ortiz Echagüe y muchos otros. Pero nò basta ser inteligente para comprenderlo. Ni comprenderlo ¡ay! para ser capaz de vivir siempre a ese diapasón. Pues estar dispuesto a vivir así es, sencillamente, estar dispuesto en cada instante a morir, y a morir en estado de gracia.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, abr. 1942, 91, p. 7-13).

## GANDHI*

Hoy, 2 de octubre de 1958, hace 89 años que nació, en Porbandar, Mohandas Karamchand Gandhi. El 30 de enero de 1948 fue asesinado en New Delhi, mientras apoyado en sus dos nietas, Many y Abha, se dirigía al lugar donde había de rezar junto con una asamblea de fieles. Entre estas dos fechas cabe una historia que, según Jawaharlal Nehru, nadie podría escribir, a menos de ser tan grande como el que la vivió. Y agrega: "Por consiguiente, no podemos esperar que se escriba una vida completa, real y adecuada de este hombre." Esto lo dice en el prefacio de una serie de 8 enormes tomos de más de 400 páginas cada uno, obra que tenemos que agradecerle a D. G. Tendulkar. En vida de Gandhi había comenzado a escribirla, consultándolo a fin de obtener toda clase de datos. Pero por más datos que nos proporcione y por más fidedignos que ellos sean, no pueden dar al lector esa cosa inexplicable que emanaba del Mahatma. *Mahatma:* así se titula ese minucioso estudio y registro de las actividades de Gandhi durante sus 79 años de vida. Libro que representa una labor ímproba y un amor ferviente por el compatriota a quien ha seguido paso a paso. Quiero agradecerle al gobierno de la India y a su embajador en la Argentina, mi amigo Raghavan, el haber puesto a mi alcance, regalándomelo, ese estudio exhaustivo —desde cierto punto de vista— de la persona que más admiro, respeto y quiero en esta época.

En su prefacio al libro de Tendulkar, dice Nehru que quienes no han conocido personalmente a Gandhiji no pueden, tal vez, darse cuenta del fuego vivo encendido en ese hombre pacífico y humilde. Creo que así es. Empecé a conocer a Gandhi, como la ma-

1 - Texto leído por Radio El Mundo, a pedido del embajador de la India.

yoría de los occidentales, a través del librito de Romain Rolland. Lo descubrí en 1924, en esa forma, y el hecho de que existiera un hombre semejante en el mundo cambió mi propia visión del mundo.

El mismo año en que leí la biografía de Gandhi, llegó Rabindranath Tagore a Buenos Aires y fue mi huésped durante casi dos meses de convalecencia. Este tipo de coincidencias nunca me han parecido del todo fortuitas. Lo sean o no, bendigo a *ésta*, pues ha sido uno de los acontecimientos más importantes y enriquecedores de toda mi existencia. No cesaré de repetirlo, no cesaré de agradecerlo. Y creo que esto que me ha ocurrido a mí les ha de haber ocurrido a otras personas, con algunas variantes. A personas de todas las nacionalidades. A creyentes de distintos credos y también a incrédulos. Pues el mensaje de Gandhiji no se dirige únicamente a su pueblo, a su raza. No es un remedio aplicable solamente a los problemas de la India y de la India en cierto y determinado período de su historia. La verdad que encierra es una verdad para todos. De otro modo cómo iba a ser Verdad, con mayúscula.

Estoy cansada de oír —y sobre todo de haber oído al principio, cuando el éxito no era tan evidente... y la mayoría mide estas cosas por el éxito—: "Lo que ha emprendido Gandhi sólo sirve para la India. Y sirve porque los ingleses no son alemanes nazis." Es cierto que Gandhi ha actuado en la India de acuerdo a lo que la India es. Sin cambiar el diagnóstico de una enfermedad, que puede ser el mismo en diversos pacientes, un médico trata a cada paciente según sus características y temperamento. De lo contrario es un pésimo médico, pues cada caso es un caso particular, especial. También es cierto que los ingleses no son los nazis alemanes. Pero no sabemos qué hubiera hecho Gandhi de encontrarse en circunstancias que lo hubieran enfrentado con un Hitler. Por lo pronto, no le hubiera inspirado miedo. Eso lo podemos asegurar. Y una vez borrado el factor del miedo, una vez eliminado también el factor del odio (porque Gandhi no podía odiar), ¿quién puede decir a ciencia cierta qué hubiera sucedido?

Nos enseñó, dice Nehru, a dejar de lado el miedo y el odio. Nos enseñó la hermandad. Nos enseñó la dignidad del trabajo y la supremacía de las cosas del espíritu. Y ante todo, habló continuamente de la necesidad de la verdad. La verdad en todo. La verdad aplicada a toda relación entre los hombres. A quienes creían

en Dios les decía: "Dios es la verdad." Y a quienes no creían les decía solamente: "La verdad es Dios."

Como bien hace notar Nehru, pueden los filósofos objetar que no se sabe qué es la verdad. Pueden los cínicos encogerse de hombros y decir que la mentira es más cómoda y fructífera, y que es estúpido empeñarse noblemente en no mentir. A los filósofos se les puede contestar que existe una verdad humilde que consiste en no desfigurar los hechos para sacar provecho de esa alteración. De esa verdad, por lo menos, ni ellos pueden dudar. Y a los cínico se les puede decir que el mentir (pese a lo que aseguraba Goebbels de la propaganda, que cuanto más grande era la falsedad, más se creía) no rinde, pues al cabo de un tiempo basta que un mentiroso diga algo para que pensemos que ha ocurrido o que piensa justo lo contrario. Y así la verdad vuelve a triunfar.

Gandhiji era un conductor de hombres y nadie como él, en esta época de demagogos, dio al mundo una lección de antidemagogia unida a una auténtica humildad, a un auténtico desinterés, a una pobreza practicada a diario. Nunca prometió que haría lo que el pueblo, o lo que el Imperio Británico quisieran. Nunca proclamó que seguiría el dictado de las masas, él, que era exactamente lo contrario de un dictador, y un verdadero hermano de los desheredados y de los intocables cuya suerte se empeñó en modificar. Nunca dijo que un conductor tenía que inclinarse ante el mayor número, ante lo que esa mayoría, fuere quien fuese, le imponía. Fiel a la verdad y fiel a la luz que lo guiaba, inquebrantablemente fiel, no trató de imponer sino de comunicar a los demás su fe. De tener que elegir entre su pueblo y la verdad, entre su nación y la verdad, entre su vida y la verdad, hubiera elegido siempre la verdad. Pues sin la verdad, sin ese Dios que era la verdad para él, no podía haber pueblo, ni podía haber nación, ni podía haber vida. Ni pueblo, ni nación, ni vida servían sin ese bautismo de la verdad. Ni pueblo, ni nación, ni vida existirían sin ella.

Entre las numerosas fotografías del libro de Tendulkar, hay una de Gandhiji muerto, con el pecho descubierto, como lo llevaba siempre. Su rostro tiene una gran serenidad, casi una sonrisa. En el pecho están las marcas de las tres balas que sólo arrancaron de él dos palabras, invocación a Dios que significaba perdón. Delante de ese cadáver, dicen que Nehru sollozó como un niño. Se le había muerto el padre.

Yo vi la noticia de este crimen en las pizarras de la rambla, en

Mar del Plata. No pensé: ¡Qué monstruosidad!, aunque lo era. Pensé: Así tenía que ser. Tenía que dar hasta el último suspiro lo único que podemos dar: la vida y el perdón. Y por eso, porque era capaz de eso, lo seguíamos hasta donde las fuerzas de cada uno alcanzaban. Por eso ha dejado tantos huérfanos, no sólo en la India, no sólo a Nehru.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-feb. 1959, 256, p. 84-86).

## LA LEY DE NUESTRA ESPECIE

Se ha recordado a Lincoln con motivo del asesinato de Robert Kennedy. Se ha recordado a su hermano, el presidente de los Estados Unidos. Se ha recordado al no-violento Luther King, premio Nobel y negro. Como homenaje a estas tres víctimas de la violencia desencadenada, quiero recordar al héroe de la no-violencia, asesinado también después de haberle dado la independencia a un país de cientos de millones de habitantes: Gandhi. Quiero recordar estas palabras del Mahatma: "La religión de la no-violencia no está reservada para los santos, es para el común de los hombres. *Es la ley de nuestra especie*, como la violencia es la ley del bruto".

Aquí estamos, una vez más, ante los resultados a que llega el hombre cuando se burla de la ley, la difícil ley, *de nuestra especie.* Nos espantamos todos. Pero nos espantamos sin derecho. ¿Qué hemos hecho para que la ley de nuestra especie, y no la del animal, triunfe? Que cada uno se lo pregunte. El asesinato del despeinado y sonriente Bob, símbolo de juvenil ardor, ese Bob que hemos visto sentado junto a la viuda de Luther King, hace pocas semanas, no nos pide adjetivos para calificarlo. Se ha cumplido una vez más la ley del bruto. Este y otros crímenes exigen urgentemente que sin ser santos hagamos esfuerzos diarios (hasta en las pequeñas cosas) para vivir de acuerdo con esa ley que Gandhi llamó "la ley de nuestra especie". Ley que diariamente se ignora, se desprecia con impunidad o se viola bestialmente y que lleva al triple asesinato de que todos somos, en mayor o menor grado, cómplices desolados.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, mar.-abr. 1968, 311, en hoja suelta).

## PREFACIO Y CONFESION

En cuanto tuve en mis manos el número de *Visvabharati* (la revista fundada por Tagore) dedicado a Gandhi, pensé que era necesario traducirlo por tres razones: por lo que les debía al poeta de Santiniketan; al justo de Wardha; por mi deseo de poner esas páginas al alcance de los lectores de lengua española, mis compatriotas de América y de la península.

Ahora se las entrego.

He intentado contar, repetida y vanamente, aquellos momentos (cuya duración escapa al orden del tiempo) en que vi y oí a Gandhi. Era la primera y la última vez. Pero era para siempre. París. Año 1931. Una inmensa sala[1].

Me parece importante señalar que yo no fui con particular entusiasmo a escuchar la palabra del Mahatma. Con curiosidad, eso sí. Mi entusiasmo había llegado a su colmo casi diez años antes, con la publicación de la biografía de Romain Rolland. Coincidió con la llegada, meses más tarde, de Tagore (mi huésped por obra y gracia de una gripe). Después de aquella lectura memorable, me tocó hablar de Gandhi con su ilustre compatriota y con el secretario inglés que lo acompañaba, L. K. Elmhirst (futuro colaborador de su mujer norteamericana en la creación de Dartington Hall, en

1 - La noche de la conferencia de Gandhi yo llevaba en mi cartera unas líneas de presentación que me hubiesen abierto las puertas. Estaba tan anonadada de admiración y veneración, que no quise echar mano de ese privilegio que me venía del lado de Tagore. La ocasión era única, difícilmente se repetiría, y desperdiciarla se parecía a una cobardía... sin serlo. Era, por lo contrario, el máximo homenaje a un ser. Ni conservé la tarjeta de presentación. Me sentía poco merecedora de utilizarla, de acercarme a un hombre, bálsamo de nuestro siglo de tristes monstruos. Quizá su existencia y su muerte fueron compensaciones para restablecer un equilibrio tambaleante. En todo caso, aquella renuncia mía a ver a Gandhi esa noche fue el *Domine, non sum dignus* mayor de mi vida.

Devon). Pero lo decisivo para mí, respecto a Gandhi, fue la lectura de una serie de artículos escritos por él y publicados en India. Aclararon su actitud frente a tal o cual problema, y a sus tabúes. Muy a pesar mío no lo podía seguir enteramente en esa vía. Mis opiniones eran distintas y sus razonamientos no me convencían. Yo no podía ni quería engañarme al respecto. Había en mí un rechazo como el que se produce en algunos enfermos que los médicos tratan de mejorar con injertos. No asimilaba. Me refiero a *parte* de la doctrina, únicamente. Ese distanciamiento me dolía. (Nunca lo tuve con Tagore).

Quiero dejar constancia de mi estado de ánimo de aquella noche, al entrar en la sala, porque no era en modo alguno el de una anticipada y fervorosa adhesión. Doy por seguro que le agrega validez a una de las experiencias más singulares de mi vida.

Durante 35 minutos (tiempo de los relojes, exclusivamente) explicó Gandhi, constantemente interrumpido por la traductora francesa, su fe en la eficacia moral y material de la no-violencia. El hecho de soportar estas interrupciones después de cada párrafo quita arrastre al más gran orador. Es una rémora. A Gandhi este detalle lo tenía sin cuidado.

Una vez terminada su exposición, pidió que le hicieran llegar, por escrito, cualquier pregunta que quisieran. Una avalancha de papelitos, arrancados de libretas, pasaron de la sala al escenario. Yo no mandé ninguno. Por supuesto, el tono de las preguntas variaba tanto como las preguntas mismas. La intención de fastidiar al indio, de colocarlo, caritativamente (como buenos cristianos ¿no?) entre la espada y la pared aparecía, a veces, inocultable. Pero a medida que contestaba empezó a cambiar la atmósfera de la sala.

¿Qué ocurría? ¿Qué ocurrió aquella noche en ese lugar de París? ¿Por qué cambié? ¿Por qué cambió el público de aquel inmenso local, repleto? ¿Por qué fue desapareciendo el tono "burlón" de algunos? ¿Qué emanaba de ese hombrecito moreno envuelto en una túnica ( ¡qué túnica! En una especie de taparrabo de un blanco inmaculado)? Para conquistarse a esa masa de curiosos (como los que se juntan en torno a una jaula de zoológico) no contaba con ningún elemento: ni físico imponente, ni voz seductora y amaestrada, ni elocuencia en el sentido corriente de la palabra. Nada. Se expresaba en términos al alcance de cualquier iletrado, pero sin asomo de concesión (de orden políticamente demagógico), sin bajar de nivel, incluso cuando respondía a las estupideces

lanzadas con el evidente deseo de provocar un resbalón. Ni parecía percatarse de las malignas intenciones y lograba desarmar a los "vivos" con su inalterable candor. En buen inglés, encontraba sin vacilar la palabra justa. Digo justa, no digo sorprendente o brillante, desde el punto de vista literario. El encanto (o encantamiento) de todo aquello era de otro rango y llevaba otro rumbo.

¿Qué rumbo?, me preguntaba yo cuando volví a mi casa, después de vagar un rato por la calle con una amiga, enajenada como yo. Tarde llegaba la interrogación. Pero ¿cómo se me hubiese ocurrido una pregunta cuando me estaban contestando todo el tiempo al contestar a mis vecinos desconocidos? Me contestaban sin ser yo la que formulara la pregunta. Me contestaban en cada contestación al bien como al mal intencionado. La contestación era tanto para mí como para ellos. Yo flotaba en un mar que me aligeraba de mi propio peso; mar finito, tal vez, pero infinito ante mis ojos llenos de su agua amarga y limpia. Mis lágrimas formaban parte de ese mar. ¿Qué importancia tenían las diferencias de enfoques de nuestros pensares? Lo esencial estaba en algo que lindaba con el pensamiento pero lo sobrepasaba (como si nuestro oído mental, hecho para captar sólo una gama de ondas, pudiese, por instantes, vencer sus limitaciones).

Este rendimiento ante un superior, que no implica el renunciamiento a nuestro dharma, a nuestro destino, sino el acatar a un ser con todas sus singularidades, creo que Nehru y Tagore lo han sentido ante Gandhi como yo. Ninguno de los dos estaba totalmente de acuerdo con él, pero existía algo más importante que un estar o no estar de acuerdo. ¿Cómo llamar ese *algo* que hace inclinar la balanza? ¿Alma? Desmonetizado como está, es, sin embargo, el único término adecuado. Energía espiritual, diría Bergson. Si se cree en la energía eléctrica o atómica, no veo por qué no se ha de tomar en cuenta esta otra forma evidente (para mí) de una potencia oculta en nosotros.

Siendo alma la única palabra que manejamos, no es extraño que a ella recurrieran en la India para darle a usted, M. K. Gandhi, abogado de causas difíciles en una hostil Sudáfrica, su nombre verdadero: Mahatma. ¿Qué le vamos a hacer? El idioma más rico es insuficiente cuando pretende designar lo que no lleva etiqueta porque lo abarca todo. Las etiquetas son para los detalles.

¿Qué alta mar es esa, sin costas a la vista, de amargas lágrimas de felicidad en que se mezclan las de Pascal con las suyas, Gandhi,

y las suyas con las de nosotros, los que hemos recibido la inmerecida gracia de *ese* llanto, en algún instante, y que jamás lo olvidaremos? A usted se lo pregunto, Gandhi de la cárcel de Yervada, Gandhi de Wardha. Usted que tan directamente contestó, en medio de una multitud, mis informuladas preguntas, como si estuviésemos solos. Usted que se adelantó a ofrecerme su respuesta, una noche, en París. A usted se lo pregunto, cercano, hasta en sus cenizas; a usted, temblorosamente admirado, infielmente querido. Infielmente por fidelidad a su dios, la Verdad. La Verdad, que es Dios para quienes permanecemos en el umbral de las religiones, sin poder cambiar a voluntad el mojón que detiene nuestro avance y nos impide invertir el orden de las palabras: Dios es la Verdad.

*VICTORIA OCAMPO*

1º de abril de 1975. Mar del Plata

(En: *Sur*, en.-dic. 1975, 336-337, p. 4-6).

# UNA NOTA DE V.O. REFERIDA A LEONARD K. ELMHIRST, SECRETARIO DE R. TAGORE

Leonard K. Elmhirst[1]

Febrero de 1961

[1] Leonard K. Elmhirst dirigió la Escuela de *Rural Reconstruction* de Tagore, en Bolpur. Acompañó también al poeta en calidad de secretario durante varias giras. En 1925, se casó con Dorothy Whitney (viuda de Straight), hija de William C. Whitney, conocido hombre de negocios y estadista norteamericano. Dorothy Whitney es una mujer de gran fortuna y un sentido muy agudo de la responsabilidad que su posición entraña. Poco después de su casamiento, los Elmhirst se instalaron en Dartington Hall, propiedad que tiene aproximadamente unas 3.000 acres de extensión, un castillo en ruinas reconstruido por sus actuales dueños y un magnífico parque donde hoy se ven esculturas de Moor (así como en el castillo cuelgan de las paredes uno que otro Picasso). En Dartington trabajan unas 400 personas, además de los activísimos dueños de la propiedad. Allí funcionan escuelas, granjas, Institutos de investigación científica y económica, aserraderos, fábricas de tejidos; se enseñan las artes (especialmente el teatro, la música, el baile); allí encontró refugio Kurt Joos y su *troupe*, cuando Hitler les hizo la vida imposible (construyeron para la compañía una sala de espectáculos); allí se refugiaron igualmente profesores de la España Republicana; allí se educaron los hijos de Julian y Aldous Huxley, los de Bertrand Russell; allí dieron conferencias los padres de estos alumnos; y también Tagore, Gerald Heard, Sir Norman Angell, etc. Michel Chekow, sobrino de Anton, daba en Dartington clases de arte dramático. Desde la fabricación de alfarería hasta la inseminación

artificial del ganado, no hay cosa que no interese a los *trustees* de Dartington Hall. Este mundo fue creado por el *secretario estúpido* de Tagore (huelga decir que lo de *secretario estúpido* que me atribuye Elmhirst es una broma. Y al muy estúpido le divierte recordarla) y por la admirable generosidad de Dorothy Whitney. En una simple nota no se puede hacer justicia al valor del Dartington Hall de los Elmhirst, en Devonshire, Inglaterra.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, may.-jun. 1961, 270, p. 45).

## EVOCACION DE RABINDRANATH TAGORE

### PALABRAS DE VICTORIA OCAMPO EL DIA QUE SE IMPUSO A UNA CALLE EL NOMBRE DEL POETA

"La única razón por la cual se ha elegido esta cuadra para darle el nombre del gran poeta bengalí es porque ha vivido en este sitio, hace 36 años, cuando esta tierra no se había loteado. Ha vivido en la quinta que está sobre la barranca y que lleva aún el nombre que llevaba: Miralrío. Por estos lugares ha caminado a menudo Tagore durante sus dos meses de estadía y de convalescencia, pues vino a San Isidro a reponerse de una gripe. Aquí mismo escribió los poemas de *Puravi*, publicados sólo en bengalí hasta ahora. De acuerdo con la opinión del autor, están entre sus mejores poemas, sin exceptuar a los de *Gitanjali* que recibieron el premio Nobel en 1913. La traducción del título sería algo como *Canciones del sol poniente.* Tagore tenía 63 años cuando los escribió.

Lo que nos rodea ha cambiado mucho con el correr del tiempo. Ahora, los baldíos que aún quedan en este loteo están invadidos por esa enredadera vulgarmente llamada campanilla. En verano, tiene una preciosa flor azul violeta, que suele cubrir suntuosamente las modestísimas casillas de los guardabarreras. No existe nada más característico de esta costa, junto con la madreselva y el hinojo, que esa campanilla delicadísima, con su hoja acorazonada y su abrazo mortal para cualquier arbusto. A Tagore le gustaban todas las plantas, incluso las que pasan por ser —y son, como ésta— plaga nacional. Por eso considero que la ipomea platensis que arrastra y revuelca su verdor en los baldíos y los cercos, y trata de invadir la calle en cuanto se lo permite un descuido, le hubiera parecido un excelente decorado para recordarlo, hoy, leyendo un poema que es una especie de plegaria en la escuela de Santiniketan.

El señor Moulik, agregado cultural de la embajada de la India,

lo leerá en el texto original, es decir en bengalí. En bengalí le he oído recitar poemas a Tagore en la quinta de esta barranca. Está bien que con palabras de ese idioma se salude su recuerdo, casi diría su presencia. Yo leeré después la traducción española del poema".

(En: *Sur*, jul.-ag. 1961, 271, p. 63-64).

## NOTAS

## UN HOMENAJE A VICTORIA OCAMPO

La directora de *SUR* se encuentra en París desde el mes pasado. El 11 de noviembre, en el Elysées Palace, se realizó la comida organizada en su honor por la sección francesa de la Federación Internacional de los P.E.N. Clubs, a la cual asistieron numerosos escritores y artistas. Jules Romains ofreció el homenaje. Agradeciendo la demostración de que fuera objeto, Victoria Ocampo pronunció estas palabras:

*Quand je suis arrivée à Paris pour la première fois, je ne savais pas lire encore et c'etait le temps des cerises. Les premiers mots que je prononçais furent, je crois: toupie, guignol, sucre d'orge. L'alphabet où j'appris à lire fut un alphabet français.*

*Je passais assez vite de l'alphabet à "L'auberge de l'ange gardien" et de l'espagnol au français. J'y passais même si complètement qu'en rentrant à Buenos Aires j'avais deja attrapé une passion pour la lecture et un besoin de mots français qui durent encore. En fait, j'avais presque oublié mon espagnol.*

*Despuis cette époque —celle de la Comtesse de Ségur— je suis revenue souvent à Paris. J'y suis revenue tout le long de ma vie. Matériellement d'une façon intermitente; spirituellement d'une façon continue.*

*Quand je n'etais pas en France, je tâchais de transporter la France en Argentine pour la simple raison que je ne pouvais pas m'en passer. Et comme j'ai dû souvent rester de longues années sans quitter mon pays j'y ai transporte une quantité de France telle qu'elle deviendrait inavouable s'il s'agissait de richesses que le partage diminue. Heureusement pour vous, Français, il s'agissait de richesses que le partage augmente.*

*Je n'ai jamaís oublié, je n'oublierai jamais que je vous suis, que nous vous sommes, nous les Argentins, au nom de qui je parle et dont l'histoire est la mienne, redevables de ces richesses. Mais permettez-moi de vous souligner un de nos mérites. (Ce manque de modestie ne me fait pas rougir car depuis que je suis en Europe je remarque que chacun des pays qui la composent —et surtout les totalitaires— ne cessent de faire l'éloge de leurs propres vertus. Puisque le moi n'est donc haïssable que lorsqu'il s'agit des individus, je profite de cette mode pour vous souligner, comme je disais, un de nos mérites). Ces richesses qui sont votre patrimoine, vous ne vous souciez pas toujours de les augmenter en les partageant avec nous. C'est nous qui venons vous les arracher. Si nous en étions moins avides, peut être seriez-vous un peu moins riches. Car votre vraie richesse, Français, vous vient davantage de ce que vous pouvez donner au monde que de ce que vous pouvez lui prendre.*

*En ce qui me concerne, j'ai toujours travaillé à m'emparer de ce que, distraits, vous ne songiez pas à nous donner. Et je n'ai eu aucune peur de vou notre dette à nous, Argentins, croître démesurément. Je me suis employée à ne jamais la laisser décroître.*

*Mais les Français qui, selon Drieu, se refusent à la géographie, ne connaissent pas bien leurs débiteurs, ni l'étendue de cette dette. C'est le seul reproche que je leur adresse.*

*Le 26 Septembre, après une absence de 4 ans, j'ai traversé Paris pour me rendre à Londres. Dans cette ville de Paris que j'ai toujours considérée comme mienne —pardonnez moi... en Argentine nous employons le possessif pour tout ce que nous aimons— je ne suis restée que quelques heures. Mais ces heures comptent. Pour la première fois de ma vie j'ai regardé des rues, des maisons avec une angoisse terrible, comme on regarde le visage de ceux qu'on aime lorsqu'on les quitte sans savoir quand, ni comment on les retrouvera.*

*J'ai dejeuné seule, dans un restaurant archi-plein. Il n'y avait qu'une place de libre à côté de trois Messieurs qui parlaient de la situation internationale. En les écoutant je me demandais si j'allais pouvoir revenir à Paris et j'avais le coeur serré... Le coeur serré de me sentir, dans une rise grave, si unie à la France et si étrangère aux Français —du moins à ceux qui m'entouraient. Ce déjeuner me parut symbolique. En passant plus tard devant l'obélisque je*

*n'arrivais pas à le distinguer clairement. Je crois que mes yeux étaient pleins de brouillard.*

*C'est en partie à cause de ce triste déjeuner solitaire du 26 Septembre que je suis si heureuse de m'asseoir aujourd'hui à une table avec des Français qui ne me sentent pas étrangère à la France. Avec des Français qui savent que je suis attachée à la France par des liens indestructibles: toupie, guignol, sucre d'orge. Avec des Français qui comprennent que nous, Argentins, avons à nous acquitter d'une dette envers eux et que nous ne pouvons nous en acquitter qu'en l'augmentant. Avec des Français conscients qu'une dette de cette espèce est plus importante et moins fragile que des traités.*

(En: *Sur*, nov. 1938, 50, p. 53-55).

# VIII

# REUNIONES

## EL CONGRESO INTERNACIONAL DE ESCRITORES DE LOS P. E. N. CLUBS EN BUENOS AIRES

La editorial *SUR* acaba de traducir y publicar una plaqueta titulada "André Gide y nuestro tiempo". Es el informe de una sesión en la "Union pour la Vérité". Esta asociación tiene por objeto permitir a algunos intelectuales de buena voluntad reunirse para discutir, tratar de comprender cosas tan diversas, tan profundamente significativas y apasionantes como el catolicismo de Claudel o el comunismo de Gide. La conversación publicada por *SUR* tuvo por tema la adhesión de Gide a ciertas doctrinas sociales. Los escritores que tomaron parte fueron, entre otros, Jacques Maritain, nuestro ilustre huésped, François Mauriac y Henri Massis. El catolicismo, como se ve, no podía estar mejor representado. Al empezar la sesión, el director de la "Union pour la Vérité" se expresó así:

"Debo decir aún, para comodidad de todos, que no se trata de realizar aquí un torneo de urbanidad ni una ceremonia mundana. Lo que reclamamos de unos y otros no es una cortesía banal que edulcore el pensamiento, sino la neta y clara afirmación de un juicio, aun intransigente, que no nos parece incompatible con la cortesía en la expresión y el respeto de las personas".

Fue, en efecto, en una atmósfera de sinceridad estricta y de perfecta cortesía como se realizó la conversación. Conversación en que iban tomando sucesivamente la palabra hombres de ideas y sentimientos opuestos. Y al leerla, no puede uno menos de lamentar amargamente que las discusiones terribles que resuenan hoy en todas las ciudades del mundo no puedan elevarse a ese nivel. Si fuese posible, cuántas catástrofes evitadas, cuántos odios disipados. Aunque sólo fuese por higiene, habría que prohibirse el pen-

sar que eso no es posible. Pues este pensar es malsano, maléfico, como el vitriolo.

Estamos en vísperas del Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs, que, por primera vez, se celebrará en América. Cerca de ochenta delegados e invitados se reunirán en Buenos Aires el 5 de setiembre. Estos escritores de todas las razas, de casi todos los colores políticos, de todas las religiones, venidos de los cuatro puntos cardinales, podrán, durante unos días, encontrarse cotidianamente, cambiarse cotidianamente sus puntos de vista, reaccionar cotidiana y recíprocamente unos frente a otros, aclarar sus diferencias, discutir los problemas comunes. Estos escritores tratarán de enriquecerse unos a otros por intercambios, y hasta sus discordancias pueden hacerse fértiles si son capaces de resolverlas transponiéndolas, elevándolas a un plano superior; a un plano en que esas discordancias, al dejar de ser puramente cacofónicas, sean utilizables, musicalmente hablando.

En una palabra, estos escritores van a nutrirse unos de otros; pero no van a devorarse los unos a los otros. Y ésa es la gran lección que los intelectuales pueden y deben dar hoy al mundo. Es el ejemplo que tienen que dar, cueste lo que cueste, a menos de traicionar su misión esencial en esta hora difícil.

Como ha dicho Jacques Maritain en la conversación a que me refiero: "Nada hay tan urgente como la verdad".

Si algo deseo para este Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs que va a reunir hombres de tan diversas ideologías, hombres cuya fama ha llegado a todos, hombres cuyo talento e inteligencia no está ya en tela de juicio, es que se ocupen de lo más urgente: que se ocupen de la verdad, esa verdad que no todos buscan en el mismo sitio, pero de la cual quizás aporta cada uno una parcela que los otros habían descuidado, porque no era la parcela de verdad que estaban capacitados para percibir o reconocer.

Si algo deseo para este Congreso, es que se demuestre en él una vez más cómo es posible que los problemas, aun los más candentes, se discutan entre hombres de buena voluntad sin faltar al respeto de las personas, sin caer en la violencia y en la chabacanería.

Y cómo, desgraciadamente, eso se vuelve imposible entre los hombres caídos; caídos de su calidad de hombres; caídos por orgullo, como los ángeles insensatos.

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, ag. 1936, 23, p. 7-10).

## NOTAS DE LA REDACCION
## CONFERENCIA DE ESCRITORES ASIATICOS

Durante su estada en el extranjero, la directora de *SUR* fue invitada a participar en la Conferencia de Escritores Asiáticos, que se celebró en Nueva Delhi entre el 22 y el 27 de diciembre últimos. La Conferencia estuvo destinada a promover la amistad entre los escritores de todas las nacionalidades y a fomentar los intercambios culturales entre los países. El secretario de la Conferencia previendo la posibilidad de que la directora de *SUR* no pudiese asistir a causa de la distancia, la época del año o cualquier otro factor, le adelantó que unos de los temas a tratarse en mesa redonda sería el de "El papel del escritor en la crisis de la cultura", y le solicitó un breve mensaje sobre dicho tema, para ser leído y discutido en el momento oportuno. Con tal motivo, la directora de *SUR* envió desde Nueva York la siguiente respuesta que traducimos del inglés:

*Estimados amigos:*

*Comprendo perfectamente que la Conferencia no va dirigida contra nadie ni a favor de nadie: se propone, sencillamente, fomentar vínculos de amistad entre los escritores e intercambios culturales entre los países. Eso es todo.*

*La carta de ustedes, que me fue enviada desde el Park Lane Hotel de Londres, llegó a mis manos ayer, inmediatamente les cablegrafié. Lamento que sea demasiado tarde para enviarles un mensaje.*

*Considero que el papel del escritor es de la mayor importancia. Y considero también que en algunos países los escritores no ocupan el lugar que les corresponde.*

*Como dije hace algunas semanas, hablando por la B.B.C. nosotros, los argentinos, no hemos aprendido a amar a Inglaterra por Agincourt o Trafalgar. Conocimos al pueblo inglés y las bellezas de Inglaterra porque conocíamos a Shakespeare, y Shelley, y Dickens, y Milton, y Shaw, y los Lawrence (D. H. y T. E.), etc. Nelson era un nombre. David Copperfield era una realidad.*

*Lo mismo sucede en todos los países. Un país no representado en el mundo por algún gran escritor es, virtualmente, un país desconocido. Tal es mi parecer.*

*Espero que estas líneas les lleguen lo antes posible.*

*Con mis mejores deseos para todos ustedes, los saluda*

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-feb. 1957, 244, p. 104).

## DIALOGO DE LAS CULTURAS

**Victoria Ocampo**

Les doy la bienvenida a todos, con gran alegría, porque esto que pasa hoy alrededor de esta mesa, ha sido el sueño de mi vida.

Este país en que vivimos, como lo he dicho alguna vez, es un país sin castillos para sus héroes. La casa, que yo he heredado y que lego a la UNESCO, no tiene nada de castillo ni de esos palacios que yo conozco muy bien porque conozco Europa y sé las bellezas de aquellos países, diversos y admirables. Esta es una modesta casa de campo de una familia numerosa. Es decir una casa amplia y confortable para el veraneo pero sin ninguna pretensión de belleza fuera del lujo del espacio y el verdor de la arboleda. Aquí no hay colecciones de cuadros ni de muebles ni casi de libros...

Nos interesaba la lectura y no los ejemplares numerados Éramos unas chicas ávidas de libros y *à l'état sauvage*. La biblioteca de mi padre estaba aquí. Se quemó en un incendio del que habla Aldous Huxley en una carta (contestación a una mía) que está, ahora, a la vista. Se componía de libros, la mayoría argentinos y de literatura francesa e inglesa. Sarmiento era muy amigo de mi bisabuelo. Este era su administrador. Frecuentaba la casa de Florida y Viamonte, iba a tomar café de sobremesa, y mi padre vivió en ese ambiente.

Es decir que nosotras, biznietas, hijas del nieto preferido de mi bisabuelo, vivimos junto a él y en su atmósfera. Éramos seis hijas y nunca se quejó mi padre de este exceso de mujeres, cosa que yo le he agradecido mucho cuando he sabido con mezcla de irritación y sorna que en el país se premiaba a la familia que tenía siete varones. Nosotros éramos casi siete mujeres. Nadie lo premió a mi padre. Cuando alguien le decía: "¿Sentirá no tener un varón?", él respondía: "Y ¿por qué si ya las tengo a ellas?"

Estas chicas que vivieron en Florida y Viamonte oían hablar de la historia argentina como de una historia de familia, y no exagero. Con tres pares de ojos verdosos y tres celestes, miraban el país que las rodeaba como casa propia. Nuestro parentesco con gentes que habían hecho la historia argentina era amplio y pintoresco. Por el lado materno descendíamos de Irala que fue compañero de Mendoza en la primera fundación de Buenos Aires. Irala tuvo una hija con una india guaraní: Agueda; reconoció a la hija, y de esa hija, que se casó con un español, descendemos. Además, también por el lado materno, en 1817, mi bisabuelo fue a negociar el reconocimiento de nuestra independencia con Monroe mandado por San Martín, O'Higgins y Pueyrredón. Pueyrredón iba a convertirse en su tío al casarse Aguirre con Victoria, sobrina de él. Por el lado Ocampo, vinimos del Cuzco en el siglo XVIII, y como digo, mi bisabuelo dialogaba siempre en este lugar, con Don Vicente López, "tío López" como le decían en casa al historiador. A mí me aburrían a veces estas conversaciones; ¡cosas de viejos! Hablaban de la historia argentina como se habla de interminables asuntos caseros. Tema para personas mayores.

Estas seis chicas, fenómeno que quiero recalcar, estas seis chicas fueron educadas por unas tías abuelas que las adoraban y entre ellas una, cuyo nombre llevo, era mi preferida. La dueña de esta casa, Francisca Ocampo de Ocampo —mi madrina— había viajado muchísimo, en 188... y tantos. Había recorrido con su marido Rusia, Estados Unidos, Egipto, Europa... Eso ya era raro para una mujer de aquella época. La otra tía abuela —tocaya mía— era una gran admiradora de Sarmiento. Ella se ocupaba de buscarnos institutrices, maestras, y quería que aprendiéramos idiomas, porque creía que los idiomas eran llaves para abrir puertas. Así es como en esta casa estas seis chicas hablaban inglés, francés, más que español, a veces mejor, porque como las tías abuelas trataban de que aprendieran bien esos idiomas (el español claro que lo hablaban todo el tiempo) les regalaban libros franceses, ingleses, italianos. Estas chicas eran lectoras "extranjerizantes", les gustaban los libros y la música con pasión. La mayor de las chicas está presente en este Diálogo. Tres murieron; una se ocupa de la lucha contra la leucemia en Sudamérica. La menor es poeta, cuentista, casada con un escritor de fama, Bioy Casares. A estas chicas, a mí en particular, se les acusaba de ser "extranjerizantes", de saber francés mejor que el español (y era cierto, pero ¿qué iban a hacer?; apren-

dían lo que les enseñaban: no era culpa de ellas). De estas chicas, sin embargo, todas pudieron irse a vivir donde les diera la gana, ninguna se ha ido. Todas han creído que tenían algo que hacer acá, y han tratado, bien o mal, el tiempo lo dirá, de hacer eso que ellas pensaban que tenían que hacer. Yo siempre me decía: "Cuando sea vieja, cuando haya hecho lo que creo que tengo que hacer, me voy a escapar. Iré a vivir a París y allí me moriré en mi salsa, tranquila". Pero ya estoy vieja, viejísima y todavía no me he ido y ya no me queda tiempo para irme, aunque sea en avión; no son bastante rápidos los aviones para mi edad. ¿Comprenden? Y yo he soñado que a esta casa vinieran y hasta vivieran en ella escritores. La verdad es que no sé cómo conseguí que vinieran escritores; que apareciera Tagore, Camus, que viniera Saint-John Perse, Gabriela Mistral, que pasara cuatro años Roger Caillois, que veraneara Graham Greene, y tantos otros. Con Valéry y Virginia Woolf teníamos ya programa de viaje cuando murieron.

Esto de la UNESCO es para mí el resultado de todos los deseos que yo sentí de atraer aquí a escritores, artistas, para darlos a conocer; y para que nos conocieran a nosotros, para que hubiera un intercambio. Escritores de cualquier parte del mundo.

Y quisiera terminar, diciendo dos palabras en francés, lengua que fue mía en mi infancia (una infancia que no se borra). Pasé mi infancia hablando en francés, primero porque me obligaban y segundo porque me obligaban: rezaba en francés, me peleaba en francés, finalmente he vivido en francés en esta casa. Entonces ustedes me entenderán que quiera terminar empleando este idioma familiar y así agradecerles el haber venido, porque al venir han cumplido con mis sueños.

*L'Inde seule a osé dire: "Tout homme peut atteindre Dieu à travers ses propres dieux. Mais jamais cette pensée n'a été si fortement mise en question qu'en notre siècle qui voit s'opposer l'esprit scientifique —non l'esprit technique, mais la recherche des lois de l'Univers— et l'esprit métaphysique. Aujourd'hui commence le plus grave dialogue qu'ait connu la pensée humaine, le dialogue entre ces lois et la signification de la vie. Einstein et Bénarès." Cette pensée de Malraux est aussi la mienne et c'est en l'évoquant que je veux terminer ma brève intervention dans ce dialogue.*

*VICTORIA OCAMPO*

(En: *Sur*, en.-jun. 1978, 342, p. 17-20).

# INDICE

## I

## *SUR* DESDE SUS PRIMEROS PASOS

Carta a Waldo Frank, 11; Carta a Waldo Frank, 17; *Sur*, verano 1930-31, Verano 1950-51; A los lectores de *Sur*, 25; Vida de la revista *Sur*; 35 años de una labor, 33.

## II

## INTRODUCCION A NUMEROS ESPECIALES

Panorama de la literatura francesa contemporánea, 55; La literatura inglesa contemporánea, 59; Carta de T. E. Lawrence a Lionel Curtid, 63; Defensa de la inteligencia, 65; Los derechos del hombre, 69; La India, 73; Palabras preliminares, 79; Al lector, 83.

## III

## LA PUBLICACION DE REVISTAS Y SUS DIRECTORES

T. S. Eliot y *The Criterion*, 87; Discurso de homenaje a la revista *Nosotros* y a Giusti, 91; El Premio María Moors Cabot, 93.

## IV

## ALGUNOS TEMAS TRATADOS EN LA REVISTA *SUR*

a) Sobre la mujer; mujeres.
b) Sobre la guerra, discusiones y plagas.

El proletariado de la mujer según Mounier y según Bergamin, 101; El león y el mosquito, 105; Correspondencia: carta a Ernesto Sábato, 109; Estimado Sábato, 113; Crónicas: una nueva ley, 119; Sarmiento y nuestra causa, 121; María de Maeztu, 125; Premio Imprenta López, 127; Camino a Sarrebrück, 135; El camino de América, 137; América indivisible, 141; Los jóvenes y la guerra, 145; Declaraciones sobre la paz, 151; Solidaridad de los escritores franceses: un llamamiento, 153; Antepenúltimos días, 157; Sobre "Norteamérica, la hermosa", 161; Plagas: la langosta y los gangsters de las ediciones clandestinas, 165.

## V

## LETRAS Y ARTES

a) Letras.
b) Cine y Teatro.
c) Música.
d) Arquitectura.

Ida y vuelta a Víctor Hugo, 173; El caso "Lolita", 191; Desacuerdos (a propósito de Sr. John Perse y de una ardilla), 197; A propósito de "Las criadas", 201; "The Mint", 207; Aclaración sobre "The Mint", 211; Un asunto de suma importancia: la traducción, 213; Defensa del idioma, 219; Divergencias (Sobre una crónica cinematográfica de Borges), 221; Dejad en paz a las palomas (Un nuevo cine abre sus puertas), 223; "La maestrita de los obreros", de Edmundo De Amicis, en la pantalla, 227; Ruth Draper en Buenos Aires, 231; A María Elena Walsh, 234; George Gershwin, 237; Testimonio, 239; La aventura del mueble, 245.

## VI

## TESTIMONIOS, ENCUENTROS, CARTAS

Testimonio: un viaje a Mar del Plata y días en la cárcel, 255; Comienzos de una autobiografía, 263; Ramón Gómez de la Serna en Buenos Aires, 273; José Ortega y Gasset, 277; Waldo Frank en Buenos Aires, 279; Helen Mackay, 282; "The Mighty Dead", 285; De Victoria Ocampo a José Bergamin, 289; Algunas cartas de Ortega y Gasset, 295; A María Rosa, 299; Aclaraciones, 301.

## VII

## HOMENAJES Y EVOCACIONES

Homenaje a Winston Churchill, 309; Homenaje a Marcelo T. de Alvear, 311; Despedida a Roger Caillois, 315; Leo Ferrero, 319; Saludo a John F. Kennedy, 321; A. T. E. Lawrence (Quince años después de su muerte), 323; La actitud de Gandhi, un artículo y una carta, 329; Respuestas de Gandhi y Tagore al poeta japonés Yue Noguchi, 331; Escuchando a Gandhi, 333; Gandhi, 335; La ley de nuestra especie, 339; Prefacio y confesión, 341; Una nota de V. O. referida a Leonard K. Elmhirst, secretario de R. Tagore, 345; Evocación de Rabindranath Tagore, 347; Notas, Un homenaje a Victoria Ocampo, 349.

## VIII

## REUNIONES

El Congreso internacional de Escritores de los P. E. N. Clubs en Buenos Aires, 355; Notas de la Redacción, Conferencia de escritores asiáticos, 357; Diálogo de las culturas, 357.

*Coordinación Gráfica:* ISABEL DE SUAREZ

Esta revista se terminó de imprimir en los Talleres Suyfer S.R.L., Estados Unidos 4131, Buenos Aires, República Argentina, en el mes de mayo de 1987.




INDIA

COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES S.A.

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 728 - 730 - 736
Tel : 34-8729/8767/8771



# Argentia

Empresa Argentina
Productora de Medicamentos
Departamento Cultural

S1CJ.15.1
H0008137